

# LO SEREMOS TODO

Una historia de los  
Trabajadores Industriales del Mundo

**Melvyn Dubofsky**

Editado por Joseph A. McCartin



**Melvyn Dubofsky**

**LO SEREMOS TODO**

Una historia de los Trabajadores Industriales del Mundo.

Editado por Joseph A. McCartin

Imagen de la cubierta: Un local típico del IWW en la región maderera del Estado de Washington en 1917

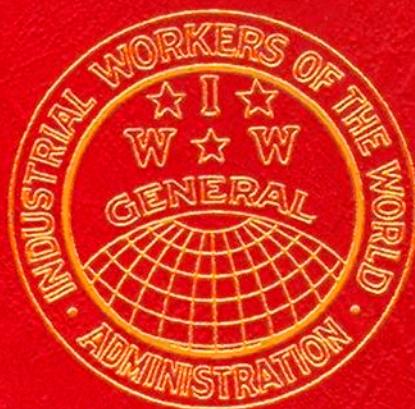
Traducción y edición digital: C. Carretero

[Se han introducido anotaciones del traductor entre paréntesis cuadrados]

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# Membership Card



# Índice

## INTRODUCCIÓN DEL EDITOR

- I. UN ESCENARIO DE RADICALISMO, 1877-1917.
  - II. LA FRONTERA URBANO-INDUSTRIAL, 1890-1905.
  - III. LA GUERRA DE CLASES EN LA FRONTERA INDUSTRIAL, 1894-1905.
  - IV. DEL "SINDICALISMO PURO Y SIMPLE" AL RADICALISMO REVOLUCIONARIO.
  - V. ATAQUE AL IWW, 1905-7.
  - VI. LA IWW EN ACCIÓN, 1906-8.
  - VII. IDEOLOGÍA Y UTOPIA: EL SINDICALISMO DE LA IWW.
  - VIII. LA LUCHA POR LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN, 1909-12.
  - IX. ACERO, LEÑADORES DEL SUR Y DECADENCIA INTERNA, 1909-12.
  - X. LOS OSCUROS TELARES DE SATÁN: LAWRENCE, 1912.
  - XI. LOS OSCUROS TELARES DE SATÁN: PATERSON Y DESPUÉS.
  - XII. VOLVER AL OESTE, 1913-16.
  - XIII. MINEROS, LEÑADORES Y EL IWW REORGANIZADO, 1916.
  - XIV. LA GUERRA DE CLASES EN CASA Y EN EL EXTRANJERO, 1914-17.
  - XV. LOS PATRONOS DEVUELVEN EL GOLPE.
  - XVI. DECISIÓN EN WASHINGTON, 1917-18.
  - XVII. JUICIOS FARSA, 1918-19.
  - XVIII. DESORDEN Y DECADENCIA, 1918-24.
  - XIX. AÑORANZAS DEL PASADO: EL LEGADO DEL IWW.
- ENSAYO BIBLIOGRÁFICO.

## INTRODUCCIÓN DEL EDITOR

Muy pocos libros en la historia social o laboral de los Estados Unidos han superado la prueba del tiempo tan bien como este. Más de treinta años después de su publicación en 1969, la historia de Melvyn Dubofsky de ese combativo sindicato de la clase trabajadora, los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), sigue siendo la versión de referencia. La validez de este libro es tanto más notable si se considera cómo ha cambiado el campo de la historia obrera desde su publicación. Durante la última generación, en parte debido a la influencia de estudios como éste, la historia del trabajo reclamó su lugar como una subdisciplina académica legítima en los departamentos de Historia. Contribuyendo al auge de este campo, cientos de académicos, que publicaron miles de libros y artículos, ayudaron desde la década de 1960 a dar forma a una nueva historia laboral. Esos eruditos ayudaron a recuperar las historias de los trabajadores ordinarios, activistas laborales radicales y de base. Unos pocos participantes de ese renacimiento académico dirigieron su atención a los wobblies (los miembros del IWW). Pero ninguno ha intentado duplicar o superar la obra de Dubofsky basada en los archivos de la propia IWW. Este libro ha llevado más lectores que cualquier otro a la historia de los “tambaleantes”.

Las razones de esa influencia perdurable no son difíciles de encontrar. Además de la investigación masiva y el análisis cuidadoso que informó su prosa cautivadora, la popularidad de esta obra se puede atribuir a al menos tres factores. Seguramente entre estos factores se encontraba el momento de su aparición. ¿Qué momento más propicio que 1969 para la aparición de un estudio completo de un movimiento radical combativo, un movimiento que ofreció una visión de igualdad racial, que fue pionero en las técnicas de desobediencia civil no violenta y de la acción directa, objetivo tan central en la política insurgente de los Estados Unidos de los Años 60?

La historia del IWW de Dubofsky apareció justo en el momento en que las luchas contra la guerra, los defensores de los derechos civiles y en definitiva la Nueva Izquierda, habiendo sufrido las desilusiones y derrotas de 1968, comenzaron a buscar modelos de un auténtico radicalismo local que pudiera nutrirlos durante un largo trayecto y rescatarlos de la desesperación. En el libro sobre el IWW de Dubofsky, descubrieron a los alegres fundadores de lo que la Nueva Izquierda había llamado democracia participativa; ardientes visionarios de lo que el movimiento de derechos civiles llamó la comunidad acogedora y enemigos implacables de lo que los activistas contra la guerra denominaron el complejo militar-industrial. También descubrieron radicales estoicos ante las aplastantes derrotas, hombres y mujeres que habían llegado a creer que "en la lucha misma se encuentra la felicidad del luchador", como llegó a señalar una vez un IWW muerto hace ya muchos años.

Pero la obra de Dubofsky difícilmente podría caracterizarse como un esfuerzo por encontrar un pasado útil para los activistas de la década de 1960. Este libro fue, ante todo, un cuidadoso trabajo de historia, no una receta para el cambio social o un informe ideológico. De hecho, fue la fidelidad de Dubofsky al detalle, al contexto histórico, así como el juicio equilibrado, y su voluntad para no sesgar su narrativa al servicio de cualquier ideología, lo que constituye una segunda razón para la popularidad duradera de este libro.

Como dejan en claro los siguientes capítulos, Dubofsky se negó a romantizar a los wobblies, a reclutarlos póstumamente para las batallas políticas de la época, o a conformarse con simplemente reforzar su lugar en la mitología estadounidense. Más bien, buscó investigar debajo de la leyenda del IWW y comprender el movimiento y sus líderes, sus contradicciones, fallos y todos sus defectos. El radicalismo del IWW, como se muestra en esta obra, desafió la categorización simple. Tampoco ofreció respuestas claras a los dilemas que enfrentaron los radicales a fines de la década de los 60, cuando apareció el libro por primera vez. Los wobblies sobre los que escribió Dubofsky se presentaron como figuras complejas y, a veces, contradictorias, que a la vez abrazaban una visión radical y una preocupación realista por el aquí y el ahora con el que los trabajadores luchaban cada día. Creían que podían luchar por logros concretos en el mundo real sin sacrificar su visión final de una

democracia industrial administrada en el punto de producción. Sin embargo, cuando se les obligó a elegir entre los dictados de su retórica revolucionaria y las demandas inmediatas de sus bases, los representantes wobblies usualmente optaron por un enfoque pragmático. Es irónico, dada la reputación incendiaria de los wobblies, que fuera su decisión de renunciar a los grandes gestos radicales y, en cambio, concentrarse en la organización práctica y centrada en el trabajo durante la Primera Guerra Mundial (un conflicto al que el IWW se opuso por principio) lo que condujo a la represión sobre la organización. Tan efectivos fueron los wobblies en la organización de las huelgas durante la guerra que el gobierno de los Estados Unidos utilizó todos los medios a su disposición para destruir el IWW en 1917.

Al iluminar precisamente tales ironías como ésta en la historia del IWW, Dubofsky evitó que los wobblies asumieran el papel de meros iconos radicales o mártires heroicos. Más bien, emergen como hombres y mujeres reales, con defectos y virtudes. Sus principios políticos, como Dubofsky dejó claro, no les proporcionaron las respuestas a los problemas de organización de los trabajadores en su tiempo. La pureza de esos principios tampoco los rescató de los costes del análisis político, del caos de la amarga lucha entre facciones o de la incompetencia administrativa, así como de la oposición de fuerzas poderosas que escaparon a su control. En última instancia, los wobblies que emergen en estas páginas son aún más convincentes, y sus contribuciones al radicalismo estadounidense, a la organización laboral y a la democracia son aún más evidentes, porque sus imperfecciones y contradicciones están muy bien iluminadas.

Sin embargo, el factor final, quizás el más obvio, que contribuyó a la popularidad duradera de este libro es seguramente su tema. Pocas historias en la historia de Estados Unidos pueden competir con las que se cuentan aquí para promover la pasión, el patetismo, el romance y la tragedia. Pocos modelos de figuras históricas pueden igualar el color o la elocuencia ardiente de "la banda de los wobblies", que incluyeron figuras como "Big Bill" Haywood, Elizabeth Gurley Flynn, Arturo Giovanitti, Ben Fletcher y el padre Thomas J. Hagerty.

Pero no es solo el carácter dramático de la historia de los “tambaleantes” lo que los ha convertido en figuras convincentes a través de los años. Ellos y su movimiento plantearon preguntas que aún no han sido respondidas adecuadamente; plantearon desafíos que aún no se han resuelto, y sugirieron alternativas que aún no se han arrinconado para siempre en el montón de cenizas de la historia. Los wobblies cuestionaron si una democracia merecía ese nombre si no daba poder a los más pobres, a los más difamados y a los más marginados. Implicaron a los trabajadores en la construcción de un movimiento laboral inclusivo capaz de lograr un poder obrero. E imaginaron una sociedad de tolerancia y abundancia material administrada en beneficio de todos, un mundo en el que la solidaridad internacional haría que la guerra fuera obsoleta.

La visión de los wobblies continúa desafiando a quienes comparten su sueño de igualdad y justicia. Tampoco hay ninguna razón para creer que pronto vayan a ser olvidados. De hecho, los desarrollos de las últimas décadas hacen que la historia de los “tambaleantes” sea más relevante que cuando se publicó este libro por primera vez. La sospecha anarcosindicalista de los wobblies sobre el gobierno y sus iniciativas de reforma puede haber parecido algo anacrónica en la década de 1960 en una América reconstruida por el *New Deal* de Roosevelt y la *Great Society* de Lyndon B. Johnson. Pero esa crítica parece eminentemente más sensata en una época marcada por el desmantelamiento del Estado del bienestar, la parálisis de los esfuerzos de reforma de la legislación laboral y el creciente poder de las empresas transnacionales. La crítica por parte de los wobblies a las limitaciones del “pork chop unionism” (*sindicalismo de la chuleta de cerdo*; reivindicaciones meramente económicas) de la AFL, pudo haber parecido irrazonable en una época en que los Sindicatos del Sistema estaban logrando acuerdos generosos para una proporción creciente de trabajadores estadounidenses. Sin embargo, esa crítica parece ser mucho más adecuada en una era en la que esa organización solo es capaz de entregar cada vez menos poder adquisitivo a una porción cada vez menor de la clase trabajadora. Si la historia de los wobblies no proporciona estrategias obvias para revertir tendencias como estas, al menos proporcionaría inspiración para aquellos que se resistirían a la globalización del poder corporativo irresponsable, redimirían las promesas no cumplidas de la

democracia y elevarían la dignidad y la seguridad de los desatendidos y los pobres.

###

Este no es el mismo libro que Melvyn Dubofsky publicó hace treinta años. En un esfuerzo por hacer que la narrativa sea más accesible para una nueva generación de lectores, especialmente estudiantes de pregrado, he adaptado su versión de la historia de los wobblies. Aunque he conservado la narrativa original y la estructura de los capítulos del libro, he eliminado aproximadamente un tercio del texto original con todas las acotaciones académicas de Dubofsky. A veces, este esfuerzo me ha llevado a recortar oraciones, combinar o cortar párrafos enteros, o acortar citas. Sin embargo, no he eliminado ningún episodio significativo de la obra de 1969. He intentado hacer la edición de una manera que mantenga el tono cuidadoso, los coloridos detalles y el análisis complejo que informó el libro original. Al minimizar las distracciones, he procurado no llamar la atención sobre mis cortes mediante el uso de puntos de elipsis (excepto cuando utilizo citas reducidas).

Al final de este volumen, he adjuntado un ensayo bibliográfico que analiza trabajos recientes sobre el IWW.

He hecho un esfuerzo especial para preservar los matices del análisis original de Dubofsky. Sin embargo, los lectores cuidadosos notarán que he modificado el lenguaje de Dubofsky actualizándolo a los estándares actuales. También he eliminado la mayoría de las referencias historiográficas y teóricas. En mi opinión, la eliminación de tales referencias (que naturalmente parecerían obsoletas para los lectores de hoy) hace que el texto sea más accesible sin alterar materialmente el argumento original. Por supuesto, aquellos que busquen la historia más documentada sobre el IWW, no tienen mejor lugar para comenzar que la obra original de Dubofsky.

# # #

Me gustaría agradecer a varias personas por su ayuda en la preparación de este volumen. Sin el apoyo de Richard Wentworth en la University of Illinois Press, esta edición abreviada de un clásico de la historia del trabajo hubiera sido imposible.

Gracias también a la editora gerente Theresa L. Sears y a la editora Carol Anne Peschke por su ayuda en la preparación de este volumen. Thomas Featherstone me ayudó a localizar las fotografías de wobblies en las propiedades de la Biblioteca Walter Reuther en la Universidad Estatal de Wayne. Mi hermano y colega historiador, Jim McCartin, me ayudó a digitalizar el texto original que edité en este libro. Mi esposa, Diane Reis, y las hijas Mara y Elisa alegraron mi trabajo con su amor. Y Melvyn Dubofsky me dejó en libertad para tomar cualquier decisión que me pareciera apropiada al resumir su trabajo y al mismo tiempo brindar un apoyo constante como mentor y amigo. Por esto, y por su orientación a lo largo de los años, le debo una gran deuda de gratitud.

## I

### UN ESCENARIO PARA EL RADICALISMO, 1877-1917.

La historia de los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW, Industrial Workers of the World) solo puede entenderse en relación con los cambios económicos y sociales que, entre 1877 y 1917, convirtieron a los Estados Unidos en la principal nación industrial del mundo. Los miembros del IWW, ya fueran nacidos en Estados Unidos o nacidos en el extranjero, eran inmigrantes de primera generación en esa sociedad industrial. De ahí que reflejaran las perplejidades y confusiones, los esfuerzos y las ambiciones de una generación obligada a enfrentarse a un mundo que nunca habían conocido, un mundo que apenas entendían.

Con el final de la Guerra Civil, los estadounidenses cambiaron sus energías de librar batallas a construir fábricas de acero, cavar carbón, empacar carne y construir ciudades. En el proceso de lograrlo, crearon una nueva nación urbana. En 1870, solo uno de cada cuatro estadounidenses vivía en lo que la Oficina del Censo definió como un área urbana; en 1900, la proporción había aumentado a más de dos de cada cinco, y en 1920 más de la mitad de la población residía en áreas urbanas.

Los estadounidenses también construyeron inmensos complejos industriales. Entre 1897 y 1904, el llamado “first American trust movement” (primer movimiento de patronato estadounidense) generó sus colosos corporativos. El analista de Wall Street John Moody en 1904 informó la existencia de 318 fideicomisos industriales activos con un capital de más de 7 mil millones de dólares, lo que representa la consolidación de más de 5.300 empresas en cada línea de producción. El apogeo de combinación industrial llegó en 1901 cuando J. P. Morgan compró las participaciones de hierro y acero de Andrew Carnegie, fusionándolas con su propia Federal Steel Company para formar United States

Steel, la primera corporación de miles de millones de dólares en la historia de Estados Unidos.

Si bien la riqueza total de Estados Unidos aumentó enormemente, su distribución siguió siendo desigual. Cuanto más riqueza observaba Henry George, más deprimente era la pobreza que percibía, lo que lo llevó a concluir que el progreso y la pobreza iban de la mano. Jacob Riis tampoco encontró signos de afluencia distributiva en los barrios pobres de Nueva York. Ni Jane Addams en Hull House ni Lillian Wald en su colonia en Henry Street. La gran riqueza de la nación, tan impresionante en conjunto, se estaba distribuyendo de manera muy desigual entre los distintos grupos que conformaban la sociedad estadounidense.

Aunque el nivel de vida mejoró para la mayoría de los trabajadores estadounidenses entre 1877 y 1917, la pobreza siguió siendo un hecho de la vida para la mayoría de las familias de clase trabajadora y un Estado de existencia para muchos, si no para la mayoría. Robert Hunter, en su clásico estudio *La pobreza*; publicado en 1904, informó que no menos del 14 por ciento de las personas en los tiempos prósperos, y no menos del 20 por ciento en los malos tiempos, sufrían una pobreza extrema, con el desempleo causando la mayor parte de la angustia.

Otros observadores de la vida de la clase trabajadora en la América de principios del siglo XX encontraron condiciones que recuerdan las peores características de la Inglaterra industrial del siglo XIX. En una fábrica de cordeles en la ciudad de Nueva York, una trabajadora social observaba a las mujeres salir al final del día: "Pálidas, de pecho estrecho, cubiertas de polvo fibroso de las manos a los pies... Y el aspecto de los trabajadores de las fábricas... Pálidos, demacrados, ojerosos, como los descritos hacia un siglo en Inglaterra".

Sin embargo, no todos los trabajadores trabajaban por una miseria. Para los expertos, de los que siempre había escasez, el mercado garantizaba salarios altos. Y la afluencia a la industria de millones de inmigrantes que no hablaban inglés creó numerosos puestos de supervisión de planta bien pagados para aquellos que podían leer y escribir en inglés. Los nativos americanos y los

inmigrantes cultos podrían pasar del alto horno o del banco de trabajo al puesto de capataz. Sus habilidades y su relativa escasez también permitieron a estos trabajadores establecer poderosos sindicatos.

¿Y qué hay de los trabajadores no cualificados? ¿Podrían ser miembros de la aristocracia laboral? Ocupando una posición en algún lugar entre la élite y el lumpen-proletariado, estos trabajadores probablemente recibieron lo suficiente del sistema en los buenos tiempos para mantenerse contentos. Tan pronto como una oportunidad de mejora se presentase y pudiera realizarse, la gran masa de trabajadores estadounidenses no tuvo una pelea irreconciliable con el capitalismo.

Pero si la mayoría de los trabajadores se beneficiaron en mayor o menor medida del capitalismo estadounidense, una importante minoría parecía haber sido ignorada por completo por el progreso industrial. De estos, ninguno tenía una queja más fuerte contra el sistema que los afroamericanos. Liberados por fin de la esclavitud, encontraron nuevas formas de sumisión económica esperándolos. En un momento en que la industria necesitaba trabajadores, los hombres negros se vieron a sí mismos en una competencia desesperada e infructuosa por el empleo en las fábricas con los millones de inmigrantes del Este y el Sur de Europa. El hombre negro, por lo general, permaneció en el Sur para trabajar la tierra de un hombre blanco con el arado de un hombre blanco, la mula de un hombre blanco y el dinero de un hombre blanco. Cuando la América industrial finalmente lo llamó, fue demasiado a menudo para servir de esquirol.

A los nuevos inmigrantes les fue mejor que a los afroamericanos, pero también eran ciudadanos de segunda clase en relación con los blancos nativos. Cada encuesta sobre los ingresos de los inmigrantes muestra que se ubicaron en la parte inferior de la escala económica, cuanto menos industrializados están sus países de origen, menores son sus ingresos en los Estados Unidos. Solo la presencia del afroamericano mantuvo al italiano, al polaco y al eslavo por encima de los bajos fondos de la sociedad.

Aunque la mayoría de los inmigrantes encontraban la vida en el Nuevo Mundo más dulce de lo que habían conocido en el Viejo, a veces concluyeron, como lo

hizo un inmigrante rumano: "Esta es la cacareada libertad y oportunidad en los Estados Unidos: la libertad para los ciudadanos respetables de vender coles en carros horrendos y la oportunidad de vivir en esas viviendas monstruosas y sucias que ocultan la luz del sol".

Al grupo de nativos americanos con un estatus más alto que los afroamericanos o inmigrantes también le fue mal en su tierra. Si la primera mitad del siglo XIX había sido la edad de oro del agricultor en América, la segunda mitad fue el momento de la prueba. Las granjas de Nueva Inglaterra, Nueva York y Pensilvania ahora tenían que competir con las vastas y fértiles praderas del Oeste. Desde las granjas no competitivas del Noreste, las granjas con hipotecas del Sur y el Oeste, y desde algunas granjas poco exitosas en todas partes, miles de jóvenes fueron expulsados. Finalmente, muchos de ellos engrosaron las crecientes filas de trabajadores migrantes: los hombres que seguían la cosecha del trigo desde Texas hasta Canadá; recogían las frutas, verduras, y lúpulos de la costa Oeste; trabajaban en las minas, los campamentos de construcción y los campamentos de madera del Oeste, siempre listos para continuar viajando a una nueva región, un nuevo campamento, a una nueva vida. Pero la región, el campamento y la vida a menudo resultaron ser lo mismo que la antigua: primitiva, brutal, solitaria, dura y mal pagada.

Con muchos de estos —negros oprimidos, inmigrantes desilusionados, nativos expulsados de sus tierras—, los Trabajadores Industriales del Mundo intentaron forjar un movimiento para cambiar la sociedad estadounidense. Los negros, los inmigrantes y los migratorios siempre fueron los objetos principales de los esfuerzos de la IWW y las fuentes de su fuerza. De los tres grupos, los migratorios demostraron ser los más militantes, revolucionarios y leales.

Si el capitalismo estadounidense en los mejores tiempos fue adecuado para la mayoría de los ciudadanos, aunque no para todos, en los peores no proporcionó ni siquiera a los afortunados puestos de trabajo, ingresos y seguridad. Las depresiones y recesiones industriales ocurrieron como un reloj en el medio siglo siguiente; centrándonos en Appomattox: primero de 1873 a 1878, luego nuevamente en 1883-85; 1893-97, 1907-9 y 1913-15. Siempre la

historia fue la misma: la pobreza en medio de la abundancia. La gente ociosa y el capital ocioso. Descontento y esporádica protesta por parte de los trabajadores fomentando el miedo de las clases medias y altas, y la dura represión de las autoridades.

Deseando un mínimo de seguridad en momentos de fluctuación económica, los trabajadores buscaron organizarse. Los fundadores del movimiento obrero estadounidense moderno aprendieron la lección fundamental de la sociedad industrial: la dificultad de la solución individual de sus problemas. Para los trabajadores, este conocimiento dictó la unificación de la fuerza en los sindicatos y la creación de un movimiento obrero nacional.

Lo curioso de la historia laboral de fines del siglo XIX no es que surgieran los sindicatos, sino que fueran tan débiles y que tan pocos trabajadores se afiliaran. Pero una pequeña reflexión muestra por qué. Aunque la sociedad estadounidense no tenía clases tradicionales, carecía de los vínculos que unían a los trabajadores europeos en una clase caracterizada por patrones comunes de pensamiento y comportamiento.

De hecho, la clase obrera de Estados Unidos fue más notable por su heterogeneidad religiosa y étnica. Los trabajadores nativos no tenían más que desprecio por los inmigrantes católicos irlandeses, y los trabajadores irlandeses, a su vez, despreciaban a los polacos, eslavos e italianos que llegaron más tarde. Los blancos temían a los negros; los judíos sospechaban de los gentiles... Los empresarios fácilmente enfrentaron a un grupo contra otro y mezclaron astutamente sus fuerzas laborales para debilitar la solidaridad del grupo.

Lo que la mezcla juiciosa no pudo lograr, las condiciones económicas y la ley lo hicieron. Demasiados trabajadores solo tenían su fuerza física para vender, y en un mercado de trabajo inundado periódicamente por inmigrantes, la fuerza física tenía un premio escaso. ¡Es mejor ganar la aprobación del jefe evitando a los agitadores laborales y sus sindicatos que perder el trabajo por un novato o un esquirol! Aquellos con habilidades para vender pusieron otras barreras a la organización sindical. La ley estadounidense autorizó los dispositivos antisindicales de los empresarios y prohibió las tácticas sindicales básicas. Se

ha dicho que el poder judicial estadounidense ató una mano (y, a veces, ambas) a la espalda del trabajador antes de enviarlo al cuadrilátero darwiniano a luchar contra un adversario más poderoso.

Todo el ambiente estadounidense parecía conspirar contra el movimiento obrero. Desde 1877 hasta 1893 la movilidad social fue ostensible. Por todas partes se observaron evidencias de ascensión social de niños pobres. Quizás eran la excepción, pero los hombres viven tanto de las fantasías como de la realidad, y si la realidad de una gran riqueza eludía al trabajador, todavía podía soñar con ella para su hijo

Entonces, cuando los tiempos eran buenos y las oportunidades abundaban, el trabajador ambicioso mostró un leve interés en los sindicatos o en cualquier institución que intentara alterar la estructura social. Sin embargo, con la depresión, las oportunidades se debilitaban y los sueños se desvanecían. Los sindicatos, apenas capaces de sobrevivir en la prosperidad, a menudo colapsaban ante el primer indicio de depresión.

La primera organización laboral nacional importante que apareció en la América industrial fue la de los *Caballeros del Trabajo*. Organizada inicialmente como una sociedad secreta local en 1869, se hizo pública y nacional en 1878, e invitó a todos los productores a unirse. Sólo los capitalistas, abogados, jugadores y borrachos fueron vetados para asociarse. Proclamando la universalidad de la afiliación como su principio rector, y la solidaridad como su lema: "Una lesión a uno es un problema para todos", los Caballeros funcionaron como una organización de trabajo convencional. La mayoría de los miembros eran trabajadores asalariados que se unieron para luchar por salarios más altos y mejores condiciones de trabajo.

Siendo la única organización laboral nacional prominente, los *Caballeros* crecieron rápidamente durante los años prósperos de 1879 a 1886. En 1886, la afiliación se acercó a un millón, y algunos estadounidenses de clase media llegaron a temer al Gran Maestro Trabajador de la organización, Terence Powderly, —afable, narcisista, incompetente administrativamente, constitutivamente inefectivo—, tanto como los estadounidenses posteriores temieron a la generación de líderes laborales poderosos post-New Deal.

Pero los *Caballeros* carecían de verdadera sustancia y fuerza. Su afiliación disminuyó después de 1886 tan rápidamente como había aumentado previamente. Para 1888, la organización, si no muerta, ciertamente estaba moribunda. La época exigía planificación, capacidad ejecutiva y una comprensión racional de los problemas. Los *Caballeros* carecían de los tres.

Algunos elementos del movimiento laboral se centraron en la eficiencia, en particular los sindicatos nacionales, que se reorganizaron en 1886, como la Federación Americana del Trabajo (AFL). Una organización nacional que competía con los Caballeros por la afiliación y por la supervivencia, la AFL vivió y eventualmente prosperó, mientras que los Caballeros murieron.

Lo que sucedió fue que los sindicatos reconocieron y actuaron sobre lo que era; los Caballeros propusieron lo que podría ser. Los Caballeros, escribió un historiador, “trataron de enseñarle al asalariado estadounidense que él era primero asalariado y luego un albañil, un carpintero, un minero, un zapatero; que era primero asalariado y católico, protestante, judío, blanco, negro, demócrata o republicano después. Esto significaba que la Orden estaba enseñando algo que no era así con la esperanza de que en algún momento lo fuera”. Pero los afiliados de la AFL organizaron carpinteros como carpinteros, albañiles, etc., enseñándoles a todos a colocar sus propios intereses de oficio antes que aquellos de otros trabajadores.

Después de 1900, a medida que la AFL bajo el liderazgo de Samuel Gompers creció y prosperó, trató de venderse a los empresarios como una alternativa conservadora al radicalismo obrero. Podría hacerlo porque sus miembros eran, en general, los trabajadores más satisfechos con el *status quo*. A cambio del buen trato otorgado a la élite cualificada dominante en la AFL, la federación se convirtió con el tiempo en uno de los defensores más fuertes del sistema estadounidense. Mientras los salarios aumentaban, y lo hacían, las horas de trabajo disminuían, y lo hacían, y la seguridad aumentaba, la AFL podría crecer mientras descuidaba a millones de trabajadores condenados a vidas de miseria.

Aquí, el IWW entró en escena, ya que se ofreció a hacer lo que la AFL se negó a intentar: organizar a los negros, a los nuevos inmigrantes y a los trabajadores

de las industrias de producción masiva donde las líneas de oficio se disolvían bajo la presión de la tecnología. El IWW, al igual que los Caballeros anteriores, les dijo a los hombres y mujeres que primero eran trabajadores y luego judíos, católicos, blancos o negros, que tenían habilidades o no tenían habilidades. La IWW también intentó enseñar "algo que quizás no era así con la esperanza de que alguna vez lo fuera".

Los trabajadores, sin embargo, no fueron los únicos estadounidenses insatisfechos con el orden industrial prevaleciente. Esta fue también la era del populismo, el progresismo y el auge del socialismo estadounidense: la era de la reforma. Mientras duró, todo tipo de cosas parecieron posibles en Estados Unidos. Una mirada de reformadores esperaban transformar a Estados Unidos en una sociedad justa y buena, si no "Grande".

A raíz de la depresión agraria de las décadas de 1880 y 1890, el populismo presentó el primer desafío efectivo a treinta años de complacencia política y deriva. El descontento unió a los populistas. Estuvieron de acuerdo en que la producción con fines de lucro, hacía ricos a unos pocos a costa de muchos. Sintieron que obligar a los trabajadores a obedecer las leyes "naturales" de la oferta y la demanda los convertían en un producto más, como trozos de carbón o sacos de harina. Los populistas no tenían sentido en un orden económico que obligaba a los agricultores a abandonar la tierra porque producían un excedente, pero no podían alimentar a los hambrientos millones, tenían menos sentido en un sistema que despedía a millones de trabajadores porque no podían consumir lo que habían producido, y no encontraron ningún sentido en absoluto en un orden político que reprimió a los descontentos, pero hizo poco para frenar los excesos, las locuras e incluso las tiranías de la gran riqueza. Los populistas propusieron en cambio mantener al agricultor en la tierra, al trabajador en la banca, y devolver el gobierno al servicio de muchos, no de unos pocos.

Aunque el populismo murió después de la derrota demócrata en 1896 y el retorno de la prosperidad, la reforma sobrevivió. El progresismo vino a continuación. Más urbanos, mucho más exitosos económica y socialmente, y mucho menos alienados, los progresistas, sin embargo, eran muy conscientes de las deficiencias e injusticias enraizadas en la sociedad estadounidense. A

través de la reforma del orden prevaleciente, que en general consideraron satisfactorio, los progresistas buscaron eliminar la ocasión para futuros levantamientos de la clase trabajadora o revueltas populistas.

Las reformas de la era progresista incluían un poco de algo para todos: leyes antimonopolio más estrictas y regulaciones comerciales para el pequeño fabricante, comerciante y agricultor; tarifas más bajas para los agrarios del Sur y del Oeste, y también para los consumidores; y entregas rurales gratuitas, cajas de ahorros postales, bancos federales de tierras agrícolas y otras medidas para los agricultores de la nación. Los trabajadores y los inmigrantes tampoco fueron excluidos de la generosidad de la reforma progresista. Para ellos, los progresistas proporcionaron a la fábrica la legislación de bienestar social. El trabajo infantil fue restringido, las trabajadoras obtuvieron una nueva protección legal, las fábricas se hicieron más seguras y limpias, los trabajadores obtuvieron indemnizaciones y leyes de responsabilidad, algunos Estados se movieron en la dirección de la legislación de salario mínimo y muchas ciudades comenzaron a ordenar sus barrios pobres.

El progresismo, por supuesto, terminó en un callejón sin salida conservador. Pero esa no era la intención de la mayoría de los reformadores. El capitalismo que sancionaron no era claramente el de J. P. Morgan, Henry Frick o George F. Baer; favorecían una versión democrática vaga, indefinida. Quizás el capitalismo no era compatible con las nociones de los reformistas progresistas de una sociedad democrática y justa, pero no podían saberlo hasta que la nación hubiera intentado sus reformas. Muchos reformadores durante un tiempo tuvieron más en común con los socialistas que con los empresarios y los principales políticos de los partidos de la época.

De hecho, durante los años progresistas, el socialismo disfrutó de su único período de éxito político sostenido a nivel nacional. Los socialistas se beneficiaron de la conciencia social despierta de la nación. Para los ciudadanos alarmados por el capitalismo industrial no restringido y no regulado, solo el Partido Socialista ofrecía un plan completo para unos Estados Unidos fundamentalmente diferentes y, según se creía, mejores.

El socialismo en este período también se americanizó. Resultado anteriormente de la importación de intelectuales y trabajadores europeos, la tez del Partido Socialista pareció cambiar después de 1900. Eugene Debs, su líder sobresaliente, aunque hijo de padres inmigrantes, era estadounidense, nacido y criado en el medio Oeste. Muchos otros nativos americanos prominentes siguieron al partido de Debs: el periodista Charles Edward Russell, Walter Lippmann, Florence Kelley, Frances Perkins, Upton Sinclair, John y Anna Sloan, Theodore Dreiser y Max Eastman eran solo algunos de los muchos estadounidenses que encontraron en el socialismo un antídoto a su extrañamiento de la sociedad estadounidense.

La americanización trajo los votos al Partido Socialista. Las campañas presidenciales de Debs de 1904, 1908 y 1912 difundieron el mensaje del socialismo. A nivel local, donde las posibilidades de victoria electoral eran mayores que a nivel nacional, los socialistas lo hicieron extremadamente bien. En 1911, cuando capturaron las ciudades de Berkeley, Scranton, Bridgeport, Butte y Schenectady, entre otras, aparecieron artículos en revistas populares que expresaban su alarma ante la "creciente ola de socialismo".

El éxito político, sin embargo, sólo ocultó las debilidades básicas. Dentro del Partido Socialista, los enfrentamientos entre facciones y personalidades causaron disturbios. Aunque las facciones y los individuos solían unirse o dividirse en temas específicos sin prestar mucha atención a la coherencia ideológica, un ala derecha (reformista) y una izquierda (revolucionaria) luchaban por el poder en el partido. Más importante que el faccionalismo fue la incapacidad del partido de ampliar su atractivo étnico más allá de un número limitado de nuevos inmigrantes —judíos, sobre todo— y su fracaso en ganar el apoyo masivo de los trabajadores católicos. El socialismo estadounidense nunca capturó el bastión principal del movimiento obrero, la AFL, como la mayoría de los socialistas europeos habían hecho en sus tierras natales.

Mientras duró la era de la reforma, millones de estadounidenses desafiaron el antiguo orden capitalista. El sistema descrito cincuenta años antes por Marx y Engels estaba muriendo en todo el mundo industrial, incluidos los Estados Unidos, y varios grupos sociales luchaban por dar forma al orden económico

venidero. Ninguno estaba absolutamente seguro de lo que depararía el futuro, pero todos querían que estuviera de acuerdo con sus concepciones de una sociedad justa y buena. En América aparecieron luego muchas opciones, ya que en la década de 1890 y principios de 1900 el triunfo de la empresa moderna y el Estado corporativo no parecía definitivo ni inevitable. Entre los estadounidenses que optaron por una alternativa al sistema capitalista se encontraban los muchos trabajadores occidentales que se convirtieron en la columna vertebral de la IWW.

## II

### LA FRONTERA URBANO-INDUSTRIAL, 1890-1905.

En ninguna parte a fines del siglo XIX, los cambios económicos y sociales que produjeron la reforma y el radicalismo estadounidenses fueron tan rápidos y tan inquietantes como en el occidente minero. Allí, en poco tiempo, las ciudades industriales reemplazaron a los campamentos de frontera y las corporaciones fuertemente capitalizadas desplazaron a los buscadores de fortuna. Rentabilizar la extracción de minerales refractarios (oro y plata) y metales básicos (plomo, zinc y cobre) requería ferrocarriles, tecnología avanzada, grandes instalaciones de procesamiento y fundición, además de capitalización intensiva. "El resultado", en palabras de Rodman Paul, "fue que [en 1880] muchos asentamientos mineros se llevaron más allá de cualquier escenario que razonablemente pudiera llamarse la frontera. En cambio, devinieron en islas industriales en medio de bosques, desiertos o montañas". Durante la década de 1890 y principios de 1900, el crecimiento económico continuo llevó a las comunidades mineras occidentales aún más allá de la etapa de frontera.

En otros lugares de América, la transformación de la economía artesanal en la producción con maquinaria, del propietario individual a la corporación impersonal, de la aldea a la ciudad, se demoró hasta dos siglos. Incluso con este lento ritmo de desarrollo en las comunidades más antiguas, la conmoción del cambio resultó desconcertante para millones de personas. En Occidente, donde las comunidades crecieron desde aldeas a ciudades industriales, las empresas mineras evolucionaron desde las técnicas primitivas a la tecnología moderna o de las pequeñas empresas a las corporaciones gigantes, si no de la noche a la mañana, al menos dentro de una generación, y esta transformación demostró ser muy perturbadora para los viejos hábitos y las actitudes tradicionales.

Ya en 1876, Colorado, aunque estaba escasamente asentada y lejos de los principales centros industriales de la nación, había sido colonizada por corporaciones y ciudades de empresa. Leadville, por ejemplo, era un monumento a la frontera urbana en América. Ochenta millas al sudoeste de Denver, casi 2 millas sobre el nivel del mar, rodeada por altos picos montañosos y envuelta en nubes bajas (de las cuales deriva su otro nombre, Ciudad Nube), fue en 1880 la metrópolis de una comunidad minera del Condado de Lake con 35.000 personas. Leadville había tenido una historia diversa. El oro, descubierto en 1858, atrajo por primera vez al asentamiento montañoso llamado Ciudad del Oro todas las probabilidades y los fines sociales que encontramos comúnmente en los ruidosos campamentos de minería. Al principio, Ciudad del Oro no era más urbano o industrial que los campos mineros de California inmortalizados en las historias de Bret Harte y Mark Twain. Como sucedió en muchos de los campos de California, los sueños de fortuna basados en el oro pronto se evaporaron. En Ciudad del Oro esto ocurrió en 1876, el año en que Colorado fue admitido en la Unión. En 1878, sin embargo, las ricas fuentes recientemente descubiertas de otro mineral hicieron que Ciudad del Oro pasara a llamarse Leadville (Villa del plomo). En tres años, la población se disparó de 200 a 14.280.

Ahora, anunciada como el mejor campamento de plata del mundo, Leadville se convirtió en 1880 en la productora líder de minerales de plomo y plata, productos que requieren procesamiento a gran escala, capitalización intensiva y mano de obra cualificada. En pocos años, Leadville se había convertido en un asentamiento urbano de tamaño mediano con una población heterogénea, una estructura social variada, una economía próspera y amplias instituciones educativas y culturales.

Cripple Creek, una aislada región oculta por la cima Pike, creció más rápidamente que Leadville. En 1891, Bob Womack, cazador y buscador occidental, descubrió oro en Poverty Gulch, aunque él mismo murió pobre. Ese mismo año, W. S. Stratton, un contratista de construcción local, descubrió la “vena de la Independencia” en lo que más tarde se convirtió en Victor, Colorado; a diferencia de Womack, Stratton, empresario, murió rico, dejando una fortuna de 20 millones de dólares. Para 1893, Cripple Creek era conocido

como el mejor campamento de oro de América. Su producción de oro, valorada en 1.903 dólares en 1891, aumentó a más de 2 millones para 1893 y aumentó cada año hasta que alcanzó los 18.199.736 \$ en 1900. Para entonces, Cripple Creek se enorgullecía de poseer diez mil habitantes, tres ferrocarriles, tranvías, luz eléctrica, hospitales y colegios.

Montana repitió el patrón de Colorado. Su producción de minerales, valorada en 41 millones de dólares en 1889, lo convirtió en el principal Estado minero de la nación, mientras que Butte, "la colina más rica del mundo", se convirtió en la capital del cobre de Estados Unidos. Idaho, en una escala menor, repitió el patrón de desarrollo de Montana y Colorado. Y Arizona, en la década de 1890 y principios de 1900 en que todavía era un territorio (no se convirtió en Estado hasta 1912), demostró ser muy similar en su evolución social a sus vecinos del Norte. En Bisbee, cerca de la frontera con México y de Tombstone, la Phelps Dodge Corporation construyó una ciudad industrial. Al igual que las ciudades de empresa de todas partes, tenía iglesia, hospital, tienda y hogares propiedad de la corporación.

Las ciudades industriales del Oeste minero representaban en microcosmos las condiciones de vida emergentes en la América industrializada y urbanizada. Estas ciudades de fábricas y fundiciones, con sus tiendas y casas de mala calidad, sus salones y sus poblaciones de clase trabajadora, se parecían mucho a sus contrapartes industriales orientales, con una diferencia adicional: en Occidente, la misma rapidez de crecimiento económico trajo mayor malestar, conflicto, violencia y radicalismo.

Los altos costos asociados con el descubrimiento, extracción, procesamiento y transporte de minerales metálicos llevaron inevitablemente a operaciones comerciales a gran escala. Así, la gran corporación podría financiar más fácilmente sus propios estudios geológicos y luego explotar sus hallazgos de manera más completa y económica. A medida que los precios disminuían y el costo de extraer minerales de las profundidades de la tierra aumentaba, únicamente las operaciones capaces de proporcionar costes fijos de capital en base al aumento de la productividad podrían sobrevivir. Las grandes corporaciones también estaban en una mejor posición que sus competidoras más pequeñas para obtener tarifas favorables en ferrocarriles, fundiciones y

refinerías. Por lo tanto, en Occidente como en Oriente, las grandes corporaciones devoraron a las empresas más pequeñas, menos eficientes o menos capitalizadas.

Al construir su imperio minero en el territorio de Arizona, Phelps Dodge colonizó una región más conocida por sus colinas, sus bandidos, sus apaches y su caballería estadounidense, que por sus riquezas minerales. Pero Phelps Dodge tenía el capital y las habilidades empresariales necesarias para convertir una frontera estéril en una ciudadela industrial. A diferencia de las pequeñas empresas locales, Phelps Dodge trabajó en los minerales refractarios más profundos y construyó sus propias instalaciones de refinería y transporte. La compañía construyó literalmente las ciudades de Bisbee y Warren, mientras que la comunidad vecina de Douglas, un centro de refinamiento, llevaba el nombre del presidente de la compañía. Entre 1885 y 1908, Phelps Dodge extrajo más de 730 millones de libras de cobre de su famosa mina Copper Queen en Bisbee, obteniendo dividendos de más de 30 millones de dólares.

No satisfecho con la hegemonía económica en el distrito de Warren, Phelps Dodge obtuvo el control de la producción de cobre más al norte, en Morenci. Allí estableció una operación de fundición aún más grande y eficiente. La inversión a gran escala elevó la producción de Morenci de unos siete millones de libras de cobre en 1897 a más de dieciocho millones en 1902, y veinticuatro millones en 1908. Para 1910, el territorio de Arizona era un líder mundial en la producción de cobre; solo siete años después, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, un puñado de compañías, dirigidas por Phelps Dodge, controlaban la economía minera del nuevo Estado.

La concentración corporativa tuvo implicaciones de gran alcance para los trabajadores occidentales. A medida que las corporaciones nacionales reemplazaban a las empresas locales, los trabajadores y los líderes laborales occidentales comenzaron repentinamente a recordar con cariño lo fácil que había sido ver al jefe de una empresa local y establecer acuerdos amistosos para resolver la mayoría de las disputas. Las corporaciones gigantes, por el contrario, no permitían a los gerentes locales llevar una política laboral autónoma, y los trabajadores y los representantes sindicales rara vez podían entrevistar a los oficiales generales, que usualmente estaban ubicados en

ciudades distantes. Los gerentes locales se negaban a resolver las disputas, alegando que no podían ir más allá de las instrucciones emitidas desde la oficina central. Los trabajadores y los negociadores sindicales fueron atrapados incómodamente en medio de la nada.

Los trabajadores que llenaban las ciudades industriales del Oeste compartían un lenguaje común, un cierto grado de similitud étnica y una tradición de organización sindical. Los sindicatos organizados por los mineros en la década de 1860 en Comstock Lode en Nevada habían crecido y prosperado, defendiendo los salarios existentes en los malos tiempos y obteniendo aumentos en los buenos tiempos. A partir de ahí la idea sindical se extendió a otros distritos mineros.

Los lazos étnicos aumentaron la solidaridad sindical. Las estadísticas del censo revelan que, a diferencia de otros centros industriales estadounidenses de esa época, todos los distritos mineros principales en Colorado, Idaho y Montana estaban dominados por mayorías nativas. Además, los nacidos en el extranjero procedían en gran parte de las islas británicas (incluida Irlanda) y Escandinavia y apenas representaban a las más recientes olas de inmigración. Una mirada a los nombres publicados en el directorio de delegados de la Federación Occidental de Mineros (WFM) impreso regularmente por la revista *Miner's Magazine* demuestra los abrumadores orígenes anglosajones de los líderes locales y nacionales de la organización.

Los mineros estadounidenses y nacidos en el extranjero, eran trabajadores cualificados. Los hombres de Cornualles que habían extraído plomo en su país de origen fueron llevados a Estados Unidos por sus conocidas habilidades. Los irlandeses, también fueron reclutados principalmente como mineros cualificados. Y muchos estadounidenses nativos habían abandonado desde hacía mucho tiempo la prospección y la esperanza de hacerse ricos por los rendimientos más estables del trabajo asalariado cualificado. Hay razones para creer que a medida que la minería se hacía más compleja y costosa, los operadores de minas y fundiciones preferían a los trabajadores cualificados y regulares a los "pioneros" o "fronterizos" y que las diferencias salariales atraían a los mineros de Europa y del Este americano al Oeste. John Calderwood, el primer líder sindical en Cripple Creek, ingresó en las minas de

carbón a la edad de nueve años y posteriormente dedicó su vida a la minería, incluida una breve asistencia a la escuela minera. Ed Boyce, el primer presidente exitoso del WFM (1896-1903), inmigrante irlandés, trabajó como minero desde 1884 hasta su elección a la presidencia del sindicato; su sucesor, Charles Moyer, había sido un trabajador cualificado en el complejo de fundición Lead, South Dakota. Y el más famoso de todos los líderes sindicales de las montañas del Oeste, William D. "Big Bill" Haywood ("Gran Bill"), ingresó a las minas cuando era un adolescente y trabajó en ellas hasta su elección como Secretario-tesorero de la WFM en 1901.



"Big Bill" Haywood

Si bien los trabajadores de las montañas del Oeste no eran hombres de la frontera salvajes y lanudos, diferían en aspectos importantes de sus contrapartes en el Este y en Europa. Fred Thompson, ex editor del *Industrial Worker* del IWW, ha expresado estas diferencias al recordarlas a partir de sus propias experiencias como "trabajo duro": "Su frontera era un hecho psicológico, una evasión bastante deliberada de ciertas convenciones, una ruptura con la atadura al pasado... Individualidad y solidaridad o sentido de comunidad florecieron aquí juntas, y con una filosofía social radical".

Thompson atribuye la singularidad de la clase trabajadora occidental al carácter o personalidad inherente del trabajador. Cree que la fuerza de trabajo occidental estaba formada por hombres que habían elegido conscientemente abandonar las granjas no rentables, las fábricas orientales en huelga o la seguridad de los enclaves de inmigrantes.

Aunque Thompson aparentemente percibe una relación directa entre el grado de falta de respeto y el crecimiento del radicalismo, otros factores son más importantes para explicar las diferencias occidentales. Primero, el trabajo era más escaso en Occidente, y esta escasez alentaba la libertad (no al revés); los trabajadores se movían hacia donde los salarios eran más altos y había mejores condiciones. Segundo, las divisiones étnicas no eran tan agudas en Occidente. Aunque los empresarios intentaron reclutar fuerzas de trabajo heterogéneas para reducir la solidaridad laboral, no tuvieron un éxito tan completo como en el Este. Cuando los europeos del Este y del Sur se incorporaron a la fuerza laboral occidental, nunca llegaron a dominar una comunidad como lo hicieron en las entidades de minería del carbón y siderúrgicas de Pensilvania; en cambio, fueron rápidamente excluidos o integrados socialmente en la comunidad occidental de trabajadores de habla inglesa. (El conflicto étnico no estuvo totalmente ausente entre los trabajadores occidentales; no hubo dos nacionalidades que se desagradian más intensamente que los hombres de Cornualles e irlandeses). Tercero, las instituciones sociales no estaban tan firmemente establecidas en Occidente. Finalmente, la mayoría de los trabajadores occidentales vivían en comunidades mineras, donde los hombres obtenían su sustento arriesgando sus vidas diariamente en las entrañas de la tierra. Los centros mineros occidentales compartieron con las comunidades mineras de todo el mundo la solidaridad grupal y el radicalismo derivado del aislamiento físico relativo y el trabajo subterráneo peligroso.

Debido en gran parte a la composición étnica y la solidaridad de las comunidades mineras occidentales y a la dependencia de comerciantes y profesionales locales de los mineros, los trabajadores y los empresarios locales no se dividieron en facciones hostiles. Los empresarios y agricultores locales a menudo apoyaron a los mineros en su lucha por el reconocimiento sindical y

salarios más altos. En el rico en minerales Coeur d'Alene, de Idaho, los residentes locales, granjeros y comerciantes, periodistas y médicos, funcionarios públicos y trabajadores cualificados, simpatizaron con los mineros en huelga.

En estas comunidades mineras, la corporación intervino para perturbar la paz local y abrir una brecha entre los trabajadores y sus aliados de clase no obrera. La década de 1890 fue una década incómoda para las empresas estadounidenses de minería, manufactura y fundición. La caída del precio de la plata, la depresión de 1893, la derogación de la Ley de Compra de Plata de Sherman y la inestabilidad inherente de las industrias extractivas hicieron que los propietarios de minas y los empresarios de la fundición estuvieran ansiosos por reducir los costos de producción y, en consecuencia, fueran menos tolerantes a las demandas de la mano de obra. Las corporaciones mineras formaron asociaciones para presionar a los ferrocarriles amenazando con cerrar las propiedades mineras y suspender los encargos a menos que las tarifas de envío disminuyeran. Pero a los capitalistas les resultó más fácil recortar gastos del trabajo que del capital.

Las innovaciones tecnológicas aumentaron la productividad, pero al hacerlo diluyeron la importancia de las habilidades tradicionales y alteraron los patrones de trabajo establecidos. Si bien los cambios tecnológicos no solían disminuir los ingresos totales, tendían a disminuir las tasas por unidad y a reducir a algunos trabajadores que antes estaban cualificados a puestos no cualificados con un potencial de ingresos más bajo. En el lenguaje hiperbólico de Bill Haywood, "no había forma de escapar de la gigantesca fuerza que los aplastaba implacablemente a todos bajo su cruel talón. La gente de estos terribles campamentos mineros estaba en una permanente fiebre de revuelta".

Haywood solo exageró un poco. La modernización y la corporativización de la industria minera de hecho agravaron las tradicionales reclamaciones laborales de los mineros. Si la innovación tecnológica no irritaba a los mineros, las tiendas de propiedad de la empresa, los bares y los hostales, cobraban precios no competitivos. Si los mineros aceptaban cambiar las clasificaciones de

trabajo y las aptitudes laborales, también se negaban a tolerar una ventilación y encofrado de la mina insuficientes y a reducir otras medidas de seguridad.

Independientemente de sus quejas, los mineros occidentales descubrieron que solo a través de la organización podían obtener una reparación. Los empresarios, sin embargo, no apreciaban los beneficios de la organización sindical. Por lo tanto, durante una década y media, los mineros y los propietarios de minas lucharon por el poder económico y la seguridad.

Los sindicatos modernos de mineros surgieron por primera vez en Butte en 1878, cuando el 13 de junio los trabajadores locales organizaron el Sindicato de mineros de Butte (que luego se convertiría en el Local 1 de la WFM, su afiliada más grande y más rica) para defender a los trabajadores contra las reducciones salariales propuestas y para mantener el mínimo diario de 3,50 \$ para los trabajadores subterráneos. El sindicato creció rápidamente, tuvo éxito en su defensa de las tasas salariales vigentes y acumuló una buena tesorería. Los líderes obreros formados en Butte y el dinero acumulado, desempeñaría más tarde un papel prominente en la organización sindical en otros lugares.

Sin embargo, la asociación de sindicatos mineros no se desarrolló durante una década. Luego, en 1888 o 1889, los mineros de Idaho en los campos de Coeur d'Alene de Burke, Gem, Mullan y Wardner formaron la Unión de Mineros Ejecutivos de Coeur d'Alene. Aquí ocurrió un conflicto laboral violento, y la organización laboral comenzó a cruzar las fronteras estatales cuando los mineros de Butte proporcionaron asesoría legal y fondos de huelga para sus compañeros de Idaho.

Antes de la década de 1880, el inmensamente rico distrito de Coeur d'Alene estaba escondido en una zona montañosa del norte de Idaho. Toda la zona, que consta de un estrecho cinturón este-oeste de 30 millas de largo y 10 millas de ancho, estaba rodeada por todos los lados por los picos de las montañas Coeur d'Alene. El cañón principal era apenas lo suficientemente ancho como para contener un ferrocarril, y los cañones subsidiarios que conducían a los principales centros de la mina eran aún más estrechos. Pueblos mineros como Gem y Mullan consistían en una sola calle, con casas y salones encajados contra las paredes de las montañas.

En 1887, un ferrocarril de vía estrecha se abrió finalmente camino hacia el cañón principal, inaugurando el crecimiento de la minería a gran escala. Tres años después, los ferrocarriles del Pacífico Norte y la Unión del Pacífico llegaron al distrito, lo que hizo que las operaciones fueran aún más rentables. Con los ferrocarriles llegaron nuevos inversores. La mina local más productiva, Bunker Hill y Sullivan, fue comprada en 1887 por el capitalista de Portland, Oregón, Simeon G. Reed. No mucho después, Reed la vendió a un combinado capitalista de San Francisco y Nueva York organizado por John Hays Hammond, un ingeniero de minas de fama mundial.

Pero la inversión a gran escala también trajo a la región nuevos gerentes de minas ansiosos por disciplinar la mano de obra local. Casi tan pronto como Simeon Reed asumió la propiedad de Bunker Hill, su gerente residente aconsejó: "Quiero el privilegio de contratar a un hombre confidencial, que me informe de forma silenciosa y sin ostentación sobre nuestros empleados... Su salario sería poco en comparación con los servicios que podría prestar". Y así llegaron los espías de trabajo al distrito. Dos años más tarde, el siguiente gerente de Reed, Victor Clement, informó que los propietarios de las minas locales habían formado una asociación para el beneficio y la protección mutuos, particularmente en el trato con ferrocarriles y fundiciones. Pero Clement, agregó, también se esforzará por regular muchos abusos en la cuestión laboral".

Los "abusos" laborales mencionados fueron causados por las políticas del Sindicato de Mineros Ejecutivos de Coeur d'Alene. Esta organización laboral local, generalmente moderada en sus actitudes, buscaba mantener el negocio del sindicato, salarios mínimos para trabajadores clandestinos sin importar sus habilidades, y sus propios hospitales y servicios médicos financiados por el sindicato.

Los gerentes de minas, enfrentados a la competencia de otros distritos de plomo-plata no sindicalizados, así como a las tasas de ferrocarril y de fundición que consideraban demasiado altas, decidieron tomar medidas enérgicas contra los trabajadores. Para reducir los costos de mano de obra a través de una mayor productividad, introdujeron taladros de aire a presión, una innovación que obligó a muchos mineros a aceptar trabajos menos

cualificados [\(1\)](#). Pero los sindicatos insistieron y ganaron un mínimo diario de 3,50 \$ para todos los trabajadores subterráneos. Obviamente, los propietarios de las minas no podrían reducir los costos de manera suficiente mientras los sindicatos locales siguieran siendo tan poderosos. Los empresarios nuevamente recurrieron a los detectives privados para romper el control sindical del distrito; en este empeño se dirigieron a Charlie Siringo, el autoproclamado "Detective Vaquero". Con empleo en la mina Gem bajo el nombre falso de Allison, Siringo se unió al sindicato local. Intrigando, Allison/Siringo consiguió su elección como Secretario de registro del Local de Gem del sindicato de mineros de Coeur d'Alene.

Al saber de antemano qué esperar de los sindicatos, los dueños de las minas rápidamente tomaron medidas enérgicas contra sus trabajadores. El día de Año Nuevo de 1892, las minas del distrito anunciaron un cierre inminente hasta que los ferrocarriles locales redujeran sus tasas de envío. Dos semanas después del anuncio, todas las minas del distrito habían cerrado, lo que dejaba a los trabajadores desempleados para lidiar con un invierno a temperaturas bajo cero en el norte de Idaho. Aunque los gerentes esperaban que su acción condujera a tasas más reducidas en los ferrocarriles, estaban igualmente seguros de que un invierno de descontento debilitaría a los sindicatos locales y haría más fácil la reducción de salarios. Después, el 27 de marzo, los empresarios redujeron el salario mínimo para el trabajo subterráneo de 3,50 \$ a 3 \$ por día.

Sin embargo, el desempleo invernal no había debilitado la voluntad del sindicato ni su fuerza. Los mineros todavía exigieron los "3,30 \$ tradicionales y nada menos". Informados por Siringo de que los sindicatos no se decidían, los propietarios retiraron su oferta salarial del 27 de marzo y, en lugar de trabajar sus minas a lo que consideraban un costo demasiado alto (especialmente dado el mercado deprimido de minerales de plomo y zinc), decidieron mantener el cierre hasta el 1 de junio.

En este punto, de abril a mayo de 1892, los mineros y sus sindicatos mantuvieron el control de las fuentes primarias del poder local. Pocos, hombres de la zona harían de esquiroles. Los principales periódicos del distrito, el gobierno del condado cuyo sheriff y diputado eran hombres

sindicales elegidos por voto sindical, y los jueces de paz locales, que también eran hombres sindicalizados o simpatizantes, apoyaron a los sindicatos de mineros. Un apoyo similar provino de muchos comerciantes del área, médicos, abogados e incluso agricultores. Además, el Sindicato de Mineros de Butte había acumulado un préstamo en efectivo de 5.000 \$ para los mineros de Coeur d'Alene, y también prorrateó a sus propios miembros 5 \$ mensuales para un fondo de huelga.

Sin embargo, los empresarios poseían dos armas importantes y, en última instancia, determinantes: el dinero y la influencia. Incapaces de controlar la ley local o de influir en la población no trabajadora del distrito, se acercaron a los jueces federales y al gobernador del Estado para solicitar asistencia. De uno de tales jueces, James H. Beatty, los dueños de las minas en mayo de 1892 obtuvieron una orden judicial que prohibía a los miembros del sindicato invadir la propiedad de la compañía, interferir de cualquier manera con las operaciones mineras o intimidar a los empleados. En efecto, este y otros requerimientos judiciales restringieron los piquetes y todos los esfuerzos del sindicato para inducir a los rompehuelgas a abandonar las minas. Pero los decretos judiciales no podían proporcionar mano de obra para trabajar las minas.

En este punto el conflicto laboral dio un giro extraño y violento. Desde marzo hasta principios de julio, los mineros desempleados habían mantenido un frente unido pero pacífico. Sabiendo que sus empresarios no podían asegurar un suministro adecuado de rompehuelgas, los trabajadores esperaron en silencio a que sus dirigentes se rindieran. Pero pasado el mes de julio se modificó inesperadamente el estancamiento de la huelga. Lo que sucedió ese día está claro; por qué sucedió no es así. Miembros del sindicato, que habían sido pacíficos y respetado la ley durante tres meses, se armaron de repente, formaron una fuerza de ataque y se apoderaron de dos minas. Durante el ataque, dos hombres murieron, seis resultaron heridos y propiedades de la Compañía fueron destruidas. Las circunstancias del incidente son sospechosas. Sólo unos días antes, los empresarios se habían enterado por el gobernador Willey de que el presidente Harrison había rechazado su solicitud de tropas porque el distrito de Coeur d'Alene era pacífico. Al parecer, los propietarios de

las minas fueron tomados por sorpresa, lo que permitió a los mineros capturar las dos minas tan fácilmente. Sin embargo, Siringo era en ese momento un miembro de confianza del sindicato que sin duda tuvo conocimiento del ataque premeditado, y seguramente transmitió ese conocimiento a los empresarios mucho antes de julio. Su papel como espía de la empresa no se descubrió hasta ese mismo día (11 de julio), cuando huyó de forma precipitada e ignominiosa de la sede del sindicato y del distrito. Sin embargo, Siringo, que había Estado informando regularmente a los empresarios sobre las tácticas sindicales, no había enviado ninguna notificación anticipada del acto más importante planeado supuestamente por los mineros.

Independientemente de las circunstancias, los eventos de julio modificaron de manera decisiva el equilibrio de poder local, alejándolo de los sindicatos hacia los dueños de las minas. Si los empresarios no planearon ni provocaron el ataque violento, fueron sin embargo sus únicos beneficiarios. Inmediatamente después del ataque sindical, los dueños de las minas exigieron la ayuda de Willey y de la delegación del Congreso de Idaho. Con cada hora que pasaba, los empresarios parecían volverse más frenéticos, al igual que el propio fiscal general de Willey, quien telegrafió a los Senadores estadounidenses de Idaho: "La mafia debe ser aplastada por una fuerza abrumadora. No podemos retirarnos ahora". Con un poco más de pánico, agregaba algo más tarde: "Deben enviarse armas de fuego y pequeños obuses... los bosques pueden tener que ser batidos. Nada más que una fuerza abrumadora... evitará una lucha seria". En estas circunstancias, un estallido de violencia por parte de sufridos trabajadores (quizás instigados por sus empleadores) y una gran cantidad de sangre y truenos retóricos soflamados por los empresarios y funcionarios estatales, obtuvieron de la Casa Blanca las tropas federales que deseaban Willey y los dueños de las minas.

A los tres días del "brote" sindical inicial, las tropas federales tuvieron la situación bien controlada. Según la sugerencia del gobernador Willey, las autoridades militares actuaron de manera decisiva y detuvieron a más de 600 hombres, 350 de los cuales estuvieron detenidos entre el 16 y el 20 de julio. Entre los arrestados se encontraban altos funcionarios sindicales, jueces de paz, George Pettibone y William Frazier, y Peter Breen, el enlace entre el

sindicato de mineros de Butte y los sindicatos de Coeur d'Alene, que habían sido extraditados de Montana. Donde una vez los empresarios se habían quejado al gobernador de un "reinado del terror" creado por el sindicato, los mineros ahora criticaban el "terror" infligido por la poderosa alianza del gobierno y los empresarios.

Hubo algo de justicia en las quejas de los mineros, ya que las tropas federales de servicio en Coeur d'Alene claramente se convirtieron en una herramienta para perjudicar a los empresarios. Los funcionarios estatales y federales ofrecieron a los sindicalistas presos su libertad, pero solo a condición de que implicasen oficialmente a su organización en la violencia del 11 de julio y renunciasen a la actividad sindical futura. Pero los prisioneros rechazaron la oferta e insistieron en que no habían violado ninguna ley y no firmarían una declaración antisindical, incluso si eso significaba diez años adicionales de prisión.

Las autoridades federales y estatales entretanto procesaron a un grupo selecto de prisioneros. En dos juicios federales separados, el juez Beatty encontró a diecisiete sindicalistas culpables de violar sus mandamientos; declaró a trece de ellos culpables de desacato al tribunal, un delito civil, por lo que fueron condenados a un corto plazo en la cárcel del Condado de Ada, y declaró a los otros cuatro culpables de conspiración criminal, condenándolos a dos años de prisión en la Casa de Corrección de Detroit. Casi simultáneamente, el Estado presentó cargos de asesinato contra cuarenta y dos huelguistas. Pero aquí la fiscalía tenía que depender de un veredicto del jurado (Beatty había dictado sus decisiones desde el banco), y carecía de pruebas para condenar. Al perder el primero de una serie planificada de juicios por asesinato, el Estado nunca volvió a intentarlo. Incluso los veredictos de Beatty no quedaron sin respuesta. James H. Hawley, abogado de los sindicatos mineros, apeló las condenas penales de Beatty ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, que en marzo de 1893 las revocó. La Corte Suprema declaró que Beatty había abusado de su autoridad al usar el poder federal para castigar a los hombres por violar lo que solo podía considerarse una ley estatal.

Los propietarios de las minas perdieron más que los casos legales derivados del conflicto de Coeur d'Alene. A pesar del uso de rompehuelgas, medidas

cautelares y tropas, también fracasaron en romper los sindicatos locales. Para 1894, de hecho, los sindicatos mineros se habían restablecido con más fuerza que nunca en todas las minas del distrito, excepto en Bunker Hill. Más importante aún, las agresivas tácticas antisindicales de los propietarios sirvieron para llevar a condiciones que afectarán las relaciones laborales occidentales durante la próxima década. La primera batalla de Coeur d'Alene demostró hasta qué punto los sindicatos mineros dominaban la comunidad local, sus fuentes de noticias, sus agencias legales y sus simpatías. Los empresarios como resultado recurrieron a los esquiroles. Pero los trabajadores importados solo aumentaron la hostilidad de la comunidad hacia los empresarios y agudizaron el conflicto. La violencia subsiguiente, a su vez, permitió a los empresarios solicitar y generalmente obtener asistencia estatal y federal. Tropas, ley marcial y juicios siguieron inevitablemente, y cualquiera que fuese el resultado inmediato, se dejó una herencia de odio y resentimiento de clase.

Los líderes laborales de Coeur d'Alene, encarcelados en la cárcel del condado de Ada, tuvieron tiempo suficiente para considerar la difícil situación del trabajo en las minas. Percibieron, con el consejo de su abogado, Hawley, que el dominio de la industria minera por parte de las Corporaciones nacionales había alterado drásticamente la existencia del minero, y pronto acordaron entre ellos que solo una organización nacional de mineros podía defender los derechos laborales contra corporaciones interestatales poderosas. Por lo tanto, la agitación por una nueva organización laboral comenzó en serio en marzo de 1893. Poco después, la Unión de Mineros de Butte hizo una llamada a los mineros occidentales para que se reunieran en Butte el 15 de mayo. Ese día, delegados de Idaho, Nevada, Utah, Colorado, Montana y Dakota del Sur llegaron a Butte. En un plazo de cinco días adoptaron una Constitución, eligieron a los cargos permanentes y crearon la Federación Occidental de Mineros (WFM).

El recién nacido WFM, en el espíritu de otras organizaciones laborales de la época, proclamó como su propósito "unir a los diversos sindicatos de mineros del Oeste en un cuerpo central; practicar aquellas virtudes que adornan la

sociedad y recordar al hombre su deber para con sus semejantes; la elevación de la posición y el mantenimiento de los derechos del minero".

Al leer metas tan modestas en 1893, nadie podría haber previsto que cuatro años más tarde un presidente de la WFM haría una llamada a los clubs de rifles sindicales y al establecimiento de una organización sindical occidental dual, ni que siete años más tarde la WFM apoyaría el socialismo, ni que en 1905 se encontraría en la IWW. De hecho, la WFM casi muere en su infancia. Cuando se reunió en 1894 su segunda Convención, la organización apenas era viable y la de 1895 no resultó ser mejor: ese año dos presidentes de la WFM no completaron sus mandatos. La perspectiva para 1896 parecía igualmente sombría. Pero la Convención de 1896 eligió a Ed Boyce como Presidente, y su firme liderazgo, combinado con el retorno de la prosperidad, devolvió la vida a la organización. Para 1899, la WFM había entrado en un período de breve pero impresionante crecimiento.

Pero a medida que crecía, la WFM a menudo entraba en conflicto con sus oponentes y sus aliados en los juzgados, casas de gobierno, e incluso con la Casa Blanca. Durante una década completa, 1894-1904, el conflicto laboral violento destruyó la paz de los Estados montañosos.

De los fuegos de estas luchas surgieron los radicales que finalmente fundaron el IWW.

### III

## LA GUERRA DE CLASES EN LA FRONTERA INDUSTRIAL, 1894-1905.

Nacida después de un violento conflicto laboral en el que el poder combinado de empresas privadas, autoridades estatales y tropas federales sometieron a los mineros rebeldes, la Federación Occidental de Mineros (WFM) maduró durante una serie de guerras industriales aún más explosivas. Apenas pasó un año entre 1894 y 1904 sin que los afiliados del WFM se involucraran en disputas con sus empresarios, disputas que a menudo resultaron en violencia, pérdida de propiedades y vidas e intervención militar.

Estos conflictos industriales moldearon las actitudes de los trabajadores occidentales hacia los empresarios, la sociedad y el Estado. Marcados y amargados por una década de guerra industrial, muchos trabajadores occidentales se volvieron contra el orden social existente, encontraron tanto una explicación como un remedio para su situación en la teoría económica marxista y se convirtieron en el sector más radical y militante del movimiento obrero estadounidense.

Durante los diez años que van de 1894 a 1904, los mineros occidentales emprendieron una guerra armada con sus adversarios capitalistas. Los sindicatos de mineros a veces compraban y almacenaban rifles y municiones, perpetrándose por si todo lo demás no lograba sus objetivos con rifles y cartuchos de dinamita. Este recurso a la violencia no careció de una razón sustancial, ya que los propietarios de minas demostraron ser igualmente marciales, y generalmente menos escrupulosos, que sus enemigos sindicales.

Los hombres de negocios también almacenaron armas y municiones; también recurrieron a la dinamita, contrataron a los hombres y agentes provocadores de Pinkerton, y pagaron ejércitos privados para defender sus propiedades cuando las autoridades públicas se negaron a brindar dicha protección. Dados los preparativos y las precauciones tomadas por los combatientes empresariales y sindicales, no es de extrañar que los ejércitos contendientes se

enfrentaran en el campo de batalla industrial en Cripple Creek en 1894; que se colocaran minas en Leadville en 1896, o que mineros armados tomaran un tren y destruyeran un concentrador de mineral en Coeur d'Alenes en 1899.

Cuando los propietarios de las minas habían consolidado su poder tanto a nivel local como nacional, la única alternativa de los trabajadores a la sumisión se convirtió en una verdadera guerra de clases. Cuando la WFM libró una batalla tras otra, ya sabía que el Estado estaba aliado con el capital, que los demócratas no eran mejores que los republicanos y que no se podía confiar en los viejos amigos. Solo a través de la organización interna y la solidaridad de clase, el trabajo podría esperar encontrar la seguridad inmediata y la salvación definitiva.

Por un tiempo, a pesar de la oposición, el WFM prosperó. Los años transcurridos entre la infructuosa lucha de 1899 en Coeur d'Alenes y la reanudación de la guerra laboral en Colorado en 1903 fueron la edad de oro del sindicato. En noviembre de 1901, la revista *Miner's Magazine* informó que los seis meses anteriores habían sido los más prósperos en la vida del sindicato, con la mayoría de los mineros afiliados y veinte nuevos locales. La WFM abrió otros veinte locales el año siguiente, e incluso consideró la posibilidad de extender la organización a través de la frontera a México. A principios de 1903, en vísperas de un conflicto brutal y decisivo en Colorado, la Junta Ejecutiva informó que la afiliación había aumentado en otro tercio. En la misma sesión, la Junta recomendó que la *Constitución* del sindicato se tradujera al italiano, eslavo y finlandés para fomentar la solidaridad entre esas nacionalidades que se habían vuelto cada vez más importantes en la industria.

En la primavera de 1903, el futuro del WFM parecía brillante. Sin embargo, un año después, la organización quedó en ruinas. ¿Qué sucedió en tan poco tiempo para convertir el éxito en fracaso, un futuro brillante en un presente desesperado?

La respuesta no es difícil de encontrar. A medida que la WFM aumentó en fuerza y disfrutó de un éxito continuo, los empresarios occidentales se volvieron más hostiles. Las grandes corporaciones nacionales con intereses en el occidente deseaban particularmente debilitar el sindicato de mineros antes

de que fuera lo suficientemente fuerte como para exigir una parte del poder económico en la industria. En consecuencia, los intereses comerciales en Colorado decidieron forzar el problema con los sindicatos.

Los líderes del WFM vieron lo que estaba sucediendo. Sabían que en 1902 los dueños de las minas de Colorado formaron una asociación estatal para combatir los sindicatos de mineros con dinero, propaganda e infiltración de detectives de Pinkerton. También sabían que los más grandes intereses corporativos, a través de una combinación de presión económica y apelaciones a la lealtad de clase, estaban alistando a empresarios y profesionales locales, anteriormente aliados a los mineros, en una creciente coalición antisindical. Por lo tanto, no fue sorprendente cuando, en febrero de 1903, Charles Moyer, el sucesor de Boyce como presidente del WFM, se quejó: "Estamos siendo atacados por todos lados por la Asociación de Propietarios de Fideicomisos y Minas".

Sin embargo, los funcionarios sindicales reaccionaron con cautela. Moyer enfatizó que el propósito del WFM era construir, no destruir: evitar por todos los medios honorables una guerra entre empleador y empleado. Al mismo tiempo, William D. Haywood describió la posición del sindicato con mayor precisión cuando dijo: "No nos oponemos a los empresarios, y es nuestro propósito y nuestro objetivo trabajar de manera armoniosa y conjunta con los empresarios lo mejor que podamos en este sistema social, aunque tenemos la intención de cambiar el sistema si nos organizamos lo suficiente y lo suficientemente bien como para hacerlo".

Los líderes de la WFM distinguieron claramente sus metas inmediatas de su proyecto a largo plazo. Cualesquiera que fueren sus objetivos finales, para 1902 incluían una sociedad socialista y sus demandas inmediatas difícilmente diferían de las de los afiliados de la Federación estadounidense del Trabajo (AFL).

Pero a los intereses corporativos en Colorado, como a los de otras partes de Estados Unidos, no les gustaban los objetivos a corto plazo de la AFL y detestaban los objetivos finales de la WFM. Las corporaciones no se comprometen con el trabajo, a corto o largo plazo. En consecuencia, el modus

vivendi, delicadamente equilibrado, entre capital y trabajo se derrumbó en los distritos mineros de Colorado y estalló una guerra civil en miniatura. Es bueno examinar por qué.

Con el control de la mayoría de las regiones mineras de Colorado, en 1902-3, los líderes de la WFM intentaron llevar la organización un paso adelante al aumentar la afiliación sindical entre los hombres que trabajaban en las fábricas y fundiciones del Estado. En comparación con los mineros, los hombres de las fábricas y los fundidores estaban mal pagados y trabajaban más. Para 1903, los mineros de Colorado habían tenido una jornada de ocho horas durante casi una década. Los trabajadores de la manufactura y la fundición trabajaban hasta diez o doce horas diarias. Los mineros mantuvieron un salario mínimo diario de 3,50 \$; los salarios de los trabajadores de la refinería comenzaban en 1,80 \$. Los mineros de subsuelo estaban bien organizados, los trabajadores de las fábricas apenas.

El WFM eligió como su nuevo objetivo organizativo las plantas de refinamiento en la ciudad de Colorado, donde se estableció un local de fundición en agosto de 1902. Se eligió la ciudad de Colorado debido a que tres grandes empresas, Puerto Rico, Telluride y Standard (esta última una subsidiaria de United States Reduction and Refinación), refinaban los minerales enviados allí desde el distrito de Cripple Creek. Más importante, siendo un suburbio de la clase trabajadora de Colorado Springs, tenía una estructura de poder local que simpatizaba con el sindicalismo.

Sin embargo, tan pronto como se organizó el sindicato local, las compañías de refinería, dirigidas por Standard, contraatacaron. El superintendente general de Standard, J. D. Hawkins, contrató de inmediato a un agente de Pinkerton que se infiltró en el nuevo Local, informando de sus actividades y los nombres de sus miembros a la Compañía. Cuando Hawkins se enteró de los nombres de los empleados que se habían unido al sindicato, fueron despedidos de inmediato.

Para luchar contra esta táctica antisindical, el mismo Haywood llegó a Colorado City en octubre de 1902 para exigir el permiso de Hawkins para organizar las fábricas. Haywood no tuvo palabras para exponer la posición de

su sindicato. Acusó sin rodeos al superintendente de despedir a los trabajadores únicamente sobre la base de su afiliación sindical. Hawkins reconoció con franqueza la verdad de los cargos de Haywood, enfatizando que la Compañía usaría todos sus poderes para impedir la organización sindical.

Tan rápidamente como el sindicato organizaba a los hombres, la empresa los despedía. Finalmente, en febrero de 1903, los asuntos llegaron a un punto crítico. Standard, que hasta entonces había Estado despidiendo a los sindicalistas uno por uno, ahora eliminaba veintitrés a la vez. El sindicato local reaccionó de inmediato, el 14 de febrero, declarando una huelga contra las tres fábricas de Colorado City. Al día siguiente, el local de los fundidores presentó sus demandas al gerente general Charles M. McNeill de Standard, permitiéndole diez días para responder. En retrospectiva, el manifiesto del sindicato parece excesivamente moderado: "Nosotros... deseamos la prosperidad de la empresa y, en lo que respecta a nuestra capacidad y trabajo, haremos todo lo posible para promover sus intereses. No podemos entender cómo cualquier empresa justa y razonable quiera discriminar contra el trabajo sindical".

Pero McNeill respondió a la moderación del sindicato con recalcitrancia y amarga hostilidad, provocando el conflicto industrial. La huelga de la ciudad de Colorado siguió el patrón ya bien establecido en los conflictos laborales occidentales. Cuando los trabajadores hicieron huelga el 14 de febrero, se cerraron las operaciones de refinación. Con el apoyo de la comunidad local y sus funcionarios públicos, los piquetes sindicales y los alguaciles adjuntos patrullaron la ciudad e impidieron que los rompehuelgas entraran en el área. Pero los empresarios, también siguiendo el guión tradicional, superaron a los trabajadores y solicitaron asistencia al gobernador republicano James H. Peabody, de quien, el 3 de marzo, obtuvieron tropas estatales. Tres días después de enviar a la milicia, Peabody le explicó a un funcionario de la fábrica su marca única de imparcialidad. "La colocación de las tropas en la Ciudad de Colorado", escribió el gobernador, "fue tanto para la protección de los trabajadores como para los operadores, de hecho, había ordenado a las tropas que frenaran la mayoría de los piquetes".

En consecuencia, los líderes sindicales intentaron ansiosamente resolver la huelga que nunca habían deseado, pidiendo solo que las empresas no discriminaran a los sindicalistas y que los trabajadores que ya habían sido dados de alta como miembros del sindicato fueran reincorporados sin prejuicios. Incluso el gobernador Peabody estuvo de acuerdo en que estas eran demandas razonables e instó a McNeill a aceptar los términos revisados de la WFM.

El gobernador finalmente logró organizar una conferencia entre los trabajadores y la administración, que podría haber sido productiva si no hubiera sido por McNeill. Después de una sesión de todo un día y toda una noche con Peabody el 14 de marzo, los funcionarios del WFM y los representantes de las fábricas de Portland y Telluride acordaron resolver la disputa sobre la base de las propuestas del sindicato. Y lo que es más importante, ambas compañías consintieron negociar con un comité sindical; en sí mismo un gran triunfo para el principio de reconocimiento sindical. Pero McNeill se mantuvo obstinado, negándose absolutamente a reconocer ningún comité sindical.

Al conseguir que las fábricas de Portland y Telluride acordaran con el sindicato, el gobernador Peabody parecía que había sido amigo del trabajo. Pero el 19 de marzo cuando retiró la milicia de la ciudad de Colorado, el gobernador le describió a un banquero rico de Nueva York cómo se sentía realmente: "Estoy seguro de que mi acción para hacer cumplir la ley y el orden en Colorado, y para notificar al elemento sin ley y que viola la ley [es decir, miembros de WFM] que deben obedecer los mandatos de la autoridad legal, han recibido la aprobación de la clase de personas que invierten, no solo en Colorado, sino en todo el país, y les puedo asegurar... que no habrá destrucción de vidas y propiedades si yo puedo evitarlo."

Moyer y Haywood, ambos muy conscientes de la actitud antilaboral básica del gobernador, se dieron cuenta de que no podían confiar en que Peabody acercaría a McNeill a la posición negociadora del WFM. Entonces advirtieron al gobernador que, a menos que McNeill negociase con el sindicato, los mineros de Cripple Creek podrían llegar a simpatizar con los milicianos.

Los sindicatos de Cripple Creek ya habían amenazado con atacar minas que enviasen mineral a cualquiera de las refinerías de Standard. Pero primero les dieron a los empresarios del distrito la oportunidad de persuadir a McNeill de que aceptara los términos de la WFM. Negándose a ceder, los dueños de las minas de Cripple Creek se quedaron con una alternativa desagradable: dejar de enviar el mineral a la fábrica Standard o cerrar por una huelga de solidaridad.

Los empresarios del distrito que habían vivido en paz con el sindicato de mineros durante una década no vieron ninguna razón por la que McNeill no pudiera hacer lo mismo. Vieron aún menos razones por las que un conflicto laboral innecesario derivado de la intransigencia del gerente de la Standard debería hacer que los dueños de las minas sufrieran dificultades. Al no persuadir a McNeill para que negociara con el sindicato, los empresarios de Cripple Creek prometieron empleo a cualquier miembro del sindicato despedido por Standard. Mientras tanto, le suplicaron a Peabody que volviera a reunir a los contendientes de la Ciudad de Colorado para otro intento de resolver la huelga.

El gobernador decidió un último esfuerzo para poner fin a la disputa. El 19 de marzo invitó a los líderes sindicales y funcionarios de la compañía a comparecer ante una comisión asesora establecida para investigar toda la disputa. Tanto el sindicato como la compañía, aunque no estaban entusiasmados con la idea, aceptaron comparecer ante la comisión del gobernador.

Si bien no pudieron hacer cumplir sus conclusiones, los comisionados de Peabody esperaban que las audiencias abiertas pudieran resultar en un entendimiento mutuamente satisfactorio entre la compañía y el WFM. Pero no pudo ser. De hecho, los comisionados se encontraron investigando una disputa laboral cuya existencia fue negada por el abogado de la Compañía de Refinamiento de los Estados Unidos. Al afirmar que la "empresa Standard está llena de hombres contentos y deseosos de permanecer en el empleo", el abogado negó que hubiera algún problema sobre el cual negociar. Moyer, sin embargo, continuó representando a hombres que estaban descontentos, que habían sido dados de baja por su afiliación sindical y que habían holgado pero

nunca habían sido reincorporados. Nuevamente insistió en que la empresa reconozca los derechos de los trabajadores agravados y negocie con el sindicato.

Incapaz de resolver estas diferencias básicas a través de sesiones públicas, la comisión asesora se reunió en privado del 28 al 29 de marzo en Colorado Springs con los representantes sindicales y de la compañía. En estas sesiones cerradas, finalmente se llegó a un acuerdo que se concretó en dos puntos: el reingreso de los miembros y huelguistas del sindicato, y el reconocimiento del sindicato. McNeill finalmente accedió a reunirse con Moyer y cualquier miembro del sindicato, siempre que no hubiera ninguna referencia a su afiliación sindical. En resumen, McNeill se reuniría con los dirigentes sindicales, pero no negociaría con un sindicato. Moyer, desesperadamente ansioso por evitar la guerra laboral a gran escala en el distrito de Cripple Creek, aceptó esta fórmula de compromiso.

Pero después de acordar reingresar a los hombres sindicalizados despedidos y emplear a los miembros del sindicato sin discriminación, McNeill lo postergó. Cuando Moyer y el WFM protestaron repetidamente por los retrasos para volver a contratar a los sindicalistas, McNeill insistió en que la productividad era demasiado baja para aumentar el empleo y que la empresa no podía destituir a los trabajadores leales no sindicalizados para que trabajen los miembros del sindicato. Parecía claro que el funcionario de la Standard seguía comprometido con su intención original de destruir el sindicato.

Incapaces de debilitar la resistencia de McNeill, los líderes de WFM ahora decidieron dedicar todos los recursos de su sindicato a la lucha por el derecho de sindicación y el principio de reconocimiento sindical. Esto significaba utilizar la fuerza sindical en los distritos mineros de Colorado, especialmente Cripple Creek.

El WFM creyó erróneamente que en Cripple Creek tenía una baza fuerte. Con algunas pocas excepciones, sobre todo el alcalde de la ciudad de Victor (que también es dueño de una mina), el sindicato controlaba a los funcionarios públicos del distrito. La mayoría de los comerciantes locales, además, habían hecho un gran negocio con los bien pagados mineros. Los sindicatos locales

poseían edificios, tenían una holgada tesorería y los miembros (como recordaba Haywood) eran "hombres muy leídos, y con un alto nivel de inteligencia, como se puede encontrar entre los trabajadores en cualquier lugar".

Pero los patronos, a lo largo de la primavera de 1903, habían Estado organizando diligentemente un frente común de empresarios para combatir el sindicalismo y ganar la asistencia del gobierno estatal. En este sentido, se sentían enormemente alentados por la resistencia exitosa de McNeill a la WFM. Como contraparte a la WFM, los empresarios de Colorado habían inaugurado el movimiento de la Alianza de los Ciudadanos el 9 de abril de 1903. Pronto, casi todas las comunidades mineras del Estado tuvieron su Alianza. Para el 25 de octubre de 1903, cuando nació la organización estatal, el movimiento de la Alianza contaba con una membresía de más de treinta mil "ciudadanos". Para los miembros de estas nuevas organizaciones, la "open shop" significaba una Compañía cerrada a los miembros del sindicato, la negociación "adecuada" implicaba que no habría negociaciones con los sindicatos, y la oposición a la "legislación de clase" se aplicaba a las leyes que favorecían el trabajo, nunca a las medidas que favorecían al capital.

[*Open shop*, tienda o negocio abierto es una empresa en la cual una condición para poder trabajar es no estar afiliado o apoyar financieramente a un sindicato]

En todo lo que hicieron o propusieron, las Alianzas tuvieron el apoyo activo del gobernador de Colorado. James H. Peabody poseía todos los rasgos e ideas que los empresarios podían desear en el ocupante de una casa del Estado. Ningún gobernador en los Estados Unidos luchó más conscientemente contra el trabajo. Para Peabody, ninguna legislación de bienestar social parecía justificada. Había ascendido de dependiente a dueño de tienda, de presidente de banco a gobernador. ¿Por qué no podrían todos los trabajadores de Colorado hacer lo mismo que él sin la ayuda de los sindicatos?

Comprometido públicamente a luchar por sus principios, Peabody cooperó con el movimiento de la Alianza de los Ciudadanos e incluso ayudó a organizar una Alianza en su ciudad natal de Canyon City. En Colorado se hizo difícil

determinar si el partido republicano era una rama de la Alianza o viceversa. En la mente del gobernador no había duda: ¡los dos eran idénticos! Aconsejó a los republicanos de Colorado que tomasen como su lema "el mantenimiento de la ley y el orden dentro de nuestros límites". Su postura firme provocó cartas de admiración de todo el país. "Todos los conservadores en el país están profundamente interesados en su lucha", le aseguró un admirador.

Que Peabody significó precisamente lo que decía ser pronto se hizo evidente para los líderes del WFM. El gobernador envió a la milicia cuando los gerentes de la fábrica de Colorado City se quejaron de una violencia laboral en gran parte inexistente, pero algunos meses más tarde, cuando los miembros de la WFM fueron deportados forzosa y brutalmente de Idaho Springs por la asociación local de propietarios de minas, Peabody verificó que el poder del Estado era el factor de desigualdad. Aparentemente, Colorado podría proteger el derecho de los esquiroles, pero no el derecho de los miembros del sindicato a vivir pacíficamente en su propia comunidad.

Bajo el ataque de una alianza empresario-gubernamental en todo Colorado, la WFM decidió poner a prueba su poder. El 8 de agosto de 1903, los miembros del WFM en el distrito de Cripple Creek se pusieron en huelga en las minas que habían continuado enviando mineral a las fábricas no sindicalizadas. Esa decisión, no tomada sin grandes dudas, desató uno de los conflictos de clase más brutales en la historia de Estados Unidos.

La huelga de Cripple Creek al principio parecía perfectamente normal. A lo largo de agosto, aunque las minas permanecieron cerradas y ambas partes se mantuvieron firmes en sus posiciones preconflicto, prevaleció la paz. Los huelguistas, apoyados por el sheriff, patrullaron caminos y depósitos, manteniendo exitosamente a los rompehuelgas fuera del distrito.

Pero Peabody y sus partidarios conservadores de "ley y orden" no podían permitir que el trabajo triunfara. El 2 de septiembre, los hombres de negocios de Cripple Creek presentaron al gobernador una petición de tropas, y al día siguiente Peabody envió un comité de investigación al distrito. Entrevistando a los propietarios de las minas, los empresarios y los pocos políticos antisindicales disponibles (mientras que evitaban a los miembros del sindicato

y sus simpatizantes), los investigadores de Peabody recomendaron el 4 de septiembre que el gobernador enviase tropas a Cripple Creek. Ese mismo día, a pesar de la oposición de los dirigentes sindicales, los comisionados del Condado de Teller, el alguacil del condado y el consejo municipal de Victor, todos los cuales negaron cualquier trastorno de la ley y el orden locales, Peabody envió a la milicia.

El oficial a cargo era el general Sherman Bell, quien rápidamente ganó un lugar notorio en la historia laboral estadounidense. Las decisiones de Bell no aseguraron la ley ni el orden, ni se detuvo a los criminales. En cambio, cuando ello servía a sus propósitos, las tropas violaron la ley, incluidas las constituciones estatales y federales. Bell apeló regularmente a la "necesidad militar que no reconoce leyes, ya sean civiles o sociales". El comandante McClelland, su oficial subalterno, comentó: "Al infierno con la *Constitución*". Bell declaró el propósito de su misión con tersa brutalidad: "Vine a acabar con esta maldita federación anarquista".

¿Y por qué no debería hacerlo? Peabody había acordado con la Asociación de Propietarios de Minas que éstos pagasen el costo de colocar a la milicia en el campo, con lo cual las tropas sirvieron claramente al capital privado más que al interés público. Para el gobernador, por supuesto, Estado y capitalismo eran sinónimos.

Sin embargo, a pesar de la represión militar, los empresarios no pudieron romper la huelga. La solidaridad sindical mantuvo contentos a los mineros mientras que las cajas de resistencia los mantuvieron alimentados y vestidos. Algunos mineros abandonaron el distrito y encontraron trabajo en otros lugares, y quinientos regresaron a trabajar bajo un contrato sindical en la mina de Portland operada por James Burns, un empleador local que mantuvo su tolerancia con los sindicatos. Sólo unos pocos volvieron a trabajar sin mediación sindical.

Mientras tanto, en medio del Estado, en la aislada región minera de montaña de Telluride, se estaba iniciando otro conflicto entre la WFM y la Alianza de Ciudadanos. Aquí, donde no hubo huelgas de solidaridad, el sindicato luchó por mantener la jornada de ocho horas y el salario mínimo tradicional. En este

lugar el capital fue también el agresor, ya que los dueños de las minas y los banqueros locales, alentados por Peabody, se prepararon para hacer la guerra a la WFM. Nuevamente el gobernador, que simpatizaba abiertamente con los empresarios de Telluride, intervino en la disputa laboral, preparándose para abrir un segundo frente en su guerra de clases preventiva.

Peabody concibió su esquema para romper la huelga en Telluride, ordenando a sus comandantes de la milicia que arresten a todos los hombres desempleados (es decir, huelguistas) por cargos de vagancia. El gobernador les ofreció a los miembros de la WFM una opción simple: regresar a trabajar bajo los términos de los propietarios, ser castigado por vagancia o abandonar el condado. Además, Peabody informó al comandante Zeph Hill que si los tribunales interferían con las nuevas tácticas antisindicales, el gobernador declararía al condado bajo la ley marcial, eliminando así el derecho de *habeas corpus*.

[*Habeas corpus*, procedimiento jurídico mediante el cual cualquier ciudadano puede comparecer ante el juez para que este determine sobre la legalidad del arresto. Es una institución jurídica que obliga a que toda persona detenida sea presentada en un plazo determinado ante el juez de instrucción.]

La ley marcial y la suspensión del *habeas corpus* también eran lo que Peabody había Estado planeando para Cripple Creek. Desde que el conflicto laboral de Colorado se había ampliado a Cripple Creek en agosto de 1903, e incluso después de su propagación a Telluride, no se había producido ninguna violencia apreciable en ninguna zona de huelga. Los miembros del sindicato habían sido arrestados por numerosos cargos, pero ninguno había sido declarado culpable en el tribunal. No se podía esperar que esta tranquilidad durara, especialmente si el gobernador planeaba declarar la ley marcial. Proféticamente, la revista *Miners 'Magazine* informó el 12 de noviembre: "Es muy probable que la Asociación de Propietarios de Minas en su próxima reunión haga arreglos para contratar a algunos dinamiteros corporativos que asustarán a los diferentes campamentos mineros del distrito con explosiones nocturnas".

Dos días después, alguien trató de destruir un tren que llevaba a los mineros no sindicalizados a casa del trabajo. Una semana después, el 21 de noviembre, una explosión en la mina Vindicator mató a dos hombres. La Asociación de Propietarios de Minas emitió rápidamente una circular para acusar al "círculo íntimo" del WFM por los dos delitos y ofrecer una recompensa de 5.000 \$ por la detención de los delincuentes. Sin embargo, el sindicato probablemente tenía razón con respecto al incidente de Vindicator, señalando en efecto que si no hubiera habido una huelga, habría sido despedido como un desastre rutinario de la mina. El comisionado de minas de Colorado verificó la creencia del sindicato. El intento de choque de trenes, por el cual los miembros del sindicato fueron posteriormente acusados, juzgados y absueltos, se basó en la evidencia presentada durante el juicio como un intento de los detectives de la Compañía, actuando como agentes provocadores, para implicar al sindicato en la violencia, preparando el escenario para su represión final.

Sin embargo, estos incidentes le dieron a Peabody un pretexto para declarar la ley marcial. El 4 de diciembre de 1903, actuando sobre una interpretación sesgada del precedente de 1899 de Coeur d'Alene, declaró al Condado de Teller "en Estado de insurrección y rebelión". El gobierno militar suplantó a la autoridad civil, se suspendió el habeas corpus y se emitió una orden de vagancia general, similar a la que estaba vigente en Telluride.

Para diciembre, Peabody estaba más firme que nunca en su determinación de aplastar a la WFM. Nada ni nadie se interpondría en su camino. Del propietario de la mina de Portland que continuó empleando sindicalistas, el gobernador comentó: "Anticipo que el Sr. Burns será depuesto de forma permanente, y espero que sea eliminado de esa vecindad". En el mundo de Peabody, lo que era bueno para el capital era bueno para el trabajador. A lo largo de la prolongada lucha, el gobernador no vio ninguna diferencia entre el poder público y el privado, entre el Estado de Colorado y el capitalismo corporativo.

La WFM parecía condenada. Desde enero hasta marzo de 1904, los asuntos fueron de mal en peor para el sindicato. Cada vez más hombres sindicalizados abandonaron el distrito de Cripple Creek o regresaron a trabajar allí sin sus carnets sindicales cuando las minas reanudaron sus operaciones bajo protección militar. Finalmente, el 29 de marzo, los empresarios de Cripple

Creek anunciaron la introducción de un sistema de permisos de empleo destinado a negar el trabajo a los miembros del sindicato. Mientras tanto, en Telluride, los hombres sindicalizados seguían siendo arrestados por "vagos" o deportados. Para el 10 de marzo, esa región estaba tan tranquila que Peabody levantó la ley marcial. Sin embargo, al mismo tiempo el gobernador descartó toda pretensión de que la milicia estaba incidiendo a nombrar a Bulkeley Wells, gerente de la mina más grande de Telluride, como comandante de una unidad de milicia local compuesta completamente de empresarios del área. Dos semanas después, Sherman Bell colocó a Telluride bajo la ley marcial, lo que le dio a Wells la oportunidad de cambiarse el sombrero de gerente de mina por un gorro de comandante de milicia. Unos días después, Bell y Wells arrestaron al presidente del sindicato, Moyer, bajo el cargo falsificado de profanar la bandera estadounidense. Además de estar separados de sus antiguos aliados locales comerciales y profesionales y negar el debido proceso legal, los mineros en huelga de Colorado ahora estaban aislados del Presidente de su sindicato, quien permaneció en prisión a pesar de los esfuerzos del sindicato para asegurar su liberación mediante acciones de hábeas corpus.

Con Moyer en prisión, las huelgas de solidaridad del sindicato casi acabaron, y la Convención del WFM de 1904 se acercaba. La reunión de la Junta Directiva ejecutiva del sindicato del 20 de mayo resolvió: "Si la vida de Charles H. Moyer se sacrifica para apaciguar la ira del odio corporativo, entonces se impondrá la adhesión pacífica, respetuosa con la ley y amante de la libertad a nuestra organización, dejando de lado las palabras de la antigua ley mosaica: 'Ojo por ojo y diente por diente'". Esta retórica sombría anunciaba el peor incidente de todo el conflicto de Colorado.

En la mañana del 6 de junio, mientras los delegados de la WFM se relajaban en los salones de Denver y el Gobernador Peabody descansaba tranquilamente en la habitación de un hotel de St. Louis (asistía a una Feria Mundial), un tren de ferrocarril se movió lentamente hacia el depósito de Independence en Cripple Creek, donde una gran cantidad de mineros no sindicalizados estaban esperando para abordarlo. Cuando el tren alcanzó la plataforma, explotó una bomba. Brazos, piernas y torsos fueron esparcidos como hojas arrastradas por el viento. Gritos penetrantes se dispararon desde todas las direcciones a través

del aire tranquilo de la noche. Sindicalistas, funcionarios locales, milicianos, de hecho, casi todos en la ciudad se apresuraron a ir a la estación para ver qué había sucedido. El general Bell comentó de inmediato a Peabody: "¡14 hombres muertos, muchos más muriendo y otros heridos y mutilados!"

Mientras el gobernador reflexionaba sobre la última tragedia de Colorado, su secretario le informó que la Corte Suprema del Estado acababa de sancionar su uso anterior de la ley marcial como instrumento legal preventivo, dictaminando, según el secretario del gobernador, que "los tribunales no deberían interferir con usted que tiene el poder para encarcelar y matar". Desde el punto de vista de Peabody, el tribunal no podría haber elegido un momento más oportuno para definir su autoridad.

Incluso antes de que se pudiera evaluar el daño en el depósito de Independence, los funcionarios estatales y los miembros de la Alianza de Ciudadanos declararon culpable a la WFM. Esa misma mañana, los dueños de las minas locales, asistidos por la milicia, tomaron la ley en sus propias manos. Debido a que el alguacil del condado se negó a arrestar a los sindicalistas sin pruebas, los empresarios organizaron un grupo de vigilantes que depuso al sheriff y luego, acompañados por las tropas, marcharon a la sede del sindicato en Victor. Los miembros armados del sindicato se defendieron brevemente, pero, rodeados y superados en número, pronto soltaron las armas y se rindieron a la ley de los empresarios.

Justo después de la medianoche, se puso en práctica la justicia local. Los tribunales especiales establecidos para la ocasión por la Alianza de Ciudadanos deportaron a los miembros del sindicato, y la milicia los escoltó del distrito. Sólo más tarde se restableció la ley marcial para dar una delgada apariencia legal a las acciones obviamente ilegales en Cripple Creek.

El WFM había sido golpeado duramente en Colorado. El 10 de junio, Bell emitió una orden de deportación general, según la cual se enviaron setenta y nueve hombres a Kansas y otros fueron expulsados a regiones desérticas en Nuevo México y otros lugares. Embarcados sin fondos ni alimentos, se les advirtió que nunca regresaran a Cripple Creek, ni siquiera los que tenían esposas e hijos allí. Simultáneamente, las turbas saquearon las tiendas

cooperativas de la WFM, las tropas colocaron a los simpatizantes sindicales bajo estricta vigilancia y las autoridades obstaculizaron todos los esfuerzos para ayudar a los deportados. Cuando los periódicos nacionales, que trataron la historia de la deportación como una noticia de primera plana, criticaron a Peabody o exigieron una explicación por las acciones del Estado, el gobernador respondió con cautela que la necesidad militar a veces superaba el derecho legal.

La WFM no tenía a quién recurrir. Los tribunales no lo protegerían contra Peabody porque el gobernador se negara a ejecutar decisiones legales favorables al sindicato. El presidente Roosevelt, tras enviar investigadores a la escena, rechazó la petición de Moyer de que interviniere en nombre del sindicato. Sin finalizar oficialmente sus huelgas en Cripple Creek y Telluride, la WFM observó impotente cómo sus sindicatos locales eran destruidos.

Sin embargo, de las ruinas de los sindicatos de mineros de Colorado surgiría un desafío aún más radical para el capitalismo y la sociedad estadounidense: el IWW. Como John Graham Brooks, uno de los investigadores de Roosevelt de la lucha de Colorado, escribió en su estudio de 1913 sobre el sindicalismo estadounidense: "La IWW fue forjada en el fuego de ese conflicto".

Fueron las acciones de sus empresarios las que convencieron a los trabajadores occidentales de que el trabajo y el capital nunca podrían coexistir pacíficamente. La traición de la causa laboral por parte de empresarios locales y políticos que alguna vez fueron amigables reforzó la convicción de los mineros de que los trabajadores deben confiar en sí mismos y en su propio poder. La hostilidad del Estado al trabajo y el desprecio de los mandatos populares por parte de Peabody y otros funcionarios convencieron a muchos trabajadores de que la urna era un fraude y, de hecho, que la única esperanza de mejora residía en la organización económica y la acción directa. En resumen, una década de guerra de clases enseñó lecciones que muchos trabajadores occidentales no podían olvidar fácilmente, entre ellos los hombres que fundaron, se unieron y permanecieron fieles al IWW. Diez años de violencia industrial llevaron a tales hombres a pasar del sindicalismo "puro y simple" al sindicalismo industrial, al socialismo y finalmente al sindicalismo revolucionario.

## IV

### DEL "SINDICALISMO PURO Y SIMPLE" AL RADICALISMO REVOLUCIONARIO

De todas las tensiones que se produjeron en la creación del IWW, ninguna fue más importante que la representada por los trabajadores occidentales. Inicialmente, los mineros occidentales proporcionaron a la IWW la mayor parte de sus miembros y sus finanzas. Más tarde, contribuyeron con los dos líderes más famosos: Vincent St. John y William D. Haywood. Lo más importante de todo es que la ideología y las tácticas del IWW se debían más a los mineros occidentales y sus experiencias en los Estados montañosos que a cualquier otra fuente.

A primera vista, la Federación Occidental de Mineros (WFM) se parecía mucho a cualquier otro sindicato estadounidense. Su *Constitución* original, sus *Estatutos*, sus objetivos y su retórica eran bastante comunes. Realizó huelgas para proteger los salarios, reducir la jornada y obtener el reconocimiento del sindicato, y ciertamente no para hacer una revolución. Aunque la WFM se originó como un sindicato industrial, al abrir la afiliación a todos los que trabajaban en las minas y sus alrededores, no difería en ningún aspecto básico de la United Mine Workers of America, que organizó en las minas de carbón y sus alrededores. Incluso un radical estadounidense tan famoso como Big Bill Haywood, durante sus primeros años como funcionario del Local de WFM de Silver City, Idaho, (1896-1900), se preocupó por organizar a todos los mineros en el sindicato y no por la revolución. Sin embargo, antes de cumplir cinco años, la WFM se había convertido fácilmente en la organización sindical más militante de la nación, y antes de cumplir diez años se había convertido en la más radical.

Esta organización laboral altamente democrática fue un sindicato abierto con un concepto de sindicato universal, aceptando a cualquier miembro de buena fe sin tarifa de iniciación al tomar su carnet de sindicato. La WFM nunca exigió

una militancia cerrada o una afiliación exclusiva. No apoyó normas de aprendizaje, con la intención de restringir la afiliación sindical. Quería empleos para todos, no solo para los pocos organizados. Como Boyce dijo en 1897: "Abrimos nuestras puertas a todos los trabajadores, ya sean ingenieros, herreros, fundidores o constructores... El manto de la fraternidad es suficiente para todos".

Tres años más tarde, amplió su concepto de fraternidad: "En todo momento y en todas las condiciones defenderemos la causa de las masas productoras, independientemente de su religión, nacionalidad o raza". El sucesor de Boyce, Charles Moyer, instó a los mineros mejor pagados y más cualificados, a que apoyaran a las fundiciones y las fábricas textiles, advirtiendo que el trabajo es tan fuerte como su eslabón más débil. "Los no cualificados ahora constituyen [el] eslabón más débil en la cadena del movimiento obrero. Es nuestro deber e interés fortalecerlo". También expresó su argumento en términos morales, quizás extraños para un miembro de la Federación Americana del Trabajo (AFL), pero no para un antiguo *Caballero* o un seguidor de Eugene Debs. Moyer insistió en que el verdadero sindicalista era el guardián de su hermano y que era una obligación de los altamente cualificados usar su poder para ayudar a los menos cualificados.

La creencia del WFM en la solidaridad y la fraternidad fue más profunda que la oratoria de mitin. La organización la practicó: recordemos la guerra laboral de Colorado de 1903-4 y su origen en la decisión de la WFM de llamar a los mineros cualificados para proteger el derecho de los trabajadores de fábrica a organizar sindicatos y negociar colectivamente. Este compromiso con el sindicalismo industrial y la solidaridad llevó a la organización occidental a entrar en conflicto con la AFL. En 1896 la WFM se había afiliado a la AFL. Un año después anuló su afiliación. En el intervalo, durante la infructuosa lucha de la WFM en Leadville, Boyce había pedido en vano ayuda financiera a Gompers y la AFL. En compañía de otro miembro de la Junta Ejecutiva, Boyce incluso asistió a la Convención de la AFL de 1896 para llevar la solicitud de ayuda de la WFM directamente a los miembros de dicha organización. Pero la Convención resultó ser una gran decepción para los delegados de la WFM, quienes posteriormente perdieron el poco interés que tenían en la AFL.

Para 1896-97, aunque Gompers y la AFL habían ganado su batalla contra los *Caballeros del Trabajo*, no carecían de críticos laborales fuera del trabajo occidental. Entre los opositores de la AFL dentro del movimiento obrero se encontraba Eugene Victor Debs, el mártir de la huelga de Pullman en 1894, cuyo nombre pronto se convertiría en sinónimo del socialismo estadounidense. En 1896, Debs se alió con Ed Boyce, y los dos hombres trabajaron estrechamente durante las etapas finales de la huelga de Leadville. A veces con Boyce, y otras por su cuenta, Debs se movió hacia el sindicalismo dual, el socialismo y, finalmente, hacia la creación de la IWW.

[*Dual unionism*, sindicalismo dual, es el desarrollo de una organización sindical o política paralela o dentro de otra ya existente]

Hijo de padres inmigrantes alsacianos, Eugene Debs, nació en 1835 y creció en Terre Haute, Indiana, en circunstancias respetables, si no abundantes. La suya debería haber sido una vida burguesa típica del siglo XIX. Al principio, el joven Debs logró mucho dentro de la tradición del éxito estadounidense. Aunque dejó la escuela a los catorce años para trabajar como ferroviario, creció rápidamente en la estima de sus compañeros de trabajo y de sus vecinos. En 1875, Debs fundó la primera logia local de la Hermandad de Fogoneros Locomotores, pero más tarde, a pesar de sus actividades como "agitador laboral", fue elegido secretario municipal y luego para la legislatura estatal. Insatisfecho por sus actividades como vendedor de comestibles, funcionario de la ciudad y legislador demócrata, Debs regresó al movimiento laboral, convirtiéndose en 1880 en Secretario y tesorero de la Hermandad de Fogoneros Locomotores, así como editor y gerente de la *Revista de Fogoneros* (ambos con un salario sustancial).

Detrás de la respetable fachada victoriana de Debs, descansaba incómoda una conciencia radical. Ningún hombre podría servir al movimiento obrero estadounidense en las décadas de 1870 y 1880 sin una inquietante preocupación por su futuro. A partir de 1877, como inicial defensor del orden existente y enemigo de los huelguistas y alborotadores del ferrocarril de ese año, a lo largo de los quince años siguientes, Debs se convirtió en un opositor a las leyes inicuas y enemigo del orden social injusto. Entre 1877 y 1894 descubrió que el movimiento obrero solo servía a algunos trabajadores, no a

todos. Había visto a miembros de los Ingenieros Ferroviarios romper una huelga emprendida por fogoneros; y luego vio a los fogoneros hacer lo mismo, ayudando al ferrocarril de Burlington a romper la huelga de ingenieros de 1888. Al decidir que los sindicatos divididos no podían combatir a los empresarios, Debs renunció a sus cargos con los Fogoneros Locomotores y decidió establecer una nueva organización laboral que abriría sus puertas a todos los trabajadores ferroviarios, trabajando o en paro, cualificados y no cualificados. Así nació la American Railway Union (ARU), una organización industrial para todos los trabajadores ferroviarios. Así Eugene Debs dio su primer paso de gigante en el camino hacia el radicalismo.

No solo los trabajadores no cualificados de ferrocarriles acudían en masa al nuevo sindicato, sino también muchos de los cualificados, viendo en la solidaridad su mejor esperanza de mejora. En su primer ataque, la ARU desafió y derrotó a la Great Northern Railway de James J. Hill al obligar a esa empresa a revocar un reciente recorte salarial. El éxito atrajo a más miembros de toda la nación, incluido el Sur.

Pero Debs aún tenía que aprender la lección que Boyce y los mineros occidentales estaban descubriendo: los sindicatos luchaban no solo contra los empresarios sino también contra el Estado. En el verano de 1894, la ARU se encontró en una batalla que no había buscado: el ataque Pullman. Debs sabía que su sindicato no debía apoyar a los empleados de Pullman que se habían afiliado recientemente a la ARU, y él aconsejó no hacerlo. Pero Debs y sus compañeros delegados en la Convención de Chicago de la ARU de 1894 no pudieron cerrar sus corazones a los sufrimientos relatados por los trabajadores de George M. Pullman. Así que Debs y la ARU comprometieron sus recursos para la lucha laboral que siguió. Pero Pullman tenía más recursos, incluido el apoyo de los ferrocarriles unidos del Medio Oeste y el poder del gobierno federal. Cuando el Presidente Grover Cleveland intervino a favor de los ferrocarriles, el final de la huelga de Pullman ya estaba decidido. La ARU fue destruida y Debs pasó seis meses en una prisión de Woodstock, Illinois.

Se ha dicho que "Debs ingresó en la cárcel de Woodstock como sindicalista, y salió socialista". El propio partido socialdemócrata de Debs, establecido en el verano de 1897, era cualquier cosa menos marxista. Lejos de intentar

revolucionar la sociedad estadounidense, los socialdemócratas propusieron ir al desierto (preferiblemente a un territorio occidental inestable) y establecer la sociedad perfecta, dando así un ejemplo que otros seguirían. Aún defendiendo el "socialismo utópico" que Marx había ridiculizado tan salvajemente cincuenta años antes, Debs, como socialista tenía todavía mucho que aprender.

Pero para 1897 había avanzado mucho como radical. Debs ya había pasado del sindicalismo artesanal al sindicalismo industrial militante; ahora estaba listo para pasar del socialismo utópico al marxista, lo que hizo en 1901 cuando sus socialdemócratas se unieron a los insurgentes del Partido Socialista del Trabajo (SLP) de Morris Hillquit y Job Harriman para formar el Partido Socialista de América. (Estos insurgentes eran socialistas insatisfechos con el control dogmático de Daniel DeLeon de la SLP y su guerra con Gompers y los sindicatos AFL).

Durante un cuarto de siglo, Debs personificó el socialismo estadounidense. No porque fuera el mejor teórico del socialismo o el organizador más creativo; todo lo contrario. Aunque era un gran orador y una personalidad conmovedora, Debs tenía un intelecto superficial y resultó ser un mal organizador de partidos. Con demasiada frecuencia en las convenciones del Partido Socialista, o cuando el sectarismo amenazaba con dividirlo, Debs estaba en casa, enfermo o borracho. En un partido dominado por inmigrantes alemanes y abogados y dentistas judíos, Debs había nació en Estados Unidos y, aunque era un no creyente profesante, era un cristiano por instinto. Debs americanizó y cristianizó el movimiento socialista. Al hacerlo, lo hizo aceptable, respetable, casi popular. Para muchos seguidores que aún conservaban las creencias religiosas tradicionales, Debs personificaba la esencia de la figura de Cristo: el simple y humilde carpintero que se sacrifica para redimir a una sociedad corrupta. De pie en la plataforma de orador, alto, demacrado, calvo, ligeramente encorvado, con los ojos expresando años de sufrimiento, y su voz inquietante perforando las emociones de su público, Debs desempeñó este papel al máximo.

Entre aquellos con quienes Debs se agitaba por una sociedad mejor estaban Ed Boyce y sus asociados en la WFM. Tanto Debs como Boyce habían descartado

las limitaciones del sindicalismo de oficio por lo que consideraban las mayores posibilidades del sindicalismo industrial; ambos también creyeron ver que el sindicalismo industrial por sí solo no era suficiente para crear una nueva sociedad. Conociendo la experiencia de las relaciones infelices con Gompers y la AFL, Debs y Boyce decidieron crear una nueva organización sindical.

Inmediatamente después de su desilusionante experiencia en la Convención de la AFL de 1896, Boyce visitó a Debs en Terre Haute. A principios del siguiente mes de enero, Debs llegó a Leadville y durante los siguientes tres meses, él y Boyce pasaron una considerable cantidad de tiempo juntos. De sus discusiones, ambos líderes laborales probablemente salieron convencidos de que se necesitaba una nueva organización laboral nacional para lograr lo que la AFL no sabía o no quería hacer, y que esta nueva organización laboral debía comprometerse con la destrucción del capitalismo estadounidense.

Boyce acudió a la Convención de 1897 de su propio sindicato, ansioso por poner en práctica su creciente militancia. Primero, aconsejó a los delegados que la WFM debería comprar y operar sus propias minas porque solo así los mineros lograrían la igualdad y la libertad. Segundo, Boyce advirtió que si los empresarios y el Estado continuaban usando la fuerza militar para subyugar a los huelguistas, los mineros deberían hacer valer su derecho constitucional de mantener y portar armas. "Os ruego actuar para que en dos años podamos escuchar la música inspiradora de la pisada marcial de veinticinco mil hombres armados en las filas del trabajo". Significativamente, Boyce afirmó que los trabajadores estadounidenses nunca recuperarán sus derechos completos a través del "sindicalismo". "Con este conocimiento y la amarga experiencia del pasado [Leadville, por ejemplo]", concluyó, "seguramente es hora de que los trabajadores vean que las "trade unions" son un fracaso". Los delegados del WFM siguieron el consejo de su presidente y votaron para detener los pagos a la AFL y establecieron planes para la creación de una organización sindical occidental.

Para 1897, como hemos visto, los intereses laborales occidentales se habían fusionado con los de otros reformistas radicales y líderes laborales. Debs, por ejemplo, convocó una conferencia laboral nacional en Chicago en septiembre de 1897, cuyos participantes incluyeron a Boyce, J. A. Ferguson, presidente de

la Federación Estatal del Trabajo de Montana, y Daniel MacDonald, en representación de Silver Bow Trades and Labor Assembly. El mes siguiente, el Consejo de Trabajo del Estado de Montana actuó para llevar a los sindicalistas occidentales a una nueva coalición. Y en diciembre de 1897 la Junta Ejecutiva del WFM invitó a todos los sindicatos occidentales a asistir a una reunión en Salt Lake City para fundar una nueva organización.

El 10 de mayo de 1898, Boyce vio a los delegados sindicales de Montana, Idaho y Colorado reunirse en Salt Lake City. Al día siguiente votaron para organizar la Western Labor Union (WLU), y el 12 de mayo eligieron a Dan MacDonald como presidente de la nueva organización. Un hombre leal de la AFL que asistió describió la nueva federación occidental a Gompers como "solo la Federación Occidental de Mineros con otro nombre. Boyce dominaba todo. La influencia de Boyce con los mineros es incuestionablemente fuerte. La mayoría le cree sinceramente, y todos temen oponerse a él".

¿Qué clase de hombre era este Ed Boyce a quien los trabajadores occidentales respetaban y temían? Como con tantos otros líderes laborales, se conocen datos mínimos sobre la vida de Boyce, y de estos solo algunos detalles se conocen con certeza. Nació en Irlanda en 1862, el menor de cuatro hijos cuyo padre murió a una edad temprana. Educado en Irlanda, Boyce llegó a Boston, la "Ciudad prometida" de los inmigrantes irlandeses en 1882, pero Boston lo atrajo solo brevemente. Menos de un año después, se fue al Oeste, primero a Wisconsin, y luego a Colorado, donde en 1883 fue a trabajar para el Ferrocarril Occidental de Denver y Río Grande. El trabajo en el ferrocarril lo llevó a Leadville, donde trabajó en las minas y contactó por primera vez con el movimiento obrero; en 1884, se unió al sindicato local de mineros y luego a los *Caballeros del Trabajo*.

Al igual que muchos otros trabajadores occidentales, Boyce continuó desplazándose de un lugar a otro y de un trabajo a otro, en busca de mejores condiciones y mayores oportunidades, hasta que en junio de 1887 se instaló en el recientemente inaugurado distrito minero Coeur d'Alene. Allí se convirtió en un líder sindical local y un participante clave en la huelga de 1892, un papel que le llevó al arresto, encarcelamiento y a las listas negras. Liberado de la prisión a principios de 1893, Boyce asistió a la Convención de fundación de la

WFM. Para 1894, estaba de vuelta en el trabajo en Coeur d'Alene, donde era el principal funcionario del Sindicato de Mineros Ejecutivos de Coeur d'Alene, así como una figura influyente en la política populista en todo el Estado. Solo dos años después, todavía trabajando en una mina local, Boyce fue elegido presidente de la WFM, una oficina que ocupó hasta su retiro voluntario en 1902.

Bajo el liderazgo agresivo de Boyce, las diferencias con la AFL se intensificaron. La WLU se volvió más radical. Incluso los trabajadores del Oeste que mantuvieron simpatía por las posiciones de la AFL lo hicieron como misioneros desde el punto de vista del Oeste, no como verdaderos creyentes en la versión de Gompers del movimiento laboral. Aunque algunos occidentales se dieron cuenta de que la mano de obra debía unirse ante el capital, insistieron en que "debemos tratar de enseñar a nuestros hermanos desvalidos en la 'jungla de Nueva York' y el Este lo que hemos aprendido aquí en el Occidente progresista". Debajo de esa fantasía había una convicción perfectamente seria.

Los trabajadores de la Western tuvieron cuidado de explicar sus puntos de diferencia con Gompers. Cuando la AFL hizo hincapié en las habilidades y el oficio, los occidentales exigieron una política "suficientemente amplia en principio y suficientemente humana en carácter para abarcar a todas las clases de trabajo... en una gran hermandad". Cuando la AFL destacó el sindicato nacional de oficios y la completa autonomía sindical, los occidentales favorecieron el sindicato industrial, la transferencia de sindicato a sindicato y la solidaridad laboral. Donde la AFL buscaba cerrar las puertas de Estados Unidos a los inmigrantes, los occidentales dieron la bienvenida a la mayoría de los recién llegados, excepto a los asiáticos. Donde la AFL prefería buscar mejoras mediante el uso de huelgas, boicots y negociaciones colectivas, los occidentales inicialmente afirmaron que la tecnología industrial y la concentración corporativa habían dejado esas tácticas obsoletas, dejando a la clase trabajadora solo un recurso: "el uso libre e inteligente de la papeleta de voto".

La retórica de Boyce, que sus seguidores apreciaban, incorporaba perfectamente su visión de la sociedad estadounidense. "No puede haber armonía entre los capitalistas organizados y el trabajo organizado... No puede

haber armonía entre el empleador y el empleado, el primero quiere largas jornadas y salarios bajos; el segundo quiere horarios cortos y salarios altos". Boyce dijo a los mineros de Butte: "Nuestro sistema salarial actual es la esclavitud en su peor forma. Las corporaciones y los fideicomisos han monopolizado las necesidades de la sociedad y los medios de vida, para que el trabajador solo pueda acceder a ellos en los términos ofrecidos por el fideicomiso". Terminó proclamando: "Que el grito de guerra sea: "El trabajo, productor de toda la riqueza, tiene derecho a todo lo que crea, el derrocamiento de todo el sistema de lucro, la extinción de los monopolios, la igualdad para todos y la tierra para la gente". Para lograr esa sociedad, los trabajadores occidentales de la Western preferían al principio la acción política a la económica, la papeleta a la huelga y al boicot. Como minero de Gibbonsville, Idaho, escribió a la revista *Miner's Magazine*: "La mayoría de nuestros miembros están comenzando a darse cuenta de que... las huelgas y los cierres de empresas son armas ineficaces para usar contra el capital. Creen firmemente en la acción política. Dejemos que el trabajo se desprenda de los viejos partidos y se convierta en un partido de democracia social pura". Una *Declaración de Principios* adoptada en la Convención de la WFM en 1900 propuso, entre otros, la propiedad pública de los medios de producción y distribución, la abolición del sistema salarial y el estudio de la economía política socialista por los miembros del sindicato. De acuerdo con estos principios, un miembro del sindicato en Granite, Montana, comentó: "En la consecución del gobierno tenemos un remedio que minimizará los males y maximizará los beneficios; un remedio que hará los proyectos más grandes en el mundo industrial, los más beneficiosos y causará que el genio inventivo de los siglos se aplique en beneficio de todos, en lugar de en beneficio de unos pocos".

El discurso de despedida de Boyce en 1902 a la Convención de la WFM resumió lo que para entonces se había convertido en la filosofía rectora de la organización occidental. Aceptando que el principal objetivo del sindicato, como el de todas las organizaciones sindicales, era aumentar los salarios y reducir la jornada laboral, Boyce advirtió, sin embargo, que las mejoras permanentes no llegarían hasta que los mineros reconocieran que el sindicalismo puro y simple (trade unionismo) inevitablemente fracasaría. La

única respuesta a la difícil situación del trabajo, subrayó, es "abrir el sistema de salarios, que es más destructivo para los derechos humanos y la libertad que cualquier otro sistema de esclavitud ideado".

De acuerdo con el consejo de Boyce, los delegados de la Convención votaron para unir su organización con el Partido Socialista de América. A principios del año siguiente, la Junta Ejecutiva del sindicato bajo su nuevo presidente, Charles Moyer, reafirmó el radicalismo de la WFM al prometer que el sindicato sería "una organización de trabajadores políticos con conciencia de clase que constituye la vanguardia del ejército que está destinada a lograr la libertad económica de los productores de toda la riqueza".

El conflicto entre los trabajadores de la Western y la AFL no se debió principalmente al radicalismo o al socialismo de los occidentales. Gompers y la AFL habrían tolerado el socialismo de Occidente si se hubiera divorciado del movimiento obrero, o si hubiera encontrado un hogar dentro de la AFL. Lo que molestó a Gompers fue la decisión de la WFM no solo de ir sola sino de establecer un sindicato rival en Occidente. En el nacimiento de la WLU en 1898, la AFL seguía siendo una institución frágil con poco más de diez años, un simple infante que Gompers quería desesperadamente que sobreviviera. Si el WFM lograba vivir y prosperar fuera de la AFL, otras grandes organizaciones laborales nacionales, como la United Mine Workers, también podrían optar por irse. Para combatir lo que él pensaba que era el sindicalismo dual, Gompers luchaba contra los radicales laborales occidentales.

Después de 1900, los organizadores de la AFL aparecieron repentinamente en los Estados montañosos que anteriormente habían abandonado, para competir con sus homólogos del WLU-WFM. Los agentes de Gompers en Occidente intentaron convencer a los trabajadores de que el futuro del movimiento obrero estadounidense estaba con la AFL, no con la WLU. Cuando los hombres de la AFL no lograron ganarse a los Locales de la WLU, intentaron destruirlos organizando sus propios sindicatos duales, e incluso ofrecieron incentivos a los empresarios para que trataran con la AFL en lugar de la WLU.

En lugar de disolver la WLU y regresar a los brazos de Gompers, la WFM transformó la WLU en la American Labor Union (ALU) y abrazó el socialismo

más firmemente que antes. En parte, esta acción fue un reconocimiento tácito de que la WLU nunca había sido tan importante, que, aparte de la afiliación de un puñado de trabajadores de restaurantes y otros comercios de ciudades menores, la organización no tenía casi nada que mostrar tras el esfuerzo de cinco años. Concediendo el fracaso de la WLU como una organización sindical regional y dejándola morir sin lamentarse, los trabajadores occidentales ahora decidieron llevar su desafío directamente a la AFL formando un cuerpo laboral nacional (la ALU) que competiría con la AFL por la afiliación a nivel nacional.

La ALU comenzó donde se detuvo la WLU, pero con una diferencia importante. La ALU envió a los organizadores al Este, al territorio tradicional de la AFL e invitó a los afiliados de la AFL, especialmente a los trabajadores de la cervecería, a unirse al nuevo sindicato nacional. Aunque los líderes de la ALU proclamaron su deseo de vivir en paz con la AFL, tenían toda la intención de debilitar, si no destruir, a la antigua organización sindical nacional.

¿Qué ofreció la ALU a los trabajadores que no pudieran obtener a través de la afiliación a la AFL? Primero, la ALU ofreció a sus miembros una lealtad inquebrantable a los principios socialistas y al Partido Socialista. En segundo lugar, ofreció a los miembros una estructura constitucional más democrática que la de la AFL, una bajo la cual los principios y políticas básicos serían establecidos por referéndums entre la afiliación en lugar de por representantes "irresponsables". En tercer lugar, prometía a los trabajadores la asistencia que la AFL tan a menudo en el pasado les había negado. Sin embargo, lo más importante es que la ALU abrió su afiliación a aquellos desatendidos por la AFL: los semicualificados y los no cualificados de las industrias básicas de Estados Unidos, así como a las mujeres y a los inmigrantes que eran ignorados por los sindicatos establecidos.

Dan MacDonald, el presidente de ALU, argumentó el caso de los no organizados, cuya "posición... está más expuesta a la influencia de condiciones injustas y sujeta a mayores imposiciones y mayores cargas que los organizados". Haywood enfatizó que la AFL era simplemente un consejo de sindicatos con poca afiliación que representaban a una pequeña minoría de trabajadores que, inculcados con el espíritu del egoísmo de oficio, se involucraban continuamente en una guerra jurisdiccional para monopolizar

beneficios para los pocos favorecidos. En tiempos de crisis, dijo, la AFL siempre había demostrado ser impotente para ayudar a sus afiliados, generalmente sacrificándolos en el "altar sagrado del contrato". A la apasionada defensa de Gompers del sindicalismo artesanal de oficio, la autonomía comercial y la jurisdicción exclusiva, Haywood replicó: "La diversidad del trabajo es incapaz de distinguir de oficios; así, ese tipo de sindicatos se vuelven obsoletos".

De acuerdo con su énfasis en el sindicalismo industrial, la ALU, aunque empleó la retórica del socialismo político, hizo hincapié en la primacía de la acción económica, que la IWW más tarde denominaría acción directa. La ALU, por ejemplo, nunca exigió conformidad política por parte de sus miembros; de hecho, permitía a cada hombre montar su caballo político favorito hasta el agotamiento. Además, la *Constitución* de la organización prohibía a cualquier miembro ocupar un cargo en el sindicato si también ocupaba un cargo político, independientemente del partido. "El ALU no es una organización política... Con respecto a su carácter, simplemente recomienda al trabajador qué hacer y cómo hacerlo", afirmaron los funcionarios del ALU, que buscan distinguir su organización del sindicato dual de Daniel DeLeon, la Socialist Trades and Labor Alliance, que hacía de la afiliación al SLP un requisito para ser miembro. La ALU, sosténian sus voceros, se concentraría en el campo industrial, dejando la política a otras organizaciones.

Desde el primer momento, la ALU valoró los dos principios más característicos de la IWW posterior a 1908: la primacía de la acción económica sobre la parlamentaria y la creencia en la organización sindicalista de la nueva sociedad. Como expresó la revista ALU sobre la filosofía de la organización, "la organización económica del proletariado es el corazón y el alma del movimiento socialista... El propósito del sindicalismo industrial es organizar a la clase obrera en aproximadamente los mismos departamentos de producción y distribución que aquellos que obtendremos en la comunidad cooperativa".

Los trabajadores occidentales adoptaron otro principio característico de la IWW: la oposición a los contratos temporales. Moyer, por ejemplo, informó a los delegados de la Convención del WFM en 1903: "Nos corresponde en todo momento ser libres de aprovechar cualquier oportunidad para mejorar

nuestra condición. Nada le brinda a la mayoría de las corporaciones más satisfacción que darse cuenta de que han colocado al trabajador en una posición en la que no puede actuar por un período de años". La WFM y la ALU para 1903-4, como la IWW posterior, creían que el acuerdo con los empresarios no era legal o moralmente vinculante y que los trabajadores solo podían lograr sus objetivos si seguían siendo libres de hacer huelga a voluntad.

A pesar de toda su retórica radical y sus principios militantes, la ALU carecía de sustancia. Al igual que su predecesor, la WLU, su fuerza, fondos y afiliación provinieron principalmente de la WFM. Además, sus principales funcionarios, Daniel MacDonald y Clarence Smith, simplemente fueron heredados de la WLU. La ALU sólo difería en sus mayores ambiciones y su tono más radical.

Por muy insustancial que fuera la ALU, tanto el Partido Socialista como la AFL lo temían e incluso combatían. Aunque la ALU se alistó con fervor, si no sin crítica, en la cruzada socialista, los miembros del Partido Socialista no siempre respondieron de la misma manera. Después de todo, en sus publicaciones y propaganda, la ALU enfatizó que los intereses sindicales siempre tendrían prioridad sobre las consideraciones del partido, la victoria en el centro de trabajo tenía prioridad sobre la victoria en la urna. Para algunos socialistas estadounidenses, entre ellos líderes de partidos socialistas como Victor Berger, Morris Hillit y Max Hayes, la ALU parecía incómodamente radical y revolucionaria. Estos socialistas naturalmente dieron la bienvenida al respaldo de la ALU a su partido, pero rechazaron la guerra de los trabajadores occidentales con la AFL, compararon la ALU con la infame Socialist Trades and Labor Alliance de DeLeon, y se negaron a reconocer a la ALU como organización nacional.

De hecho, los líderes de los partidos socialistas apostaban el futuro de su partido a una alianza con la AFL y los trabajadores cualificados. La facción dominante del partido creía que su mejor esperanza era capturar desde dentro a la AFL y sus afiliados; por lo tanto, cualquier cosa que debilitara esa estrategia al debilitar la fuerza socialista dentro de la AFL tuvo que ser condenada. Creían que, en términos de estrategia de partido, los socialistas servían mejor a la causa permaneciendo en la organización de Gompers, y no abandonándola para unirse a la ALU. Por tanto los socialistas americanos,

siguiendo el ejemplo de Gompers, lucharon contra la ALU. Esta estrategia socialista resultó equivocada; la AFL estaba más allá de la captura, pero los socialistas estadounidenses no podían prever en 1904 lo que hoy nos parece tan claro.

A pesar de la oposición, la WFM trató de construir una organización sindical radical, sustancial e independiente, dedicada al sindicalismo industrial. Reconociendo el fracaso de la WLU y el radicalismo regional, la WFM había creado la ALU. Pero solo un año después del nacimiento de la ALU, tal vez la muerte fetal sería una descripción más precisa, el WFM tuvo que admitir otro fracaso. Justo cuando la WFM se involucró en la crisis más grave de su existencia (la guerra laboral de 1903-4 de Colorado descrita anteriormente), la ALU se mostró incapaz de salvar a la WFM de la derrota total. La derrota en Colorado convenció a los líderes del WFM de su absoluta necesidad de una nueva organización sindical nacional radical, una que pudiera revolucionar verdaderamente a la sociedad estadounidense. El WFM en 1904 inició conferencias que llevaron al año siguiente a la fundación de la IWW.

La duodécima Convención anual del WFM, que se reunió en Denver en junio de 1904 cuando el conflicto laboral de Colorado avanzó hacia su clímax violento, instruyó a su Junta Ejecutiva a planificar " la fusión de toda la clase trabajadora en una sola organización general". Poco después se reunieron Haywood y Moyer informalmente con Dan MacDonald de la ALU y George Estes de United Railway Workers, que representaban los remanentes dispersos de la Unión Ferroviaria Americana de Debs.

En noviembre, seis hombres se reunieron en secreto en Chicago para discutir una reforma general del movimiento obrero estadounidense. Los seis incluían a Clarence Smith, secretario de la ALU; Thomas Hagerty, editor de *The Voice of Labor*, luego diario oficial de ALU; George Estes y W. L. Hall, en representación de United Railway Workers; Isaac Cowen, de la Amalgamated Society of Engineers (2); y William E. Trautmann, recientemente depuesto editor de *Brauer Zeitung*, órgano oficial de Brewery Workers [Trabajadores de la Cerveza]. Fueron invitados pero no pudieron asistir Eugene Debs y Charles O. Sherman.

Los seis conferenciantes aceptaron de inmediato, como Clarence Smith recordó, que Estados Unidos debe tener "una organización laboral que corresponda a las condiciones industriales modernas". El 29 de noviembre de 1904, dirigieron una carta a una treintena de personas conocidas por favorecer el sindicalismo industrial, el socialismo y la reforma del movimiento obrero. Los destinatarios incluyeron miembros del Partido Socialista y el SLP, sindicalistas industriales y sindicalistas artesanales no pertenecientes a la AFL y miembros de la AFL, así como hombres que solo podían ser etiquetados como compañeros de viaje en la causa del radicalismo y el sindicalismo. La carta concluyó invitando a los destinatarios a "reunirse con nosotros en Chicago, el lunes 2 de enero de 1905, en una Conferencia secreta para discutir formas y medios de unir a los trabajadores de Estados Unidos en unos principios revolucionarios correctos... para asegurar la integridad de una verdadera protección de los intereses de los trabajadores".

La mayoría de los invitados, veintidós para ser exactos, asistieron a la Conferencia de enero. Doce personas más que apoyaron los propósitos de la Conferencia se negaron por varias razones. Entre los últimos se encontraban Debs, que se declaró mal de salud, D. C. Coates y Ed Boyce. En cuanto a Debs, Hagerty y Trautmann informaron que se habían reunido en privado con él en Terre Haute, y que él apoyó con entusiasmo el propósito de la Conferencia. Daniel DeLeon, que pronto se convertirá en la personalidad más contenciosa de la primera versión del IWW, no fue invitado a la sesión de enero.

Dos hombres se negaron a asistir, y su negativa tuvo gran importancia. Eran Victor Berger y Max Hayes, ambos influyentes en el Partido Socialista. Berger ni siquiera respondió, mientras que la respuesta de Hayes reflejó las actitudes prevalecientes del Partido Socialista. La mayoría de los socialistas todavía depositaban sus esperanzas en ganarse a la AFL y a su mayoría de clase trabajadora. Hayes, él mismo sindicalista y miembro de la AFL, no fue una excepción. "Si estoy en lo cierto", escribió a W. L. Hall sobre la Conferencia laboral propuesta, "significa otra pelea entre socialistas... Permitanme decir francamente que bajo ninguna circunstancia me permitiré ser arrastrado a más movimientos de secesión o guerra fraticida entre facciones de trabajadores".

Sin Berger, Hayes o las bendiciones del Partido Socialista, veintiún hombres y una mujer, la famosa Mother Jones (3), se reunieron en secreto en el 122 de Lake Street, Chicago, el 2 de enero de 1905. El único grupo sindical significativo presente vino desde el Oeste americano: el WFM envió a Haywood, Moyer y John O'Neill, mientras que MacDonald, Smith y Hagerty representaron a la ALU (que de hecho solo era una subsidiaria del WFM). Los otros asistentes hablaron solo por ellos mismos o por grupos de trabajo insignificantes. Trautmann, uno de los hombres influyentes en la reunión, acababa de ser depuesto como editor de *Bräuer Zeitung* debido a sus editoriales anti-AFL. Como la mayoría de los conferenciantes, él era más propagandista que líder sindical u organizador sindical.

Durante tres días, este abigarrado surtido de radicales desbarató sus diferencias y finalmente acordó once principios para reformar el movimiento obrero. De estos, los siguientes fueron los más significativos: 1) la creación de un sindicato general que abarca todas las industrias, 2) la nueva organización se basaría en el reconocimiento de la lucha de clases y se administraría sobre la base de un conflicto irreprimible entre el capital y el trabajo, 3) todo el poder debía residir en la membresía colectiva, 4) transferencia universal gratuita de tarjetas (carnets) sindicales, y 5) hacer un llamado a una Convención general para formar una organización laboral nacional de acuerdo con los principios básicos de la Conferencia.

Considerable confusión permanecía oculta dentro de los once principios. La organización propuesta aparentemente dedicada al sindicalismo industrial, por ejemplo, también se dedicaría de antemano a “construir la autonomía a nivel local; autonomía industrial a nivel internacional y la unidad de la clase trabajadora, en general”. No se pudo explicar cómo esperaban los congresistas preservar la autonomía artesanal de oficio del sindicalismo industrial, la autonomía industrial y la solidaridad de la clase trabajadora. Los conferenciantes tampoco llegaron a un consenso sobre el papel político adecuado para su organización propuesta. Los socialistas lo vieron esencialmente como una rama del partido (del SLP, si fueron de Leonites), pero los occidentales, mientras afirmaban ser socialistas, seguían desconfiando del parlamentarismo, los políticos y el Estado. Como representante de la influencia

occidental que predominaba en las sesiones de enero, Hagerty aprobó la siguiente resolución: "Que esta Unión se establezca como la organización económica de la clase obrera sin afiliación a ningún partido político". ¡Difícilmente una posición para entusiasmar a los políticos del Partido Socialista!

Pero las incertidumbres y los conflictos se disolvieron en la atmósfera eufórica de la Conferencia de Chicago, que, al final, adoptó el *Manifiesto de la Unión Industrial*. El *Manifiesto* pedía a todos los verdaderos creyentes en el sindicalismo industrial reunirse en Chicago el 27 de junio de 1905, para establecer una nueva organización nacional de trabajadores basada en el concepto marxista de la lucha de clases y comprometida con la construcción de una *Comunidad Cooperativa*. Esta invitación fue enviada a los radicales y sindicalistas estadounidenses y a las organizaciones laborales europeas entre los que suscitó especial interés y agudo y acalorado debate. Max Hayes continuó criticando estas propuestas y negando que los socialistas las hubieran formulado. (En el último punto tenía más de la mitad de la razón). Incluso Samuel Gompers se unió al debate, dedicando tres asuntos de la AFL a un ataque contra los llamados sindicalistas industriales, a los que denominó "unión de fracasados". Algie Simons y Frank Bohn, ambos participantes en la Conferencia de enero, debatieron la importancia del *Manifiesto* en la *International Socialist Review*. Al admitir la importancia de la próxima Convención de la unión industrial, así como el hecho de que la AFL no se haya adaptado a la vida económica contemporánea, Simons se preguntó: "¿Es el momento adecuado para que ocurra tal cambio?" Si no lo es, entonces esta organización a su debido tiempo, será causa de desorden, confusión y lesiones". Durante un tiempo, Simons superó sus dudas y favoreció el nuevo desafío para la AFL. Sus reservas, sin embargo, ilustran lo tenue que era la conexión entre la facción anti-AFL del Partido Socialista y el nacimiento de la IWW. Frank Bohn, entonces miembro del SLP, respondió a las preguntas de Simons y, al hacerlo, demostró por qué su partido, en lugar del Partido Socialista, se vinculaba estrechamente con el IWW. Al negar la posibilidad de embridar los viejos sindicatos incidiendo desde dentro, Bohn consideraba la ocasión propicia para el sindicalismo industrial. Por lo tanto, hizo una llamada a sus amigos dentro del SLP y también dentro de los sindicatos de oficios para

ingresar a la propuesta nueva organización laboral, socavar el sindicalismo de oficio y adoptar un sindicalismo industrial con conciencia de clase.

En un caluroso día de principios de verano, el 27 de junio de 1905, en un auditorio ruidoso, abarrotado, lleno de humo en Brand's Hall, en el lado Norte de Chicago, Bill Haywood llamó la atención para establecer "el Congreso Continental de la Clase Obrera". Los 203 delegados escucharon atentamente, la proclama de Haywood:

*Estamos aquí para confederar a los trabajadores de este país en un movimiento que tendrá como propósito la emancipación de la clase obrera de la esclavitud del capitalismo... Los objetivos de esta organización deben ser poner a la clase obrera en posesión del poder económico, los medios de vida, el control de la maquinaria de la producción y distribución, sin tener en cuenta a los amos capitalistas... Esta organización se formará, y se basará en la lucha de clases, sin tener en cuenta ningún compromiso ni rendición, y solo un objeto y un propósito, y es el de llevar a los trabajadores de este país a la posesión del valor total del producto de su esfuerzo.*

Los delegados se deleitaron con cada frase de Haywood, ya que ¿quién podría expresar mejor su repugnancia común a la AFL y su último deseo de un mundo mejor? Pero se acordaron algunos otros asuntos. Sesenta y un delegados no representaban a nadie más que a ellos mismos. Setenta y dos pertenecían a sindicatos con una afiliación colectiva de más de noventa mil, pero no representaban a esos sindicatos, y por lo tanto también hablaban solo por sí mismos. Setenta delegados representaban a un poco más de cincuenta mil miembros, pero de estos setenta, solo Moyer y Haywood, que representaban a los cuarenta mil miembros de la WFM y la ALU, hablaron por un número significativo de personas. Los dos occidentales superaban a todos los demás delegados de la Convención por diez a uno. (La ALU reclamaba 16.750 miembros, pero muchos de ellos eran ficticios, ya que también pertenecían a la WFM). Solo cinco pequeñas federaciones locales de la AFL llegaron a

Chicago preparadas para afiliarse a la nueva organización; de hecho, la mayoría de los hombres de la AFL en la Convención se representaban a sí mismos, no a sus sindicatos. En estas circunstancias, hombres fuertes o excepcionales como Debs, Haywood, Hagerty, Trautmann e incluso Daniel DeLeon (aunque su papel ha sido repetidamente exagerado) ejercieron una influencia desproporcionada.

La mayoría de los estudiosos de la historia de la IWW han intentado en una u otra ocasión distinguir las diversas facciones e ideologías representadas en la Convención fundadora, por lo general enfatizando el supuesto papel del llamado componente sindicalista. Sin embargo, probablemente el análisis más preciso de las facciones es el producido por un analista no académico, Ben H. Williams, editor de *Solidarity* de 1909 a 1916, quien también fue quizás el teórico más astuto del IWW. En sus memorias, Williams distingue tres grupos presentes en la Convención de fundación. Primero fueron los WFM y otros veteranos del sindicalismo. Este grupo fue sincero en su deseo de crear un sindicato industrial inicialmente no vinculado a ningún partido político que pudiera a su debido tiempo desarrollar su propio "reflejo político". (Esta facción con el tiempo se convirtió en el componente sindicalista, pero aún no había llegado a ese punto ideológico. En segundo lugar, los deLeonites, que pretendían colocar la nueva organización bajo la tutela del SLP. En tercer lugar, los políticos del Partido Socialista que se preparan para pasar por alto a la nueva organización pero no su programa de obtención de votos. Williams también describe una cuarta facción: las "nulidades", aspirantes a líderes sindicales ambiciosos en volver al ring laboral para una posible ganancia personal. Desafortunadamente, fue de esta última facción que el IWW seleccionó a su primer y único Presidente, Charles O. Sherman.

Cabe destacar que el espectro de facciones de Williams no incluye ni a los anarquistas (aunque Lucy Parsons, viuda del mártir de Haymarket, Albert Parsons, fue una invitada de honor) ni a los sindicalistas revolucionarios. Casi todos los delegados en 1905, como el propio Williams sabía, estaban comprometidos con alguna forma socialista de política. Las semillas del sindicalismo revolucionario, como ya hemos visto, se sembraron antes de 1905, pero no florecieron hasta varios años después.

En la superficie, a pesar de la presencia de tantas facciones conocidas por su disputado carácter, la unidad prevalecerá en la Convención. Al principio, los miembros de la SLP, los miembros del Partido Socialista y los sindicalistas enterraron sus diferencias en la febril oratoria anti-AFL, anti-Sam Gompers. Trautmann comenzó su discurso acusando a la AFL de su colaboracionismo de clase y a sus líderes (los "tenientes laborales del capitalismo") de unirse a los capitanes de la industria para explotar a los no cualificados, ya sean mujeres, niños o inmigrantes. Debs, DeLeon y Hagerty siguieron a Trautmann en la tribuna, cada uno agregando sus propios comentarios sobre los "impostores laborales" de la AFL. Debs y DeLeon, sectarios enemigos de larga data y amarga reputación, también se felicitaron cada uno al otro por su conversión al buen sentido.

Este tipo de armonía, durante los primeros cinco días de Convención, huyó de la sala en el sexto. A medida que la temperatura aumentaba y los ánimos se encendían, los delegados se pusieron a discutir qué iba a hacer la nueva organización y cómo lo haría.

Las preguntas, las decisiones que tienen que ver con la política y la estructura de la nueva organización, dividieron la Convención en particular en lo referente a la elaboración de una *Constitución*. Algunos socialistas habían asumido, natural aunque imprudentemente, que los delegados respaldarían al Partido Socialista. Los delegados sindicales de Occidente, dado su inmenso poder de voto, podrían haber eliminado fácilmente toda referencia al parlamentarismo de la *Constitución* de la nueva organización. En cambio, como una concesión a los socialistas de ambos partidos, a quienes deseaban mantener en el redil, los occidentales de la West aprobaron el segundo párrafo, político, del *Preámbulo* de la *Constitución* de la IWW, que decía: "Entre estas dos clases, la lucha debe continuar hasta que todos los trabajadores se reúnan en el campo político, así como en el industrial, y se apropien de lo que producen con su trabajo a través de una organización económica de la clase obrera, sin afiliación a ningún partido político". Un delegado de la Convención encontró esta cláusula más allá de lo comprensible. La oscuridad era, por supuesto, el propósito preciso de la "cláusula política", a fin de que fuera aceptable simultáneamente para los sindicalistas

revolucionarios incipientes, los defensores del Partido Socialista y los miembros del SLP (Partido Socialista del Trabajo).

Igualmente controvertido fue el plan de Hagerty para la estructura de la organización, la llamada "Rueda de la fortuna" con una "Administración General" en el centro, cinco departamentos en el borde de la circunferencia y trece divisiones industriales entre medias. Ninguno de los delegados sabía realmente qué significaba la *Rueda* o cómo se proponía Hagerty llevarla a cabo.

El debate se puso caliente y pesado sobre la propuesta de Hagerty. Aunque muchos delegados sintieron que la adopción de la *Rueda* daría lugar al tipo de caos organizativo que había destruido a los *Caballeros del Trabajo*, la Convención finalmente aprobó el esquema organizativo de Hagerty. Por qué los delegados votaron como lo hicieron no está claro; quizás lo hicieron en parte porque la *Rueda*, al igual que la cláusula política, podía interpretarse de manera diferente para satisfacción de cada cual, tal vez porque percibían que siempre sería tan solo un diagrama confuso y nunca un hecho de la vida organizativa.

Considerablemente menos problemas suscitó el debate centrado en seleccionar el nombre de la nueva organización. Sin disentir, los delegados acordaron llamar a su creación *Trabajadores Industriales del Mundo*. Luego, posiblemente para desinflar la preponderancia numérica abrumadora de los trabajadores occidentales, pero más probablemente porque Moyer y Haywood se sintieron incapaces de servir a dos organizaciones simultáneamente y eligieron permanecer en la oficina ejecutiva de la WFM, los delegados eligieron a dos orientales, Charles O. Sherman y William Trautmann, como Presidente y Secretario-tesorero, respectivamente. (La primera Junta Ejecutiva del IWW reflejaría con mayor precisión la influencia y el poder de Occidente).

La Convención buscó lograr lo que Haywood definió como su objetivo principal: "Estamos aquí con el propósito de construir una Organización del Trabajo, una estructura lo suficientemente amplia como para acoger a toda la clase trabajadora. Lo que quiero ver en esta organización es la prominencia de las personas que están abajo en la sociedad... *dándose cuenta que la sociedad*

*no puede ser mejor que su miembro más mísero*" (cursivas agregadas). Para cumplir con la recomendación de Haywood, la *Constitución* de la IWW abrió la afiliación a todos los trabajadores, cualificados y no cualificados, nativos e inmigrantes, niños y adultos, hombres y mujeres, negros, blancos e incluso asiáticos. Facilitaba tarifas de ingreso bajas y uniformes, cuotas aún más bajas y transferencia universal gratuita de carnets sindicales. Si bien la Junta Ejecutiva tenía la autoridad exclusiva para declarar huelgas, la *Constitución*, al asignar las decisiones de las convenciones por votación abierta a la afiliación, otorgaba el poder definitivo a los miembros.

Habiendo adoptado un nombre, respaldado una *Rueda* organizativa y redactado una *Constitución*, en la tarde del 8 de julio, la Convención se suspendió sine die. Algie Simons, escribiendo poco después, afirmó que las sesiones habían marcado "un momento decisivo en la historia de la clase trabajadora estadounidense".

## ATAQUE AL IWW, 1905-7

Inicialmente, parecía que la historia de la IWW sería sinónimo de la vida del Padre Thomas J. Hagerty, una de las figuras más inusuales y coloridas detrás de su creación. Hagerty había sido el autor principal del *Manifiesto* de enero de 1905, el *Preámbulo* de la Constitución del IWW y el creador de la "Rueda de la fortuna". Pero después de 1905 desapareció de la escena radical.

La conexión de Hagerty con el IWW parece a primera vista inexplicable. Solo tres años antes de la Convención fundacional de la IWW, Thomas J. Hagerty proseguía su vocación de sacerdote católico romano (asistente del rector de la Iglesia Católica Nuestra Señora de los Dolores en Las Vegas, Nuevo México), diciendo misa, confesando y bautizando niños. Habiendo terminado su capacitación en el seminario en 1895, había servido brevemente en una parroquia de Chicago, y en dos parroquias en Texas, antes de mudarse a Las Vegas.

Que Hagerty era un sacerdote inusual se hizo pronto evidente. En una parroquia de Texas defendió a los explotados trabajadores ferroviarios mexicanos. Cuando los gerentes ferroviarios se quejaron de su agitación, se dice que Hagerty respondió: "Dígales a las personas que lo enviaron aquí que tengo un par de colts y que puedo acertar a una moneda de diez centavos a veinte pasos". Poco después de este incidente, Hagerty fue trasladado a la Archidiócesis de Santa Fe, donde sus actividades se hicieron aún más peculiares. Después de solo unos pocos meses en su nuevo cargo, Hagerty asistió a la Convención conjunta de 1902 de la Federación Occidental de Mineros (WFM) y la Western Labor Union (WLU), instando a los delegados a respaldar al Partido Socialista. Luego, en lugar de regresar a sus deberes parroquiales, recorrió los campos mineros de Colorado haciendo propaganda para la Unión Americana del Trabajo (ALU) y el socialismo.

Mientras estuvo ausente de Nuevo México, Hagerty había sido suspendido de sus deberes sacerdotales, ya que cuando la noticia de su posición llegó a los superiores de la Iglesia, el arzobispo desposeyó a su sacerdote radical. Hagerty, insistiendo en que el marxismo y el catolicismo eran compatibles, se estableció en Van Buren, Arkansas, todavía afirmando ser un sacerdote en buen Estado. Dijo a una audiencia de Indiana: "Soy un sacerdote católico, tan católico como el mismo Papa".

Pero el Partido Socialista pronto se volvió demasiado sumiso para Hagerty. Impaciente con las reformas parlamentarias socialistas, a los que llamaba "slowcialists" [socio-lentos], Hagerty comenzó a asesorar a las audiencias: "Debemos hacer una revolución, pacífica si es posible, pero, a decir verdad, no nos importa cómo la logremos". Estas visiones radicales proporcionaron a Hagerty, la editorial de la publicación mensual del ALU, *The Voice of Labor*. En la primera Convención de la IWW, Hagerty se unió a los delegados más radicales que menospreciaban la reforma por las urnas.

Después de su triunfo en la Convención de junio de 1905, Hagerty desapareció. Nunca tuvo en cuenta su separación del radicalismo estadounidense; de hecho, nunca más habló o escribió públicamente. Ninguno de sus viejos conocidos radicales lo vio siquiera hasta 1917, cuando Ralph Chaplin, editor de *Solidarity*, encontró a un hombre parecido a Hagerty que vivía en Chicago bajo el nombre de Ricardo Moreno, y que llevaba una existencia sencilla enseñando español. Para 1920, Moreno, nacido Hagerty, se había unido a la multitud de indigentes que llenaban la pista de patinaje de Chicago en West Madison Street, los parias a quienes incluso el IWW ignoraba.

Lo que le sucedió al padre Hagerty después de 1905 fue un augurio para la organización que ayudó a fundar. El radicalismo del ex sacerdote no sobrevivió a la Convención de junio. El producto de esa Convención, el IWW, acosado por enemigos dentro y fuera, apenas sobrevivió a sus dos primeros años.

La IWW esperaba la oposición de Gompers y de la Federación Americana del Trabajo (AFL) y la recibió. Gompers había contratado a un agente especial para asistir a la Convención de junio de 1905 para mantenerse informado sobre los

acontecimientos en Chicago. Posteriormente, el informante se mantuvo en contacto con los líderes del IWW e informaba regularmente a su empleador.

Luke Grant, el agente de Gompers, envió informes que detallaban el Estado de la IWW. Afirmó que era muy caótica, lo que explicaba en gran parte sus demoras en proporcionar la información que Gompers deseaba. Situado al parecer, en los mejores términos con el Presidente electo Sherman y el Secretario-tesorero electo Trautmann, que le proporcionaron datos esenciales del IWW, Grant hizo todo lo posible por tranquilizar a Gompers, obviamente preocupado, de que la IWW no fuera una amenaza para la AFL. “Nadie en Chicago”, informó, “ni sindicalistas ni socialistas, apoyan el esquema sindical industrial, que parece estar destinado a una pronta desaparición”. Grant, también informó a Gompers de las divisiones en la nueva organización entre los hombres del Partido Socialista y los del Partido Socialista del Trabajo (SLP) y entre los miembros de la ALU y los seguidores de DeLeon.

Pero estos informes no permanecieron en la mente de Gompers. Para éste, la IWW era nada menos que una creación de los socialistas con la que pretendían reemplazar a la AFL. En consecuencia, Gompers y su consejo ejecutivo advirtieron a todos los afiliados de AFL que se protegiesen contra la infiltración del IWW y se negasen a cooperar con los miembros de la nueva organización. Se les dijo a los miembros de la AFL que no apoyaron las huelgas del IWW; También fueron absueltos del pecado de cruzar las líneas de los piquetes del IWW. En Montana, la State Federation of Labor y los Silver Bow Trades and Labor Council expulsaron a sus Locales del WFM debido a su afiliación con el IWW. Gompers lanzó un nuevo ataque a la WFM en la Convención de la AFL en 1905. Con apenas un murmullo de disidencia, la Convención de la AFL votó a favor de interrumpir la ayuda a la WFM.

Menos esperada por los fundadores de la IWW fue la oposición del Partido Socialista. Después de todo, la principal personalidad socialista, Eugene Debs, y un destacado teórico del partido, Algie Simons, asistieron a la Convención de 1905. Además, la IWW había tenido buenas relaciones con el eje Debs-DeLeon durante la aproximación del escindido movimiento socialista estadounidense, y prometía agregar nuevas fuerzas a la causa radical.

Pero la mayoría de los socialistas sospechaban de la nueva organización sindical por dos motivos. Primero, no había sido posible aquietar sus sospechas sobre DeLeon y sus motivos. Estaban convencidos de que DeLeon volvería a dividir el movimiento socialista, como sucedió en 1897. En segundo lugar, la mayoría de los socialistas todavía intentaban embridar a la AFL desde dentro y se veía a esos compañeros que se unieron al IWW como causantes del debilitamiento de la fuerza de la izquierda dentro de la AFL. Como resultado, el Partido Socialista y su prensa, dominada entre otros por Victor Berger, Max Hayes y Morris Hillquit, lucharon para evitar cualquier conexión entre el Partido Socialista y el IWW.

Socialistas de izquierda como Simons y Debs intentaron defender la IWW. Simon decía que la IWW no tenía ningún deseo de involucrarse en las luchas internas del partido, aunque cada representante del IWW fuera un miembro del Partido Socialista. Si surgieran problemas, advirtió, "sería debido a los que están tan ansiosos por ganar el favor de los funcionarios de la AFL, que quieren abusar de todos los que no se rinden ante su puro y simple Dios". Para Simons, las posibilidades de capturar la AFL parecían escasas; la máquina de Gompers de 1905-6 estaba simplemente demasiado bien atrincherada para ser conquistada. Debs estaba de acuerdo. No podía entender cómo los socialistas podían permanecer en la AFL pro-capitalista.

A pesar de los argumentos de Debs y Simons, la mayoría de los socialistas preferían permanecer dentro y apoyar a la AFL. Pronto Simons dejaría el IWW, y poco tiempo después, Debs seguiría su ejemplo. Ambos aprendieron de manera un tanto grosera que, si bien los líderes de la IWW respaldaban el socialismo, no estaban dispuestos a someter a la nueva organización laboral a la disciplina del Partido Socialista ni a aceptar programas e ideologías socialistas sin cuestionamientos. Por lo tanto, la IWW y el Partido Socialista mantuvieron una relación incómoda y tenue: a veces luchaban, a veces cooperaban, pero rara vez se entendían entre sí.

Bajo el ataque de sindicalistas y socialistas, el IWW de repente se enfrentó a autoridades gubernamentales hostiles y a la opinión pública. Los eventos en Idaho, que tuvieron poco que ver con la IWW, afectaron profundamente a los wobblies y su causa.

En la tarde del sábado 30 de diciembre de 1905, el hielo cubría las calles de Caldwell, Idaho, ciudad natal del ex gobernador Frank Steunenberg. Antes de pasear su milla diaria desde el distrito comercial de Caldwell hasta su casa, Steunenberg se detuvo como siempre en el vestíbulo del Saratoga Hotel, meciéndose por un rato en su silla favorita, leyendo los periódicos y hablando con admiradores. Financieramente seguro gracias a los contactos comerciales que había hecho durante su mandato como gobernador (1897-1901), Steunenberg era el principal ciudadano de Caldwell. Ya no era el gobernador severo que había luchado contra la WFM en Coeur d'Alenes, había expulsado a los sindicalistas de las minas y había enviado a uno de sus representantes a la cárcel. Casi todos habían olvidado su papel de revientahuelgas en 1899; aquellos en Caldwell que sí recordaban aplaudieron su decisión en el momento de reprimir el trabajo "sin ley, no americano". Pero ese frío día de diciembre, el Coeur d'Alenes se convirtió en algo más que un recuerdo lejano. Mientras Steunenberg leía y se mecía, un extraño furtivo observaba con atención. Sin saberlo todo, ese extraño, un vagabundo conocido como Harry Orchard, había Estado observando durante varias semanas los movimientos y hábitos del ex gobernador. Cuando Steunenberg entró en el vestíbulo del hotel el 30 de diciembre, Orchard se apresuró a ir a la casa del ex gobernador, donde colocó una bomba en la entrada de la puerta principal. Incluso antes de que el extraño hubiera regresado a su habitación en el Saratoga, Steunenberg había abierto su puerta principal, provocando una explosión. Unos momentos más tarde, murió sin recuperar la conciencia.

El asesinato sorprendió a Caldwell. Inmediatamente actuaron los funcionarios públicos. Las autoridades municipales prohibieron a cualquiera salir de la ciudad, mientras que el gobernador Frank Gooding y otros funcionarios estatales se apresuraron a ir a Caldwell. Para entonces, el sheriff había arrestado a algunos de los sospechosos locales más prometedores, entre ellos Harry Orchard.

Orchard había cortejado el arresto. Había vivido en el Saratoga durante varios meses sin medios visibles de apoyo. Supuestamente comprador de ovejas, no compró ovejas. Después del asesinato no intentó escapar. De hecho, se hizo más conspicuo. Cuando la policía local lo arrestó el 1 de enero de 1906,

descubrieron fácilmente en su habitación los ingredientes utilizados en la bomba letal. Tal comportamiento fue desconcertante, si no inexplicable. Quizás un trastorno psicótico de la personalidad llevó a Orchard a una vida de violencia, y tal vez ese mismo trastorno eventualmente lo llevó a buscar penitencia por sus acciones.

Los oficiales de Idaho dijeron tener pocas dificultades para descubrir los motivos del supuesto asesino. Desde el conflicto de 1899 en Coeur d'Alene, habían Estado convencidos de que un "círculo interior" controlaba la WFM, y que este "círculo interior" planeaba tanto la destrucción de bienes como el asesinato de capitalistas y funcionarios públicos que se oponían al sindicato. ¿No había sido Frank Steunenberg un oponente así? Así razonaron los funcionarios de Idaho. El problema del Estado, entonces, no era encontrar un motivo para el acto de Orchard; más bien fue conectar al asesino "contratado" con sus empresarios, el "círculo interior" de la WFM. A este problema dirigió su atención el gobernador Gooding.

Gooding se guió por un precedente. Treinta años antes, Pennsylvania había destruido un "círculo interno" similar, el de los famosos Molly Maguires. El hombre responsable de la detención y ejecución de diecinueve Mollies, James McParland estuvo cerca en 1906. El éxito de McParland en Pennsylvania transformó a la Agencia Nacional de Detectives de Pinkerton, para la cual trabajó, en la principal institución a la que empresarios privados y funcionarios públicos recurrieron para el espionaje antilaboral discreto y efectivo. McParland, de hecho, ahora administraba la oficina de Pinkerton en Denver, que el Gobernador Gooding contactó el 8 de enero y le pidió a McParland que dirigiera la investigación de Idaho con el propósito de vincular a Orchard con el "círculo interno" del WFM. Casi simultáneamente, Gooding también nombró a James H. Hawley y William Borah, los hombres que habían procesado a la WFM en 1899, para procesar al sindicato una vez más. Por lo tanto, incluso antes de que Orchard confesara, los funcionarios del Estado sabían a quiénes buscaban: Charles Moyer y William D. Haywood.

Una vez en el trabajo, McParland se enojó con Orchard. El agente de Pinkerton insinuó que incluso un asesino múltiple como Orchard podría recibir tanto la gracia de Dios como la clemencia del Estado. Aconsejado por McParland que si

cooperaba con las autoridades "se revocaría el sentimiento que ahora existía, que en lugar de verlo como un asesino notorio, [el público] lo vería como un colaborador, no solo del Estado de Idaho, sino de todos los Estados donde la plaga del Círculo Interior de la Federación Occidental de Mineros (WFM) había actuado", el asustado Orchard aceptó hacer una confesión completa con la esperanza de escapar de la horca.

Día y noche durante el mes siguiente, McParland y Orchard trabajaron en los detalles de la confesión. Juntos se aseguraron de que casi todos los delitos no resueltos relacionados con los conflictos laborales de las montañas del Oeste se pusieran a cargo de la WFM. Cuando el detective y el asesino construyeron esta curiosa "confesión" (en la cual el hecho y la ficción estaban extrañamente vinculados), los Estados de Colorado e Idaho planearon aún más acciones poco ortodoxas.

Ninguno de los "círculos internos" del WFM, ni Moyer, Haywood, George A. Pettibone (ex miembro del sindicato, ahora un pequeño minorista de Denver y buen amigo de los dirigentes sindicales), ni L. J. Simpkins (miembro de la Junta Ejecutiva General de WFM que representaba Mineros de Idaho): habían Estado en Idaho en el momento del asesinato de Steunenberg. Esto lo sabían los funcionarios de Idaho, quienes también sabían que según las leyes de Colorado y los Estados Unidos, aunque no las de Idaho, Moyer, Haywood y Pettibone no podían ser extraditados. No obstante la Ley, los funcionarios de Idaho y Colorado tramaron un plan para extraditar a los tres sospechosos (entonces residentes en Denver) por secuestro. Trabajando juntos bajo la guía de McParland, los gobernadores de Idaho y Colorado ejecutaron su plan. El 15 de febrero, el gobernador de Colorado, MacDonald, expidió los documentos de extradición y autorizó el arresto inmediato de los líderes sindicales. Para evitar que los acusados iniciasen un proceso de hábeas corpus, las autoridades demoraron hasta el sábado por la noche del 17 de febrero, antes de hacer los arrestos. Esa noche, Moyer fue capturado en una estación de ferrocarril de Denver y Pettibone en su casa; Haywood, curiosamente, fue detenido en un burdel. En la madrugada del día siguiente, la policía de Denver llevó a los tres presos que habían sido encarcelados discretamente al depósito del ferrocarril, donde fueron colocados en un tren especial que los llevó a la prisión de Boise y

a una cita con el verdugo. Después de su dudosa extradición y secuestro forzoso, no se les había permitido comunicarse con amigos, familiares o abogados.

Los abogados del sindicato finalmente se enteraron del secuestro de sus clientes el 22 de febrero. Presentaron una demanda de hábeas corpus en los tribunales estatales y federales. Pero todos los tribunales, incluido el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, la rechazaron. Los diversos tribunales de apelación dictaminaron que los estatutos de extradición de Idaho establecían una base legal para los secuestros de Haywood, Moyer y Pettibone. La mayoría de la Corte Suprema argumentó, además, que el método de extradición, incluso si era ilegal, era irrelevante para el tema en cuestión: la presencia dentro de la jurisdicción de Idaho de tres acusados debidamente acusados por cargos de conspiración para cometer asesinato. Solo un juez disidente de la Corte Suprema, Joseph McKenna, condenó los métodos de extradición. A pesar de las protestas de los trabajadores organizados, los respetados liberales, los radicales notables y la mayoría de los socialistas (Debs incluso amenazó con una revolución armada si se condenaba a Haywood), los prisioneros fueron acusados del asesinato de Steunenberg el 6 de marzo y enviados a prisión para esperar su destino.

Durante el año siguiente, languidecieron en prisión mientras McParland buscaba desesperadamente pruebas y testigos para corroborar la confesión de Orchard. Bajo la ley de Idaho, el testimonio de Orchard por sí solo sin corroboración, sería insuficiente para probar la conspiración. McParland procedió de dos maneras. Primero, intensificó las tácticas que ya habían arrancado una confesión a Orchard. Cuando un supuesto cómplice en el asesinato de Steunenberg, Steve Adams, fue arrestado el 20 de febrero de 1906, McParland lo amenazó con la ejecución a menos que corroborara la confesión de Orchard. Al igual que Orchard, el nuevo prisionero confesó y recibió la benevolencia del Estado, incluido un bungalow privado y las amistosas visitas de Gooding, Hawley y Borah. McParland, todavía inseguro de su caso, decidió a continuación que la mejor política sería obtener una confesión de un miembro del "círculo interno" en sí. Miró a Charles Moyer como su hombre. McParland había escuchado rumores sobre una ruptura

entre Moyer y Haywood, e incluso el chisme de un plan fallido de Haywood y Pettibone para asesinar al presidente de WFM. Pero por mucho que trabajó a Moyer, McParland no pudo ganar un tercer converso.

Mientras tanto, para gran disgusto de McParland, Steve Adams se retractó de su confesión. Poco después del arresto de Adams, Clarence Darrow, el famoso abogado de Chicago, fue nombrado principal abogado defensor. Al saber cómo McParland había obtenido la confesión de Adams, Darrow le aseguró al prisionero que si se retractaba, Idaho no podría condenarle por asesinato. Ganado por los impresionantes argumentos de Darrow, Adams repudió su confesión. Luego fue arrestado nuevamente por el asesinato de dos desaparecidos, y su juicio se fijó para febrero de 1907 en Wallace, Idaho, en el Coeur d'Alenes, donde todo el sanguinario asunto había comenzado quince años antes.

El primer juicio de Adams fue una vista previa del caso posterior de Haywood. James H. Hawley enjuició y Darrow y Edmund Richardson, el abogado de WFM en Denver, le defendieron con alineación legal idéntica a la que se reuniría nuevamente durante el juicio de Haywood. Cuando se desarrolló el caso de la defensa, McParland percibió de inmediato lo que estaba sucediendo. "Se puede ver en todo el curso de los argumentos de Richardson y Darrow que simplemente están tratando los casos de Moyer, Haywood y Pettibone", informó, "y todo lo que temen es que Adams sea condenado, llevado a la penitenciaría, donde sin duda... volvería a sus declaraciones originales". La defensa obtuvo una victoria técnica en Wallace, el jurado se dividió de manera uniforme. Pero incluso con su testigo corroborador ahora perdido, Idaho decidió procesar a Haywood y los demás.

América esperó con impaciencia el juicio, que finalmente fue programado para el 9 de mayo de 1907 en Boise. Correspondientes y profesionales independientes se atascaron en la sala de audiencias para escuchar la confesión de Harry Orchard, conseguida por la gracia de Dios y el ingenio de McParland, y observar la respuesta de William D. Haywood. Haywood fue elegido por el Estado para ser procesado primero porque parecía más irascible y más temible que los otros dos acusados y, por lo tanto, era menos probable que obtuviera la simpatía de un jurado. Los periodistas también vinieron a observar a uno de

los conjuntos de talentos legales más impresionantes jamás reunidos en un tribunal occidental: Hawley, el decano de los abogados de Idaho, y Borah, una joven estrella en ascenso en el partido republicano, para la fiscalía; Richardson, quizás el destacado abogado de Denver, y Darrow, justo en ese momento acercándose al apogeo de su carrera, para la defensa.

Incluso antes de que se iniciara el juicio, tanto la defensa como la acusación percibieron conspiraciones en todas partes. Mientras los abogados examinaban a los posibles jurados en el tribunal, los hombres de Pinkerton y los agentes de la defensa los investigaron fuera. Ambos lados bordearon los límites de la legalidad. Pero la defensa y el procesamiento finalmente superaron sus sospechas lo suficiente como para conformarse con un jurado de doce hombres ancianos, todos ellos agricultores mayores de cincuenta años, ninguno de los cuales había sido miembro del WFM o había trabajado en una mina. Mientras tanto, la fiscalía descubrió nuevas "conspiraciones"; nada, al parecer, estaba más allá del poder de la WFM. Borah acababa de ser acusado de un cargo federal por fraude de tierras, lo que llevó a Hawley a concluir que el Departamento de Justicia de los Estados Unidos ¡había actuado en connivencia con los amigos de Haywood!

Mientras que la fiscalía fantaseaba con las inexistentes conspiraciones del WFM, seguía eclosionando parcelas propias bastante genuinas. Aún con la esperanza de poder romper a Moyer, McParland se acercó indirectamente al presidente del sindicato. Envío cigarros finos a Moyer, junto con informes diarios del testimonio inquebrantable de Orchard. Un guardia de la prisión le sugirió al presidente de la WFM: "Sé que... usted ama a su esposa, y todavía es un hombre relativamente joven y si estuviera en su lugar, haría por lo menos un esfuerzo para salvarme de lo que el mundo pudiera decir. "McParland creía que podía convertir a Moyer en parte debido a la afirmación de Orchard de que Moyer se oponía a Haywood, en parte porque la esposa del presidente del sindicato odiaba a Big Bill y en parte porque sospechaba que Moyer tenía ambiciones de convertirse en un líder obrero conservador y "respetado", en el estilo de John Mitchell de la United Mine Workers. Pero Moyer se negó a hablar. No vería a McParland, y su alejamiento de Haywood, que más tarde

tendría mayores repercusiones, por el momento se mantuvo privado y en silencio.

Así, la fiscalía basó todo su caso en el testimonio de Orchard, que, para el caso, resultó ser demasiado bueno solo a medias. El entusiasta Orchard confesó crímenes que la defensa estableció fácilmente que nunca podría haber cometido. Descrito por un periodista simpatizante como nada más que el lechero del vecindario, el acusado fue revelado durante el brillante interrogatorio del abogado defensor Richardson, no solo como un ladrón y un asesino, sino también como un perjurador, un bígamo y un agente provocador.

El 27 de julio, después de más de dos meses de testimonios e interrogatorios, el jurado finalmente se retiró para considerar un veredicto. La fiscalía parecía optimista, la defensa pesimista. Pero cuando el jurado emitió su veredicto a primera hora de la mañana del 28 de julio, ¡Haywood fue declarado inocente! De hecho, como un jurado luego comentó a un reportero, la mayor parte del jurado consideró a Haywood inocente durante todo el juicio, sintiendo que "no había nada en contra del acusado sino inferencia y sospecha".

Pero Hawley, McParland y el Estado seguían convencidos de la culpabilidad del WFM. En lugar de desestimar los cargos aún pendientes contra Moyer y Pettibone, decidieron juzgar a Pettibone a continuación, luego de analizar de nuevo las pruebas corroboradoras de un confuso Steve Adams. Pero, una vez más, Adams repudió la confesión y eludió las labores de "justicia", desbaratando los viejos cargos de asesinato en Idaho y los nuevos en Colorado. Sin el testimonio de Adams, Idaho no condenó a Pettibone, a quien un jurado absolvió en enero de 1908.

En lugar de sugerirle a Hawley las debilidades del caso, las absoluciones simplemente confirmaron en su mente el verdadero alcance de la "conspiración" de la WFM. La WFM, según el fiscal de Idaho, no solo asesinó a sus enemigos, sino que también corrompió y aterrorizó a los jurados. Al perder toda fe en la perspicacia de doce hombres honestos, Hawley ahora afirmaba que los jurados de Idaho estaban formados por socialistas, "personas que tenían miedo y que fueron compradas por el elemento criminal". La fiscalía a

regañadientes decidió retirar sus cargos contra Moyer, terminando así los grandes juicios por conspiración laboral en Idaho.

Haywood, Moyer y Pettibone habían sido exonerados, y los 140.000 \$ recaudados para su defensa fueron bien gastados. Si bien no logró sus objetivos inmediatos, el esfuerzo de la fiscalía no quedó sin resultados. Los meses de publicidad en los periódicos, el testimonio de Orchard y el conocimiento de que la violencia laboral y los asesinatos se habían producido regularmente durante las disputas industriales occidentales fijaron en la opinión pública una imagen del WFM y del IWW de organizaciones violentas y antisociales, sinónimo de anarquismo y revolución sangrienta. Las pruebas también transformaron pequeñas fisuras dentro del WFM y el IWW en grandes agujeros. El encarcelamiento de Moyer y Haywood se efectuó justo cuando más se necesitaban los líderes más experimentados, capaces y populares del IWW. Su largo encarcelamiento también afectó profundamente a los dos hombres, aunque de maneras muy diferentes. Impulsó más a Haywood en la dirección del radicalismo, mientras que llevó a Moyer a una posición más conservadora. Este fue el cambio que McParland había percibido y trató de explotar. Con Haywood en la cárcel, las influencias más conservadoras dentro del WFM, aquellas a quienes Moyer estaba siendo atraído y quienes querían hacer que tanto el WFM como el IWW fueran más "respetables" y menos revolucionarios, obtuvieron el control. El resultado final del ascenso de los conservadores al poder fue una guerra civil dentro de la WFM y su salida del IWW.

Al nacer el IWW en junio de 1905, la organización parecía ser poderosa, en tres departamentos principales (minería, metales y maquinaria, y transporte), numerosos consejos locales e industriales dispersos, reclutando sindicatos vinculados directamente a la Sede General, y a los remanentes de la ALU. En cuanto a la afiliación, el Presidente General Sherman y el Secretario-Tesorero Trautmann declararon que en junio de 1906, a pesar de algunos contratiempos, se situaba en sesenta mil, contando todos los departamentos y Locales directamente afiliados. Bajo esta impresionante fachada, sin embargo, pronto se revelarán debilidades evidentes.

De hecho, el IWW era tan pobre al nacer que inicialmente operaba con libros, muebles y métodos de oficina heredados de la desaparecida ALU. De los tres departamentos que aparentemente formaban parte de la organización, dos apenas existían. La circunscripción de transporte nunca tuvo los tres mil miembros cotizantes requeridos para el estatus de Departamento (y mucho menos mil miembros permanentes), y la Convención de 1906 se negaría a reconocer la existencia de ese Departamento. El Departamento de metal y maquinaria comenzó su vida con una promesa algo más brillante. Casi inmediatamente, sin embargo, uno de sus componentes principales se separó; Isaac Cowen, líder y fundador de la rama estadounidense de la Amalgamated Society of Engineers, después de haber llevado a sus hombres a la IWW, pronto los hizo volver a salir. Con la secesión de Cowen, el Departamento de metal y maquinaria carecía de suficientes elementos para la existencia legal como Departamento, y también se le negó tal estatus en la Convención de 1906. Solo la WFM, con 27.000 miembros cotizantes, constituía un Departamento válido (minería), y después de la Convención de 1906 también se separaría, dejando a la IWW agonizante solo un año después de su creación. La estimación de 1911 de Vincent St. John de la afiliación cotizante del IWW en 1905-6 de 14.000 (incluida la WFM) probablemente no estaba muy lejos de la realidad.

A pesar de que la IWW era débil, no se sujetó, como ya hemos visto, de combatir ni a la AFL ni al Partido Socialista. Se involucró en innumerables huelgas innecesarias cuando Trautmann involucró al IWW en repetidos intentos de capturar afiliados de la AFL, especialmente entre los mineros del carbón y los trabajadores de las cervecerías. Para enero de 1906, el IWW se había vuelto tan agresivo en sus incursiones a los afiliados de la AFL que Max Hayes temía el inminente estallido de una guerra civil dentro del movimiento obrero.

Sin embargo, gran parte de la impotencia y el fracaso del IWW, si no todos, fueron el resultado de un liderazgo incompetente. Ni Sherman ni Trautmann estaban cualificados para administrar una gran organización laboral.

Poco se sabe sobre la vida o la carrera de Charles O. Sherman. Lo que se sabe refleja ligero mérito en el hombre. Según Samuel Gompers, Sherman había

sido una víctima de la lista negra de la huelga de Pullman en 1894, y Gompers, sintiendo simpatía por un sindicalista victimizado y por recomendación de amigos, había atareado a Sherman como organizador de la AFL en 1902 o 1903. Sherman creó rápidamente un sindicato de papel -el United Metal Workers International Union-, el cual, al afiliarse a la AFL, declaró la guerra jurisdiccional a otros sindicatos de la AFL. Sherman y su organización de papel se negaron a cumplir con las decisiones del consejo ejecutivo de la AFL, y Sherman afirmó que, bajo su supervisión, no se había informado a Gompers que la United Metal Workers se había retirado de la AFL.

Pero Sherman no fue negligente ni olvidadizo. Duplicidad parece una palabra mejor para describir lo que había Estado haciendo. Desde noviembre de 1904 participó en las conferencias que llevaron a la formación del IWW; sin embargo, el 27 de diciembre de 1904, informó a Gompers que la United Metal Workers seguía siendo una afiliada legal de la AFL. Una semana después, firmó el *Manifiesto* de la IWW. Incapaz de construir su imperio sindical dentro de la AFL, Sherman ingresó en el IWW para convertirse en el primer y único Presidente de esa organización. Su historial como Presidente del IWW fue consistente con su trayectoria como organizador de la AFL. Una vez más, utilizó su posición sindical para aumentar su poder y llenar sus propios bolsillos. Seleccionó personalmente a todos los organizadores del IWW, la mayoría de los cuales resultaron ser más notables por los gastos que acumularon que por el número de sus reclutamientos. También contrató a una firma en la que tenía un interés financiero directo para los sellos sindicales y las insignias del IWW.

Más revolucionario, quizás más de principios que Sherman, Trautmann no era un administrador más capaz. Puede que haya sido un editor eficaz, ensayista y polemista, pero no era un ejecutivo. Nacido de padres germanoamericanos en Nueva Zelanda en 1869 (el mismo año que Haywood), participó en los movimientos obreros y socialistas de Rusia y Alemania (de los cuales fue expulsado bajo las leyes antisocialistas de Bismarck) antes de venir a los Estados Unidos. Aquí organizó para el Sindicato de Trabajadores de la fábrica de cerveza de Massachusetts, editó el *Bräuer Zeitung*, tradujo Marx al inglés, escribió folletos de propaganda para el IWW y participó en su fundación.

Como Secretario-tesorero de la IWW, Trautmann no supo mantener registros precisos de afiliación de individuos o sindicatos locales, y sus cuentas financieras estaban en peor Estado. En la Convención de 1906 ni siquiera pudo producir un informe financiero. Un año más tarde, como primer organizador general del IWW, no organizó a nadie. Para 1913, después de haber participado en dos purgas del IWW, el propio Trautmann la abandonó para convertirse en propagandista a tiempo completo para el cismático IWW de Daniel DeLeon.

Bajo tal liderazgo, no es de extrañar que el IWW no progresara en su primer año y comenzara su segundo año con un único afiliado significativo, el enajenado WFM. Incluso líderes capaces habrían tenido dificultades para mantener unida a una organización recién nacida bajo el ataque de la AFL, la mayor parte del Partido Socialista y el Estado de Idaho. Sherman y Trautmann ciertamente no eran los hombres para hacerlo.

Ya en enero de 1906, Max Hayes informó que se avecinaba una batalla interna dentro de la IWW, con sindicalistas y socialistas por un lado y DeLeonitas y anarquistas por el otro. Abundaron los rumores de que Sherman y el WFM se habían echado a perder con DeLeon, Trautmann y sus seguidores. Hayes citó a un miembro del IWW que dijo: "Si se celebrara una Convención el mes próximo... predigo que los caprichos que nos impone el combinado DeLeon-anarquista se eliminarán a favor de un programa de lucha simple que todos puedan entender". Parte del informe de Hayes representaba la ilusión de un socialista anti-DeLeon y anti-IWW, pero otra parte sustancial reflejaba la realidad.

De hecho, a mediados del verano de 1906, el conflicto previsto había estallado. En julio, un miembro del IWW sugirió en el *Industrial Worker* que la organización no necesitaba un Presidente, ni siquiera los jefes de Departamento. Casi al mismo tiempo, un grupo con sede en Chicago encabezó un esfuerzo para revisar drásticamente la *Constitución* y la estructura del sindicato. El 14 de agosto, dieciséis Locales, que representan al Departamento de metal y maquinaria, el Departamento de transporte, encuadernadores, impresores y cigarreros, se reunieron en Chicago y resolvieron por unanimidad buscar la abolición del cargo de Presidente.

Simultáneamente, surgieron otras cuestiones divisivas. Debs y DeLeon pueden haberse dado la mano sobre el sangriento abismo del pasado, pero sus respectivos seguidores no lo hicieron. Dentro de la IWW, los miembros de la SLP y los miembros del Partido Socialista comenzaron a luchar entre sí con virulencia sectaria.

Así, mientras el IWW se preparaba para su segunda Convención, una facción vinculada al WFM y el Partido Socialista se unieron en torno al Presidente Sherman en oposición a la influencia de DeLeon y las demandas de los llamados sindicalistas revolucionarios. Una segunda facción, vinculada al SLP e incluyendo a miembros prominentes del WFM, planeaba destituir a Sherman, abolir su oficina y purgar la IWW de todos los sentimientos "antirrevolucionarios": cualquier cosa que se quisiera decir con eso. La Convención determinaría qué facción iba a predominar. ¿Se mantendría unida la IWW o sería de hecho, como la describió más adelante Ben Williams, una casa construida con materiales inadecuados "y sin excavar y sentar los cimientos"?

El lunes por la mañana, 17 de septiembre, el Presidente Charles O. Sherman convocó a Chicago la segunda Convención anual de la IWW. La delegación de cuatro hombres del WFM nuevamente controló el mayor número de votos de la Convención (436); Daniel DeLeon una vez más se dirigió a los ideólogos que asistieron. Cabe destacar que Moyer, Haywood, el padre Hagerty, Eugene Debs y Algie Simons estuvieron ausentes. Ni un solo delegado entre los treinta y dos supuestos miembros del Partido Socialista se ubicaba en los primeros puestos en la jerarquía del partido. Pero los treinta delegados que pertenecían al SLP incluían al jefe del partido, DeLeon, y muchos de sus lugartenientes. Mientras que un espíritu de unidad había marcado la Convención fundadora, la segunda fue dividida por la disensión.

Durante los siguientes cinco días, las facciones pro y anti Sherman emprendieron la guerra. Dirigidos por DeLeon, quien actuó como su táctico parlamentario, los insurgentes lograron negar los asientos de la Convención a los disputados delegados pro Sherman que representaban a los departamentos de metal, maquinaria y transporte. En cambio, los insurgentes otorgaron asientos a los delegados que representaban a los Locales de los dos

departamentos hostiles a Sherman. Esto, en efecto, dio a los insurgentes una sólida mayoría en la Convención.

A pesar de su inesperado triunfo, muchos de los llamados delegados "revolucionarios" se encontraron ahora víctimas de represalias económicas. Representándose solo a sí mismos o a uniones débiles, se les otorgó, en el mejor de los casos, una escasa asignación de relevancia; en el peor de los casos, ninguna concesión en absoluto. Los delegados pro Sherman, por el contrario, recibieron una generosa asignación de gastos, gran parte del dinero de la tesorería de la organización. Los shermanitas ahora luchaban por demorar los procedimientos de la Convención para debilitar a sus oponentes, muchos de los cuales pronto podrían verse obligados por la falta de fondos a salir de Chicago para casa. Para evitar tal contingencia, uno de los delegados "revolucionarios" propuso que él y sus aliados necesitados recibieran 1,50 \$ por día de la tesorería del IWW.

Cuando esta propuesta se acercaba a votación, los jefes ejecutivos del IWW, Sherman y Trautmann, se unieron a la guerra verbal. El Presidente hizo uso de la palabra para apelar a la moderación y la razón, mientras que el Secretario-tesorero tomó la antorcha de la revolución. Trautmann exigió que la Convención eliminase de inmediato al "conservador" Sherman y sus "reaccionarios" seguidores para transformar el IWW en una prístina organización revolucionaria. Respondiendo a la llamada de Trautmann, la mayoría de la Convención abordó la propuesta de pagar a los delegados necesitados (anti-Sherman). Frente a la poderosa oposición de delegados más conservadores del WFM y antisocialistas liderados por John McMullen de Butte, DeLeon reunió a las fuerzas "revolucionarias" tras su liderazgo para votar la suspensión de la *Constitución* del IWW.

Esta votación hizo que el cisma de la Convención fuera irrevocable. Charles Mahoney, Presidente interino de la WFM y también Presidente interino de la Convención, después de haber sido frustrado regularmente en las votaciones por lo que consideraba el engañoso y peligroso DeLeon, confió a John O'Neill, editor de la revista *Miners 'Magazine*, que la arrogancia de la mayoría de la Convención daría como resultado el retiro inmediato del WFM de la IWW o la parálisis de toda la organización.

Los críticos de Mahoney pensaron que habían detectado un esquema de los conservadores del WFM para derribar el IWW. Para evitar esa posibilidad, los "revolucionarios" abolieron el cargo de Presidente del IWW. Cuando Mahoney, afirmando su autoridad como Presidente de la Convención, declaró fuera de orden el voto para abolir la oficina de Sherman, un miembro del SLP respondió: "Esto es una revolución". A lo que John McMullen comentó airadamente: "De acuerdo, si quieren una revolución, la van a tener". Y los delegados tuvieron una revolución, reemplazando a Mahoney por 342 votos contra 276.

Así terminó la fachada de unidad del IWW. McMullen, hablando en nombre de la facción "conservadora" del WFM, criticó el proceso como inconstitucional. Insistió en que él y sus partidarios no permanecerían en Chicago. Fred Heslewood, un delegado suplente del WFM, se levantó para responder a McMullen: "Si quiere decir que los reaccionarios van a abandonar esta Convención, espero que lo hagan, y desearía que nunca hubieran venido". En este momento, Sherman se despidió con amargura de la organización que había liderado durante solo un año. Denunciando la "conspiración" que había entregado el IWW a DeLeon, el Presidente depuesto pronunció ritos funerarios, declamando, tanto con tristeza como con ira, que el IWW es "hoy un cadáver... listo para el funeral".

La crisis final se produjo en la mañana del 2 de octubre, cuando la mayoría de la Convención declaró vigentes todas las enmiendas constitucionales y procedió a elegir nuevos representantes. Vencido una vez más, Mahoney abandonó la Convención y se llevó con él varios hombres de la WFM. Incapaces de ganar su batalla dentro de la Convención, estos hombres llevaron la lucha al WFM, donde sus posibilidades de victoria eran claramente mejores. Durante el próximo año y medio, la lucha que había tenido lugar en el local de Brand Hall se repetiría dentro de las filas de la WFM.

Con Sherman depuesto y su oficina ahora abolida, Trautmann se convirtió en el líder oficial del IWW con el título de organizador general. DeLeon, que había dominado los debates de la Convención, se retiró a un segundo plano, asumiendo que no tenía una posición oficial en la organización, aunque varios

de sus seguidores fueron elegidos para la nueva Junta Directiva, junto con Heslewood y Vincent St. John de la WFM.

La victoria de los "revolucionarios" al principio parecía pírrica, ya que no solo dividió al afiliado más grande del IWW, con la mayoría de la afiliación cotizante a la organización, sino que la facción de Sherman simplemente se negó a aceptar la derrota. De hecho, durante un tiempo, el depuesto Sherman dirigió su propio IWW! Respaldado por Mahoney y la Junta Ejecutiva del WFM, Sherman convocó a su Junta Ejecutiva preConvención a sesión, expulsó a Trautmann de su cargo, dictaminó que la Convención de 1906 era nula e inválida, declaró aún vigente la Constitución no modificada de 1905 y pidió que se enviaran todos los pagos per cápita a su IWW "legal". Sherman y sus compañeros también tomaron el control físico de la sede del IWW y de los libros mientras esperaban los fondos que les permitirían luchar contra sus oponentes en los juzgados.

Cuando St. John, Heslewood y W. I. Fisher, que representaban a la Junta Ejecutiva elegida en la Convención de 1906, fueron a la Sede del IWW en el 148 de West Madison Street en la mañana del 4 de octubre, encontraron algo extraño. Dentro de las oficinas estaban sus enemigos organizativos, que decían estar en posesión legal de las propiedades del IWW; afuera había detectives privados encargados de proteger la Oficina de la facción anti-Sherman.

El siguiente paso en la pelea entre facciones involucró algo inusual de ironía histórica. Las facciones contendientes del IWW, ambas supuestamente odiando el capitalismo, recurrieron a los tribunales capitalistas para alcanzar sus respectivas reclamaciones. El grupo de Sherman, representado por Seymour Stedman, un abogado del Partido Socialista, le pidió al poder judicial que validara su posesión de las propiedades de IWW, incluidos muebles, bibliotecas, libros de contabilidad, listas de miembros y el diario oficial. La facción de Trautmann, encontrándose a sí misma sin siquiera un sello postal, pidió a los tribunales que declararan vinculantes las decisiones de la Convención de 1906 y que ordenara a Sherman que entregara todas las propiedades del IWW a los representantes elegidos en la Segunda Convención. Los tribunales finalmente dictaminaron a favor de Trautmann, y la justicia

capitalista otorgó a los "esclavos asalariados revolucionarios" al menos una victoria.

Forzado por los tribunales a renunciar a sus reclamos a la presidencia y a los activos físicos de la organización, Sherman llevó su caso a la WFM, con la esperanza de que respaldara una recreación del IWW. Para presentar completamente sus reclamaciones, Sherman publicó durante un tiempo *The Industrial Worker* en Joliet, Illinois, llevando en la cabecera de la hoja los nombres mágicos de Eugene Debs, Algie Simons, John O'Neill, Jack London y William D. Haywood, entre otros. En represalia, Trautmann emitió una serie de boletines especiales del IWW. Los rivales también continuaron peleando en las columnas de la *Miners' Magazine*, luchando desesperadamente por obtener el respaldo de los presos Moyer y Haywood, así como de los 27.000 miembros del WFM.

Justo después de que se suspendiera la Convención de 1906, la facción de Trautmann preguntó claramente a los miembros de WFM: "¿Qué queréis? El sindicalismo puro y simple, corrupto y podrido de la AFL, o la solidaridad obrera revolucionaria, proclamada en el *Manifiesto* y el *Preámbulo* de la IWW?" La mayoría de los miembros de WFM probablemente no estaban seguros de lo que querían. Una minoría, dirigida por McMullen, indudablemente deseaba un sindicalismo industrial puro y simple; chuletas de cerdo, en otras palabras, sin revolución. Otro grupo minoritario, este liderado por St. John, Heslewood y Al Ryan, eligió sin problemas la revolución.

La ruptura entre el IWW y el WFM también causó disensión detrás de los muros de la prisión. En la cárcel del condado de Ada, Moyer y Haywood reaccionaron de manera muy diferente a los eventos de septiembre y octubre de 1906. Como ya hemos visto, se había desarrollado un alejamiento entre los dos. El 2 de octubre, el día en que Mahoney y McMullen salieron de la Convención del IWW, Moyer escribió al Secretario interino del WFM James Kirwan: "Quiero notificar a los que se llaman a sí mismos revolucionarios que su programa nunca recibirá mi respaldo, ni el de la Federación Occidental de Mineros (WFM), si está en mi poder evitarlo. Por los dioses, he sufrido demasiado, he trabajado demasiado duro para someterme a la Federación de Mineros del Oeste que se ha entregado al Sr. Daniel DeLeon." Por lo tanto,

Moyer castigó a la facción de Trautmann, insinuó el respaldo a la posición de Sherman y exigió un Referéndum de la afiliación sobre el resultado de la Convención del IWW.

Haywood, a diferencia de Moyer, prefirió suspender el juicio final sobre la controversia del IWW hasta que tuviera información más sustancial, aunque le aconsejó a la WFM que permaneciera dentro del IWW. No pasó mucho tiempo hasta que dio a conocer su opinión en la controversia, condenando a la facción de Sherman sin condonar a la mayoría del IWW de 1906, que, según sus palabras, era "demasiado dura... El nudo gordiano presidencial que se cortó con un hacha, solo eran unos nudillos que podrían haberse desatado fácilmente". Por encima de todo, Haywood quería evitar personalismos y hacer sacrificios por la unidad sindical. Creyendo que Trautmann y St. John estaban en lo cierto, sin embargo, implicaba que los insurgentes podrían haber logrado sus objetivos sin dividir el IWW y el WFM. Sin embargo, Haywood tuvo que confesar: "No he podido idear ningún medio para lograr una reconciliación".

Pero con Moyer y Haywood en prisión, la facción anti-IWW dominó el WFM. Mahoney y Kirwan notificaron a todos los sindicatos locales en noviembre de 1906 que no participasen en el referéndum sobre la Convención de 1906 llevado a cabo por Trautmann. El mes siguiente, la Junta Ejecutiva del WFM se negó a pagar las cuotas a cualquiera de las facciones del IWW y anunció que un referéndum de afiliación había declarado que la Convención de 1906 del IWW no era válida.

En respuesta, el 15 de enero de 1907, el IWW de Trautmann, suspendió el Departamento de minería (WFM), al mismo tiempo que anunciaba los resultados de su propio referéndum.

La votación, abrumadoramente (3.812 a 154) respaldó la Convención de 1906 y a los nuevos representantes del IWW. Además, Trautmann demostró que cuando los votos en el referéndum del IWW se combinaban con los de la decisión de la WFM, la mayoría respaldaba totalmente la Convención de 1906 (5.712 a favor, 2.912 en contra).

Mientras tanto, un liderazgo del WFM cada vez más moderado tuvo que lidiar con sus críticos. Antes de la Convención nacional del sindicato de 1907, los rumores de compromiso se extendieron. En marzo, Haywood le escribió a St. John: "Temo más que nada la repetición de la disputa inútil y sin sentido en la próxima Convención... Se debe evitar. Y exigir el cese de los representantes de ambas facciones de los Trabajadores Industriales del Mundo, si haciéndolo, se puede lograr una amalgama de las bases". Pero los partidarios de Trautmann no se comprometieron antes de la Convención de 1907 del WFM, la más amarga de la historia de la organización.

Durante casi un mes, los delegados debatieron la pregunta del IWW. St. John, Heslewood, Ryan, Percy Rawlings y Frank Little (quienes luego ocuparían un lugar destacado en la historia del IWW) lideraron a los radicales de la Convención; Mahoney, O'Neill, Kirwan y McMullen guiaron a los moderados. Cuando el presidente interino Mahoney y la mayoría del Comité de resoluciones se opusieron a la afiliación con cualquiera de las facciones del IWW, los radicales se comprometieron a continuar su lucha dentro de la WFM hasta que prevalecieran sus tesis.

Los moderados ganaron por mayoría abrumadora: más de dos a uno en temas importantes (239 a 114). Así terminó, con un gemido, el flirteo de la WFM con el sindicalismo revolucionario.

El IWW ahora parecía condenado. Con su mayor afiliado desaparecido y sin reemplazo a la vista, ¿qué quedaba? Incluso Haywood anunció públicamente: "En cuanto a la reconstrucción de la IWW, no se hará nada hasta que llegue el momento oportuno, y eso no ocurrirá hasta que el trabajo organizado en general ofrezca menos oposición al movimiento". O'Neill, siempre menos reservado, proclamó, "La IWW no es más que una reminiscencia. Está muerto, y cuanto antes olvidemos el hedor, mejor.

Pero Trautmann y sus partidarios se comprometieron a demostrar que el IWW era un cadáver muy vivo, dispuesto y capaz de resistir a aquellos que deseaban enterrarlo.

Si Trautmann fue mejor profeta que O'Neill, solo la historia posterior de la IWW podría determinarlo.

## LA IWW EN ACCIÓN, 1906-8.

Desde 1906 hasta 1908, el IWW, aunque a menudo enterrado por sus enemigos, nunca llegó a la tumba. A pesar de sus múltiples debilidades, libró conflictos industriales en ciudades tan alejadas como Skowhegan, Maine y Portland, Oregon; Bridgeport, Connecticut, y Goldfield, Nevada. Organizó trabajadores en el textil, madera, minería y otras industrias. Sobrevivió a las huelgas perdidas, resistió el pánico económico y la subsiguiente recesión de 1907-8, y sufrió una segunda división interna. A fines de 1908, la IWW había asumido lo que posteriormente seguirían siendo sus características y propósitos básicos. Durante estos años formativos, la IWW también creó mitos duraderos sobre sí misma y cometió errores que nunca superó.

Uno de los mitos más perdurables de IWW es el de una supuesta Edad de Oro asociada con el éxito organizacional en el campo minero de Nevada en Goldfield, donde, después de un año de su fundación, la IWW había organizado a todos los trabajadores de la comunidad, excepto por un puñado de comerciantes de la construcción de la AFL: vendedores de periódicos, camareros, cocineros, empleados, sirvientas, mineros del carbón, reporteros. Según John Dos Passos en *Paraleo 42*, en Goldfield lo primero era la lealtad a la IWW. Todos tenían el carnet rojo. Nunca había existido una amalgama más completa de trabajadores en el movimiento obrero estadounidense.

Sin embargo, si Goldfield podría ser nominado como la Edad Dorada del IWW, nunca logró nada que se acercara al éxito completo. El IWW dejó a Goldfield en una derrota total. Con solo pequeñas variaciones, la historia de Goldfield repitió el tema de la guerra de clases que antes se desarrollaba en ciudades mineras similares de Idaho y Colorado. Los mineros se unieron pronto a la Federación Occidental de Mineros (WFM), que rápidamente estableció la ventaja en las relaciones entre empresarios y empleados. Durante un tiempo,

el sindicalismo floreció cuando los trabajadores mantuvieron un grado inusual de seguridad laboral.

Después de la fundación de la IWW en 1905 y la afiliación de la WFM como su departamento de minería, los wobblies invadieron el campamento. El Local 220 del WFM de Goldfield ya incluía a algunos de los miembros más radicales de esa unión, muchos de ellos refugiados de los amargos conflictos de 1903-4 de Cripple Creek y Telluride. La creación del IWW permitió a estos "radicales" extender su control organizativo sobre la comunidad. El IWW capturó un sindicato federal de trabajadores de la ciudad que anteriormente estaba afiliado a la AFL. Con el nuevo nombre de Local 77, el IWW, afirmó que representaba a todos los trabajadores de la ciudad de Goldfield y también a los de la comunidad minera vecina de Tonopah.

Los eventos en Goldfield estimularon a los wobblies locales a lograr más éxitos. El 10 de septiembre de 1906, en un momento en que los líderes nacionales de IWW y WFM se estaban peleando, ambas organizaciones afiliadas de Goldfield se fundieron, los trabajadores de la ciudad y los mineros se fusionaron en un Local ampliado de WFM-IWW 220. Incluso después de la separación del WFM de la IWW en enero de 1907, los trabajadores de Goldfield permanecieron unidos en una coalición dominada por los wobblies. Los aliados funcionaron agresivamente. El 20 de diciembre de 1906, pararon las minas locales para obtener salarios más altos y menos horas, y en tres semanas los mineros lograron sus objetivos principales, así como beneficios adicionales. Para marzo de 1907, el sindicato amalgamado reclamaba tres mil miembros que pagaban sus cuotas, y se sentía lo suficientemente seguro como para ordenar a todas las empresas locales que instauraran la jornada de ocho horas, una solicitud aceptada de inmediato. No satisfecho con la dominación de las minas y los negocios locales, el Local 220 libró una guerra con los carpinteros locales de AFL, exigiendo que todos los carpinteros tomaran tarjetas rojas o se les negase el empleo dentro y alrededor de las minas. Este ataque contra los carpinteros de la AFL marcó la más lejana penetración de la coalición IWW-WFM en Goldfield.

Poco después, una concatenación única de circunstancias generó una cuña entre los trabajadores de la ciudad y los mineros, destruyendo así el

sindicalismo en Goldfield. En la primavera de 1907, cuando Haywood iba a ser juzgado, los oponentes de Goldfield del WFM-IWW afirmaron que ahora tenían pruebas para demostrar que estaban combatiendo no a un sindicato sino a una conspiración criminal. Simultáneamente, el conflicto interno inmovilizó a la WFM como resultado de su secesión de la IWW. Además, la AFL eligió este momento para atacar el eje WFM-IWW en Goldfield, y Gompers envió un organizador especial al área para unirse en la lucha a los propietarios de minas y miembros conservadores del WFM contra la IWW y para la reafirmación de la hegemonía de la AFL. Pronto, el pánico económico y la recesión empeorarían aún más esta mala escena sindical.

El contraataque de los propietarios de las minas y los empresarios locales, conscientes de que los conservadores y radicales del Local 220 estaban luchando entre sí, llegó en marzo de 1907. Al formar una Asociación de Empresarios y Propietarios de Minas, se negaron a contratar a miembros del IWW. El 15 de marzo, con el apoyo de la AFL, cerraron todos los negocios locales y los reabrieron tres días después sin empleados de IWW. A lo largo de marzo y la mayor parte de abril, las minas locales permanecieron cerradas debido a que los propietarios y los moderados de WFM intentaron eliminar a los wobblies del sindicato de mineros.

En esta etapa, las líneas de clase de Goldfield se habían confundido irremediablemente. Solo una cosa era segura: Goldfield ya no era una utopía del IWW. Por un lado, los empresarios locales y los dueños de las minas estaban con los miembros de la AFL y mineros conservadores; por otro lado, los trabajadores radicales de la ciudad y los mineros que simpatizaban con el IWW se mantuvieron firmes en su posición. Ambos bandos iban armados.

La mayoría de los mineros y empresarios, en lugar de arriesgarse a una guerra abierta en una situación tan confusa, llegaron a un acuerdo el 22 de abril de 1907. El sindicato de mineros protegió su tasa de salarios y ganó jurisdicción sobre todos los empleados que trabajan en y alrededor de las minas. Los empresarios a cambio obtuvieron la promesa de que los conflictos laborales de la ciudad no podrían interferir con las operaciones de la mina. El acuerdo, destinado a durar dos años, trajo la paz laboral hasta el verano y principios del otoño de 1907.

Con el IWW aparentemente derrotado, los dueños de las minas se volvieron más agresivos. Los empresarios de Goldfield confesaron haber luchado contra el IWW en parte porque los wobblies eran "radicales subversivos" y en parte porque eran presuntos conspiradores criminales. Pero, de hecho, eran un sindicato per se, no los conspiradores criminales, que los empresarios decían estar tratando de combatir. Cooperaron con la AFL solo porque ese grupo nunca había organizado mineros locales o trabajadores de la ciudad y, por lo tanto, no representaban una amenaza para el poder económico de los empresarios.

Los dueños de las minas de Goldfield revelaron públicamente su actitud antisindical en noviembre de 1907, cuando rompieron su acuerdo de abril con el sindicato de mineros. Usando la recesión de ese año y la consiguiente restricción monetaria como pretexto, los propietarios anunciaron que detendrían los pagos en efectivo a sus trabajadores. Rechazando las ofertas de compromiso sindical, declararon la guerra contra el trabajo organizado.

En esta coyuntura, las autoridades públicas de Nevada no estaban en posición de ayudar a los empresarios de Goldfield: el Estado carecía de milicias o de policía para el trabajo. Los empresarios de Goldfield también se dieron cuenta de que no se podía confiar en los funcionarios de la ciudad y del condado para combatir al sindicato. Por lo tanto, los empresarios idearon un plan con el gobernador John Sparks para traer tropas federales. En una reunión secreta celebrada el 2 de diciembre de 1907, los propietarios de las minas y el gobernador acordaron que Sparks, al recibir un cable codificado, solicitaría tropas federales. Ningún funcionario de la ciudad o del condado de Goldfield fue informado de estos arreglos. Inmediatamente después de su regreso a Goldfield, los propietarios de las minas enviaron el mensaje de código preestablecido a Sparks, quien el 3 de diciembre le pidió tropas al Presidente Roosevelt. Después de unos breves contratiempos legales entre el Gobernador y el Presidente, Roosevelt ordenó a los soldados que fueran a Goldfield dos días después. El 6 de diciembre, las tropas federales llegaron a lo que, a todas luces, era una comunidad ordenada y pacífica. Solo dos semanas más tarde, el 20 de diciembre, los agentes enviados por Roosevelt para investigar la situación informaron al Presidente: "Nuestra investigación hasta el momento

no ha logrado sostener las acusaciones generales del gobernador al llamar a las tropas". Pero los agentes federales pronto descubrieron por qué los dueños de las minas y el gobernador querían tropas federales. Los propietarios de las minas, según supieron, habían decidido reducir los salarios y también negarse a emplear a miembros del WFM, medidas que temían tomar sin protección militar.

Consciente de todo esto, Roosevelt, sin embargo, mantuvo la presencia federal en Goldfield. Las tropas habían sido despachadas cuando no había necesidad de ellas, pero los dueños de las minas pronto crearon esa necesidad, ya que los investigadores del Presidente informaron que la reducción de salarios y los nuevos contratos de "perro amarillo", anunciados el 12 de diciembre, causarían que el sindicato de mineros recurriera a la violencia si se retiraban las tropas.

[Contrato "yellow dog" o "perro amarillo" es un contrato de trabajo que incluye el compromiso por parte del trabajador de no afiliarse a un sindicato]

Roosevelt, convencido de que Haywood y el "círculo íntimo" del WFM eran asesinos, pensó que eran lo peor de los mineros de Goldfield. Las tropas federales permanecieron de servicio para preservar la paz de Goldfield hasta marzo de 1908, cuando la policía estatal, recientemente prevista por una sesión especial de la legislatura de Nevada, los reemplazó.

El sindicato de mineros era ya un caos. El 3 de abril, cuando finalmente votó para terminar su huelga, solo 115 hombres emitieron su voto, el resto había dejado el sindicato o la zona.

Así terminó la Edad de Oro del IWW, y con ello los sueños de una organización fácil y rápida de trabajadores estadounidenses en *Un Gran Sindicato* lo suficientemente poderoso como para dictar condiciones a los empresarios. Los wobblies ahora sabían qué esperar en el futuro. Tanto la AFL como la WFM los combatirían, y sus miembros los reprenderían, los empresarios aprovecharían las divisiones internas de los trabajadores y las autoridades públicas serían hostiles y represivas. Lo más importante, se hizo evidente que cuanto más éxito tenía la IWW en el logro de sus objetivos económicos, más tenía que enfrentarse con el empleador y la oposición pública. El radicalismo y la retórica

revolucionaria eran tolerables mientras no se tradujeran en poder económico real.

A pesar de la derrota en Nevada, a los wobblies le gustaba recordar la experiencia de Goldfield como un momento en el que habían demostrado, al menos temporalmente, que la idea de *Un Gran Sindicato* realmente funcionaba, que los trabajadores de diferentes ocupaciones podían unirse en una sola organización, que una lesión a uno podría ser la preocupación de todos. Una versión romántica de Goldfield se convirtió en el ideal a realizar. Este ideal mantuvo a la IWW con vida desde 1906 hasta 1908, ya que trató de organizar a los trabajadores que hasta ahora se creían inorganizables.

Sin embargo, la debacle de Goldfield convenció a algunos wobblies de que la organización debería concentrarse en reclutar miembros en el Este industrial urbano. Ben H. Williams, miembro de la Junta Ejecutiva General, sostuvo que los trabajadores orientales, aunque menos imbuidos que sus hermanos occidentales con el espíritu del sindicalismo industrial revolucionario, tenían menos movilidad y, por lo tanto, eran un potencial superior para la organización.

La observación de Williams no pasó desapercibida. En 1907-8, los artículos del *Industrial Union Bulletin* describían los conflictos industriales liderados por el IWW en Bridgeport, Connecticut, en Skowhegan, Maine y en Schenectady, Nueva York. Las huelgas de Bridgeport y Schenectady son particularmente importantes por lo que revelan sobre los métodos y principios del IWW. En Bridgeport, los wobblies organizaron a inmigrantes húngaros no cualificados y estadounidenses nativos cualificados en un frente unido que en agosto de 1907 ganó importantes concesiones de la American Tube and Stamping Company. Incluso el organizador de la AFL enviado a Bridgeport para evitar que la Asociación Internacional de Maquinistas apoyase la huelga del IWW quedó impresionado por el control del IWW sobre los húngaros. "La devoción de estos hombres a la unión dual es patética", informó Gompers. "Acuden a las reuniones de huelga para escuchar a los oradores cuyos discursos no entienden y se unen al aplauso final más alto que cualquiera de los demás". En las obras de General Electric en Schenectady, el IWW demostró una acción directa industrial. El 10 de diciembre de 1906, cuando la compañía se negó a

reincorporar a tres wobblies dados de alta, tres mil miembros del sindicato se sentaron dentro de la planta. Como informó un periódico local, "No se retiraron sino que permanecieron en sus lugares, simplemente deteniendo la producción". Los wobblies iniciaron así la primera huelga de brazos caídos registrada en la historia de Estados Unidos.

Estos dos conflictos anunciaron el curso futuro del IWW. Demostraron que el objetivo principal de la acción industrial era la mejora inmediata de los salarios y las condiciones de trabajo y la reparación de reclamaciones específicas. Para la mayoría de los wobblies, la revolución estaba en el futuro, la barriga vacía era la preocupación de hoy. Bridgeport y Schenectady también revelaron la capacidad del IWW para hacer lo inesperado y dramático, así como para atraer a inmigrantes no cualificados y previamente descuidados a la misma organización con estadounidenses nativos cualificados.

El IWW hizo sus primeras incursiones orientales entre los trabajadores textiles. En Paterson, Nueva Jersey, en marzo de 1907, el Sindicato Industrial de Trabajadores de la Seda No. 152 tenía más de mil miembros cuyas clasificaciones de trabajo abarcaban distintos oficios. Al final del año, el Organizador General Trautmann informó a una sesión de la Junta Ejecutiva que la IWW había organizado a unos 5.000 trabajadores textiles: 3.500 en Paterson, 700 en New Bedford, 50 en Lawrence y el resto esparcido entre Providence, Woonsocket, Fall River, Hoboken, y Lancaster. De acuerdo con la sugerencia de Trautmann, la Junta Ejecutiva General emitió una convocatoria (publicada en inglés, francés, alemán e italiano) para una Convención que se celebrará el 1 de mayo de 1908 en el Hall IWW de Paterson para establecer un Sindicato Nacional Industrial de Trabajadores Textiles (NIUTW).

Veintidós delegados, que representan a los trabajadores textiles de Paterson, Providence, Woonsocket, New Bedford, Lawrence y Lowell, asistieron a esta Convención. Tres días de discusión y debate produjeron el NIUTW, la primera organización industrial nacional de este tipo establecida dentro de la estructura del IWW. Aunque el NIUTW abrió la afiliación a trabajadores asalariados en cada rama de la producción textil, su constitución permitía subdivisiones sindicales basadas en el idioma o la unidad de producción. La *Constitución* también reconoció la subordinación del NIUTW a la Junta

Ejecutiva General del IWW en todos los asuntos vitales. En años posteriores, esta organización libraría varias de las luchas más notables del IWW.

La concentración en los trabajadores orientales no hizo que la IWW descuidara a los occidentales responsables del nacimiento de la organización. Muy por el contrario. Los llamamientos y demandas para la organización de trabajadores agrícolas migratorios llenaron la prensa del IWW. Los corresponsales también instaron a la IWW a reclutar entre los trabajadores asiáticos de la costa Oeste. A diferencia de la AFL (o, para el caso, de todas las demás organizaciones laborales estadounidenses), que se negaron a organizar a los asiáticos y buscaron legislación para excluirlos del país, el IWW se opuso a las leyes de exclusión y buscó activamente reclutas asiáticos. J. H. Walsh, un organizador de la Costa Oeste, informó que el periódico japonés-estadounidense *The Revolution* había abierto sus columnas a la IWW y que él, Walsh, estaba tras el rastro de dos socialistas chinos. Mientras tanto, el diario wobbly *Industrial Union Bulletin* (IUB), dio una bienvenida editorial a los trabajadores japoneses a los Estados Unidos, y comentó que "algunos trabajadores japoneses ya tienen carnets del IWW y hay más. Sed bienvenidos."



Los organizadores del IWW, Chin Poo, Hing Chan y Sik Sui Dang.

El *Western Work* hizo notar a Elizabeth Gurley Flynn, designada como "la chica rebelde" convirtiéndola en la más publicitada de todas las personalidades del

IWW. En 1907, aunque todavía era solo una adolescente, Flynn llevó el mensaje del sindicalismo industrial hacia el Oeste hasta Duluth y subió y bajó por la Cordillera del hierro de Mesabi. Un artículo de Duluth describió su retrato de la siguiente manera: "El fervor socialista parece emanar de sus ojos expresivos, e incluso de su vestido rojo. Es una niña con una "misión". Al encontrar timidez y temor en los mineros, Flynn prometió hacer una segunda gira para mantener vivo el interés en el IWW despertado por sus discursos mesiánicos".

Pero en estos primeros años, como también en su vida posterior, el IWW tuvo su mayor éxito en llegar a los trabajadores madereros del lejano Oeste. Estos madereros, comúnmente conocidos como "bestias de la madera" en la prensa del IWW, trabajaban en una industria desordenada. Las penurias físicas y las privaciones asociadas con la industria maderera, en particular el aislamiento en las profundidades de las selvas tropicales, a millas de las ciudades y las comodidades de la vida civilizada, hicieron de las condiciones de trabajo una carga aún más miserable que los bajos salarios.

El IWW intentó cambiar eso, transformando la "bestia de la madera" en un ser humano. Pero la industria maderera resultó difícil de organizar. Las actitudes de los empresarios hacia los trabajadores eran tan primitivas como las condiciones de trabajo y tan agresivas como la competencia entre empresas. No podían permitir que un sindicato se interpusiera entre un empleador y su "derecho a emplear a quien le parezca adecuado".

Sin embargo, los madereros eran reclutas perfectos para el IWW. En su mayoría nativos estadounidenses o europeos del Norte, hablaban inglés, vivían juntos, bebían juntos, dormían juntos, se prostituían juntos y luchaban juntos. Aislados en el bosque o en las primitivas ciudades de empresa, estaban atados por lazos mucho más fuertes que sus habilidades o clasificaciones de trabajo. Ya sea que estuviesen capacitados o no, querían que las habitaciones se aireasen, literas limpias, ropa de cama decente y buena comida. Estaban cansados de cargar "bindles" [hatillos, petates] en las espaldas [\(4\)](#) mientras se trasladaban de un trabajo a otro y de un campamento a otro. La IWW prometió a los madereros fiestas de quema de "bindles" y condiciones de trabajo decentes que se ganarían a través de la solidaridad industrial. A un año

de su fundación, el Local del IWW en Seattle tenía más de ochocientos miembros y en marzo de 1907 había establecido nuevos Locales en las ciudades portuarias de Portland, Tacoma, Aberdeen, Hoquiam, Ballard, North Bend, Astoria y Vancouver. La idea sindical se estaba volviendo contagiosa.

Los empresarios, por supuesto, estaban al tanto de la penetración del IWW en la industria maderera, pero el público no, es decir, hasta el 1 de marzo de 1907, cuando el IWW se puso al frente de un paro espontáneo por parte de los trabajadores de la fábrica de Portland. El IWW apareció en la escena de Portland después de que unos pocos trabajadores comenzasen su lucha tras una petición sin respuesta de salarios más altos y de reducción de jornada. Los organizadores Fred Heslewood y Joseph Ettor pronto se pusieron a trabajar. En una semana cerraron casi todas las fábricas de la ciudad y consiguieron más de dos mil hombres en huelga. Con más de mil ochocientos miembros, el Local de Portland del IWW (No. 319) formuló demandas para una jornada de nueve horas y un salario mínimo diario de 2,50 \$.

Como todos los primeros ataques de la IWW, este tenía objetivos inmediatos. Ettor y Heslewood instruyeron a los huelguistas sobre las realidades de la lucha de clases, pero insistieron en que fueran ordenados y moderados. Los dos agitadores mencionaron la revolución solo como una posibilidad futura, nunca como una perspectiva inminente.

Sin embargo, incluso la lucha por las realidades presentes inquietó intensamente a los empresarios. Como siempre, lo que les molestaba más que las cuestiones de salarios y condiciones de trabajo era el tema del poder. Los empresarios de Washington esperaban fervientemente que la ofensiva del IWW se limitara al área de Portland, pero los madereros tenían la intención de presentar un frente unido contra la IWW.

Las fábricas de Portland mantuvieron su unidad y, con el apoyo de las empresas madereras del Norte, se mantuvieron firmes contra los huelguistas. Los afiliados locales de la AFL se negaron a cooperar en la huelga; de hecho, el Consejo Central de Trabajo de la AFL y los sindicatos de la construcción de Portland cooperaron con los empresarios para luchar contra el IWW. Las fábricas de Portland, con la aprobación de la AFL local, reclutaron con éxito a

trabajadores no sindicalizados, y para el 18 de marzo, un empleador concluyó: "Las fuerzas de ataque se han desintegrado". Al día siguiente, las fábricas de Portland volvieron a abrir sus puertas, y diez días después, la huelga había sido aplastada por completo.

Los organizadores del IWW intentaron minimizar su derrota. Heslewood afirmó que el conflicto había mejorado las condiciones de trabajo de los huelguistas y que había otorgado a los agitadores del IWW cuarenta días para educar a los trabajadores en la necesidad del sindicalismo industrial revolucionario. Tenía un punto. Es posible que el IWW haya perdido el conflicto inmediato, pero los huelguistas y la mayoría de los demás trabajadores de la industria maderera se beneficiaron de la lucha de Portland. A raíz de la huelga, la compañía Puget Mill decidió que "estaría bien que la empresa hiciera todo lo posible para que las cosas fueran agradables para los trabajadores". En el futuro, los madereros occidentales recordarían que fue la IWW, no La AFL, quien había mejorado sus condiciones de trabajo.

A pesar de sus actividades industriales de costa a costa, la IWW tuvo muy pocos resultados organizativos que mostrar por sus esfuerzos de 1907 y 1908. En la Convención sin complicaciones de 1907, Trautmann informó que la organización tenía 31.000 miembros. Pero de ese número, a lo sumo solo se cobraban 10.000 cuotas mensuales, y la mitad de los miembros continuamente se afiliaban y desafiliaban, lo que llevó a un conteo doble considerable. Un año más tarde, Trautmann informó que el IWW, a pesar de sus luchas bien realizadas en Bridgeport y Skowhegan, había perdido no solo a todos sus miembros en esas ciudades, sino también su prestigio como organización. Vincent St. John ofreció a la Convención de 1908 noticias igualmente inquietantes, ya que estimó que desde la Convención de 1907 la IWW había organizado setenta y seis Locales y tres consejos de distrito, pero durante el mismo período se habían disuelto sesenta y tres Locales.

El fracaso del IWW en su progreso apenas se alivió con el pánico de 1907. El declive económico agravó un ya grave colapso organizativo. En diciembre de 1907, Trautmann informó que los ingresos de la organización se habían reducido a la mitad. La apelación posterior a Locales y miembros morosos para pagar la deuda no obtuvo respuesta. La Junta Ejecutiva General propuso una

tasa especial pero no pudo cobrarla. La impresión y las facturas de la oficina crecieron, los recibos se devolvieron y aún no hubo alivio. La Junta Ejecutiva General finalmente recortó todos los gastos administrativos, incluida la actividad de organización, a fin de preservar la publicación del *Industrial Union Bulletin*, que, como se dijo en la junta, podría difundir el evangelio del sindicalismo industrial mejor que los organizadores. Aun así, la rigurosidad financiera obligó a la junta a reducir la publicación de su revista de semanal a quincenal.

Las condiciones económicas ciertamente no ayudaron a nada, pero una gran parte del fracaso del IWW se debe colocar directamente en el umbral de la organización. Incluso antes de la desaceleración económica de 1907-8, el IWW había demostrado no estar dispuesto a corregir las deficiencias internas. El acta de una reunión de la Junta Ejecutiva de septiembre de 1907 reveló que la IWW no podía financiar a sus organizadores. Se esperaba que los organizadores se mantuvieran a sí mismos a través de las comisiones obtenidas por la venta de literatura del sindicato. Sólo a los que podían sostenerse se les permitía permanecer en el campo. Eso dejó a cinco hombres —Walsh, Ettor, Williams, Heslewood y James P. Thompson— para organizar a los trabajadores de Maine a California. Además, los Locales y miembros del IWW se negaban a pagar sus cuotas a la Sede General.

El caos organizacional empeoró los problemas financieros. En una reunión de la Junta Ejecutiva General en diciembre de 1907, James Thompson, quien estaba organizando en Nueva Inglaterra, explicó las dificultades que enfrentaba porque la *Constitución* del IWW no preveía provisiones para los sindicatos industriales nacionales. Entonces y allí, sin discusión ni debate, la Junta Ejecutiva General resolvió que tres mil miembros de la misma industria, pero organizados en no menos de siete localidades diferentes constituían una Unión Industrial Nacional. Pero la mayoría de los miembros del IWW, que no se sentían afectados por esquemas tan grandiosos, permanecieron en Locales mixtos que se disolvieron regularmente debido a falta de dinero, líderes incompetentes o ambos. Otros aspectos de la organización interna de la IWW estaban abiertos a críticas. Ettor, por ejemplo, encontró a los wobblies propensos a ridiculizar a todos los empleados sindicales como dioses de

hojalata, y fue testigo de cómo los Locales del IWW practicaban la rotación sin restricciones en los cargos: cada reunión semanal elegiría un nuevo grupo de representantes. La democracia, concluyó Ettor, dio lugar a Locales mal administrados, huelgas impulsivas y mal planificadas, y la consiguiente desilusión de los trabajadores a quienes la IWW deseaba llegar.

St. John estaba convencido de que el IWW no podría producir resultados hasta que obtuviera los fondos necesarios para saturar una industria con organizadores, así como el poder de proteger a los miembros del IWW contra empresarios hostiles. Confesó su propia incapacidad para romper el círculo vicioso que atormentaba a la IWW. Ningún fondo implica ningún organizador, lo que implica que no hay miembros. Ningún miembro significa que no hay fondos, lo que implica que no hay organizadores.

Aunque líderes como St. John, Trautmann y Williams percibieron las debilidades básicas de su organización, no pudieron admitir que estas debilidades fueran el resultado de enfermedades internas crónicas; en cambio, buscaron chivos expiatorios. Encontraron a su diablo en Daniel DeLeon.

DeLeon nunca fue un hombre fácil de tratar. Deseando ser un Lenin estadounidense, obligó a sus seguidores a la uniformidad. Compartió la voluntad de hierro de Lenin, así como su intenso deseo de gobernar a los hombres y hacer historia. Pero DeLeon buscó hacer su revolución en una sociedad claramente no revolucionaria.

Afirmado haber nacido en Curasao en diciembre de 1852, hijo de una familia colonial judía holandesa, DeLeon aparentaba ser nativo de Estados Unidos. Tan completa e implacablemente distorsionó las circunstancias de su nacimiento y de sus primeros años de vida que se sabe muy poco acerca de su juventud. Su aparente biografía es en gran parte un compuesto de sus propias ficciones peculiares, el producto de lo que un académico ha caracterizado como la mente de un mentiroso patológico. DeLeon supuestamente obtuvo una licenciatura en derecho de la Universidad de Columbia en 1878, dio conferencias allí en historia de América Latina en 1883, participó en la campaña de Henry George a la alcaldía de la ciudad de Nueva York en 1886 y luego coqueteó con los Caballeros del Trabajo y el movimiento nacionalista de

Edward Bellamy. Esta trayectoria finalmente lo llevó al Partido Socialista del Trabajo (SLP), convirtiéndose en su sumo sacerdote en 1892, como editor de *The People*, el diario del partido. Como principal defensor del socialismo marxista en Estados Unidos, DeLeon haría más herejes que conversos. Una vez con el control del SLP, DeLeon trató de capturar los restos moribundos de los Caballeros del Trabajo. Fallando en esto, decidió apoderarse modestamente de la AFL. Fue nuevamente repelido, esta vez más velozmente. Nunca tomó la derrota a la ligera. Incapaz de controlar la AFL, decidió destruirla. Para ello, DeLeon estableció la Alianza Socialista de Comercio y Trabajo en 1895.

En esta etapa de su vida, DeLeon sostuvo que su revolución debía venir a través de la acción política; que la organización económica (es decir, el sindicato) debía estar subordinada al partido político. Cuando los miembros de la SLP no estaban de acuerdo con el dogmatismo de DeLeon sobre el tema sindical y aún intentaban influir dentro de la AFL, los expulsó de inmediato. No tolerando la disidencia, DeLeon fue asaltado por enemigos por todos lados. Gompers fue un crítico amargo y vengativo; Debs, Berger y la mayoría de los socialistas del medio Oeste no querían formar parte del "Papa Rojo de la Revolución" de Nueva York. En 1900 solo tenía un SLP en declive y una Alianza de Comercio y Trabajo moribunda.

A pesar de la adversidad, DeLeon se negó a cambiar su ideología o sus tácticas, hasta que la fundación de la IWW en 1905 le ofreció una nueva oportunidad. DeLeon descubrió repentinamente que la acción económica era más importante que la acción política y que el sindicato industrial, no el partido político, era el instrumento de la revolución. Con sus seguidores, se unió a la IWW.

DeLeon fue solo hasta donde pudo; quería discípulos, no aliados, aduladores, ni compañeros. Por lo tanto, DeLeon y sus lugartenientes se pusieron a transformar el IWW en un complemento del SLP. Los hombres del SLP promovieron la propaganda de la política a expensas del sindicalismo industrial; reclutaron para el partido, no para el sindicato; y donde los deleonites eran activos, el faccionalismo y la argumentación política debilitaban los Locales del IWW.

La mayoría de los wobblies, de hecho, tenían poco en común con DeLeon o su grupo. Los trabajadores occidentales, que todavía tenían una gran influencia en la organización, no han dejado de lado sus arraigadas sospechas sobre la eficacia de la acción política. Desde sus propias experiencias estaban convencidos de que el Estado era tradicionalmente su enemigo y que la política nunca les había ayudado. Como observó un minero de Arizona en la Convención de 1907 del WFM: "Si ignoramos las urnas y dedicamos los esfuerzos a la construcción de los Trabajadores Industriales del Mundo, podremos obtener todas las cosas buenas de la vida".

Pero DeLeon y sus discípulos del SLP solo prestaron un servicio especial al sindicalismo industrial. Cuando hablaban en las reuniones de la IWW o hacían circular literatura durante las huelgas, se concentraron en la crítica al Partido Socialista. No inesperadamente, la Junta Directiva General del IWW advirtió a todos los representantes del IWW en junio de 1907 contra la introducción de la política en los asuntos sindicales.

La pelea con DeLeon finalmente estalló abiertamente en diciembre de 1907. James Connolly, que luego se convertiría en mártir en el Levantamiento de Pascua de Dublín de 1916, fue organizador del IWW en la ciudad de Nueva York en 1907, cuando solicitó una reunión de emergencia de la Junta Ejecutiva General para discutir la posibilidad de reclutar un gran número de trabajadores de Nueva York. Pero antes de que se hubiera llevado a cabo la sesión, DeLeon exigió una Conferencia secreta sobre "una cuestión de importancia". Su "asunto importante" fue una advertencia de que Connolly era un rebelde hostil para el SLP. En la reunión secreta especial, DeLeon presentó una diatriba llena de invectivas, que se volvió tan amarga que Ben Williams, al presidir la sesión, declaró a DeLeon fuera de orden.

La lucha interna era ahora en serio. Hablando ante una audiencia del SLP en Nueva York en marzo de 1908, Williams declaró que la experiencia le había enseñado que el IWW tuvo audiencia y respuesta entre los trabajadores solo en proporción a su capacidad para evitar enredos políticos. Insistiendo en que el partido político no era más que un reflejo del sindicato industrial, Williams concluyó: "Decimos a los que no pueden ajustarse a la posición del IWW,

“manos fuera”, indistintamente de que tales individuos pertenezcan a uno u otro de los dos partidos socialistas”.

A medida que se acercaba la Convención de 1908, los DeLeonites hicieron un último esfuerzo para dominar el IWW. Al pagar cientos de cuotas atrasadas, atestaron el Local mixto del IWW de Nueva York y seleccionaron a DeLeon y sus seguidores como delegación de la ciudad a la Convención. Pero los DeLeonites no tuvieron en cuenta la hostilidad de las bases hacia ellos y sus planes.

A dos mil millas de la ciudad de la Convención de Chicago, en Portland, Oregón, el organizador del IWW John H. Walsh comenzó un movimiento que aseguró la derrota de DeLeon. Walsh describió sus tácticas en sus artículos del *Industrial Union Bulletin*. El 1 de septiembre de 1908, diecinueve hombres se reunieron en los patios del ferrocarril de Portland, escribió, “todos vestidos con monos negros, camisas negras y corbatas rojas, con un libro del IWW en sus bolsillos y una insignia del IWW en las solapas de sus abrigos”. Tomaron un vagón de ganado por una puerta lateral y se dirigieron hacia el Este, hacia Chicago. El “Especial Rojo” de esta “Brigada de los monos occidental” los llevó primero a Centralia, Washington, y luego a una inesperada estadía de una noche en la cárcel de Seattle. Sin inmutarse por el encarcelamiento, continuaron a través de Spokane; Sand Point, Idaho; Missoula, Montana, siempre hacia el Este. A lo largo de la ruta, Walsh celebró reuniones de propaganda y vendió literatura para mantener alimentada a su brigada.

Estos occidentales de la Western cantaron por su camino a través de Montana, comieron en las “junglas” de vagabundos, predicaron la revolución en los pueblos de las praderas que visitaban y cantaron constantemente. En cinco semanas de viaje en ferrocarril, la “Brigada occidental” y su pelotón de cantores viajaron más de 2.500 millas, celebraron treinta y una reuniones y vendieron más de 175 \$ en literatura y alrededor de 200 \$ en hojas de canciones (padres del ahora famoso *Little Red Song Book (Pequeño libro rojo de canciones)*).

Otros anti-DeLeonites convergieron en Chicago desde el Este. Ben Williams llegó a la ciudad para encontrar a Vincent St. John temeroso de destapar el

asunto DeLeon-SLP al principio de la Convención. Williams argumentó que limitar el tema a Nueva York, como St. John esperaba hacer, era imposible, ya que el futuro de toda la IWW dependía de la relación entre el concepto de sindicalismo industrial, la ideología del SLP y el papel del parlamentarismo en la realización de la revolución. Por lo tanto, exigió que toda la controversia de Nueva York se tratase al principio de la Convención. Después de muchas dudas, St. John finalmente accedió.

La Cuarta Convención del IWW difería considerablemente de sus tres predecesoras. Por primera vez desde la fundación de la organización, la Costa Oeste estuvo bien representada y envió delegados de Seattle, Portland y Los Ángeles. Los miembros del Partido Socialista y compañeros de viaje intelectuales fueron notables por su ausencia. El escenario estaba listo para la gran lucha sobre el papel de DeLeon en la IWW. Williams y los intelectuales orientales proporcionarían municiones ideológicas anti-DeLeon; la Brigada Occidental de Walsh proporcionaría votos y militancia.

La Convención se inauguró el 21 de septiembre y el presidente St. John pidió a la "Brigada de los monos" de Walsh que cantara "La Marsellesa". El espíritu marcial se despertó, los delegados escucharon a Trautmann pedirles que marcharan a la guerra contra DeLeon y el SLP, mientras definía el problema que enfrentaba la Convención: ¿El IWW se convertiría en la cola de una cometa política, o trabajaría en libertad para organizar a los trabajadores en sindicatos industriales?

No fue hasta su cuarto día que la Convención se enfrentó con este tema central. En ese día, 24 de septiembre, el Comité de Credenciales recomendó, por una votación de tres a uno, que DeLeon no se sentaría porque traía credenciales de un Local al que no pertenecía. DeLeon tuvo la oportunidad de discutir su caso ante los delegados. Recurriendo a la invectiva personal como de costumbre, DeLeon afirmó que sus enemigos eran los hombres que habían retrasado el movimiento sindical industrial, y que la Convención, en lugar de "clavar el cuchillo en mí, debería insertarlo en Trautmann y Williams". Pero los delegados procedieron a apuñalar a DeLeon, votando por cuarenta a veintiuno aceptar la recomendación del Comité de Credenciales.

Con DeLeon derrocado, los delegados se pelearon abiertamente por el papel político de su organización. Las líneas ideológicas se confundieron más que nunca. Una clara mayoría eliminó a DeLeon debido a su presión ideológica en la acción política, pero el comité de la *Constitución* votó para recomendar que el *Preámbulo* del IWW debía dejarse intacto, anulando a una minoría que había insistido en enmendarlo para eliminar toda referencia a la acción parlamentaria. La votación final sobre la pregunta fue tan próxima y tan confusa como el acalorado debate que la precedió. Al menos doce delegados que habían votado en contra de DeLeon votaron a favor de mantener el *Preámbulo* del IWW tal como estaba. Una mayoría de tres votos (treinta y cinco a treinta y dos) eliminó la acción política del *Preámbulo*.

La decisión de la Convención de eliminar toda referencia a la política desde el *Preámbulo* hizo que el IWW se opusiera a la crítica de que era simplemente una organización anarquista compuesta por dinamiteros. DeLeon fue uno de los primeros en atacar al "nuevo" IWW solo por esos motivos, y calificó a los wobblies de "vagabundos, anarquistas y matones destructores". Incluso formó su propio IWW [\(5\)](#), ostensiblemente dedicado a la acción ordenada y pacífica a través de políticas y tácticas parlamentarias.

Pero DeLeon y otros que aceptaron su crítica de la IWW posterior a 1908 malinterpretaron lo que había hecho la Convención. Los delegados simplemente pusieron el IWW donde se encontraba la AFL desde 1895. Ambas organizaciones laborales ahora rechazaban el respaldo directo o la alianza con cualquier partido político. Además, el IWW, al igual que el AFL, no determinó ni pudo determinar las actitudes o acciones de sus bases en temas políticos. Los delegados a la Convención de 1908 reconocieron, como Gompers había hecho más de una década antes, que los debates políticos entre facciones socialistas destrozaban a los sindicatos y socavaban la moral del trabajo. Por lo tanto, los wobblies decidieron mantener el debate político dentro de los partidos, que era donde pertenecía, y promover la acción industrial dentro de la IWW, por medio de la cual los trabajadores podrían mejorar sus vidas.

Otros conceptos erróneos igualmente acerca de la IWW surgieron como resultado de la Convención de 1908. Los críticos de la IWW, especialmente DeLeon, enfatizaron el papel de la "Brigada de los monos de trabajo", como

"Chusma proletaria y gorrones". Al acusar de que el "proletariado de los barrios bajos" y las "brigadas de vagos" se habían hecho cargo de la organización, DeLeon afirmaba que debido a esto el IWW nunca lograría la estabilidad, ya que los "vagos" no pagarían las cuotas ni tolerarían a los funcionarios competentes. Sin embargo, los delegados "vagabundos" en la Convención de 1908, a diferencia de los imaginados por DeLeon, se opusieron a la reducción de las cuotas y pidieron que se elevaran. Walsh informó que las bases occidentales consideraban la reducción de cuotas como una propuesta de rebajas y se preguntó cómo podría una organización existir sin los fondos adecuados. Los wobblies occidentales nunca dudaron de que una organización necesitara fondos y líderes efectivos para sobrevivir y crecer.

Desafortunadamente, ni los occidentales ni los orientales, ni las bases ni los líderes, pudieron hacer nada con respecto a la depresión industrial y el desempleo y por consiguiente el pago de cuotas atrasadas. La Convención de 1908 sancionó así la práctica establecida de usar solo a los organizadores que se sostuvieran mediante la venta de literatura y "merchandising".

El IWW reconstituido comenzó así su vida de manera anormal. Cuando St. John asumió el cargo de Organizador General (Trautmann fue degradado a Secretario-tesorero), encontró al IWW prácticamente sin ingresos y profundamente endeudado. La afiliación consistía en unos pocos lugareños extranjeros en el Este y unos cientos de trabajadores de temporada en el Oeste. La WFM, la AFL y ambos partidos socialistas difamaban a la IWW como una agregación de "anarquistas y vagabundos". Eugene Debs hizo que su afiliación al IWW expirara silenciosamente. Cuando St. John suspendió la publicación del *IUB* en marzo de 1909, ni siquiera pudo insinuar una posible fecha para la reanudación de la publicación. Incluso la actividad limitada de organización se detuvo por completo. Sin embargo, fue esta organización posterior a 1908 la que pudo aportar algo nuevo al movimiento obrero.

Durante la mayoría de esos años, la fortuna del IWW fue guiada por Vincent St. John como Organizador General (1908-15), y su filosofía y pensamiento fueron difundidos por Ben Williams, editor de *Solidarity*, la revista oficial del IWW, desde 1909 hasta su retiro en Marzo de 1917. A estos dos hombres, de

los cuales los estadounidenses saben tan poco, la IWW debió mucho de su éxito e influencia en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial.

Vincent St. John [Vicente San Juan], mejor conocido por sus amigos y asociados como “el Santo”, administró la autoestima y la lealtad de los jóvenes rebeldes que acudieron a la IWW. Elizabeth Gurley Flynn más tarde escribió sobre él: “Nunca conocí a un hombre al que admirara más”.



Vincent St. John

Nacido en Newport, Kentucky, el 16 de julio de 1876, de ascendencia irlandés-holandesa, St. John tuvo una inestable vida familiar. Entre 1880 y 1895 se mudó con su familia a Nueva Jersey, Colorado, al Estado de Washington y a California. A los diecinueve años, Vincent regresó solo a Colorado para comenzar una vida tempestuosa como minero.

Prospector, y organizador sindical. Como presidente de la Unión de Mineros de Telluride, dirigió la exitosa huelga de 1901; poco después de esto, se convirtió en un héroe local al arriesgar su vida en un desastre minero para salvar a otros. Pero no fue un héroe para los gerentes de minas locales, quienes lo

acusaron de asesinar al gerente de la mina Smuggler Union. Durante dos años (1902-3), las autoridades locales y estatales persiguieron a St. John. A falta de pruebas, los funcionarios públicos no podían procesarlo, pero los empresarios privados lo incluyeron en la lista negra en todo Colorado.

Como héroe del WFM y estrecho colaborador de los representantes nacionales del sindicato, estuvo implicado en el caso Steunenberg; McParland incluyó a St. John entre los miembros del "círculo íntimo" e incluso proporcionó a las autoridades de Colorado pruebas circunstanciales suficientes para llevar a St. John a juicio por asesinato. Se movió de un problema con la ley a otro. Líder en la lucha de facciones anti Sherman del IWW de 1906, luchó contra los detectives privados y policías de la ciudad. Un fuerte defensor de la IWW, a diferencia de otros líderes de la WFM, St. John fue a Goldfield en 1906 para organizar a los trabajadores de la ciudad de la IWW y sus aliados de la WFM, solo para recibir un disparo en la mano derecha, que como resultado le dejó paralizado permanentemente. Finalmente, en 1917, aunque ya no estaba asociado con el IWW en calidad de representante, St. John, junto con otros empleados del IWW, fue arrestado, acusado, juzgado y condenado por las autoridades federales.

Sus amargas experiencias como trabajador y como representante sindical, y no libros o teorías, dieron forma a su pensamiento y acción. Bendecido con una capacidad inusual para actuar de manera inmediata y efectiva sin filosofar o postergar indebidamente, obtuvo lo mejor de sus subordinados, en quienes inculcó su propia capacidad para actuar bajo presión. La decisión guiaba a St. John. Bajo su dirección, el IWW se hizo famoso por sus tácticas de acción directa y por evitar la acción política, aunque había sido miembro de un Partido Socialista e incluso candidato para un cargo público. La experiencia, no las ideas sindicalistas europeas, lo convencieron de que las actividades políticas interferían la organización sindical y que el mejoramiento del trabajo estaba en el sindicalismo industrial militante.

Por lo tanto, luchó por salvar al IWW de Daniel DeLeon por un lado y de los "anarquistas locos" por el otro.

El físico y los modales de St. John apenas concuerdan con la vida del hombre de acción que era. Bajo y ligero, se movió con rapidez y gracia. Siempre en conflicto con los opositores a los sindicatos, los empresarios y la ley, era modesto, silencioso y autónomo.

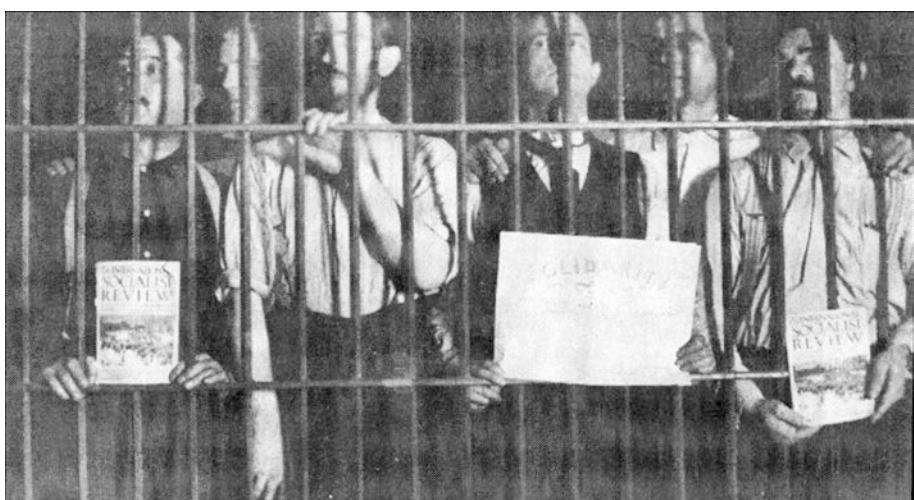
Ben H. Williams, la segunda figura influyente durante los primeros años de la IWW, llevó una vida similarmente nómada. Williams, como St. John, viajó mucho y tuvo una experiencia de primera mano de un amplio espectro de la vida estadounidense. Pero mientras St. John derivó sus ideas en gran parte de la experiencia personal, las ideas de Williams se originaron tanto en la lectura como en el razonamiento. Mientras que la vida de "el Santo" tendía hacia la acción, Williams se envolvió cada vez más en una vida del pensamiento y la teoría. Mientras que St. John administraba la Sede General, Williams editó el periódico oficial, brindándole a la IWW la estructura ideológica y formal que necesitaba.

Al igual que St. John, Williams era estadounidense hasta la médula. Nacido en la ciudad de cantera de pizarra de Monson, Maine, en 1877, le llamaron Benjamin Hayes en honor al recientemente electo presidente republicano. Cuando su padre abandonó a la familia en 1888, el joven Williams se mudó con su madre a Bertrand, Nebraska, donde un hermanastro tenía una pequeña imprenta. Aquí su pariente le presentó las realidades de la explotación, llevando al joven aprendiz al agotamiento. Aquí Williams se acercó al radicalismo, y luego recordó sobre aquellos días en Nebraska: "La revuelta de los agricultores occidentales estaba en plena marcha con la 'Alianza de Agricultores'... Antes de mi duodécimo año, conocí todas las filosofías sociales -anarquismo, socialismo, comunismo, la legislación directa y los programas de la Alianza- absorbiendo las ideas de una Nueva América y un mundo mejor". De esto, Williams pasó a lecturas de Bellamy, Marx y Thomas Henry Huxley, uniendo el utopismo de Bellamy, el credo revolucionario materialista de Marx, y el esquema evolutivo de Huxley. Williams incluso logró una educación formal en el Tabor College de Iowa a fines de la década de 1890.

El aprendizaje llevó a Williams a buscar acción en el mundo. En 1898 se interesó por el SLP de DeLeon y su esfuerzo por organizar a los trabajadores a través del Socialist Trades y Labor Alliance. Poco después, conoció a Frank

Bohn y al padre Hagerty, quienes lo influyeron aún más para dedicar su vida a la organización de la clase trabajadora. Para 1904, estaba dando conferencias y organizando para el SLP, y naturalmente siguió a su partido hasta el IWW en 1905. Como wobbly, Williams organizó sindicatos en las secuoyas. Los madereros de Eureka, California, se desilusionaban cada vez más con el énfasis del SLP en la acción política y su abandono de la organización sindical. Elegido para el Consejo Ejecutivo General en la Convención de 1907, se convirtió en su presidente no oficial. Como oponente de DeLeon, dirigió la lucha de 1908 que culminó con el derrocamiento de DeLeon. Cuando su mandato en el Consejo finalizó en 1909, Williams viajó a New Castle, Pennsylvania, donde se convirtió en editor de *Solidarity*, trabajo que desempeñó hasta que dejó el IWW en 1917.

Williams llegó a New Castle buscando el intelectualismo radical. Bajo y ágil, tenía hombros estrechos e inclinados y un rostro sensible más adecuado para la vida en el estudio que en el pozo de la mina o en los piquetes. Con ojos claros y penetrantes coronados por cejas delgadas, nariz fina y recta, labios finos y bien formados, una tez clara y una barba estilo Van Dyke bien arreglada, parecía una suave versión estadounidense de Lenin y otros revolucionarios bolcheviques.



El equipo de *Solidarity* fue encarcelado en 1910.  
El editor Ben Williams es el tercero por la izquierda

## VII

### IDEOLOGÍA Y UTOPÍA: EL SINDICALISMO DE LA IWW

Desde 1909 hasta 1919 una leyenda envolvió al IWW. Muchos estadounidenses, especialmente durante la Primera Guerra Mundial y el miedo a la posguerra, se convencieron de que los wobblies eran "perversos bolcheviques". El vagabundo wobbly había reemplazado al anarquista barbudo y portador de bombas como un hombre del saco en la febril imaginación estadounidense. Esta versión del wobbly fue difícil de desarraigar.

Con la IWW, al igual que con otras organizaciones radicales que han sido romantizadas y mitologizadas, la leyenda está a muchos pasos de la realidad. Los wobblies no transportaron bombas, ni quemaron los campos de cosecha, ni destruyeron la madera, ni dependieron de "la máquina que trabaja con un gatillo". En su lugar, intentaron por su cuenta comprender la naturaleza y la dinámica de la sociedad capitalista y, a través de un mayor conocimiento, así como a través del activismo revolucionario, desarrollar un mejor sistema para la organización de la economía estadounidense.

Las creencias del IWW deben entenderse en términos de aquellos a quienes se trató de organizar. Después de la deserción de la Federación Occidental de Mineros en 1907, los wobblies se concentraron en los trabajadores desatendidos por la corriente principal del movimiento laboral: madereros, recolectores migrantes, trabajadores de la construcción itinerantes, inmigrantes del Este y Sur de Europa, afroamericanos, mexicanos y americanos asiáticos.

Los hombres que se asociaron con el IWW en su apogeo fueron en su mayoría ciudadanos de una sociedad industrial de primera generación. Como se observa con frecuencia, los inmigrantes del Sur y Este de Europa a menudo conocieron la vida industrial urbana al llegar al Nuevo Mundo. Pero los

estadounidenses nativos desposeídos eran igualmente recién llegados a la sociedad industrial que también hicieron el espantoso viaje de una sociedad preindustrial a otra industrial. Atrapados entre dos sistemas y dos modos de existencia, estos inmigrantes —internos y externos— fueron efectivamente desarraigados. Arrancados de una vieja, ordenada y comprensible forma de vida, se encontraron incapaces de reemplazarla con un modo de existencia integrado y significativo, y pronto se convirtieron en el desastre humano de los frecuentes naufragios del capitalismo industrial.

Sintiéndose impotentes y alienados, estos trabajadores abrigaban profundas quejas contra las instituciones esenciales de las clases dominantes: la policía, el gobierno y la iglesia. Por lo tanto, los wobblies exhibieron una alta propensión a los disturbios y a los movimientos radicales dirigidos a destruir el orden social establecido.

Esto es lo que sintieron los líderes del IWW. El liderazgo era en gran parte de dos tipos: trabajadores cualificados y anteriormente dirigentes sindicales exitosos como Haywood, St. John, Joseph Ettor y Frank Little; e intelectuales inquietos como Ben Williams, Justus Ebert y el sindicalista inmigrante sueco John Sandgren. Estos hombres compartían un deseo común de efectuar una revolución en América y una alienación común de la Federación Americana del Trabajo (AFL) y de los socialistas reformistas estadounidenses. Deseosos de hacer una revolución que destruyera el sistema existente de raíz, naturalmente se dirigieron a los más alienados del sueño americano, ubicados en los estratos más bajos de una sociedad que cambiaba rápidamente.

El IWW claramente formó sus doctrinas y sus tácticas para atraer a tales miembros. Es por eso que mantuvo bajas tasas de ingreso y cuotas aún más bajas, por qué permitió la transferencia universal de carnets sindicales, por qué menospreciaba a los dirigentes sindicales como sargentos laborales del capitalismo. Los miembros del IWW simplemente no podían pagar las tarifas de ingreso y las cuotas necesarias para mantener un sindicalismo de gestoría; en parte debido a sus sentimientos de impotencia y en parte porque pasaban continuamente de industria a industria. Necesitaban el autogobierno y la autodisciplina más que el consejo de los funcionarios sindicales profesionales y burocráticos. Por lo tanto, solo mediante la implementación de políticas que

asegurasen mantener al descubierto su tesorería y su burocracia inmovilizada, la IWW podría atraer a los seguidores que buscaba.

Básicamente, la IWW hizo lo que otros sindicatos estadounidenses se negaron a hacer. Abrió sus puertas a todos: negros y asiáticos, judíos y católicos, inmigrantes y nativos. Los Locales no tenían listas de miembros cerradas, ni regulaciones de aprendizaje. Como dijo el organizador de la Costa Oeste George Speed : "Un hombre es tan bueno como otro para mí; "No me importa si es negro, azul, verde o amarillo, siempre que sea fiel a sus intereses económicos como trabajador".

Los desheredados se unieron por miles a la IWW porque les ofrecieron "un sueño de un nuevo mundo donde hay un nuevo horizonte con dulzura y luz y donde por un tiempo podían escapar de la tortura de ser por siempre pateados". Como Carleton Parker descubrió de su etapa errante, el IWW le ofreció "la única ruptura social en la dura búsqueda de trabajo que había tenido. La escuela fue el único competidor del Local en el que era bienvenido. Escuchaba atentamente a frecuentes profesores y oradores con un interés obvio y sostenido... Los detalles concretos de la renovación industrial encontraron para él un gran interés".

Pero, como observó perceptivamente Rexford Tugwell en 1920, el potencial revolucionario de los pobres en Estados Unidos es limitado. "Ninguna filosofía de regeneración del mundo sale de ellos y no van a heredar la tierra". Cuando Tugwell escribió esas líneas, el IWW se había debilitado por la represión federal y estatal. Sin embargo, durante un tiempo, desde 1909 hasta 1917, el IWW parecía estar bien encaminado para organizar el potencial revolucionario de los pobres.

La IWW, es cierto, no produjo gigantes intelectuales. No engendró un Karl Marx o un Georges Sorel, un Lenin o un Jean Jaurés, ni siquiera un Edward Bellamy o un Henry George. No ofrecía ideas genuinamente originales, ni explicaciones amplias del cambio social, ni teorías fundamentales de la revolución. Los wobblies en cambio tomaron sus conceptos básicos de otros: de Marx los conceptos de valor de uso, valor de cambio, plusvalía y lucha de clases; de Darwin, la idea de la evolución orgánica y la lucha por la

supervivencia como paradigma de la evolución social y la supervivencia de la clase más apta; de Bakunin y los anarquistas, la "propaganda del hecho" y la idea de acción directa; y de Sorel, la noción de "minoría militante". Por lo tanto, las creencias del IWW se convirtieron en una amalgama peculiar del marxismo y el darwinismo, el anarquismo y el sindicalismo, todo superpuesto con una pátina singularmente estadounidense.

Tan pronto como en 1912, William E. Bohn, un astuto periodista y observador de la escena estadounidense, pudo declarar que la IWW "no se creó como resultado de una influencia extranjera. Es claramente un producto estadounidense". Ben Williams estuvo de acuerdo. Durante siete años, como editor de *Solidarity*; criticó enérgicamente a quienes asociaban a la IWW con ideologías extranjeras. "Sea lo que sea lo que tenga en común con los movimientos obreros europeos", insistió, "el IWW es un producto distinto por las condiciones estadounidenses". Los ideólogos del IWW se volvieron a los escritos de Marx y Darwin para la teoría social. Sin embargo, también recurrieron a una tradición estadounidense más antigua, que se remonta a la época de Jefferson y Jackson, que dividió a la sociedad en productores y no productores, clases productivas y parásitos.

Los wobblies nunca cuestionaron la teoría del valor del trabajo ni los otros principios básicos de la economía marxiana. De hecho, dado que el trabajo crea todo el valor, el trabajador es robado cuando (como en el capitalismo) no recibe el equivalente su producción completa. El capitalismo y el robo eran, por lo tanto, sinónimos: las ganancias representan la toma por el capitalista de la plusvalía de su trabajador. Este robo solo podría terminar con la abolición del capitalismo.

Al igual que Marx, los wobblies también creían que la clase obrera, o proletariado, se alzaría y destruiría la clase capitalista. Al igual que Marx, afirmaron que el capitalismo llevaba las semillas de su propia destrucción y que los trabajadores crearían "la nueva sociedad dentro de la cáscara de la antigua". Como Marx, de nuevo, vieron en la lucha de clases "la implacable lógica de la historia" que continuaría hasta que, como proclamó la IWW en su *Preámbulo*, los trabajadores del mundo se organizasen como clase y tomasen

posesión de la tierra y de la maquinaria de producción y eliminen el sistema salarial".

La IWW nunca fue precisa en su definición de clase. A veces los wobblies dividían a la sociedad en dos clases, capitalistas y trabajadores; a veces percibían subclases distintas y separadas dentro de las dos categorías principales; y, a veces, siguieron el ejemplo de Haywood de dividir a "todo el mundo en tres partes: los capitalistas, que son la clase empleadora que hace dinero con dinero; los obreros cualificados y las masas". La IWW, por supuesto, representaba a las masas que actuarían como agentes del nuevo y mejor orden social.

Los wobblies también invirtieron los supuestos estadounidenses comunes sobre la aplicabilidad de la evolución darwiniana al cambio social. En la amalgama de marxismo y darwinismo de la IWW, el capitalismo era la etapa previa al establecimiento del paraíso de los trabajadores. Desde el punto de vista de la IWW, dado que la clase trabajadora era la que producía, su modo de organización sería superior al de los capitalistas, y así permitiría a la IWW construir su nuevo orden dentro del armazón de la antigua sociedad. Así fue como el darwinismo social se puso en cabeza. Así se eliminarían las clases sociales.

Los Wobblies se ensalzaron a sí mismos como los salvadores de la sociedad. La IWW percibió en la América desheredada la materia prima para la transformación de una sociedad básicamente enferma. Escribiendo al *Industrial Worker* desde una cárcel de Luisiana, el organizador E. F. Doree lo trasladó a la poesía: "Levantaos como leones después de un sueño / En un número inalcanzable / Sacudid vuestras cadenas a la tierra como rocío. / "Vosotros sois muchos, ellos pocos".

"Somos muchos", proclamó *Solidarity*. "Somos ingeniosos. Estamos animados por la visión más gloriosa de todas las edades; no podemos ser conquistados, y conquistaremos el mundo para la clase trabajadora". Escuche nuestra canción, instaba el periódico, imprimiendo la versión propia del IWW de la "Internacional":

*¡Arriba, prisioneros del hambre!*

*¡Levantaos, infelices de la Tierra!*

*Por la justicia grita condenación.*

*Que un mundo mejor está naciendo.*

*No nos atarán más las cadenas de la tradición;*

*¡Legión esclava, en pie a vencer!*

*La Tierra se levantará sobre cimientos nuevos;*

*No hemos sido nada. ¡Lo seremos todo!*

*Agrupémonos todos*

*En la lucha final*

*Será la raza humana*

*La Union Industrial.*

La canción resume los objetivos finales de la IWW: una combinación de milenarismo primitivo y objetivos revolucionarios modernos. Parece claro que el IWW compartió con los milenaristas primitivos un disgusto instintivo por el mundo tal como era, así como la esperanza de la creación de un mundo completamente nuevo, un Día del Juicio cuando los explotadores y la bandera de la libertad industrial se levanten sobre los talleres del mundo "en una sociedad de hombres y mujeres libres".

A pesar de esta creencia en la revolución final, el IWW buscaba constantemente oportunidades para mejorar las circunstancias inmediatas de sus miembros. Los oradores y las publicaciones enfatizaron un doble

propósito: "Primero, mejorar las condiciones de la clase trabajadora día a día. Segundo, construir una organización que pueda tomar posesión de las industrias y administrarlas en beneficio de los seres humanos cuando el capitalismo haya sido derrocado". Un organizador wobbly dijo: " El objetivo final... es la revolución. Pero por el momento, veamos si podemos conseguir una cama para dormir, suficiente agua para tomar un baño y comida decente para comer". Pero la utopía y la revolución siempre acechaban debajo de la superficie. Para el wobbly convencido, cada batalla, ya sea por salarios más altos o por menos horas, mejor comida o mejor ropa de cama, preparó al participante para la lucha final con la clase dominante. Sólo mediante peleas diarias con el empleador podría formarse una organización revolucionaria fuerte. "Los mismos combates, preparan a los trabajadores para tareas y victorias cada vez mayores". Los líderes del IWW no escatimaron su pelea con los líderes sindicales de otras organizaciones que se contentaban con obtener concesiones a corto plazo de los empresarios. Joe Ettor proclamó con orgullo la no disposición del IWW para hacer las paces con los empresarios o firmar pactos y contratos. Al igual que Marx, dijo, "desdeñamos ocultar nuestros puntos de vista, declaramos abiertamente que nuestros fines solo pueden alcanzarse mediante el derrocamiento forzoso de todas las condiciones existentes".

A diferencia de los milenarios primitivos, los wobblies no esperaban que su revolución se produjera a través de "una revelación divina... un anuncio de lo alto (o)... un milagro". Además, no esperaban ni el determinismo marxista ni la ineludible evolución darwinista de la sociedad para hacer su revolución. Era inevitable, pero podían ayudar en el curso de la historia. "Nuestra organización no se contenta con esperar que se cumpla la profecía", afirmó *Solidarity*; "sino que actúa sobre las condiciones industriales y sociales con miras a configurarlas de acuerdo con la tendencia general".

Los wobblies creían que podían favorecer la historia al facilitar la toma del poder por el pueblo. Quien tenía el poder gobernaba la sociedad. El IWW propuso transferir el poder de los capitalistas, que lo usaban con fines antisociales, al proletariado, quien, según creían, lo ejercería en beneficio de la humanidad.

Los evangelistas de la IWW con su doctrina del poder tenían mucho sentido para los hombres de la jungla social que veían la fuerza desnuda de los empresarios, la policía y los tribunales, que se utilizaban constantemente contra ellos. Cuando un panfleto del IWW proclamaba: "Es la ley de la naturaleza de los fuertes que los débiles estén esclavizados", los wobblies simplemente reconocieron la realidad de sus propias vidas. George Speed, un admirado organizador del IWW, expresó sus emociones de manera concisa. "El poder", dijo, "es lo que determina todo hoy... Es lógico que el individuo que tiene la balanza la balancee". Esa es la vida tal como existe hoy en día".

La antipatía de la IWW hacia la acción política también tenía sentido para sus miembros. Los trabajadores migratorios se mudaron con demasiada frecuencia como para establecer residencias de votación legal. Millones de inmigrantes carecían de la franquicia, al igual que los negros, las mujeres y los niños trabajadores a quienes apelaba la IWW. Incluso los inmigrantes y nativos en las filas del IWW que tenían derecho a votar alimentaron una profunda sospecha del gobierno. Para ellos, la porra del policía y el decreto del magistrado simbolizaban la alianza del Estado con el privilegio arraigado. ¿Quién conocía las injusticias del Estado mejor que un wobbly encarcelado por ejercer el derecho de libertad de expresión o golpeado e intimidado por policías mientras lucha pacíficamente por salarios más dignos? La experiencia diaria demostró la verdad del comentario de Elizabeth Gurley Flynn de que el Estado era simplemente la agencia de reprimir de los capitalistas. Por lo tanto, los wobblies se negaron a creer que depositar trozos de papel, incluso socialistas, en una urna transformaría la institución básicamente represiva del Estado en otra humana.

En representación de los trabajadores que no concebían el poder político como un medio para alterar las reglas del juego, los wobblies tenían que ofrecer una alternativa. Por eso utilizaron la lucha económica. Creyéndose ingenuamente mejores marxistas que sus críticos socialdemócratas, los wobblies insistieron en que el poder político no era más que un reflejo del poder económico, y que sin la organización económica detrás de él, la política laboral era "como una casa sin cimientos o un sueño sin sustancia". Los líderes del IWW se concentraron en enseñar a sus seguidores cómo obtener poder

obrero. Para citar algunos de sus aforismos favoritos, "Consíguelo a través de la organización industrial", "Organizamos a los trabajadores para controlar el uso de la fuerza de trabajo", "El secreto del poder es la organización" y "La única fuerza que puede romper la opresión tiránica... es el Único Gran Sindicato de todos los trabajadores".

Desde el punto de vista del IWW, la acción directa era el medio esencial para hacer realidad la nueva sociedad. Según lo defendido por los wobblies, la acción directa incluía cualquier paso dado por los trabajadores en el punto de producción que mejorase los salarios, redujese la jornada y mejorase las condiciones. Abarcaba huelgas convencionales, huelgas intermitentes, huelgas silenciosas, resistencia pasiva, sabotaje y la última medida de acción directa: la huelga general, que desplazaría a los capitalistas del poder y colocaría los medios de producción en manos de la clase trabajadora. La acción directa, según Haywood, eventualmente alcanzaría el punto en que los trabajadores serían lo suficientemente fuertes como para decir: "Aquí, Sr. Stockholder, ya no trabajaremos para usted. Ha sacado dividendos de nuestro esfuerzo el tiempo suficiente. Le proponemos que trabaje como todos y en las mismas condiciones que nosotros".

El énfasis en la acción directa en lugar de la política parlamentaria o la dialéctica socialista representó una visión profunda de los líderes del IWW en las mentes de los trabajadores industriales. La doctrina abstracta no significaba nada para los desheredados; las quejas específicas lo significaban todo. Justus Ebert expresó esta idea para la IWW: "Los trabajadores en el trabajo no se preocupan... por la Sociedad Cooperativa; Quieren primero la organización práctica, después todo lo demás".

Los estibadores de Filadelfia afiliados al IWW que utilizaron con éxito la acción directa y en realidad controlaban las condiciones de trabajo, decían: "Tenemos trabajo que hacer. Funcionamos como una organización del trabajo y no tenemos tiempo para buscarle tres pies al gato. El control obrero es lo importante". ¡Cuánto se parecían a la AFL!

Pero si bien el énfasis del IWW en la acción directa, el control del trabajo y el poder económico se parecía a la línea de la AFL, la retórica de los wobblies era

de un orden completamente diferente. Restringidos en acción, fueron considerablemente menos restringidos en la expresión. Donde la AFL hablaba con cautela de la ley y el orden, la IWW discutía exuberantemente la ley de la jungla capitalista. Donde la AFL abogaba por contratos y protocolos, el IWW llamaba a la imposición y la fuerza. Donde la AFL buscó la armonía industrial, la IWW elogió la guerra industrial perpetua.

En consecuencia, a los críticos de IWW les resultó fácil, ya sea a la derecha o a la izquierda, escuchar a los oradores wobblies, leer la propaganda wobbly y concluir que IWW en realidad prefería las balas a las papeletas electorales, la dinamita a la mediación. Después de todo, los wobblies anunciaban constantemente que su organización no respetaba los derechos de propiedad de los capitalistas ni las leyes que establecían. "Detesto la ley", informó Haywood de manera desafiante a la audiencia de un Partido Socialista, "y no soy un ciudadano respetuoso de la ley. Y más que eso, ningún socialista puede ser un ciudadano respetuoso con la ley burguesa". Advirtió a los miembros del Partido Socialista que temían violar la ley e ir a la cárcel. "Aquellos de nosotros que estamos en la cárcel -aquellos de nosotros que hemos Estado en la cárcel-, o los que estamos dispuestos a ir a la cárcel no importa lo que digamos o lo que hagamos, despreciamos vuestra hipocresía... ¡Somos la Revolución!"

Los wobblies incluso disfrutaban comparándose con los abolicionistas antes de la guerra, quienes también habían desafiado las leyes que sancionaban la esclavitud humana y que habían quemado públicamente la *Constitución*. Como James Thompson se jactó: "Somos los abolicionistas modernos que luchan contra la esclavitud asalariada". Es posible que algunos wobblies hayan considerado desenvainar la terrible espada del Señor. St. John, por su parte, admitió, bajo cuestionamiento, que aconsejaría la destrucción de la propiedad y la violencia contra las personas si lograba una mejora para los trabajadores y acercaba la revolución. Otros líderes del IWW admitieron que estarían dispuestos a dinamitar fábricas para ganar una huelga. Todos ellos lanzaron su desafío a la ley "bushwa" [burguesa].

Tales afirmaciones llevaron a la mayoría de los estadounidenses a concluir, al igual que Harris Weinstock, de la Comisión Federal de Relaciones Industriales, que "el propósito organizado y deliberado de la IWW es enseñar y predicar y

quemar los corazones y las mentes de sus seguidores, justificándose en la mentira para robar y pisotear sus propios acuerdos y confiscar la propiedad de otros".

Habiendo creado esta imagen de sí misma, la IWW trató simultáneamente de disiparla. Para el wobbly convencido, las palabras de Weinstock describían mejor las prácticas y actitudes del capitalista estadounidense. Aunque el IWW empleó un vocabulario violento, la mayoría de las veces practicó la resistencia pasiva, y fue víctima de la violencia instigada por los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley y disculpada por los que decían ser respetuosos con ella. De hecho, incluso el vocabulario de los wobblies era ambivalente, el lenguaje de la no violencia se empleaba al menos con la misma frecuencia que el de la violencia. Big Bill Haywood, por ejemplo, le dijo a un reportero durante la huelga textil de Lawrence en 1912: "No debería pensar en las huelgas a la antigua usanza... Yo, por ejemplo, le he dado la espalda a la violencia. No se gana nada. Cuando nos ponemos en huelga ahora, golpearemos con nuestras manos en nuestros bolsillos. Tenemos un nuevo tipo de violencia: el caos que generamos en el dinero al dejar nuestras herramientas. La fuerza pura reside en el poder abrumador de los números".

Cualquier investigador cuidadoso de la IWW pronto se da cuenta de que la organización proclamaba regularmente la superioridad de la resistencia pasiva sobre el uso de dinamita o pistolas. Vincent St. John, si bien reconoció la posible utilidad de la violencia en ciertas circunstancias, insistió, sin embargo, "no podemos... decir que esperamos alcanzar nuestros objetivos a través de la violencia o la destrucción de la vida humana, porque a mi juicio, eso es imposible".

*Solidarity*, el *Industrial Worker* y los panfletos del IWW predicaron el mismo mensaje no violento. "Nuestra dinamita es mental y nuestra fuerza está en la organización en el punto de producción". Una y otra vez, las publicaciones del IWW aconsejaron a los miembros: "No abogamos por la violencia; debe ser desalentada".

En realidad, los wobblies recurrieron a tácticas no violentas para poner de relieve la brutalidad de su enemigo y ganar simpatía por sus sufrimientos. La

resistencia pasiva, editorializada por *Solidarity*, "tiene un efecto moral tremendo; deja al enemigo al descubierto; muestra a la policía y a las autoridades de la ciudad como un grupo de infractores de la ley; lleva a los patronos al último aliento de resistencia. La "resistencia pasiva" por parte de los trabajadores da lugar a desvelar el funcionamiento interno y los propósitos de la mente capitalista. También revela el autocontrol, la fortaleza, el coraje y el sentido inherente del orden de la mente de los trabajadores. Como tal, la "resistencia pasiva" tiene un inmenso valor educativo".

Pero la resistencia pasiva del IWW no debe confundirse con el pacifismo. La no violencia era solo un medio, nunca un fin. Si la resistencia pasiva solo resultaba en palizas y muertes, entonces el IWW amenazaba con responder en especie. Arturo Giovannitti, poeta en algún momento y wobbly, expresó sin rodeos la posición del IWW: "La idea generalmente aceptada parece ser que matar es un gran crimen, pero ser asesinado es lo más grande".

En la mayoría de los casos, el IWW esperaba obtener sus fines a través de medidas no violentas, a través de lo que describió como "Fuerza de educación, fuerza de organización, fuerza de una creciente conciencia de clase y fuerza de aspiraciones de la clase trabajadora por la libertad". Pero los wobblies, de hecho, la táctica con la que estuvieron más indeleblemente asociados fue el sabotaje. Para la mayoría de los estadounidenses, el sabotaje implicaba la destrucción innecesaria de la propiedad, la adulteración sin sentido de los productos y, posiblemente, la inexcusable lesión de las personas. Los wobblies no siempre disiparon tales imágenes. El *Industrial Worker* sugirió que se utilizaran las manos en 1910: "Las bolsas de granos pueden aflojarse y rasgarse, las tuercas soltarse de las ruedas de los vagones y las cargas caerse en el camino al establo, la maquinaria descomponerse, no habrá nadie a quien culpar, todos inocentes... pongamos un poco de inspiración en la forma de conseguir más dinero y menos jornada... probemos un poco de sabotaje sobre el amable y benévol jefe... y veamos cómo funciona". Durante los siguientes tres años, el periódico continuó divulgando este método a sus lectores, diciéndoles: "El sabotaje es el despertar del trabajo. Es el espíritu de la revuelta". Esta campaña culminó en 1913 con una serie de doce editoriales

que explicaban completamente los métodos de sabotaje y cuándo deberían usarse.

Para ayudar a los wobblies a descubrir qué significaba el sabotaje, Elizabeth Gurley Flynn preparó una nueva traducción del clásico de Emile Pouget, *Sabotage*, que publicó y distribuyó el IWW en 1915. Incluso Ben Williams, generalmente poco entusiasta acerca de la efectividad del sabotaje, se vio obligado a recomendar su uso. "El sabotaje tiene grandes posibilidades como medio de defensa y agresión", explicó. "Es inútil tratar de argumentarlo fuera de vigor. No necesitamos "defenderlo", solo necesitamos explicarlo. Los obreros organizados se encargarán de la actuación".

¿Qué significó realmente toda esta charla? Algunos wobblies podrían haber Estado de acuerdo con James Thompson, quien dijo: "No solo creo en la destrucción de la propiedad, sino que creo en la destrucción de la vida humana para salvar la vida humana". Pero la mayoría subrayó las características no violentas del sabotaje. En repetidas ocasiones, los oradores del IWW afirmaron que el sabotaje simplemente implicaba un trabajo descuidado, hacer el tonto, manipular las máquinas sin destruirlas, en resumen, simplemente hostigar al empleador hasta el punto de conceder las demandas de sus trabajadores. A veces, se decía, los trabajadores podían incluso realizar un sabotaje a través de una obediencia estricta: a Williams y Haywood le gustaba señalar que los trabajadores italianos y franceses en ocasiones habían parado los ferrocarriles nacionales simplemente observando cada regla operativa en sus reglamentos laborales.

Sin embargo, por mucho que lo intentaron, las autoridades estatales y federales nunca pudieron establecer pruebas legales de sabotaje instigado por el IWW. Rudolph Katz, un DeLeonite que había seguido a su líder fuera de la IWW de St. John en 1908, estaba quizás cerca de la verdad cuando informó a los investigadores federales: "La Federación estadounidense del Trabajo (AFL) no predica el sabotaje, pero lo practica; y el IWW predica el sabotaje, pero no lo practica".

Hasta que el IWW lograse organizar a todos los trabajadores en sindicatos industriales, que se combinasesen para formar el famoso One Big Union [Único

Gran Sindicato] que eventualmente tomaría el control de las industrias, tendría que emplear prácticas y tácticas muy parecidas a las de cualquier sindicato. En consecuencia, el IWW alentó las huelgas para obtener mejoras inmediatas en las condiciones de trabajo, ya que esas huelgas tenían un doble propósito: ofrecían a los hombres involucrados una valiosa experiencia en la lucha de clases y desarrollaban su sentido de fuerza, a la vez que debilitaban el poder del capitalista. Cuando las huelgas convencionales fallaron, la IWW recomendó la huelga en el lugar de trabajo, esencialmente una forma de sabotaje no violento, y la huelga intermitente o corta comenzaba cuando el jefe menos lo esperaba y terminaba antes de que los huelguistas pudieran morir de hambre o ser represaliados.

El IWW nunca perdió su visión de la revolución definitiva. Por lo tanto, muchas de las demandas asociadas con los conflictos del AFL estaban ausentes de las de IWW. Como mejoras en las condiciones de trabajo, los sindicatos de la AFL exigieron el reconocimiento de los contratos firmes. El IWW rechazó ambos. Lograría sus objetivos "teniendo un 'sindicato abierto' para todos los que trabajan duro". En otras palabras, la acción colectiva y la cooperación voluntaria de los explotados, no las concesiones capitalistas, traería la verdadera victoria. Los "tambaleantes" estaban convencidos de que la benevolencia de los empresarios solo disminuía la solidaridad de la clase trabajadora. Por razones algo similares, el IWW se negó a firmar contratos que restringían el derecho de huelga por períodos de tiempo establecidos. Todos los trabajadores tenían que conservar el derecho de huelga simultáneamente, razonó el IWW, o los empresarios podían enfrentar a un grupo de trabajadores contra otro. Los trabajadores, además, tenían que ser libres para hacer huelga cuando los empresarios eran más débiles, pero los contratos de tiempo les brindaban a los empresarios la opción de elegir el momento del conflicto y prepararse con anticipación. Finalmente, sin el derecho sin reserva a la huelga, el IWW no podría librar la guerra de clases y, sin la lucha de clases en curso, no podría haber revolución ni una Sociedad Cooperativa.

La negativa de la organización a firmar contratos planteaba problemas que el IWW nunca resolvió. Los empresarios estadounidenses nunca fueron particularmente felices al tratar con sindicatos, y ciertamente bajo ninguna

circunstancia negociarían con una organización laboral que se negó a firmar contratos e insistió en que los capitalistas no tenían derechos dignos de respeto. Por lo tanto, los empresarios utilizaron constantemente el principio sin contrato del IWW para racionalizar su propia resistencia a cualquier forma de negociación colectiva. Si el IWW no podía negociar con los empresarios, ¿cómo podría aumentar los salarios o mejorar las condiciones de trabajo? Si no pudiera ofrecer a sus miembros nada más que una guerra industrial perpetua, ¿cómo podría mantener su afiliación, y mucho menos aumentar sus filas? Por otro lado, si la IWW sancionaba contratos, obtenía reconocimiento y mejoraba la vida de sus miembros, ¿qué evitaría que abandonaran los objetivos revolucionarios y se adhirieran al bien establecido patrón AFL? Si el IWW comenzaba a declarar treguas en la guerra de clases, ¿Cómo podría lograr la revolución definitiva? Al final, los líderes del IWW generalmente subordinaron las oportunidades de reforma a las necesidades revolucionarias, mientras que las bases, cuando pudieron, tomaron las reformas y descuidaron la revolución.

Incluso para los wobblies que abrigaban la esperanza de la revolución, los medios para lograr su sueño seguían siendo vagos. El parlamentarismo o la violencia de la clase trabajadora no lo lograrían. ¿Qué quedaba entonces? "En una palabra", escribieron Haywood y Ettor, "la huelga general es la medida por la cual el sistema capitalista será derrocado".

Ni Haywood ni ningún otro wobbly definieron con precisión la huelga general. Haywood lo describió como el paro de todo el trabajo y la abolición del sistema capitalista a través de una parálisis pacífica de la industria. Ben Williams insistió en que no era una huelga en absoluto, simplemente "un 'bloqueo general de la clase empleadora' que deja a los trabajadores en posesión de la maquinaria de producción y distribución". Cualquiera sea la definición exacta de la huelga general, escribió Haywood, es cuando llegue el día en que "el control de la industria pasará de los capitalistas a los trabajadores y los capitalistas desaparecerán de la faz de la tierra".

La fecha precisa de la huelga general que marcaría el comienzo de la llegada de la utopía del IWW siguió siendo tan vaga para los wobblies como el milenio, o el Día del Juicio para los cristianos. Pero la perspectiva de tal Día del Juicio

tenía la intención de agitar entre las masas trabajadoras la misma creencia extática y fanatismo que la anticipación de la Segunda Venida suscita entre los cristianos evangélicos. Solo con tales verdaderos creyentes podría la IWW construir su *One Big Union* que, cuando esté completamente organizada, sería la sentencia de muerte para el capitalismo estadounidense. En otras palabras, en el IWW, la ideología representaba a un pueblo elegido que, a través de la fe y las obras —con fe en la Gran Unión y con obras como sabotaje pacífico— lograría la salvación y entraría al Reino de los Cielos aquí en la tierra.

Los wobblies nunca explicaron del todo cómo se goberaría su paraíso terrestre. Estuvieron de acuerdo en que el Estado, como la mayoría de los estadounidenses sabían, sería inexistente. "No habrá tal cosa como el Estado o los Estados", dijo Haywood. "Las industrias ocuparán el lugar de lo que ahora son los Estados existentes".

"Siempre que los trabajadores estén organizados en la industria, siempre que tengan una organización suficiente en la industria", agregó St. John, "tendrán todo el gobierno que necesiten allí mismo". De alguna manera, cada sindicato industrial poseería y manejaría su propia industria. Los miembros del sindicato elegirían a los superintendentes, secretarios y todos los gerentes de la moderna industria. Los sindicatos industriales también se reunirían para planificar el bienestar de toda la sociedad. Este sistema, "en el que cada trabajador tendrá una participación en la propiedad y una voz en el control de la industria, y en el que cada uno recibirá el producto completo de su trabajo", recibió el nombre de Cooperativa Comunitaria, la Mancomunidad de los Trabajadores, la Comunidad Industrial, la Democracia Industrial y el Comunismo Industrial.

En sus puntos de vista sobre la huelga general y el gobierno de la utopía, los wobblies se apartaron del espíritu revolucionario moderno, ya que estos dos asuntos vitales se dejaron tan vagos como la escatología de los primitivos milenarios. Cómo esperaban los IWW desplazar al capitalismo del poder de manera pacífica, cuando los patronos del "talón de hierro" expresaran su respuesta con "rugido de proyectiles y tableteo de ametralladoras", los defensores de la huelga general no pudieron explicarlo. Como los milenarios primitivos, pero a diferencia de los revolucionarios modernos, los wobblies

casi esperaban que su revolución se hiciera a sí misma, si no por la revelación divina, al menos por un milagro (secular, por supuesto). Algunos wobblies incluso vieron las raíces de su doctrina en las obras del "Carpintero mendigo de Nazareth", cuya llamada, "despojado del velo místico y mítico de Constantino y sus sucesores, y vestido con el atuendo original del comunismo y la fraternidad, continúa sonando interminablemente a través de los siglos".

Si bien la ideología del IWW derivó gran parte de su espíritu de la doctrina del Partido Socialista, los dos mantuvieron solo una inquieta armonía. Tanto los wobblies como los socialistas se inspiraron en fuentes ideológicas similares, ambos se opusieron al orden capitalista y exigieron el establecimiento de un nuevo orden justo e igualitario. Más allá de eso, estaban más a menudo en conflicto que de acuerdo.

El sindicalismo industrial, dijo Haywood una vez, era el socialismo con su ropa de trabajo puesta. Pero después de 1913, cuando Haywood fue retirado del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista, los sindicalistas industriales del IWW y los socialistas estadounidenses tenían poco en común. Los socialdemócratas, optimistas sobre sus perspectivas de futuro y ansiosos por ampliar la base popular de su partido, subordinan el fervor revolucionario a la causa de la reforma inmediata y la aceptación popular. Los "tambaleantes", más pesimistas sobre el futuro y más respetuosos con el poder de permanencia del capitalismo, intentaron inculcar el fervor revolucionario en sus seguidores. El Partido Socialista, a diferencia de la IWW, no tenía espacio para los hombres que aconsejaban desafiar la ley, el abandono de las urnas y la revolución "real".

A pesar de la confusa mentalidad de algunos pensadores wobblies, no hubo absolutamente ninguna incompatibilidad entre el sindicalismo industrial y el sindicalismo corporativo o de oficio. La IWW asumió el concepto sindicalista de Georges Sorel de la minoría militante, afirmando en palabras del *Industrial Worker*, "Nuestra tarea es desarrollar la minoría consciente e inteligente hasta el punto en que sean capaces de llevar a cabo los deseos imperfectamente expresados por los que trabajan arduamente millones de personas, "que seguían siendo irremediablemente estúpidas y desesperadas". Cada vez que algunos wobblies intentaban disputar las tendencias sindicalistas de su

organización, otros miembros más perceptivos destacaban la similitud básica del IWW con el sindicalismo europeo. John Sandgren, un inmigrante sueco y teórico del IWW que mantuvo un estrecho contacto con el movimiento obrero de su tierra natal, trató de impresionar a los wobblies por su evidente similitud con los sindicalistas escandinavos. El socialista Robert Rives La-Monte, aunque reconoció que "debido a que el sindicalismo revolucionario es hijo de las condiciones económicas y políticas, difiere en los diferentes países", afirmó sin embargo firmemente: "A pesar de las diferencias superficiales, este espíritu vivo de propósito revolucionario unifica el sindicalismo francés y británico con el sindicalismo industrial estadounidense. Olvidar o incluso ignorar esta identidad subyacente no puede sustituir la confusión por un pensamiento claro". Finalmente, la definición de sindicalismo de John Spargo en 1913 claramente abarca el modo de operación del IWW. El sindicalismo, escribió, "es una forma de acción que apunta a la abolición del sistema capitalista... El rasgo distintivo de su ideal es que en el nuevo orden social el Estado no existirá, la única forma de gobierno es la administración de la industria directamente por los propios trabajadores".

En el análisis final, la disputa ideológica siguió siendo una forma de pequeñez académica para la mayoría de los wobblies, ya que la organización siempre apelaba al activismo más que a la teoría. Buscaba motivar a los desheredados, no satisfacer al ideólogo. Como señaló un miembro del IWW: "No son los Sorels... La-Montes y esas figuras las que más cuentan, es el oscuro Bill Jones en la línea de fuego, con hedor en la ropa, la rebelión en su cerebro, la esperanza en su corazón, determinación en sus ojos y acción directa en su puño cerrado". Para esos "Bill Jones", la IWW predicó su evangelio desde 1909 hasta 1917.

## VIII

### LA LUCHA POR LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN, 1909-12.

"Deja tu trabajo. Ve a Missoula y lucha con los leñadores por la libertad de expresión", alentaba el *Industrial Worker* a sus lectores el 30 de septiembre de 1909. "¿Está dispuesto? ¿Tiene miedo? ¿Ama a la policía? ¿Le han robado, pelado, apaleado? Si es así, vaya a Missoula y desafíe a la policía, a los juzgados y a las personas que viven del salario de la prostitución". Así, el IWW proclamó la primera de sus muchas luchas por la libertad de expresión.

Muchos años después de que las luchas de libre expresión del IWW se hubieran disipado de la memoria pública, Roger Baldwin, padre fundador de la American Civil Liberties Union (ACLU), recordó que los wobblies "escribieron un capítulo en la historia de las libertades estadounidenses similar al de la lucha de los cuáqueros por la libertad de reunirse y adorar, de las sufragistas militantes para llevar su propaganda a los escaños del gobierno, y de los abolicionistas para ser escuchados. La pequeña minoría de la clase obrera representada en la IWW abrió el camino en esos diez años de lucha para la libertad de expresión [1908-18] que toda la clase obrera estadounidense debió seguir de alguna manera".

Para los wobblies, las luchas por la libertad de expresión no implicaban nada tan abstracto como defender la *Constitución*, preservar la *Declaración de Derechos* o proteger las libertades civiles de los ciudadanos estadounidenses. Fueron realizadas principalmente para vencer la resistencia a las tácticas de organización del IWW y también para demostrar que los desposeídos de Estados Unidos podrían, a través de la acción directa, desafiar a la autoridad establecida. A los trabajadores que dudaban de los resultados logrados por la acción legal y las reformas logradas a través de la acción política, el IWW enseñó la efectividad de las victorias obtenidas a través de una estrategia de confrontaciones abiertas pero no violentas con los funcionarios públicos.

La IWW y sus miembros desafiaron la ley y soportaron la violencia y el encarcelamiento para obtener libertad de expresión, es decir, el derecho de sus oradores a pararse en las esquinas de las calles o frente a las oficinas de empleo y arengar a las multitudes de la clase trabajadora acerca de las iniquidades del capitalismo y la decadencia de la sociedad americana. Pero detrás del derecho a hablar libremente están los objetivos más importantes del IWW. Muchos wobblies consideraban que hablar en la calle era el medio más efectivo para llevar su evangelio a los trabajadores. Muchos de los miembros del IWW, entre ellos Richard Brazier, quien más tarde se convirtió en un líder en el Noroeste y también miembro de la Junta Ejecutiva General, dieron testimonio de cómo los oradores urbanos como Joe Ettor despertaron el interés inicial en la IWW. La IWW y los trabajadores también tenían un enemigo común en la ciudad: el intermediario de empleo o "tiburón". Estos "tiburones", contra los cuales la IWW dirigía la mayoría de sus arengas en las esquinas, controlaban el empleo en la agricultura y la madera. Junto con los empresarios antisindicales mantuvieron una fuerte rotación laboral entre los trabajadores no cualificados para mantener la organización sindical fuera de los campos y bosques, salarios bajos y condiciones de trabajo primitivas. Si el IWW lograba romper los enlaces que conectan al "tiburón", el empleador y el trabajador transitorio, podría aflojar la pesada cadena de circunstancias económicas que mantenían estos trabajadores en una situación de semi-cautiverio.

Romper el control de las agencias de empleo en el mercado laboral sería el primer paso para mejorar las condiciones de trabajo y aumentar los salarios, resultados que garantizarían un fuerte aumento en la afiliación del IWW. Esta es la razón principal por la que el IWW exigió la libertad de expresión en Spokane, Fresno, Missoula, Aberdeen, Minot, Kansas City y muchas otras ciudades occidentales en las que los migrantes se enredaron entre los puestos de trabajo o las agencias de empleo para encontrar nuevas ocupaciones. Tres de estas muchas luchas por la libertad de expresión revelan el patrón de las confrontaciones del IWW y su papel en la historia y el desarrollo de la organización: Spokane, 1909-10; Fresno, 1910-11; y San Diego, 1912.

La primera lucha importante del IWW por la libertad de expresión surgió en Spokane, Washington, el centro de las industrias agrícola, minera y maderera del Inland Empire, y la metrópolis central de todo el Este de Washington, el Este de Oregon y el Norte de Idaho. Aquí los empresarios venían a buscar mano de obra para las minas de Coeur d'Alenes, los bosques del interior y las granjas de Palouse y otros valles interiores.

Lo que la IWW logró en Spokane fue en algunos aspectos verdaderamente notable. Reclutando en gran parte a trabajadores cuyas vidas eran a menudo brutales y violentas, canalizó la hostilidad de la clase trabajadora hacia las Agencias de empleo. Los oradores advirtieron a los enojados trabajadores que las cabezas rotas y las ventanas destrozadas no pondrían a los "tiburones fuera del negocio". Dijeron "solo hay una forma de salir de su control. Eso es unirse a la IWW y negarse a acudir a ellos para buscar trabajo".

Al escuchar el mensaje del IWW, la "Brigada de los monos" de J. H. Walsh vino a Spokane después de la Convención de 1908 y en seis meses rejuveneció un Local IWW previamente moribundo. El sindicato revitalizado arrendó una nueva sede, que incluía una gran biblioteca y sala de lectura, un amplio espacio para oficinas y un salón de actos con capacidad para varios cientos de personas. Se llevaban a cabo reuniones de propaganda cuatro noches a la semana, abrieron su propia tienda de cigarros y quiosco de prensa e incluso presentaron películas regularmente. Cuando las autoridades locales restringieron el discursar en la calle, el local de Spokane publicó su propio periódico, el *Industrial Worker*; que llegó a una amplia audiencia de la clase trabajadora local. El Local de Walsh incluso contrató a un bufete de abogados de Spokane sobre una base anual, así como un plan hospitalario voluntario para los miembros. Todo esto fue apoyado por las cuotas de mil doscientos a mil quinientos miembros en regla y el doble de ese número en los libros locales. Por primera vez, o al menos eso parecía, una organización laboral había logrado llegar a los trabajadores migratorios del Inland Empire.

El crecimiento del IWW provocó una reacción inmediata e inevitable de los empresarios, "tiburones" y funcionarios de Spokane. En marzo de 1909, el Consejo de la ciudad, actuando sobre las quejas de la Cámara de comercio, prohibió los discursos en las esquinas cerrando las calles de Spokane a los

wobblies y a los demás "revolucionarios". Lo hizo en parte porque los oradores criticaban la religión organizada y en parte porque la oratoria del IWW tenía un efecto mayor que el de los ciudadanos "respetables" sobre "el ejército de desempleados y trabajadores mal pagados". El cristianismo y el patriotismo se convirtieron en la primera línea de defensa de los agentes de empleo contra el ataque del IWW. La ordenanza inicial de Spokane para discursar en la calle permitía a los grupos religiosos, sobre todo el Ejército de Salvación, el principal competidor del IWW, el derecho a hablar en las calles de la ciudad.

El IWW mantuvo que sus organizadores seguirían hablando hasta que la ordenanza fuera derogada o se hiciera obligatoria para todas las organizaciones. El 4 de marzo, el ayuntamiento colocó a los grupos religiosos bajo prohibición, pero el IWW permaneció insatisfecho. Ese mismo día, el propio J. H. Walsh montó una tribuna improvisada con una caja de jabón y se dirigió a sus "compañeros de trabajo y amigos", con lo que fue llevado a la cárcel por la policía local. Más tarde fue juzgado, condenado y multado por violar la ordenanza local de discursar en la calle. Durante los siguientes días, a medida que las apelaciones legales de Walsh se movían a través de varios juzgados, los wobblies continuaron discursando en las calles de Spokane, siendo rápidamente arrestados y encarcelados. A medida que aumentaba el número de detenidos, también aumentaban las multas y la duración del encarcelamiento. En marzo de 1909, la cárcel de Spokane se llenó de wobblies, con diez a doce hombres hacinados en celdas construidas para alojar solo a cuatro.

Pero los wobblies se negaron a abandonar la lucha. En su lugar, cantaron canciones revolucionarias, se negaron a trabajar en las pilas de rocas de la cárcel, sostuvieron reuniones diarias, pronunciaron discursos y preservaron su militancia incluso dentro de los muros de la prisión. Aquellos que pasaron por la cárcel de Spokane durante esos días de marzo debieron pensar que era una prisión extraña cuando escuchaban las palabras de "Bandera Roja" o la "Marsellesa" filtrándose desde detrás de los barrotes.

A medida que se acercaba la primavera, los trabajadores migrantes comenzaron a abandonar Spokane hacia el campo. Bajo estas circunstancias, las autoridades de la ciudad liberaron a los wobblies encarcelados, mientras

que los tribunales estatales consideraron la constitucionalidad de la ordenanza de Spokane sobre la oratoria en la calle. La primavera y el verano no eran el momento para que la IWW compitiera por la libertad de expresión: tenía que esperar a que sus miembros regresaran para el siguiente invierno en la ciudad.

Con la mayor parte de los migrantes temporalmente alejados, los funcionarios de Spokane actuaron para evitar otro invierno de descontento. El 10 de agosto, el consejo de la ciudad promulgó una ley revisada que permitía a los grupos religiosos celebrar reuniones en la calle, pero exigía que todas las demás organizaciones obtuvieran permisos antes de hacerlo. El *Industrial Worker* advirtió rápidamente a los padres de la ciudad que la IWW no pediría permiso para hablar en las calles que sus miembros habían construido.

El verano terminó, los migrantes regresaron a Spokane y los oradores del IWW tomaron nuevamente las calles. Lo inevitable siguió. El lunes 25 de octubre, la policía arrestó a Jim Thompson por discursar en la calle sin permiso. El IWW rápidamente exigió el derecho inalienable a la libertad de expresión y también declaró que enviaría a Spokane a tantos hombres como fuera necesario para ganar su lucha.

A pesar de la amenaza del IWW y de una resolución legal que declaraba que la ordenanza revisada de la oratoria callejera era discriminatoria e inconstitucional, la batalla continuó. El 1 de noviembre, el día de la decisión legal que dictaminaba inconstitucional la prohibición de hablar, el IWW inició reuniones en la calle las 24 horas. La policía de Spokane arrestó rápidamente a cada orador que se subía a una caja de jabón. En poco tiempo, la cárcel de la ciudad contuvo a todos los líderes locales del IWW: Walter Nef, Jim Thompson, James Wilson, C. L. Filigno y A. C. Cousins. La resistencia pasiva y las tácticas de confrontación como una forma de acción directa se estaban poniendo a prueba en Spokane.

Los prohombres de la ciudad utilizaron todos los instrumentos de poder que controlaban para frustrar a la IWW. Antes de que terminara la batalla, casi cuatrocientos wobblies habían sido encarcelados. Por un tiempo, los funcionarios públicos razonaron que si podían incapacitar a los líderes del IWW, la lucha se disiparía. Tal razonamiento estaba detrás de la decisión de la

ciudad de allanar la sede del IWW el 3 de noviembre y de arrestar a los wobblies locales por cargos de conspiración criminal. También estaba detrás del movimiento para arrestar a los editores del *Industrial Worker*. Sin embargo, nada de esto sofocó de manera decisiva a los wobblies, ya que un policía comentó: "¡Infierno! tenemos a los líderes, pero condenados si no parece que todos sean líderes".

Después de su arresto, los wobblies recibieron una nueva muestra de la justicia de Spokane. Cuando Frank Little compareció ante el tribunal, el magistrado presidente le preguntó qué había Estado haciendo en el momento de su detención. "Leyendo la *Declaración de Independencia*", respondió Little. "Treinta días", dijo el magistrado.

Los policías usaban sus porras generosamente con los arrestados. La vida en la cárcel resultó aún peor: de veintiocho a treinta wobblies fueron arrojados a una sauna de ocho por seis pies, donde se cocían al vapor durante un día completo mientras observaban las paredes manchadas de sangre. Después de eso fueron trasladados a una celda helada sin camas o mantas. Aquellos que no se debilitaron por el calor de la primera celda a menudo se derrumbaron por el frío de la segunda. Debido a que las cárceles normales de Spokane no podían acomodar a las hordas de prisioneros del IWW, la ciudad convirtió una escuela abandonada y sin calefacción en una prisión temporal. Allí, a mediados de invierno, los carceleros ofrecían a los prisioneros con poca ropa dos onzas de pan al día, una almohada de pino blando y madera dura para la cama. Una vez a la semana, los carceleros sacaban a los prisioneros para que se bañaran por supuestas razones sanitarias. Una vez en la cárcel de la ciudad, los wobblies fueron despojados, empujados bajo duchas heladas, y luego, a menudo, regresaban a su prisión sin calefacción.

El IWW estimó que, como resultado de este tratamiento, 334 de los 400 hombres en prisión por 110 días (de noviembre a marzo) fueron atendidos en el hospital de emergencia un total de 1.600 veces. Muchos salieron de la cárcel con cicatrices permanentes y dientes perdidos; los más afortunados se fueron con las constituciones debilitadas. Cuando la represión policial y la brutalidad en las prisiones no debilitaban la resistencia de los wobblies, las autoridades recurrieron a diferentes tácticas. Después de asaltar y cerrar la sede del IWW,

negaron todos los auditorios en Spokane, excepto Turner Hall, a los wobblies. La policía incautó copias del *Industrial Worker* y arrestó a los hombres, incluso a los niños que vendían el periódico. Incapaz de funcionar en Spokane, el IWW trasladó su sede y todas sus actividades de defensa a Coeur d'Alene City bajo la dirección de Fred Heslewood y publicó el *Industrial Worker* en Seattle.

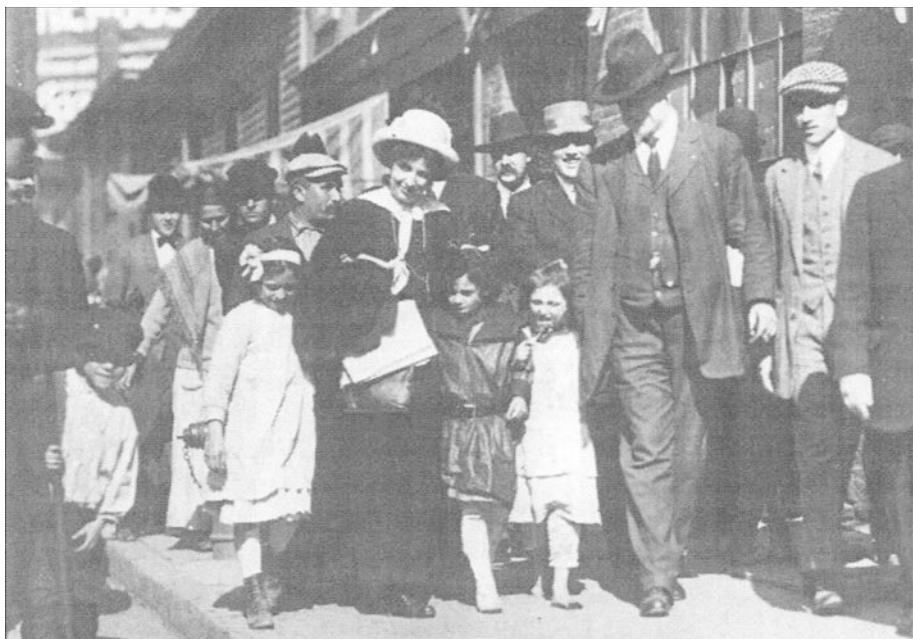
La IWW finalmente triunfó debido al espíritu y la determinación de sus miembros. Cuando las oficinas centrales del IWW pidieron voluntarios para luchar por la libertad de expresión, decenas de wobblies descendieron sobre Spokane. Un wobbly salió de Minneapolis el 10 de noviembre, viajando a través de Dakota del Norte y Montana sobre un auto Pullman a pesar de las temperaturas bajo cero. Al llegar a Spokane el 21 de noviembre, algo frío pero listo para pelear, fue arrestado por la policía dos días después. No estaba solo: cientos como él vinieron a Spokane, y cientos más estaban listos para venir. Todos intentaron hacer de la lucha de la libertad de expresión una propuesta costosa y difícil para los contribuyentes de Spokane.

Nadie mejor ejemplificó este espíritu IWW que la "Chica Rebelde", Elizabeth Gurley Flynn. Con solo diecinueve años y recientemente liberada de una cárcel de Missoula (donde había terminado otra batalla de libertad de expresión), estaba embarazada de varios meses cuando llegó a Spokane en noviembre de 1909. Los periódicos locales la describían en ese momento como una "niña frágil y esbelta", bonita y graciosa, con una voz resonante y una ardiente elocuencia que atrajo a grandes multitudes".

Flynn era toda agitadora. Hija de padres inmigrantes irlandeses, a los quince o diecisésis años pronunció su primer discurso como "socialista materialista" ante el club radical de su padre en Harlem, a los diecisiete fue arrestada por hablar en la calle en Nueva York, y a los diecinueve años fue encarcelada, primero en Missoula, luego en Spokane. Tan adepta y agitadora era que las autoridades de Spokane la consideraban la más peligrosa y efectiva de los oradores Wobbly. Cuando un joven abogado sugirió a los padres de la ciudad que no fuera juzgada junto con los hombres acusados de conspiración criminal, los funcionarios locales respondieron: "¡Demonios, no! Simplemente no entiendes Ella es la que estamos buscando. Ella produce todos los problemas. Ella incita a

los hombres a la lucha, les da la publicidad que disfrutan. Tan es así, que están teniendo el mejor momento de sus vidas".

Spokane llevó a Flynn a juicio por cargos de conspiración criminal con un joven wobbly italiano llamado Charley Filigno. El jurado declaró el 24 de febrero de 1910: "Filigno, culpable. Elizabeth Gurley Flynn, no culpable". Un fiscal enfurecido le preguntó al jefe del jurado: "¿Qué demonios quieren decir declarando al más culpable inocente, y condenando al menos culpable? "A lo que se le respondió con calma: "Ella no es un criminal, Fred, y lo sabes. Si crees que este jurado, o cualquier otro jurado, va a enviar a esa guapa irlandesa a la cárcel simplemente por ser cariñosa e idealista, para mezclarla con todas esas putas y ladrones en el corral, tienes que buscarte otro argumento".



Elizabeth Gurley Flynn "la chica rebelde" con "Big Bill" Haywood y niños de Paterson en 1913

Pero las apariencias engañan, y en el caso de Flynn, ciertamente lo hicieron. Después de la pelea en Spokane, ella realizó batallas más grandes y mejores. Estuvo con el IWW en Lawrence, Paterson y Everett. Más tarde, con Roger Baldwin, ayudó a fundar la American Civil Liberties Union (ACLU) y luchó para defender los derechos de los pobres y los explotados. Su visión de la

democracia la llevó del Partido Socialista a la IWW y la ACLU y, en última instancia, en la década de 1930 al Partido Comunista. Desde su primer discurso ante el Club Socialista de Harlem en su adolescencia hasta su última charla como comunista, Flynn se mantuvo fiel a lo que supuestamente le dijo al productor teatral David Belasco, al rechazar un papel en una obra de Broadway: "No quiero ser una actriz, estoy en el movimiento laboral y tengo mi propio discurso". Su discurso en Spokane en el invierno de 1909-10 ayudó a la IWW de manera incommensurable. Ella ganó la atención nacional y la simpatía que ningún agitador masculino podría obtener.

La lucha de Spokane continuó durante el invierno de 1910, ya que los funcionarios públicos recurrieron a nuevas medidas represivas. El 22 de febrero, los funcionarios de Spokane cruzaron la línea estatal hacia Idaho, allanaron el cuartel general de defensa del IWW en Coeur D'Alene City, y arrestaron a Fred Heslewood con una orden de detención de fugitivos. En respuesta, el IWW aconsejó a sus miembros: "Vayamos a Spokane, llenemos sus cárceles y derribemos el tambaleante edificio de corrupción mal llamado Gobierno de la ciudad".

Ante esta implacable resistencia no violenta, los funcionarios de la ciudad finalmente se debilitaron. Desde el punto de vista del IWW, las autoridades de Spokane eligieron un momento propicio para llegar a un acuerdo, ya que a fines de febrero la resolución de los wobblies también se estaba debilitando. St. John y otros funcionarios del IWW encontraron cada vez más difícil reclutar voluntarios para la pelea de Spokane. Cuando llegara la primavera sería aún más difícil. Actuando de forma realista en vez de como visionarios revolucionarios, un comité de tres hombres del IWW, incluyendo a William Z. Foster, un nuevo miembro, se acercó al alcalde de Spokane para discutir los términos de paz. En verdad, ninguna de las partes tenía mucho estómago para continuar la guerra. Por un lado, la ciudad no podía soportar el costo de varios cientos de juicios legales individuales, incluidas las apelaciones subsiguientes; por otro lado, el IWW había agotado a los activistas y carecía de nuevos reclutas para ponerse al día. Así, el 3 de marzo de 1910, después de una serie de conferencias entre representantes del IWW y varios funcionarios de la ciudad, la paz llegó a Spokane.

El IWW ganó sus principales demandas. Los lugares de reunión cerrados ya no serían negados a la organización, y también podría celebrar reuniones pacíficas al aire libre sin interferencia de la policía. Spokane aceptó respetar el derecho del IWW a publicar el *Industrial Worker* y venderlo en las calles de la ciudad. También se diseñaron términos complicados para asegurar la liberación de los wobblies aún en prisión. Significativamente, las autoridades aseguraron a la IWW que la libertad de expresión se permitiría en las calles de la ciudad en un futuro próximo.

Los wobblies también ganaron las demandas secundarias que habían respaldado su lucha por la libertad de expresión. En medio de la batalla, los funcionarios de Spokane habían iniciado reformas en el sistema de agencias de empleo, rescindiendo la licencia del peor de los "tiburones". Después de la batalla, los funcionarios públicos de todo el Noroeste intentaron regular las agencias de empleo privadas más estrechamente.

Para los wobblies, la lucha de la libre expresión en Spokane había sido un triunfo impresionante para los principios de acción directa y resistencia pasiva.

La disciplina mantenida por los luchadores de la libertad de expresión y la pasividad con la que soportaron las brutalidades se ganaron el respeto de muchas gentes, generalmente críticas u hostiles a la IWW. Durante la lucha, los socialistas locales, los miembros de la AFL de Spokane y los miembros de la WFM en Coeur d'Alenes, así como los ciudadanos "respetables", contribuyeron con dinero, comida o simplemente simpatía a la causa wobbly. La resistencia pasiva también mostró lo que los trabajadores migratorios que carecían de franquicia podrían lograr por medios más directos. *Solidarity* captó la lección de Spokane cuando observó: "Al usar su arma más débil, la resistencia pasiva, el trabajo forzó a las autoridades cívicas a reconocer un poder igual al del Estado". Si el trabajo puede ganar tanto con su arma más endebles, preguntó: ¿Cuál será el resultado cuando una clase obrera organizada industrialmente esté preparada para tomar, operar y controlar la maquinaria de producción y distribución?

Pero la libertad de expresión en las calles de Spokane no garantizaba una organización laboral exitosa entre los trabajadores de los campos, bosques y empresas de construcción del Inland Empire. En 1910, el IWW solo había conseguido atraer a trabajadores migratorios durante sus descansos de invierno en la ciudad; aún no había encontrado el secreto de mantener una organización laboral efectiva y cotidiana en el trabajo entre los trabajadores que se movían libremente. Todavía no había descubierto cómo sobrevivir cuando los empresarios pusieron a hombres armados contra los "agitadores laborales" y despidieron sumariamente a los miembros del sindicato. Sin embargo, la victoria en Spokane inspiró a los agitadores y organizadores prominentes dentro de la IWW a llevar sus campañas a favor de la libertad de expresión a otras ciudades occidentales donde se reunían los migrantes para descansar o buscar empleo.

Una de esas ciudades fue Fresno, California, donde los ganaderos del exuberante Valle de San Joaquín llegaron a adquirir mano de obra para sus granjas de hortalizas y frutas. Fresno se había convertido en el centro IWW más activo de California, y ningún otro en el Estado podía compararse con el Local 66 de Fresno en tamaño de afiliación o espíritu de militancia. A fines de 1909 y a principios del año siguiente, el Local 66 tuvo un éxito inesperado en la organización de trabajadores ferroviarios y trabajadores agrícolas migratorios mexicoamericanos, un desarrollo que no fue en absoluto del agrado de los funcionarios de la ciudad, la administración del Ferrocarril de Santa Fe o los rancheros. A medida que los wobblies continuaban celebrando reuniones en la calle y ganando más miembros para su organización, las pequeñas escaramuzas con la policía aumentaron en número, tanto que, para mayo de 1910, el IWW local pronosticó una lucha a gran escala por la libertad de expresión. Fresno estaba listo para el desafío. Su jefe de policía había revocado el permiso del IWW para celebrar reuniones en la calle y había amenazado con encarcelar por vagabundo a cualquier hombre que no tuviera trabajo (servir como funcionario del IWW no se consideraba empleo). Esto llevó a Frank Little, el líder wobbly local, a predecir que cuando terminara la cosecha de verano, los wobblies invadirían Fresno para luchar por la libertad de expresión.

Entonces, una lucha similar en todos los aspectos básicos a la que acabó recientemente en Spokane surgió en Fresno. En este caso, no se desperdiciaría dinero en abogados y fondos de defensa; cualquiera que sea el dinero obtenido por el Local de Fresno se usaría para mantener a los wobblies en las calles, el expediente del tribunal local abarrotado y las arcas de Fresno vacías. "Todos a Fresno", anunció el *Industrial Worker* el 10 de septiembre, "Arriba la libertad de expresión".

Los padres de la ciudad de Fresno respondieron a la invasión del IWW tal como lo habían hecho sus vecinos del Norte. Primero, cerraron todos los salones de la ciudad a los wobblies, quienes se vieron obligados a restablecer sus oficinas centrales en una gran carpa alquilada fuera de los límites de la ciudad. La policía de Fresno siguió con una serie de arrestos en masa que, a mediados de noviembre, rompieron temporalmente la resistencia del IWW. A finales de mes, sin embargo, los wobblies estaban de vuelta en las calles en un número cada vez mayor, y mientras más hombres arrestaba Fresno, más wobblies parecían materializarse. Fresno aprendió por el camino difícil que los arrestos no sometían a los militantes wobblies. Peor aún, la ciudad descubrió que no tenía ningún estatuto que prohibiera discutir en la calle, lo que invalidaba los cargos con los que se habían realizado la mayor parte de los arrestos. Con la ciudad disuada de la acción legal, se produjo la acción de la mafia. En la tarde del 9 de diciembre, una gran multitud se reunió fuera de la cárcel de la ciudad. Allí se golpeó severamente a varios wobblies que habían venido a visitar a sus compañeros de trabajo encarcelados. Con el espíritu marcial despertado, la multitud avanzó hacia el campamento del IWW y pasó a la acción. Esa noche, St. John comunicó al alcalde de Fresno: "La acción de la "mafia respetable" no disuadirá a esta organización. La libertad de expresión se establecerá en Fresno aunque tardemos 20 años".

Para contrarrestar la violencia de la mafia, el IWW aconsejó la resistencia pasiva. A pesar de la represión legal y extralegal (el 20 de diciembre, Fresno había promulgado una ordenanza que prohibía mitinear en la calle), los wobblies seguían llegando a la ciudad en números cada vez mayores. Al entrar y salir de Fresno, y también dentro y fuera de la cárcel, se encontraron con la

represión y la brutalidad. Lo que los mantuvo yendo y viniendo fue el mismo espíritu y determinación que motivaba a Frank H. Little, su líder en Fresno.

Si Elizabeth Gurley Flynn era la "chica rebelde", Frank Little era el "agitador de vagabundos". Más que cualquier otro individuo, personificó la rebeldía de la IWW y su extraño discurso de retórica violenta, orgullo en el coraje físico y recurso aparentemente contradictorio a la resistencia no violenta. Parte nativo americano, parte minero de carbón, y parte vagabundo, él era todo wobbly. Un hombre alto, sobrio y musculoso, con una cara robusta pero con un rostro atractivo, Little parecía el rebelde proletario total. Como James P. Cannon, un viejo amigo que luchó con Little en Peoria y Duluth, lo recordó: "Siempre estuvo por la revuelta, por el combate, por la lucha... Era un hermano de sangre para todos los insurgentes... en todo el mundo".



Frank Little, "medio indio, medio blanco y todo wobbly"

Este rebelde de un solo ojo nunca ocupó una cómoda oficina sindical ni mantuvo libros como sus cercanos asociados, St. John y Haywood. En cambio, siempre fue donde estaba la acción. Desde 1900 hasta 1905 luchó en los principales conflictos industriales de la WFM, se unió a los militantes de ese

sindicato y los siguió hasta la IWW, donde permaneció cuando la WFM se retiró. En 1909 estuvo en Spokane, al año siguiente en Fresno. En años posteriores, Little aparecería en San Diego, Duluth, Butte o en cualquier lugar donde los wobblies lucharán por un mundo mejor. Cada vez que los mineros, cosechadores o trabajadores de la construcción necesitaban un líder, Little estaba disponible. Cuando el miedo inmovilizó a los trabajadores, fue un ejemplo para que otros lo siguieran. Su audacia lo llevó a Butte en 1917 para ayudar a los mineros rebeldes del cobre. Para entonces, era un enfermo reumático, que llevaba los vestigios de demasiadas palizas y demasiados encarcelamientos, y se tambaleaba con muletas como resultado de una pierna recientemente fracturada. Sin embargo, Little seguía siendo el agitador nato, un agitador aparentemente tan aterrador para el "respetable" que el 1 de agosto de 1917, las pandillas de vigilantes de Montana lo lincharon y dejaron su cuerpo colgando de un puente ferroviario en las afueras de Butte.

En 1910-11, Little aún era un hombre razonablemente sano. Demostró en Fresno que un hombre sin miedo, un hombre al que la vida había zarandeado y que lo llevaría de nuevo de un incidente violento a otro, también podría liderar una lucha basada completamente en la supremacía moral de la resistencia pasiva.

Frank Little inculcó su propia rebeldía en aquellos que lucharon por la libertad de expresión en Fresno. En la cárcel, los wobblies cantaron canciones de rebeldía, celebraron reuniones de propaganda y tramitaron los asuntos algo irregulares del Local 66. Hablaban tan mal y cantaron tan fuerte que sus carceleros tomaron medidas inusuales para silenciar a los ruidosos. Los wobblies respondieron a la represión dentro de la cárcel montando lo que llamaron un "acorazado", lo que significaba gritos continuos, burlas y golpes en las celdas y pisos de las celdas hasta que los guardias se sintieron obligados a usar medidas más contundentes.

A continuación, el sheriff negó a sus prisioneros el equipo adecuado para dormir, tabaco, material de lectura y comida decente. Cuando esto no pudo detener el tumulto, recurrió a la fuerza física. Los bomberos aparecieron en la cárcel de la ciudad con una manguera de 150 libras de presión, delante de la celda que encerraba a los wobblies. Los presos intentaron protegerse

erigiendo una barricada de colchones. Pero la presión del agua barrió los colchones y condujo a los wobblies contra la pared de la celda. Algunos de ellos buscaron refugio tumbándose en el piso, pero la manguera apuntaba hacia ellos, el chorro de agua los movía en el aire como si fueran palillos. Incluso los más rebeldes pronto tuvieron suficiente de este tratamiento. Sin embargo, los bomberos mantuvieron la presión del agua durante media hora, y antes de acabar casi todos los prisioneros encontraron sus ropas hechas pedazos y su cuerpo negro y azul. Los wobblies pasaron el resto de esa fría noche de diciembre con el agua hasta las rodillas.

Algunos wobblies se rompieron bajo estas tácticas, prometiendo abandonar la ciudad si eran liberados. Pero la mayoría se negó a transigir. Cumplieron su tiempo y luego regresaron a las calles de Fresno a la tribuna de la caja de jabón.

La negativa de la IWW a terminar su lucha tuvo el mismo efecto en Fresno que en Spokane. Cada prisionero exigió un juicio con jurado, los hombres realizaban su propia defensa y desafiaron a la mayor cantidad posible de potenciales jurados. Usaron todas las tácticas dilatorias, con su escaso y limitado conocimiento legal. En un buen día, los tribunales de Fresno podían juzgar a dos o tres hombres. Sin embargo, por muchos wobblies a los que sentenciaron, parecía que siempre había más en el expediente. Para empeorar las cosas, aún más wobblies se dirigían a Fresno. Esto eventualmente se convirtió en una carga demasiado grande para los contribuyentes, jueces y hombres de negocios de la ciudad.

Los funcionarios de Fresno finalmente se debilitaron en su resolución de reprimir a sus antagonistas. Nuevamente, los líderes del IWW demostraron ser negociadores realistas y capaces. Bien conscientes de que las autoridades locales odiaban comprometerse cuando estaban bajo presión, los wobblies permitieron que se realizaran conversaciones secretas e informales. Estas conferencias comenzaron el 25 de febrero cuando un comité local de ciudadanos visitó la cárcel de Fresno para determinar los términos de la tregua del IWW. En menos de dos semanas, el comité de ciudadanos y los funcionarios de la ciudad aceptaron la liberación de todos los presos del IWW y una garantía del derecho de la organización a mitinear en las calles de

Fresno. Finalmente, el 6 de marzo, el Local 66 telegrafió a la sede del IWW: "La lucha por la libertad de expresión terminó y se ganó... Victoria completa".

Lo que ganó la IWW en Fresno no estaba claro. No se anunciaron términos de liquidación pública, ni por parte del IWW local ni por el comité de ciudadanos de Fresno. Además, durante los próximos años, el Local 66 y Fresno desaparecieron de la prensa del IWW; Frank Little abandonó el área para luchar las guerras del IWW en otros lugares, y los recolectores de fruta del Valle de San Joaquín permanecieron desorganizados, con exceso de trabajo y mal pagados, en resumen, un clímax poco glorioso e inconcluso. En Fresno como en Spokane, la IWW había aprendido cómo ponerse en contacto con los migrantes de la ciudad, pero no cómo organizarlos permanentemente.

Sin embargo, como propaganda, el IWW pudo haber ganado algo de la lucha de Fresno. Demostró una vez más que los grupos más explotados de la sociedad estadounidense podrían actuar por sí mismos, y actuar pacíficamente, y que también tenían el poder, por supuesto no político para alterar los acuerdos prevalecientes de la comunidad local. Sin embargo, la lucha de Fresno no dejó una organización laboral efectiva para capitalizar la aparente "victoria" de IWW, y ningún aumento inmediato de afiliados siguió a este nuevo triunfo de la libertad de expresión.

Las victorias de Spokane y Fresno llevaron a los wobblies a luchar por la libertad de expresión en otros lugares, aunque con un éxito desigual. Casi siempre estas luchas se asociaron con esfuerzos para organizar trabajadores de la madera y cosechadores migratorios. Trágicamente, la campaña del IWW por la libertad de expresión no tenía nada que ver con los objetivos de la organización laboral. En San Diego, en 1912, el IWW aprendió los límites de la resistencia pasiva, así como la locura de concentrar su limitado poder en las causas tangenciales.

En 1912, San Diego era una ciudad cómoda de cincuenta mil habitantes, en su mayoría acomodados devotos del clima ideal de la zona. Tenía una clase trabajadora pequeña y contenta y ninguna industria importante o grande amenazada por dificultades laborales. Los migrantes no llegaban a la ciudad en masa para pasar el invierno, y ningún terreno parecía menos fértil para los

esfuerzos del IWW. De hecho, la cantidad de wobblies en San Diego nunca excedió unos pocos cientos. Sin embargo, esos pocos, como comentó un periodista contemporáneo, "incitaron a las autoridades y al pueblo a un frenesí histérico, a una epidemia de miedo irracional y rabia brutal, a una condición caótica".

Durante años, la calle E, entre las avenidas Quinta y Sexta en el corazón del centro de San Diego, había servido como una especie de rincón de oradores de Hyde Park. Cada tarde, socialistas y anarquistas, ahorraores y ateos, sufragistas y wobblies arengaban a los transeúntes en sus lugares acostumbrados en las esquinas. Pero en diciembre de 1911, el ayuntamiento de San Diego prohibió las reuniones en la calle en el área del centro de la ciudad. En respuesta, wobblies, socialistas, e incluso los hombres de la AFL local crearon una amplia coalición llamada la Liga de la Libertad de Expresión. Desde el día en que entró en vigencia la ordenanza en contra de la calle, el 8 de febrero de 1912, la policía y los miembros de la Liga se enfrentaron. Para el 12 de febrero, noventa hombres y mujeres habían sido arrestados, y para el 15 de febrero, 150 prisioneros languidecían en las cárceles de la ciudad y del condado. Día y noche durante las próximas semanas, la Liga celebró sus mítinges y la policía detuvo a los oradores, hasta que las cárceles del condado y de la ciudad se llenaron más allá de la capacidad normal.

En poco tiempo, lo que comenzó como una lucha común por una amplia coalición de organizaciones contestatarias se convirtió en una lucha en gran parte liderada por el IWW. Si bien los grupos no wobbly continuaron participando en la lucha de San Diego, el público, a nivel local y nacional, asoció el conflicto con el IWW. La batalla de hecho, presentó las tácticas que el IWW había probado con éxito en Spokane y Fresno.

Aunque San Diego tenía menos que temer de los wobblies que Spokane o Fresno, actuó de manera más salvaje para reprimir la libertad de expresión. Ninguna brutalidad demostró estar fuera de la imaginación de los "buenos" ciudadanos de San Diego. Lo que la policía no pudo lograr al estirar el tejido elástico de la ley local, los ciudadanos privados, actuando como pandillas de vigilantes, lo hicieron.



1912. San Diego. Una oradora wobbie en las luchas por la libertad de expresión

El tipo de pandilla ciudadana justiciera de San Diego ha sido descrita por algunos de los wobblies que la experimentaron. En la noche del 4 ó 5 de abril de 1912, Albert Tucker y otros 140 hombres, la mitad de los cuales tenían menos de veintiún años de edad, subieron a un tren de carga que salía de Los Ángeles con destino a San Diego. Cerca de la una de la madrugada, el tren disminuyó la velocidad y Tucker notó a cada lado de los vagones de carga a unos cuatrocientos hombres armados con rifles, pistolas y porras de todas las variedades. Tucker ha retratado vívidamente lo que siguió.

Nos ordenaron bajar y nos negamos. Luego se acercaron al coche en el que estábamos y empezaron a golpear y jalar a los hombres por los talones, así que en menos de media hora nos sacaron del tren y luego nos apalearon y lastimaron, nos alinearon y marchamos hacia [un] corral de ganado... Nos hicieron marchar varias veces, de vez en cuando seleccionaban a un hombre que pensaban que era un líder y le daban una paliza extra. Varios hombres quedaron inconscientes... luego muchos de nuestros hombres desaparecieron y nunca se supo nada de ellos... Desde la mañana nos sacaron de cuatro a cinco a la

vez y nos condujeron por el camino hasta el límite del condado.... donde nos obligaron a besar la bandera y luego a correr entre dos filas de 106 hombres, cada uno de los cuales nos golpeaba tan fuerte como podía con sus bates.

"Así San Diego enseñó patriotismo y respeto a la ley", en palabras del periodista anti-IWW Walter Woehlke.

Que toda esta violencia de las pandillas de vigilantes se había producido con la connivencia de los funcionarios públicos locales, pronto se conoció en toda la nación. El gobernador Hiram Johnson, político progresista extraordinario, bajo presión de la AFL, el Partido Socialista, el IWW y muchos californianos influyentes, algunos de los cuales habían desempeñado un papel destacado en su elección, enviaron al investigador especial Harris Weinstock a San Diego. La investigación de Weinstock corroboró todas las acusaciones de brutalidad policial y de las pandillas de ciudadanos vigilantes contra la Liga de la Libertad de Expresión. Weinstock, totalmente indignado, comparó el comportamiento de San Diego con los peores excesos del régimen zarista ruso.

A pesar de esta condena pública, los vigilantes de San Diego continuaron sus actividades anteriores. A principios de mayo de 1912, la policía hirió fatalmente a un miembro del IWW. El 15 de mayo, la anarquista Emma Goldman y su amante, Ben Reitman, llegaron a la ciudad para prestar sus voces a la lucha. Cuando desembarcaron en la estación del ferrocarril, encontraron una multitud que aullaba, entre ellas muchas mujeres, que gritaban: "Dadnos a esa anarquista; la desnudaremos; le arrancaremos las entrañas". Esa noche los vigilantes secuestraron a Reitman de su habitación de hotel. Lo colocaron en el asiento trasero de un auto y lo torturaron mientras se apresuraban a salir de la ciudad. Cerca de veinte millas más allá de los límites de San Diego, los vigilantes detuvieron el auto, salieron y procedieron a una segunda ronda de torturas. Como lo describió Reitman más adelante, esto es lo que sucedió: "Con el alquitrán de una lata [ellos] trazaron IWW en mi espalda y un médico quemó las letras con un cigarrillo encendido".

En 1912, los funcionarios públicos de San Diego acudieron al Departamento de Justicia federal en busca de apoyo. A principios de mayo, el Superintendente de la policía de la ciudad, John Sehon, solicitó asistencia federal al fiscal general George Wickersham en los esfuerzos locales para reprimir al subversivo IWW no estadounidense. Mucho antes de esa fecha, Sehon había Estado cooperando con el abogado federal del Sur de California (John McCormick) y con los detectives privados nombrados por un comité de ciudadanos controlado por el “rey del azúcar” John Spreckels y el magnate antisindical de Los Ángeles Harrison Gray Otis. Sehon, el fiscal federal y los detectives privados buscaron pruebas que vincularan al IWW con un supuesto complot para derrocar a las autoridades constituidas en San Diego y Washington DC, y también para unirse a la Revolución Mexicana, con el objetivo de capturar la Baja California para la IWW. Allí donde estos diligentes investigadores no pudieron encontrar evidencia, la fabricaron. El 4 de mayo, Sehon informó al Departamento de Justicia que los Wobblies se estaban preparando para “derrocar al Gobierno y tomar posesión de todas las cosas”. Armados con armas y dinamita y dirigidos personalmente por St. John y Haywood, los wobblies, según Sehon y el abogado de los Estados Unidos McCormick, organizaron una conspiración “criminalmente traidora” que tuvo que ser cortada de raíz por las autoridades federales.

Afortunadamente, el Procurador General Wickersham se mantuvo tranquilo y sereno. A pesar de la fuerte presión de uno de los Senadores de California y del congresista de San Diego, Wickersham se dio cuenta de que la IWW no representaba una amenaza para la estabilidad o la seguridad de Estados Unidos. Pero como político republicano que se aproxima a una elección presidencial, Wickersham apaciguó a los republicanos del Sur de California al permitir que McCormick continuase su investigación en busca de evidencia de la subversión del IWW.

A lo largo del verano de 1912, los funcionarios de San Diego intentaron sin éxito involucrar al Departamento de Justicia en el conflicto local. McCormick incluso impelió a un gran jurado de Los Ángeles para tomar pruebas en un intento de acusar a los wobblies de conspiración criminal. En opinión de un funcionario del Departamento de Justicia en Washington, el gran jurado de

McCormick demostró que los wobblies "aparentemente son mentirosos y perpetradores de la ley, pero no hay nada que indique un ataque específico contra el gobierno de los Estados Unidos". Después de permitir que McCormick y sus partidarios republicanos se divirtieran, Wickersham ordenó que se suspendieran los procedimientos federales contra el IWW.

En esta coyuntura, los republicanos "reaccionarios" del Sur de California sobrepasaron al Fiscal General, llevando su caso para la represión federal del IWW directamente al Presidente William Howard Taft. F. W. Estabrook, un miembro prominente del Comité Nacional Republicano y un industrial en cuya fábrica había hecho huelga el IWW, sugirió al Presidente "que este asunto [el conflicto de San Diego] es de la mayor importancia, no solo en un contexto político"... es hora de que se tomen medidas enérgicas, siempre que se presenten oportunidades, para eliminar los métodos revolucionarios de esta organización anarquista". Estabrook le aseguró a Charles Hilles, secretario de Taft, que una vigorosa acción anti IWW garantizaría los votos de California para Taft en las elecciones de noviembre. Además, agregó, tal acción debilitaría la causa del avance del republicano progresista Hiram Johnson, que apoyaba a Theodore Roosevelt y al Partido Progresista en 1912.

Taft fue receptivo a las sugerencias de Estabrook. La intriga política y su deseo de ser reelegido aparentemente nublaron su mente generalmente clara, ya que Taft escribió lo siguiente a Wickersham el 7 de septiembre: "No hay duda de que ese rincón del país es la base de la mayoría de los anarquistas y de trabajadores del mundo industrial [sic]... Deberíamos tomar medidas decididas". En otras palabras, Taft esperaba que la represión de la IWW le proporcionara los votos electorales de California.

Al carecer de ambiciones presidenciales, Wickersham mantuvo la calma. Al adherirse al deseo de Taft de investigar la subversión del IWW, el fiscal general no obstante descartó los informes exagerados y los rumores que emanaban del Sur de California. De hecho, mantuvo el asunto de San Diego tal como lo había hecho al principio, "No conozco ninguna razón por la cual el Departamento [de Justicia] deba tomar alguna otra acción".

Aunque el gobierno federal se negó a intervenir en San Diego y Taft no ganó ni los votos ni la reelección de California, el IWW continuó sufriendo a manos de la policía y las pandillas ciudadanas. Ninguna agencia de gobierno estaba preparada en 1912 para defender las libertades civiles de los ciudadanos que violaban las tradiciones y reglas de las clases dominantes de Estados Unidos.

Aún así, la IWW y sus aliados de libertad de expresión siguieron luchando. Suplicando fondos y voluntarios, obtuvieron dinero, pero muy pocos hombres. Incluso con una afluencia decreciente de voluntarios y cerca de la derrota, los wobblies se mantuvieron desafiantes.

El desafío no era un sustituto para la victoria. En octubre de 1912, nueve meses después de la inauguración de la lucha por la libertad de expresión, el centro de San Diego permanecía vacío y solitario en la noche. "El lugar sagrado donde tantos IWW fueron apaleados y arrestados el invierno pasado", escribió Laura Payne Emerson, "yace a salvo de la pisada del odiado anarquista y, de hecho, de todos los demás seres humanos". Y ella lamentó: "Tienen los juzgados, las cárceles y los fondos. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Si las batallas en Spokane y Fresno demostraron la efectividad de la no violencia, San Diego reveló con crudeza la debilidad de la resistencia pasiva como táctica cuando sus opositores se negaron a respetar la decencia y cuando ninguna autoridad superior intervendría en nombre de los oprimidos. Sin embargo, mucho antes de su derrota en San Diego, muchos wobblies habían tenido dudas sobre la necesidad de participación de su organización en las luchas de libre expresión. En el momento del conflicto de Spokane, WI Fisher escribió al *Industrial Worker*: "Si queremos tener un sindicato fuerte, tenemos que ir al trabajo donde están los trabajadores y comenzar nuestra agitación... Es solo con el control del trabajo con lo que podremos construir un poder duradero sobre la economía". En 1911, durante la lucha de Fresno, los representantes del IWW de la Costa del Pacífico en Portland expresaron su oposición a las campañas innecesarias de libertad de expresión cuando aún no se ha logrado un trabajo más efectivo organizando y educando a los "esclavos asalariados" en el trabajo.

Pero la IWW no pudo evitar más luchas de libertad de expresión. En el lejano Oeste y en otras regiones donde se congregaron los trabajadores migratorios, hablar en la calle continuó siendo el medio más efectivo para difundir las ideas del IWW y para ganar nuevos miembros para la organización. Después de todo, los migrantes atraídos por la IWW como resultado de las luchas de libre expresión de 1909-12 se convertirían en los wobblies que más tarde encabezaron la exitosa penetración del IWW en los bosques y los campos de trigo durante la Primera Guerra Mundial. Otros motivos también mantuvieron a los wobblies en sus tribunas de cajas de jabón. Eran tan agitadores como organizadores, tanto propagandistas como dirigentes sindicales, y necesitaban sus esquinas y sus podios para denunciar la sociedad capitalista y la moralidad "bushwa" [burguesa]. Los wobblies también se sintieron obligados a competir con los predicadores de las esquinas callejeras del Ejército de Salvación, quienes aconsejaron a los oprimidos que fueran humildes y resignados mientras esperaban su recompensa en el cielo. En respuesta a este consejo, los agitadores del IWW predicaron "un poco menos de infierno en la tierra" para los trabajadores explotados.

## ACERO, LEÑADORES DEL SUR Y DECADENCIA INTERNA, 1909-12.

Mientras el IWW luchaba por la libertad de expresión en el lejano Oeste, también luchaba por llevar la organización laboral a los trabajadores industriales orientales y los leñadores del Sur. Al igual que en Occidente, hizo un llamamiento a los trabajadores que Carleton Parker describió como marginados y forajidos sociales, por lo que en el Oriente y en el Sur se agitó entre nuevos inmigrantes frustrados, hombres negros explotados y blancos pobres.

En 1909, ninguna industria parecía más cerrada y, sin embargo, más atractiva para el creyente en el sindicalismo industrial militante que el acero. Ese año, la United States Steel Company (Compañía de Acero de Estados Unidos) dio el golpe final a la existencia de la Amalgamated Association of Iron and Steel Workers (Asociación Amalgamada de Trabajadores del Hierro y del Acero) —afiliada a la AFL y compuesta en gran parte por trabajadores cualificados nativos de Estados Unidos— que ha Estado decayendo desde su derrota en la huelga del acero de 1901. Así, en 1909, ni los trabajadores del acero cualificados ni los no cualificados tenían una organización para defender sus derechos. Además, la mayoría de las compañías del acero, y en particular la United States Steel, habían establecido esquemas rudimentarios de capitalismo de bienestar para mantener a los empleados contentos. Al mezclar hábilmente su fuerza laboral étnicamente, promover a los trabajadores nacidos en Estados Unidos y dominar las estructuras de poder de las ciudades del acero (incluidos policías, tribunales, escuelas e iglesias), los empresarios crearon lo que David Brody ha definido como "una situación de estabilidad laboral".

Sin embargo, los trabajadores inmigrantes más nuevos, húngaros, croatas, eslovenos, austriacos y serbios, por nombrar solo algunos de los diversos grupos étnicos, estaban fuera del consenso laboral del sector siderúrgico.

Representaban la inestabilidad inherente a la fuerza laboral. Las compañías los explotaron, los trabajadores cualificados los denigraron, los pueblos de manufacturas los aislaron. Al obtener solo los trabajos más agotadores y peor remunerados, los nuevos inmigrantes vivían en sus ruidosos "pueblos de musculosos" y "aldeas de latinos". La IWW esperaba llevar su programa de acción directa y sus principios de sindicalismo industrial a estos trabajadores inmigrantes.

De manera bastante inesperada, la oportunidad de llegar a esos trabajadores no cualificados de la industria del acero pronto se le presentó a la IWW. El sábado 10 de julio de 1909, los trabajadores de Pressed Steel Car Company en McKees Rocks, Pennsylvania, recibieron sus cheques quincenales. Durante todo el domingo, reflexionaron amargamente sobre sus escasas ganancias, y al regresar al trabajo el lunes por la mañana se quejaron de su salario a los capataces y cronometradores. En un departamento, unos cuarenta trabajadores se negaron a trabajar hasta que recibieron información más explícita sobre el método de la empresa para calcular los salarios. Esa misma tarde, los empleados se reunieron en un grupo para discutir sus quejas antes de presentar una demanda formal de reparación a los funcionarios de la planta. El miércoles de la mañana del 14 de julio, los funcionarios de la Compañía se negaron a verlos. En esa coyuntura, 600 hombres en el departamento de remachado salieron por la puerta de la fábrica. A media mañana, solo unos 500 hombres, de una fuerza laboral total estimada en 3.500, permanecían en el trabajo. Esos trabajadores cualificados pronto se enfrentaron a una fuerza hostil y amenazadora de huelguistas. A la mañana siguiente, los inmigrantes no cualificados formaron piquetes en masa en todos los puntos de entrada a la planta e impidieron que los hombres cualificados se presentasen al trabajo. A media tarde del jueves 15 de julio de 1909, la cuidadosamente construida "estabilidad laboral" de la industria del acero, fue atacada en McKees Rocks por un conflicto industrial que involucró a toda la fuerza laboral local. ¿Por qué?

McKees Rocks se parecía mucho a otras ciudades del acero en el área de Pittsburgh. Situada en la orilla izquierda del río Ohio, a seis millas por debajo de Pittsburgh, en 1910 tenía una población de 14.702 habitantes, más de la

mitad de los cuales nacieron en el extranjero. Como en otras ciudades siderúrgicas, sus trabajadores fueron segregados étnicamente. Los inmigrantes vivían en guetos tristes que bordeaban los "fondos" del río, mientras que los estadounidenses nativos vivían en terrenos más altos de la ciudad o al otro lado del río en Pittsburgh. Poco contacto existió fuera de la fábrica entre estos dos componentes principales de la fuerza laboral.



Concentración de miembros del IWW en Pittsburgh, Pennsylvania

Como en otras ciudades siderúrgicas, una sola compañía dominaba la comunidad. Destacada por sus políticas antilaborales, de ninguna manera únicas en la industria, sino simplemente aplicadas de manera más estricta, la compañía, bajo la dirección del presidente Frank Hoffstot, había seguido en 1909 la tendencia establecida por United States Steel en el uso de técnicas de producción de líneas en masa de ensamblaje combinadas con los principios de la gestión científica.

Pressed Steel Car Company nunca había sido conocida por sus buenas condiciones de trabajo o salarios altos, y en ambos aspectos las cosas parecían peores de lo habitual en 1909. El pánico de 1907 y la consiguiente recesión

comercial redujeron drásticamente los pedidos de nuevos vagones de ferrocarril, lo que hizo a la compañía despedir trabajadores y recortar salarios. Los salarios aún no habían sido restaurados a los niveles predepresión en 1909.

Antes de reducir las tasas salariales en 1907, Hoffstot también había introducido un nuevo método de producción en línea de ensamblaje que aceleraba el ritmo de trabajo a través de un sistema de tarifa por pieza. Al mismo tiempo, ideó una técnica para gestionar los salarios que penalizaba a todos los miembros de un grupo de trabajadores por el tiempo y la producción perdidos por un solo trabajador lento. Este nuevo sistema de producción también penaliza a los trabajadores por los retrasos causados por los fallos de la empresa en reparar la maquinaria o por las averías causadas por instrucciones vagas emitidas por los superintendentes de planta. Aunque se vieron obligados a trabajar a un ritmo febril para satisfacer el objetivo de producción del grupo, los integrantes de la línea de montaje nunca sabían cuáles serían sus tasas reales y, de hecho, generalmente sus ganancias semanales se encontraban muy por debajo de las expectativas. Frank Kellogg, el trabajador social profesional que dirigió la famosa encuesta de Pittsburgh, descubrió recibos de sueldo entre los trabajadores de McKees Rocks que mostraron que algunos hombres recibieron tan solo 6.50 \$ por diez días y dos noches de trabajo.

Condiciones de vida y trabajo se sumaron al descontento general. No se podía confiar en las mínimas medidas de seguridad de la planta. Muchos inmigrantes vivían en las doscientas casas dobles de propiedad de la compañía. El alquiler de cuatro habitaciones costaba 12 \$ mensuales, aunque carecían de plomería interior y otras comodidades. Además, muchas familias de la clase trabajadora tuvieron que acoger a inquilinos para poder pagar su renta mensual. En cualquier parte donde el inmigrante acudió a McKees Rocks, se encontró con agentes de la compañía que lo explotaron: jefes de internado que aumentaron su alquiler de la vivienda de la empresa si recibía a internos, capataces que le cobraban por un trabajo y policías especiales de la compañía que lo tiranizaban.

Así, a pesar de la falta de organización de los inmigrantes, el ejército de trabajadores de reserva disponible a nivel local y el dominio de la comunidad por parte de la compañía, los hombres se declararon en huelga el 15 de julio. Salieron de la fábrica para abolir el sistema de agrupamiento, para restablecer los salarios a niveles anteriores a 1907, para exigir una declaración de tasas de salarios y un registro escrito de sus ganancias, y para conseguir la maquinaria a través de la cual presentar quejas futuras. En el inicio de la huelga, un sindicato, y mucho más la afiliación al radical IWW, parecía lo más alejado de la mente de los inmigrantes. Sin embargo, las circunstancias pronto atraerían a wobblies e inmigrantes a un matrimonio de conveniencia.

Una cosa era que los trabajadores no organizados hicieran huelga, y otra muy distinta era lograr sus demandas. Los huelguistas de McKees Rocks tenían más con que lidiar que la mayoría. Muchos vivían en casas de la Compañía de las que podían ser desalojados, y eventualmente lo fueron. Los líderes de la comunidad los rechazaron y los despreciaron como extranjeros. Los inmigrantes ni siquiera podían contar con el apoyo total de sus compañeros de trabajo, especialmente los estadounidenses cualificados. Pressed Steel Car Company tenía su propia Policía del Carbón y Hierro para dispersar los piquetes y hostigar a los huelguistas; cuando la policía privada demostró ser deficiente, Hoffstot pudo llamar al sheriff local o, mejor aún, a la policía estatal.

La policía estatal de Pensilvania había sido creada a instancias de reformistas ansiosos de abolir el uso de fuerzas policiales privadas durante los conflictos industriales. Sin embargo, en la práctica, los agentes estatales de Pensilvania, o "cosacos", como los etiquetaban los trabajadores en huelga, actuaron en beneficio de los empresarios. En la disputa de McKees Rocks, la policía estatal protegió a los rompehuelgas que Hoffstot había obtenido de la Agencia Pearl Berghoff de Nueva York, un especialista en el suministro de esquiroles.

A pesar de la fuerza de la oposición, los huelguistas al principio tenían una influencia considerable. La solidaridad étnica impulsó a los hombres desempleados de la comunidad a unirse a los huelguistas en los piquetes en lugar de ocupar sus lugares en la planta. Acostumbrados a una vida dura en el Viejo Mundo y a las privaciones en el nuevo, los inmigrantes estaban mejor

preparados que muchos trabajadores estadounidenses para soportar las privaciones de un conflicto prolongado. Capaces de sobrevivir con menos, podrían luchar más tiempo. Durante las etapas iniciales de la huelga, los trabajadores estadounidenses se unieron a los inmigrantes. La negativa de Hoffstot de tratar con cualquier grupo de trabajadores durante un tiempo mantuvo a los inmigrantes y los estadounidenses unidos. La arrogancia de la Compañía también llevó a los sectores influyentes de la comunidad de Pittsburgh a simpatizar con los huelguistas y proporcionarles fondos, siempre y cuando el conflicto industrial en McKees Rocks pudiera mantenerse dentro de los límites definidos por los trabajadores cualificados.

En estas circunstancias, un trabajador cualificado, C. A. Wise, un ingeniero en el departamento de ejes, emergió como el líder de la huelga. Al trabajar con un abogado de Pittsburgh llamado William McNair, Wise amalgamó a los inmigrantes y los estadounidenses nativos en un comité conjunto liderado por los llamados Big Six (Seis Grandes), que Wise dominó. Solo cuatro días después de que comenzó la huelga (19 de julio), Wise y los trabajadores cualificados, para gran alivio de la prensa de Pittsburgh y de los reformistas de la ciudad, parecían tener un firme control del conflicto.

Hoffstot pronto se dio cuenta de que sus empleados cualificados comprometían los problemas básicos de la huelga de los inmigrantes. De hecho, a medida que más y más esquiroles de Berghoff entraron en la comunidad y la violencia se convirtió en una posibilidad, los trabajadores cualificados buscaron un acuerdo en casi todos los términos.

No así los trabajadores inmigrantes. Dentro de sus filas había varios hombres que tenían alguna experiencia en movimientos obreros y radicales europeos. Estos hombres establecieron el "comité desconocido": un nuevo grupo ejecutivo que ofrecía el tipo de liderazgo que los Seis Grandes se negaron a proporcionar. El "comité desconocido" utilizó tácticas diseñadas para limitar la importación de rompehuelgas. Formó grupos de piquetes en masa y señales especiales y grupos de vigilancia para hacer sonar la alerta cuando los rompehuelgas se acercaban a la comunidad. Estos nuevos líderes más radicales también lanzaron amenazas a la policía estatal; según un reportero,

juraron "conseguir" un policía en represalia por cada huelguista herido o asesinado.

Cuando el conflicto se radicalizó repentinamente, la violencia estalló entre inmigrantes y rompehuelgas, Wise y los trabajadores cualificados se lanzaron a los brazos de Hoffstot, anunciando términos de acuerdo el 31 de julio. Los inmigrantes no cualificados no vieron ganancia en el inesperado acuerdo, y en lugar de volver al trabajo repudiaron a los sabios y buscaron un nuevo liderazgo en otros lugares. Ingresaron en el IWW.

Aún no está claro exactamente cómo y cuándo se involucró el IWW en el conflicto de McKees Rocks. Durante las primeras semanas de la huelga, ninguna mención de la IWW apareció en la prensa comercial, como *La Encuesta* o cualquier otra fuente de noticias. Lo que está claro sobre el momento es que el organizador general William Trautmann y el IWW aparecieron en escena justo cuando las diferencias entre inmigrantes y estadounidenses se volvieron irreconciliables.

Parece que el "comité desconocido", influenciado por un puñado de revolucionarios europeos en el exilio, invitó a Trautmann y al IWW a McKees Rocks. Pero también es posible que Trautmann, sintiendo la división dentro de las filas de los huelguistas, simplemente viera una oportunidad para promover el sindicalismo industrial radical de la IWW. En cualquier caso, a mediados de agosto, Trautmann y el IWW habían asumido el liderazgo de los huelguistas inmigrantes. El 15 de agosto, una multitud estimada en ocho mil se reunieron en Indian Mound, una colina que domina el río Ohio, donde los huelguistas se reunían regularmente, para escuchar a Trautmann y otros oradores. Trautmann se dirigió a la audiencia en inglés y alemán; otros hablaron en nueve lenguas extranjeras diferentes. Todos los oradores tocaron el mismo son: solidaridad y resistencia. Todos enfatizaron el eslogan de la IWW: "Una agresión a uno es una agresión a todos". Sin embargo, la IWW no había asumido el control formal de los huelguistas, el poder efectivo todavía era ejercido por los radicales entre los inmigrantes, aunque aceptaron la ayuda y el asesoramiento de los wobblies.

Ni la asistencia del IWW ni la huelga de solidaridad redujeron la importación de esquiroles. La presencia de un número creciente de hombres de Berghoff podría tener un solo resultado: la violencia. El domingo 22 de agosto, los huelguistas inmigrantes decidieron actuar. Llevaban más de un mes sin empleo ni ingresos; otros hombres habían retomado sus trabajos y, en algunos casos, sus hogares. Así que a primera hora de la tarde del domingo, cuando los hombres de Berghoff volvían a trabajar, los huelguistas trataron de disuadirlos de entrar a la planta. Las palabras fallaron para impresionar a los esquiroles, pero los puños y las rocas les siguieron. A medida que estalló una lucha tras otra, la Policía del Carbón y el Hierro, los oficiales locales del alguacil y los agentes estatales se involucraron. Cuando terminó la batalla del domingo, McKees Rocks contó seis muertos, seis muertos y entre cuarenta y cincuenta heridos, en su mayoría huelguistas. En un plazo de tres días, los policías estatales, actuando bajo una ley marcial limitada, registraron el hogar de cada inmigrante, confiscaron armas, cuchillos y armas bajo los términos de una ley estatal que prohibía la posesión de armas por parte de extranjeros.

La violencia ocurrida en la huelga no puede ser negada. Asociar al IWW con brotes violentos e implicar que el liderazgo del IWW instigó la masacre del 22 de agosto, como se ha hecho, es injusto e ingenuo. Un observador en las reuniones masivas patrocinadas por el IWW en Indian Mound informó que la nota clave de todos los oradores fue que los huelguistas se abstuvieran de la violencia. "Los informes de violencia han sido... muy exagerados", señaló Paul Kellogg en ese momento.

A pesar de los consejos pacíficos del IWW y el orden de los huelguistas, el temor a la violencia envolvió el área de Pittsburgh. Muchos temían que Trautmann del IWW fuera el líder que proporcionaría la chispa.

Los estadounidenses expertos vieron en estas ansiedades la oportunidad que habían Estado buscando para terminar la huelga. Todos los interesados, Wise, Hoffstot y los reformadores, temían la alianza de inmigrantes e IWW. Sólo una pronta solución de la huelga, razonaron ahora, eliminaría la influencia cancerosa en la región. Por lo tanto, Wise y Hoffstot hicieron un segundo acuerdo de compromiso a principios de septiembre. El 8 de septiembre, un grupo de huelguistas, cuidadosamente seleccionados por Wise y la cámara de

comercio local, votó sobre los términos propuestos para el acuerdo. Se produjo una aprobación abrumadora.

En el momento del asentamiento, la mayoría de los observadores y participantes calificaron los términos, al igual que St. John, como una gran victoria para los huelguistas. Wise sostuvo que los hombres habían ganado todas sus demandas, y *La Encuesta* concluyó que la "compañía prácticamente acepta los términos de los huelguistas". Supuestamente, Hoffstot acordó restablecer la escala salarial anterior a 1907, modificar el sistema de agrupamiento a la satisfacción de los trabajadores, establecer salarios mínimos, restablecer claramente los salarios, eliminar todo favoritismo en el empleo, y volver a contratar a todos los huelguistas sin prejuicios.

Un examen cuidadoso de los términos lleva a una conclusión diferente. La Compañía se negó a aumentar los salarios inmediatamente y no aceptó abandonar el sistema de agrupación. Pressed Steel simplemente ofreció a los huelguistas el status quo anterior, que era lo que Wise y los estadounidenses cualificados habían deseado todo el tiempo.

Al percibir lo que realmente había sucedido, Trautmann intentó mantener fuera a los más de mil huelguistas que aún no habían sido contratados nuevamente. Una vez más, planeó programar reuniones masivas en Indian Mound para hacer hincapié en la necesidad de solidaridad de los inmigrantes. Ahora, sin embargo, la brecha entre los inmigrantes y los estadounidenses nativos se había vuelto tan grande que, ante una denuncia presentada por Wise, la policía local arrestó y encarceló a Trautmann. Como siempre, el encarcelamiento de sus dirigentes no detuvo a la IWW. Tan pronto como Trautmann se instaló en la cárcel, Joe Ettor apareció en McKees Rocks para ocupar el lugar del organizador general encarcelado. La guerra industrial parecía estar a punto de reanudarse cuando más de cuatro mil trabajadores holgaron de nuevo el 15 de septiembre.

Otra vez Pressed Steel empleó a sus trabajadores cualificados para romper la huelga. Wise y sus seguidores interrumpieron las reuniones de huelga del IWW, exigieron que los inmigrantes actuaran como ciudadanos estadounidenses y se ofrecieron a llevar a los huelguistas a trabajar detrás de

la bandera estadounidense. De hecho, el 16 de septiembre, los hombres de Wise, con una enorme bandera estadounidense en la cabeza, llevaron a unos dos mil trabajadores hacia la puerta de la planta y la línea de piquetes se abrió, permitiendo que los manifestantes ingresaran a la fábrica sin ser molestados. Así terminó la segunda huelga. Los huelguistas desmoralizados regresaron al trabajo, mientras que Wise, junto con los funcionarios de la compañía, dejó a los líderes inmigrantes de la huelga fuera de nómina.

Hoffstot aprendió bien su lección. En lugar de oponerse a toda la organización laboral y tratar a toda su fuerza laboral de manera autocrática, ahora distingüía entre los cualificados y los no cualificados, los nativos y los extranjeros. Una vez terminada la huelga, los funcionarios de Pressed Steel acordaron consultar con la organización de trabajadores cualificados para salvar a su compañía "de tratar con la organización radical y socialista de la IWW", antes de que durante mucho tiempo la Pressed Steel tuviera un sindicato de empresa de pleno derecho.

Los trabajadores inmigrantes, sin duda, se dieron cuenta de la magnitud de su pérdida antes de que lo hiciera la IWW. Una vez más, los líderes del IWW creían que su organización había demostrado plenamente la primacía de la acción económica y las ventajas elementales de la acción directa en el punto de producción sobre la política. Los propios wobblies esperaban un futuro brillante en el área de Pittsburgh. Ettor y varios organizadores del IWW ya estaban trabajando en la organización entre los trabajadores de otras acerías del distrito y, a fines de octubre, Ettor se entusiasmó con las perspectivas de acción directa. Informó del éxito en la organización de polacos, eslovenos, alemanes, checos, húngaros, croatas y de otras nacionalidades. Una Convención de distrito del IWW celebrada el 10 de octubre, señaló Ettor, había establecido un Consejo Industrial del Distrito Pittsburgh-New Castle, que planeaba emitir una publicación oficial conocida como *Solidarity*: (Sea lo que sea lo que la huelga de McKees Rocks no haya logrado, dio a luz al periódico oficial de la IWW) "De ahora en adelante", concluyó Ettor, "si no me equivoco, las cosas y los hombres se moverán por aquí. Se hará rápidamente historia y, esperemos, que no tengamos tiempo para escribir sobre eso".

Etter no estaba del todo equivocado. Varias semanas después de que publicó su informe de la "zona de guerra", *Solidarity* llegó a los quioscos y la IWW se involucró en los conflictos laborales de la industria del acero en New Castle y Butler, Pennsylvania. Los wobblies no tenían tiempo para escribir sobre sus nuevas actividades, ya que los funcionarios locales, perturbados por el estallido de los disturbios laborales de la agitación wobbly, habían encarcelado a todo el personal editorial y de producción de *Solidarity*. La administración y los funcionarios públicos demostraron ser igualmente efectivos para reprimir las huelgas emprendidas por los nuevos miembros del IWW. Si la disputa de McKees Rocks había tenido un éxito parcial, los de New Castle y Butler terminaron en un fracaso total.

Si bien *Solidarity* se mantuvo como una empresa activa durante varios años en New Castle, no se pudo decir lo mismo de la IWW como organización laboral dentro de la industria del acero. Por más que lo intentaran, los wobblies nunca recuperaron el espíritu, ni siquiera el éxito limitado de McKees Rocks.

¿Qué, logró entonces la incursión del IWW en la industria del acero? Sin duda, demostró que los trabajadores inmigrantes, descuidados durante tanto tiempo por los sindicatos de oficios, eran buenos huelguistas y que podían organizarse. La diversidad étnica y las barreras lingüísticas no habían sido un obstáculo para los organizadores del IWW, quienes no patrocinaban a los extranjeros de la forma en que lo hacía el típico organizador de la AFL. Dada la estructura antisindical de la industria siderúrgica y sus ciudades de Compañía, cualquier sindicato habría tenido dificultades para mantener una organización estable entre los inmigrantes. McKees Rocks demostró que el IWW no era el sindicato para hacerlo, ya que carecía del dinero, los hombres y la capacidad administrativa. Sin embargo, la IWW dejó su idea como legado. En el futuro, los trabajadores del acero se esforzarán por alcanzar el objetivo del sindicalismo industrial que trasciende las líneas de nacionalidad y habilidad.

###

De 1910 a 1912, el IWW demostró que otros trabajadores desatendidos podrían organizarse y que las diferencias raciales y de nacionalidad podrían superarse defendiendo la causa de los trabajadores blancos y negros en el Sur.

Pocos trabajadores del Sur recibieron un trato más abominable que los que trabajaban en los bosques húmedos y aislados y en las ciudades de manufacturas del cinturón de madera de Louisiana-Texas. Negros o blancos, llevaban una existencia miserable. Muchos residían en ciudades de Compañía donde se les pagaba con vales y se les exigía comprar los artículos de primera necesidad en una tienda de la empresa a precios recargados.

Naturalmente, estas comunidades casi no tenían antecedentes de organización laboral. En un estudio minucioso de los trabajadores de la madera de Texas, Ruth Allen solo pudo encontrar una mención oficial de una huelga antes de 1911. En algún momento a fines de 1909 o posiblemente a principios de 1910, sin embargo, apareció un "mesías" en la región en la persona del joven Arthur Lee Emerson, un protestante nacido en el Sur, Emerson parecía demasiado gentil para ser un organizador laboral, y mucho menos un wobbly. Alto, delgado, casi afeminadamente guapo, llevó la idea de la unión a los bosques de Louisiana. Al parecer, Emerson activó su fe en el sindicalismo a partir de una breve experiencia en la tala de árboles en el Noroeste del Pacífico, donde conoció a wobblies. A su regreso al Sur, se dedicó inmediatamente a la organización laboral para elevar los salarios y las condiciones de trabajo de la Costa del Golfo a los estándares no demasiado altos de la Costa del Pacífico. Después de encontrar un trabajo en una fábrica de Fullerton, Louisiana, afilió de 85 a 125 empleados a su nuevo sindicato. Animado por este éxito inicial, viajó de un lugar a otro, firmando por unos pocos días de empleo, tiempo suficiente para usar la táctica de organizar en el trabajo.

Emerson pronto descubrió a un aliado en Fay Smith, otro protestante blanco del Sur nacido en el país, y los dos vagaron por los bosques de Luisiana y Texas inscribiendo miembros al sindicato durante el invierno de 1910-11. Pronto tuvieron suficientes miembros y suficientes Locales para crear una organización sindical regional más grande, y en junio de 1911 fundaron la Hermandad de Trabajadores de la Madera (BTW). Desde sus oficinas centrales

en Alexandria, Louisiana, enviaron a toda la región organizadores y propaganda de BTW. La afiliación se disparó. En un momento dado en la breve historia del BTW, su afiliación osciló entre 18.000 y 35.000.

En su nacimiento, el vínculo de la BTW con la IWW era, en el mejor de los casos, tenue. Aparte del intento de 1904 de la AFL de organizar la industria maderera y las experiencias de Emerson en el Noroeste, solo otro posible hilo conectó el BTW al IWW. Covington Hall, poeta, compositor y ensayista wobbly, un sureño nativo de ascendencia marcadamente patricia, que residió en Nueva Orleans y, desde el primer momento, ofreció su pluma y máquina de escribir a la causa de los trabajadores de la madera. Más allá de esto, la BTW difería drásticamente de la IWW.

Possiblemente teniendo en cuenta el entorno del Sur, la BTW adoptó una constitución claramente conservadora, tan conservadora de hecho que muchos afiliados de la AFL se habrían sorprendido por su tono estolido. La constitución descartó específicamente la violencia como táctica, recalcó el papel del conflicto de clases y proclamó el deseo de la BTW de colaborar con los empresarios. El sindicato cumplió con el código de relaciones raciales del Sur y los miembros negros fueron segregados en logias separadas. También proporcionó en su constitución los rituales derivados de la iglesia protestante rural y de las populares órdenes fraternales de Estados Unidos. Solo en la composición y naturaleza de su afiliación, el carácter del BTW divergió del de la AFL.

Los trabajadores de madera del Sur no querían formar parte de esta organización obrera ostensiblemente conservadora, incluso pragmática. Cuando la Southern Lumber Operators' Association (Asociación de Operadores de la Madera del Sur) se reunió en Nueva Orleans en 1910, sus miembros de Texas y Luisiana decidieron combatir el movimiento sindical emergente. John H. Kirby, un hombre bien preparado para el mando, asumió el liderazgo contra el trabajo organizado. Las compañías de Kirby dominaban toda la industria maderera del Sur durante esos años. En 1901, la Kirby Lumber Company controlaba veinticinco plantas con una capitalización total de 21 millones de dólares; según la revista *Southwest* de 1906, "La Kirby Lumber Company no

solo era la empresa más grande de su tipo en el Estado (Texas), sino también en el Sur y posiblemente en los Estados Unidos".

Kirby dirigió una ofensiva multifacética contra la BTW en Texas y Louisiana. Cada vez que tenían posibilidades de hacerlo, los empresarios obligaban a los trabajadores a firmar compromisos antisindicales. Las empresas madereras también recurrieron a una Lista negra antisindical, aunque esto violaba la ley de Louisiana. Todos los trabajadores de la madera tenían que renunciar a su lealtad a la BTW, ya que la negativa a hacerlo daría lugar a la denegación de empleo y la inclusión en una lista negra. Los empleadores al mismo tiempo jugaban a instigar a los trabajadores blancos y negros unos contra otros. Los empresarios reemplazaron a los trabajadores blancos con rompehuelgas negros; sin embargo, cuando los negros se unieron al sindicato, los empresarios sugirieron a sus trabajadores blancos que los BTW, al admitir a miembros afroamericanos, amenazaban el patrón de relaciones raciales del Sur. La gerencia también tuvo a decenas de hombres armados contratados y transformó muchas ciudades de la Compañía en baronías armadas.

Como la BTW continuó reclutando nuevos miembros en 1910 y 1911, los empresarios decidieron adoptar un enfoque más enérgico. A mediados de mayo de 1911, los propietarios anunciaron la decisión de reducir el trabajo en todas las manufacturas a cuatro días a la semana a partir del 1 de junio. Si eso no impedía la organización sindical y las demandas de una jornada de ocho horas y salarios más altos, las compañías amenazarían con cerrar todas sus fábricas por tiempo indefinido. La Asociación de Operadores de Madera del Sur, por lo tanto, consideró dejar a más de veinte mil hombres sin trabajo. Cuando los enfrentamientos y amenazas de un cierre patronal no pusieron fin a la agitación sindical, en agosto de 1911, la asociación cerró once manufacturas de Louisiana que empleaban a tres mil hombres y facultó a un comité especial para ordenar el cierre de cualquiera de las otras trescientas propiedades en Texas, Louisiana y Arkansas. Kirby sostuvo públicamente que su asociación combatía el socialismo y la anarquía, no el trabajo organizado. Incluso hizo pública su voluntad de tratar con la AFL, que, según él, reconocía y respetaba la propiedad privada. Kirby enfatizó que su asociación nunca negociaría con el IWW.

La referencia de Kirby a la IWW en este momento en particular era en realidad una pista falsa, ya que no existía un vínculo formal entre la BTW y los wobblies, ni los organizadores de la IWW habían llegado al Sur. No fue hasta el 20 de abril de 1911, casi dos años después de que Emerson y Smith comenzaran sus esfuerzos de organización, que la mención del BTW apareció en la prensa del IWW. Incluso entonces, todo lo que hizo el IWW durante varios meses fue apelar a los trabajadores madereros del Sur, que, por cierto, no leían las publicaciones wobbly, advirtiéndoles que fueran moderados.

Las favorables referencias de Kirby a la AFL y sus propuestas personales a Sam Gompers fueron igualmente falsas. A los empresarios les gustaba hablar de negociaciones con organizaciones laborales estadounidenses conservadoras y respetables cuando esas organizaciones no tenían el poder de presionar la negociación de la administración laboral. Los operadores de madera en ese momento tenían que lidiar con la BTW, no con la AFL. Al insinuar a los trabajadores madereros más y mejor cualificados que el BTW estaba vinculado al IWW, que respaldaba la integración sindical, el socialismo y la violencia, Kirby esperaba alejar a los hombres cualificados del sindicato. Dado que la AFL nunca había tenido influencia o miembros en la industria, los trabajadores de la madera volverían al trabajo sin un sindicato.

Los rompehuelgas, los hombres armados, las listas negras y los cierres patronales de la asociación entretanto se cobraron su peaje en la BTW. Ya en septiembre de 1911, los investigadores de la asociación informaron que la afiliación había disminuido considerablemente. Los investigadores también señalaron que el considerable número de miembros de la unión negra (estimado en un 50 por ciento), creó una corriente general de insatisfacción entre los miembros blancos de la BTW. "Por lo tanto, parecería", concluyó un investigador de la Asociación de Operadores, "que esta Asociación no tiene más que adherirse estrictamente a la política adoptada e instar a sus miembros para brindar su plena cooperación con el fin de despejar el territorio de los agitadores socialistas y para reanudar operaciones libres y sin trabas".

Estas tácticas de asociación, más que cualquier otro factor, llevaron a los líderes del BTW a predicar la integración con los negros y la afiliación con el IWW. Emerson y Smith se dieron cuenta de que si los afroamericanos

permanecían fuera del sindicato, tenderían a escabullirse. Por lo tanto, aconsejaron al trabajador negro: "El BTW... toma al negro y lo protege a él y a su familia junto con el trabajador blanco asalariado y su familia en una base industrial". Al trabajador blanco proclamaron: "Hasta donde nosotros Los trabajadores del Sur estamos preocupados, la única 'supremacía' e 'igualdad' que (los empresarios) nos han otorgado es la supremacía de la miseria y la igualdad de los trapos... Ya no permitiremos que la oligarquía del Sur nos divida y debilite en líneas de raza, oficio, religión y nacionalidad". Al tener una necesidad tan grande de apoyo financiero para la integración racial, el BTW se acercó a la IWW, la única organización laboral externa que estaba dispuesta a ofrecer ayuda.

Los trabajadores del Sur también tenían una base local firme para su resistencia a la contraofensiva del empleador. A diferencia de los despreciados trabajadores inmigrantes del Norte o los migrantes no vinculados del Oeste, los trabajadores de la madera del Sur pertenecían a una comunidad local muy unida. Los pequeños agricultores locales, que carecían de mercados, a menudo trabajaban en las fábricas como unidades familiares. Esta comunidad de sentimiento y sangre llevó a varias ciudades madereras de Luisiana a elegir administraciones socialistas, que protegían a los organizadores sindicales y a los huelguistas de los peores excesos de la represión empresarial.

Sin embargo, la resistencia del sindicato se debilitó. En febrero de 1912, la Asociación de Operadores finalizó su cierre patronal y reanudó las operaciones con una fuerza laboral mayoritariamente no sindicalizada vinculada por contratos de "perro amarillo" [comprometidos a no afiliarse]. En esta coyuntura, la IWW entró en el conflicto. Intentando inculcar una nueva vida en el espíritu decadente del BTW, Big Bill Haywood viajó al Sur en la primavera de 1912 para asistir a la segunda Convención regional del BTW en Alejandría (6-9 de mayo). Covington Hall se unió a él como representante del IWW. Suplicaron a los delegados del BTW desilusionados y desanimados que mantuvieran la lucha y prometieron asistencia del IWW si el BTW se afiliaba a los Wobblies. Haywood, en particular, suplicó a los miembros del sindicato que trasciendan las animosidades raciales, logren una verdadera integración sindical y se reúnan con empresarios con un frente unido blanco y negro. Llevados por el

entusiasmo de Haywood, los delegados de la Convención votaron para afiliarse a la IWW y avanzar firmemente hacia una organización integrada. A cambio, la Sede Nacional del IWW envió a dos organizadores veteranos, George Speed y E. F. Doree, al Sur a principios del verano de 1912.

Revitalizada por su nueva alianza, la BTW una vez más declaró huelga para obtener salarios más altos y mejores condiciones de trabajo de los operadores de madera del Sur. Una vez más, los empresarios respondieron con un cierre patronal y una lista negra cada vez más larga. Un ejército de esquiroles fue a trabajar a los bosques y manufacturas madereras acompañados de hombres armados, cuya función era intimidar a los organizadores sindicales.

El domingo por la tarde, el 7 de julio, A. L. Emerson y varios otros organizadores del BTW celebraron una reunión no programada cerca de las instalaciones de la no sindicalista Galloway Lumber Company en Grabow, Louisiana. Poco antes del anochecer, una multitud comenzó a reunirse, y Emerson se subió a la parte trasera de un vagón para dirigirse a los campesinos. De repente, tres disparos puntuaron el pesado aire de la tarde. La multitud se rompió y corrió a esconderse. Hombres sindicalizados se volvieron para defender a sus camaradas y parientes desarmados del fuego de los guardias que les disparaban desde lugares escondidos en los locales de la empresa. Diez minutos y aproximadamente trescientos disparos más tarde, el tiroteo se detuvo. Esa noche vio tres hombres muertos, un cuarto muriendo y más de cuarenta heridos. Tres de los muertos eran sindicalistas, el cuarto un guardia de la compañía; la gran mayoría de los heridos pertenecían a la BTW.

Inmediatamente después del incidente, Emerson y sesenta y cuatro miembros del sindicato, junto con el dueño de la manufactura y tres de sus guardias armados, fueron arrestados. Los procedimientos del gran jurado comenzaron de inmediato, y el 23 de julio, Jay Smith contó a la sede del IWW: "Tres acusaciones formales de asesinato contra Emerson y otros sesenta y cuatro hombres del sindicato y una acusación formal contra cada uno de ellos por asalto con disparos intencionados. Ninguna acusación contra los propietarios de las fábricas.

Cuando los organizadores del IWW, Speed y Doree llegaron a Alejandría, que decían estar a 58 °C "más que el infierno", encontraron que el "talón de hierro" era muy efectivo. Esperando presenciar una huelga en toda el área, descubrieron una organización laboral destrozada. El incidente de Grabow había sofocado la militancia obrera. El BTW ahora concentró sus escasos fondos y su disminuida fuerza en la defensa de los miembros encarcelados. Speed y Doree pronto supieron por qué se había derrumbado la huelga. Recorriendo el cinturón de madera para agitar el sentimiento sindical, fueron detectados por detectives de la compañía y amenazados por ciudadanos locales con sentimientos antisindicales.

Mientras Doree y Speed agitaban y eludían a los oficiales de la ley y los vigilantes, los acusados miembros del BTW esperaron en prisión antes de ser juzgados por asesinato. Hasta el 8 de octubre, tres meses después de su acusación, el Estado de Louisiana, con amplia asistencia financiera y legal donada por la Asociación de Operadores de la Madera, llevó a los tribunales el caso de Emerson y otros ocho miembros del BTW. Un mes después, un jurado local, aparentemente simpatizante con el sindicato y no impresionado con las pruebas de la fiscalía, absolvio a Emerson y sus coacusados.

El talón de hierro aún no se había levantado de Dixie. Mientras Emerson y sus coacusados salieron de la prisión, los organizadores del IWW Doree y C. L. Filigno, así como el líder del BTW Clarence Edwards, fueron acusados de manipulación del jurado. Ahora fue el turno de Emerson de acudir en su defensa. "Voy a entrar en la lucha de nuevo y luchar más duro que nunca", prometió. A decir verdad, Emerson no dedicó mucho más tiempo a la batalla. Tampoco duró la alianza BTW-IWW.

Justo antes de que los acusados de Grabow fueran a juicio, los delegados blancos y negros del BTW en la Convención del IWW de 1912 crearon su organización del Southern District of the National Industrial Union of Forest and Lumber Workers (Distrito Sur de la Unión Industrial Nacional de Trabajadores Forestales y de la Madera). Los delegados del BTW regresaron luego al Sur para reanudar su lucha laboral bajo los auspicios del IWW.

El 11 de noviembre de 1912, mil trescientos miembros del sindicato, ahora conocido oficialmente como NIUF&LW, atacaron a la American Lumber Company, que alguna vez fue un baluarte sindical, pero que ahora era una filial del Ferrocarril de Santa Fe en Merville, Louisiana. Los huelguistas exigieron que se volviera a contratar a quince hombres en la lista negra porque habían comparecido como testigos de la defensa en nombre de Emerson. Los trabajadores de Merville blancos y negros presentaron un frente unido.

Pero la solidaridad racial demostró ser de poco valor contra la decidida oposición de la empresa. American Lumber empleó las tácticas antisindicales habituales: listas negras, rompehuelgas, hombres armados pandillas de vigilantes. Cada vez más informes empezaron a llegar a la sede de IWW en relación con ataques armados contra huelguistas cuando pistoleros y detectives de la Compañía recurrieron a una campaña de intimidación abierta. Secuestraron a los líderes de la huelga, golpeando a uno y disparando a otro. La ley de la mafia envolvió a Merville cuando los vigilantes saquearon la sede del sindicato y confiscaron registros y equipos. También deportaron a todos los sindicalistas, amenazándolos de muerte si alguien se atrevía a regresar a Merville.

En la primavera de 1913, la causa de los trabajadores de la madera del Sur parecía condenada.

Ni siquiera la IWW podría ofrecer esperanza o ayuda. No es de extrañar entonces, que en la primera Convención de la NIUF&LW, que se reunió en Alejandría el 19 de mayo de 1913, no llegó un solo delegado del Noroeste y solo aparecieron veinticuatro sureños. Peor aún, A. L. Emerson, alegando mala salud, renunció como organizador general del distrito Sur. Su salud en realidad no era peor que la de la organización que había fundado: ambos habían terminado como militantes combatientes. El juicio por el asesinato de Lake Charles y la huelga de Merville, tan cerca de sus talones, habían agotado a la unión del Sur financiera y espiritualmente.

Para decirlo sin rodeos, la violencia iniciada por los empresarios destruyó el sindicalismo de la madera del Sur. En el último análisis, los trabajadores de la madera del Sur recurrieron a la IWW por desesperación. Solo los wobblies

prometieron asistencia a los trabajadores más despreciados y degradados de Estados Unidos. Pero en 1911, el IWW era una caña muy frágil en la que apoyarse para sobrevivir.

# # #

Desde su reorganización en la Convención de 1908 bajo el liderazgo de Vincent St. John, el IWW, a pesar de un aumento de la actividad militante industrial, había logrado pocos avances sustanciales en afiliación. Tampoco había logrado nada que se acercara a la estabilidad interna. Los wobblies habían luchado por la libertad de expresión en Missoula, Spokane y Fresno; habían luchado por mejorar las condiciones de trabajo en McKees Rocks y en los bosques del Sur. Pero la IWW no había logrado construir organizaciones laborales efectivas o estables en ninguno de esos lugares. Aunque el trabajador industrial informó el 30 de abril de 1910, que sesenta y seis locales habían sido fletados desde la Convención de 1908, el IWW ni siquiera pudo celebrar una Convención nacional en 1909, y una que se convocó finalmente para junio de 1910 no tuvo ninguna trascendencia. En esa Convención de Chicago de 1910, el organizador nacional Trautmann ofreció pocos datos específicos sobre la afiliación del IWW. *Solidarity* trató de demostrar los logros de la organización al enumerar los periódicos del IWW: para 1910, siete en total, incluidas revistas en español, polaco, francés e incluso japonés. St. John, en una carta a Paul Brissenden justo después de la Convención de 1911, puso en perspectiva el Estado real de la IWW. St. John notó que la oficina general había emitido sesenta mil carnets en un período de dieciocho meses, pero de ese número solo uno de cada diez, o aproximadamente seis mil, representaban a miembros en regla.

Este sombrío patrón de crecimiento llevó al socialista de izquierdas y al antiguo wobbly Frank Bohn a titular un artículo del 11 de julio en la revista *International Socialist Review*, “¿Crecerá el IWW?” El ensayo comenzó preguntando a los lectores si el IWW tenía un futuro o solo un pasado, y además poco glorioso. Como buen pesimista, Bohn sostuvo que el triunfo dentro de la IWW de una facción antipolítica, los llamados anarquistas

filosóficos, que convirtieron en un fetiche atacar al Partido Socialista, eran responsables de la falta de éxito de la organización. Si el elemento antipolítico permanece dominante, escribió Bohn, "el IWW... está muerto".

Justus Ebert intentó responder a Bohn en nombre de la IWW. Al escribir en el *New York Call*, Ebert recordó a sus lectores lo mal que le había ido a la AFL durante su primera década, teniendo un ingreso anual total menor que el IWW durante sus primeros cinco años. Aceptando que el IWW no "crecería con la velocidad de un incendio en la pradera", Ebert señaló las múltiples actividades militantes de la organización desde 1909 hasta 1911.

Sin embargo, en la víspera de la Convención de 1911, los rumores parecían corroborar la sombría profecía de Bohn. Un grupo de rumores sostuvo que la mayoría de la Convención eliminaría de la organización a todos los defensores y practicantes de la acción parlamentaria, convirtiendo a la IWW de una vez por todas en una célula anarcosindicalista compuesta de creyentes prístinos. Otro conjunto de rumores implicaba que los delegados occidentales, la antigua "Brigada Bum" de DeLeon, dominarían la Convención, desmantelarían la poca administración burocrática que poseía IWW, abolirían la junta directiva general y todos los funcionarios nacionales y crearían en su lugar una forma de "democracia sindical participativa".

Un hombre incluso llegó a Chicago con la intención de enterrar al IWW como organización laboral. Ese hombre, William Z. Foster, se unió a la IWW durante la lucha de la libertad de expresión de Spokane. Hijo de los barrios pobres de Filadelfia, del que había huido cuando era adolescente, Foster se abrió camino alrededor del hemisferio occidental como marinero, zanjador y cosechador en general. Un individuo ligero, serio e intenso que demostró desde temprana edad su inclinación por el radicalismo y su talento para la agitación laboral y las polémicas políticas. Poco después de su experiencia en Spokane y su alistamiento en la IWW, Foster fue a Francia. Viajando por Europa en 1910, observó de cerca las tácticas del movimiento obrero francés. Seis meses en Francia impresionaron profundamente al joven estadounidense con lo que él llamó la táctica de influir desde dentro, "la política de los trabajadores militantes que penetran en los sindicatos conservadores, en lugar de tratar de construir nuevos sindicatos industriales ideales en el exterior". Foster decidió

regresar a los Estados Unidos con el fin de proponer el uso de una minoría militante para influir dentro del movimiento laboral establecido en lugar de construir sindicatos industriales duales fuera de la AFL.

Ni Foster, los descentralizadores, ni los fanáticos antipolíticos interrumpieron la Convención de 1911. Los delegados nunca plantearon la cuestión política, y la Convención rechazó una enmienda afirmando la inutilidad de la acción parlamentaria. Las propuestas occidentales de abolir o minimizar el poder de la Junta Ejecutiva General fueron rotundamente derrotadas, y los delegados lograron, al menos temporalmente, armonizar las demandas occidentales de mayor autonomía y rotación en el cargo con la insistencia oriental en una organización más estricta y un liderazgo más burocrático y profesional. Hasta ahora, no existían divisiones geográficas claras dentro de la IWW. La oposición a la administración centralizada y al liderazgo "autocrático" generalmente provenía de wobblies insatisfechos con lo que estaba haciendo la administración, no de los que provenían de un área geográfica particular. Los occidentales como St. John, Haywood, Frank Little y Richard Brazier, por nombrar algunos, lucharon por crear dentro de la organización un liderazgo central más profesional respaldado por cuotas más altas, mientras que los orientales como Elizabeth Gurley Flynn, Ettor y Arturo Giovannitti querían limitar las órdenes de la Sede General. Si los occidentales hubieran deseado verdaderamente desmantelar la maquinaria administrativa de la IWW y poner en práctica la "democracia participativa", ciertamente podrían haberlo hecho dada su preponderancia numérica dentro de la organización.

Foster, no los llamados anarquistas occidentales, tenía las propuestas más completas y bien pensadas para desmantelar el IWW tal como existía en 1911. Propuso que IWW renuncie a su intento de construir un nuevo movimiento laboral, se transforme en una liga de propaganda, y luego revolucionase las antiguas uniones (de la AFL) influenciando desde dentro de ellas. En su autobiografía, Foster luego afirmó haber persuadido a dos Wobblies, Earl Ford y Frank Little, a su punto de vista del futuro del trabajo estadounidense. Pero los altos funcionarios de la IWW —St. John, Trautmann y Haywood se opusieron al plan de Foster. En lugar de llevar su resolución a la Convención,

donde se dio cuenta de que sufriría una derrota contundente, Foster decidió agitar entre las bases.

Pero Foster solo había claudicado a un retiro estratégico. La oportunidad de llevar a la organización con él llegó cuando una pequeña facción de descentralizadores occidentales nominaron a Foster para editor del *Industrial Worker*. El 2 de noviembre de 1911, proclamó públicamente su política en un editorial que anunciaba su candidatura a la dirección del periódico occidental. Foster recordó a las bases que, después de siete años de lucha, el IWW todavía tenía solo una afiliación minúscula, como otros movimientos radicales del trabajo en Inglaterra y Alemania, y a diferencia de los antiguos sindicatos de Francia, que habían sido capturados por los sindicalistas revolucionarios. Hizo un llamamiento a los wobblies para que aprendiera del ejemplo de los trabajadores franceses, ya que Tom Mann, el líder sindical británico radical, estaba aprendiendo en Inglaterra, donde recientemente se había declarado en contra del sindicalismo dual y estaba "influyendo desde dentro" del Congreso de la Unión de Oficios. Foster concluyó su polémica al afirmar: "Estoy convencido de que la única manera en que el IWW puede hacer que los trabajadores adopten y practiquen los principios del sindicalismo revolucionario... es... ingresar en el movimiento laboral organizado y... revolucionar esos sindicatos".

El debate fue pronto en serio. Tanto el *Trabajador industrial* como *Solidaridad* llenaron sus columnas en noviembre y diciembre de 1911 con artículos y correspondencia "combatir desde dentro", en su mayoría anti-Foster. J. S. Vizcaya ofreció la refutación más reflexiva y completa de la posición de Foster en el *Trabajador industrial*. Al igual que otros wobblies, Vizcaya señaló que no existía una analogía exacta entre la AFL y sus homólogos europeos. Lo que podría lograrse en Europa, en otras palabras, no podría lograrse tan fácilmente en América. "Comenzar a combatir desde dentro con todos los sindicalistas prejuiciosos significaría la disolución de la IWW, y casi no causaría una onda en el océano de los oficios... Cambiar nuestras tácticas en este momento", razonó Vizcaya, "solo significaría derrota".

También podría haber agregado que la analogía europea se rompió en otros puntos. Los movimientos obreros franceses, alemanes e ingleses ya

establecidos tenían una proporción significativa de socialistas y radicales en posiciones de influencia listos para cooperar con la "infección", mientras que la AFL, dominada por enemigos ardientes de cualquier forma de radicalismo laboral, estaba preparada para librarse de la federación de tales radicales en la primera oportunidad. Los sindicalistas europeos, cualquiera que sea su país, no defendían una forma de sindicalismo en desacuerdo con la estructura prevaleciente de los movimientos obreros de sus naciones. En Francia, los sindicalistas no se opusieron a la base artesanal del movimiento obrero francés; de hecho, lo apoyaron, y con frecuencia favorecieron el sindicalismo artesanal. La experiencia de Bill Haywood, quien visitó Europa al mismo tiempo que Foster, demostró que los desarrollos europeos no llevaban lecciones obvias para los radicales estadounidenses. También impresionado por los líderes laborales europeos, Haywood decidió, mientras estaba en Francia, que volvería a dedicarse a trabajar para el IWW a su regreso a los Estados Unidos. Los wobblies le recordaron a Haywood a los supuestamente exitosos sindicalistas europeos.

Los esfuerzos de Foster estaban condenados al fracaso. Al carecer del apoyo de cualquier líder nacional del IWW, apenas podía llevar sus propuestas a la pequeña y dispersa afiliación de la organización. Ni siquiera podía ganar el voto del referéndum para la dirección del *Industrial Worker*. El 16 de diciembre de 1911, Ben Williams llenó las columnas de *Solidarity* para discutir la propuesta de Foster. "¿Por qué perder el tiempo tratando de capturar un cadáver?", señaló Williams.

Admitiendo la derrota, Foster renunció al IWW en febrero de 1912, se unió a la Hermandad del Ferrocarril Carmen, un sindicato de artesanos, y con Earl Ford fundó la Liga Sindicalista de América del Norte. Foster, por supuesto, nunca capturó las cofradías del ferrocarril para el sindicalismo revolucionario. Sin embargo, en 1919, Gompers le permitió dirigir la campaña de organización de los trabajadores siderúrgicos, un esfuerzo que hizo subvertir parcialmente los celos sindicales. Poco después, Foster tuvo suficiente trabajo dentro de la AFL, al afiliarse al Partido Comunista, y convertirse en la principal figura sindical de ese partido.

Pero a principios de 1912, tanto la pregunta de Frank Bohn "¿Va a crecer el IWW?" Y el desafío de William Z. Foster se volvieron puramente académicos. Los eventos en Lawrence, Massachusetts, revivieron el IWW y lo hicieron aparecer durante un tiempo como un verdadero competidor de la AFL, así como una amenaza para el orden social existente. El conflicto industrial en Lawrence catapultó a los wobblies a la prominencia nacional.

X

## LOS OSCUROS TELARES DE SATÁN: LAWRENCE, 1912

El jueves 11 de enero de 1912, amaneció frío y gris en la ciudad textil de Lawrence, Massachusetts. Los telares de lana de la ciudad, acurrucados a lo largo del río Merrimac, parecían dormidos cuando los primeros rayos de luz resaltaban la nieve mugrienta a lo largo de las orillas del río. Pronto, miles de hombres, mujeres y niños abandonarán sus viviendas congestionadas y formarán una corriente que fluirá lenta pero constantemente hacia las fábricas. Muchos de estos trabajadores llegarán a las fábricas con un humor tan sombrío como el cielo sobre ellos.

El 11 de enero sería el primer día de pago en las fábricas textiles de Lawrence desde que entró en vigencia la nueva ley de cincuenta y cuatro horas del Estado de Massachusetts [\(6\)](#). La última vez que la legislación estatal redujo las horas (de cincuenta y ocho a cincuenta y seis), los empresarios mantuvieron las tasas salariales vigentes. Ahora, sin embargo, los trabajadores parecían confundidos y ansiosos. La mayoría de las fábricas habían publicado avisos de advertencia de la reducción requerida en horas, pero muchas no mencionaron los salarios. En resumen, ni los propietarios ni los gerentes de las fábricas de Lawrence habían preparado a sus empleados para reducciones en una escala salarial que ya era baja.

En un telar, un grupo de mujeres polacas, al abrir sus sobres de pago, gritaron: "¡Paga corta!" Abandonaron sus telares y se fueron. Esa tarde, el *Lawrence Sun* informó: "Los trabajadores de la fábrica italiana votan para salir en una huelga el viernes: en una reunión ruidosa, 900 hombres se sentían insatisfechos con la reducción de la paga debido a la ley de 54 horas". Trabajaban más malhumorados de lo que lo habían hecho el día anterior. Alrededor de las 9 a.m. una enojada multitud de italianos en el Wood Mill de la American Woolen Company, el mayor empleador de Lawrence, abandonó su maquinaria y

recorrió el telar exigiendo que otros trabajadores pararan. A medida que los italianos se trasladaban de un departamento a otro, desarmaban la maquinaria, cortaban cables, quemaban fusibles e intimidaban a los trabajadores que no cooperaban para que se unieran a su huelga. La multitud avanzó por la calle Canal a lo largo del río Merrimac. Por la tarde los pocos cientos de huelguistas iniciales habían aumentado su número a aproximadamente diez mil hombres, mujeres y niños.

El sábado, los que todavía estaban en el trabajo aceptaron sus sobres de pago sin un murmullo de protesta. No estalló la violencia. Algunos periódicos de Boston informaron: "La paz parece asegurada". Sin embargo, la guerra industrial estaba cerca, ya que el sábado 13 de enero por la noche, Joseph Ettor del IWW llegó a Lawrence.

Durante algunos años, un pequeño Local italiano del IWW había Estado funcionando en Lawrence. En su reunión del 10 de enero, el Local decidió, ante la insistencia del joven Angelo Rocco, invitar a Ettor para que lo ayudara a organizar a los trabajadores de las fábricas y a protestar por los bajos salarios. Tan pronto como estuvo en Lawrence, Ettor infundió a los inmigrantes su propia militancia. Toda la noche del sábado y todo el domingo, en una reunión tras otra, instó a los trabajadores de la fábrica a que pidieran salarios más altos. Para el lunes, los tenía en un Estado de ánimo agresivo, y esa mañana, al comienzo de una nueva semana de trabajo, una inmensa multitud alentada por Ettor irrumpió en el Ayuntamiento. Allí, un alcalde asustado respondió llamando a 250 milicianos locales para dispersar a la multitud y patrullar el distrito de los telares. Así terminó la paz en Lawrence, cuando sus ciudadanos comenzaron a tomar partido en lo que luego se conocería como la gran huelga textil de Lawrence.

Producto de la revolución industrial de Nueva Inglaterra, Lawrence se construyó sobre algodón y lana. En 1845, el eminentemente exitoso grupo empresarial conocido como los Boston Associates seleccionó uno de los pocos sitios de energía hidráulica remanentes a lo largo del río Merrimac, a unas 35 millas al Norte de Boston, como un lugar ideal para un establecimiento textil. En 1912, Lawrence dirigió la nación en la producción de estambres de lana, y en la American Woolen Company albergaba a la empresa más grande y

rentable del sector. La ciudad tenía una fuerza laboral de más de 35.000 y aproximadamente 60.000 de las 85.892 personas que vivían allí dependían directamente de las nóminas de las fábricas textiles. Pero Lawrence no fue una utopía capitalista paternalista. Quizás, al principio, cuando sus empleados eran en su mayoría nativos de Nueva Inglaterra, Lawrence podía presumir de excelentes condiciones de vida y una clase trabajadora sana y bien vestida. Pero desde sus orígenes, Lawrence, a diferencia de las ciudades textiles más antiguas de la región, atrajo a un gran número de inmigrantes. Su creación se produjo aproximadamente en el momento de la plaga de la patata, que obligó que millones de personas campesinas pobres abandonaran la tierra en Irlanda y Alemania.

Para los campesinos hambrientos, Lawrence representaba una oportunidad para trabajar y comer. Los irlandeses y los alemanes trabajaron duro, comieron escuetamente, vivieron frugalmente, y algunos de ellos prosperaron. Pronto llegaron nuevos inmigrantes. De Lancashire y Yorkshire vinieron trabajadores especializados en los textiles ingleses; del Norte vinieron los canadienses franceses no cualificados. Ellos también trabajaron duro, vivieron frugalmente y, a veces, prosperaron.

Los pobres de Europa siguieron buscando oportunidades en América. Los telares de Lawrence todavía demandaban mano de obra barata. Entonces, a la vuelta del siglo, los pobres comenzaron a llegar desde Italia, Austria, Rusia y Turquía. Pocos de estos nuevos inmigrantes habían tenido alguna experiencia en la industria. Menos aún hablaban inglés. Para 1911, 74.000 de los 86.000 habitantes de la ciudad eran estadounidenses de primera o segunda generación; los europeos del Sureste representaban un tercio de la población inmigrante de Lawrence, y para ellos el espacio solo consistía en el fondo de la escala económica.

De hecho, estos nuevos inmigrantes encontraron la vida difícil. La mayoría trabajaba en la industria textil, donde el ingreso anual promedio era de 400 \$ para los jefes de familia, muy por debajo del necesario para un presupuesto mínimo de salud y bienestar. Sin embargo, las mujeres y los niños, que formaban más de la mitad de la fuerza laboral, recibían muy por debajo de ese promedio. Además, el salario promedio para los no cualificados, una gran

mayoría de la mano de obra de la fábrica, parece haber sido más cercano a 6 \$ por semana. Durante los períodos de inactividad, que eran bastante frecuentes en la industria textil estacional, los salarios bajaron aún más.

Por lo tanto, todo lo que obtenían los inmigrantes de la seguridad social en 1912 se basaba en el envío de esposas, madres e hijos de más de catorce años a las fábricas. (Muchos padres falsificaron las edades de sus hijos y los enviaron a los telares a una edad aún más temprana.) Los niños en edad preescolar a menudo se dejaron al cuidado de mujeres vecinas o no fueron atendidos. A la edad de catorce años, el típico niño inmigrante de Lawrence abandonaba la escuela, sin importar su calificación o posición académica, y sustituía su día de escuela de 9 a.m. a 3 p.m. por un día de trabajo de 6:45 a.m. a las 5:30 p.m.

Cualquier observador cuidadoso podría verificar que los niveles de vida de Lawrence eran bajos. De hecho, hacia 1912 las viviendas de madera de cuatro pisos, erigidas sin apenas espacio que separara unas de otras, se habían convertido en la característica más notable de Lawrence. Los contratistas pusieron los edificios tan cerca unos de otros que las personas en las casas adyacentes usaban paredes opuestas para los estantes de la cocina. Lawrence, de hecho, podría reclamar algunos de los bloques más densamente poblados de la nación: bloques donde incendios frecuentes, la suciedad y los bichos atacaban con saña a los residentes.

Las estadísticas de mortalidad reflejaron condiciones de trabajo y de vida abismales. Lawrence, con varias otras ciudades textiles, lideró a la nación en la tasa de mortalidad por cada mil habitantes. Al igual que otras ciudades textiles, Lawrence tenía una tasa de mortalidad infantil sorprendentemente alta. En 1909, el último año antes de 1912 para el cual hay cifras disponibles, por cada mil nacimientos en Lawrence, 172 bebés no sobrevivieron su primer año. La tuberculosis, la neumonía y otras afecciones respiratorias acosaron a los trabajadores adultos de los telares, a menudo reduciéndoles la vida.

Tal fue la vida de los inmigrantes en Lawrence, Massachusetts, durante la cumbre del progresismo. La reforma de la legislación había reducido varias veces las horas de trabajo para mujeres y niños. La actuación de inspección de

las fábricas habían mejorado las condiciones de los telares. Pero las condiciones de trabajo y de vida permanecieron virtualmente sin cambios. Los inmigrantes de Lawrence habrían sido los últimos en saber que vivían en una era "progresista".

Los sindicatos nunca habían sido un éxito en Lawrence. Los superintendentes de los telares habían aplastado a todos los sindicatos que surgieron en sus plantas. Hubo un tiempo en que la Unión Central de Trabajadores de Lawrence había invitado a United Textile Workers of America a organizar a los trabajadores cualificados. Pero el presidente del sindicato, John Golden, comentó luego: "Durante años, todos los comienzos que hemos hecho en Lawrence han sido limitados al instante por los superintendentes de las fábricas y sus subordinados". Las cambiantes tendencias de la inmigración y el consecuente cambio de compleción de la fuerza laboral creada impusieron obstáculos al proceso de organización sindical. Muchos inmigrantes se resistieron a la sindicalización, prefiriendo asociaciones de nacionalidad semiformal o grupos de iglesias, mientras que los sindicatos de artesanos como la United Textile Workers mostraban poco deseo de organizar "extranjeros".

Desde su nacimiento en 1905, la IWW había tratado de organizar a trabajadores desatendidos por los sindicatos de oficio, aunque los wobblies difícilmente podían reclamar mayor éxito que John Golden. A diferencia de Golden y su Unión, sin embargo, nunca cesaron en sus intentos de organizar a las masas inmigrantes de Lawrence. Para 1910, el IWW había comenzado a construir seguidores estables en Lawrence. En abril de ese año, el Local No. 20 de la Unión Nacional de Industriales de Trabajadores de Textiles (NIUTW) se jactó públicamente de su creciente afiliación y su nueva sede incluía un auditorio con capacidad para 500 personas, salas de reuniones, un gimnasio y sala de juegos. En enero de 1911, Louis Picavet, un local franco-canadiense wobbly, informó que el Local 20 se había unido a otras organizaciones sindicales de Lawrence para establecer una Alianza de Sindicatos de Trabajadores Textiles. Esta alianza adoptó la declaración de principios de la IWW, que enfatizaba la abolición del sistema de salarios y la revolución social. Los wobblies de Lawrence, según Picavet, estaban haciendo algo de "influir

desde dentro". "La idea de reunirse con los sindicatos, incluso los conservadores", escribió, "solo puede resultar en algo bueno, porque a través de nuestro contacto con ellos podemos liderar en primer lugar, en una dirección más progresista, y finalmente en la concepción revolucionaria".

Poco después, el Local 20 inició una activa campaña de organización entre los trabajadores textiles. En agosto de 1911, el Local 20 comenzó a liderar a los trabajadores de Lawrence en una serie de desaceleraciones y caminatas salvajes, cuyo objetivo era facilitar el ritmo de trabajo y aumentar los salarios. Aunque pocos de estos conflictos afectaron a más de un telar, o más que a un puñado de tejedores, Elizabeth Gurley Flynn suplicó a los trabajadores de Lawrence "tejer el sudario del capitalismo". A pesar de la pequeña afiliación del IWW en Lawrence, en enero de 1912 la mayoría de los trabajadores locales sabía de la existencia de la organización, sus objetivos y actividades locales.

Sin embargo, en vísperas de la huelga de 1912 no existía una organización laboral estable en Lawrence. Los trabajadores cualificados de habla inglesa en los oficios de los Trabajadores de Textiles Unidos reclamaron una afiliación de 2.500, pero sus locales somnolientos apenas perturbaban a los empresarios. En el mejor de los casos, el IWW podría reclamar solo a 300 miembros cotizantes. Por lo tanto, de una fuerza laboral de 30.000 a 35.000 en enero de 1912, solo unos 2.800 trabajadores pertenecían definitivamente a sindicatos.

Sin embargo, para diciembre de 1911, el IWW había sentado las bases para la acción en Lawrence, y la nueva ley de cincuenta y cuatro horas y la subsiguiente reducción salarial ofrecieron a los wobblies una oportunidad de acción que no dudaron en aprovechar. Cuando Ettor regresó a Lawrence por tercera vez el 13 de enero para liderar un Huelga espontánea, no era ajeno a los trabajadores textiles de la ciudad, ni, por lo demás, la IWW era una institución extraña.

En el invierno de 1912, Lawrence, Massachusetts, era Estados Unidos en microcosmos. Los trabajadores textiles representaban tanto a los nuevos como a los viejos inmigrantes, a los cualificados y no cualificados. William Wood (presidente de la American Woolen Company) y los otros directores de las fábricas tipificaron un segmento de los líderes industriales de la nación; el

gobernador John Foss y la legislatura estatal encarnaron las esperanzas de la era progresista; John Golden y United Textile Workers actuaron como sustitutos del movimiento obrero estadounidense "conservador", siempre dispuestos a adaptarse al orden establecido; y el IWW tipificó el radicalismo de muchos estadounidenses que sentían que solo los cambios revolucionarios podían corregir los abusos del capitalismo industrial.

Divididos por nacionalidad, oficio y religión, los trabajadores textiles parecían ser un adversario débil para enfrentar a los empresarios unidos. Los inmigrantes de mayor edad (alemanes, irlandeses, canadienses franceses y la mayoría de los ingleses) se opusieron a la huelga. Reflejando los sentimientos de los trabajadores cualificados más establecidos, John Golden hizo todo lo que estaba a su alcance para romper la huelga liderada por el IWW, superando a algunos fabricantes en su condena de las tácticas sindicales de los inmigrantes. Golden consistentemente buscó viciar la huelga del IWW ofreciéndose él y su sindicato a los dueños de las fábricas, a los funcionarios de la ciudad y a las autoridades estatales. Por un precio, el reconocimiento de la compañía de los trabajadores cualificados, Golden prácticamente se ofreció a romper la huelga.

En realidad, Golden tenía muy poco que ofrecer a nadie. Para el final de la primera semana de la disputa, el IWW había conseguido unidad de la diversidad, obtenido el orden del caos. Fue ahora en la IWW, y solo en ella, que la masa de trabajadores inmigrantes buscó consejos y esperanza.

Ningún hombre hizo más para unificar e inspirar a los huelguistas que Joseph Ettor. Con solo veintiséis años de edad en 1912, ya era un experimentado orador, organizador y agitador del trabajo. Nacido de padres inmigrantes italianos en Brooklyn en 1886, Ettor creció en Chicago. De su padre escuchó historias de guerra industrial y sentimientos revolucionarios, y esta educación temprana lo dirigió hacia el radicalismo. Trabajador del hierro de San Francisco por oficio, Ettor pronto se convirtió en un agitador wobbly por vocación, viajando por la costa Oeste visitando campos de minería, madera y construcción para organizar el IWW. Durante este período (1905-8) se convirtió en un adicto a la tribuna de la caja de jabón y uno de los propagandistas wobbly más populares. La huelga de McKees Rocks en 1909 lo

llevó al Este, donde aprovechó su dominio de los idiomas inglés, italiano, polaco, yiddish y húngaro. Después de organizar entre los trabajadores del acero inmigrantes y los mineros del carbón de Pennsylvania, se presentó en Brooklyn para liderar una huelga de los zapateros italianos del IWW. De Brooklyn fue a Lawrence.



Ettor con otros wobblies

El joven pero experimentado wobbly que llegó a Lawrence en el invierno de 1912 era bajo y robusto, aunque sin embargo, excepcionalmente atractivo. Tenía el cabello negro y suelto y ojos marrones oscuros. De ninguna manera apuesto, su rostro aún parecía cándido y juvenil. Típicamente, con un sombrero grande y suave a un lado de su cabeza, una corbata de Windsor que fluía y un traje azul elegante, Ettor tenía un toque artístico de bohemio. Parecía cualquier cosa menos un trabajador asalariado, sin embargo, magnetizó a los trabajadores.

Arturo Giovannitti, poeta, místico, soñador y sindicalista, acompañó a Ettor a Lawrence. Nacido de padres de clase media alta en 1884 en Campobasso, Abruzzi, Italia, Giovannitti rechazó a sus padres y su tierra natal a la edad de

dieciséis años. Emigrando a América en 1900, minó, mantuvo libros y enseñó en la escuela en el Nuevo Mundo. No era bueno para el trabajo estable, sabía lo que era dormir en las puertas de Nueva York y morir de hambre en sus calles. Nacido y criado como católico italiano, coqueteaba con el protestantismo en Estados Unidos y durante un tiempo se formó en un seminario. Pero encontró su verdadero ministerio no con Jesús y el cristianismo, sino con Marx y el socialismo. Con el tiempo se convirtió en líder de la Federación Socialista Italiana de Nueva York. Desde el marxismo se convirtió al sindicalismo romántico y de allí a la acción revolucionaria "pura" (la propaganda del hecho), que promovió en las páginas de *Il Proletario*, una hoja sindicalista italiana. Cuando estalló la huelga de Lawrence, esperaba volverse tan popular entre los huelguistas como su amigo Ettor. Alto, robusto, con una voz poderosa, se convirtió en el intelectual maduro del radicalismo juvenil; donde Ettor impresionó a la audiencia con su entusiasmo infantil, Giovannitti lo hizo con una intensidad mística y romántica.

Aún más importante para el futuro de la IWW fue el regreso de Big Bill Haywood a los primeros puestos durante la huelga de Lawrence. Al llegar a la ciudad el 24 de enero de 1912, Haywood recibió la manifestación más salvaje que se le haya concedido a un visitante de Lawrence, cuando miles de huelguistas se agolparon en la estación del ferrocarril para darle la bienvenida. Fue un momento cargado de grandes consecuencias tanto para los huelguistas de Lawrence como para el IWW, que daba la bienvenida a un hijo perdido.

Como figura dominante en la Convención fundacional del IWW en 1905, Haywood poco después se perdió para la organización. En prisión desde 1906 hasta 1907 debido al caso de Steunenberg, dejó la prisión como líder sindical sin sindicato, radical sin organización y revolucionario en una sociedad abrumadoramente conservadora. Rechazado por su antiguo sindicato (la Federación Occidental de Mineros) y no dispuesto a colaborar con un IWW dividido, desde 1908 hasta 1910 Haywood cruzó el país haciendo propaganda por el socialismo y manteniendo solo una conexión mínima con el movimiento obrero. En 1910, Haywood era un delegado del Partido Socialista en el Congreso Internacional Socialista en Copenhague. Viajó por el circuito de oradores radicales en Europa al mismo tiempo que William Z. Foster hizo su

gran gira. Pero mientras Foster regresó a los Estados Unidos dedicado a enterrar a la IWW e "influir desde dentro" de la Federación Americana del Trabajo, Haywood llegó a casa convencido de que su futuro estaba con los wobblies.

La vida, la personalidad y las creencias de Haywood siempre tuvieron un toque enigmático. Para los conservadores, Haywood era la voz de la anarquía; para sus amigos y admiradores, era el epítome de la dulce razón. Para enemigos sindicales como Samuel Gompers, era un propagandista inepto; para sus partidarios, parecía ser un administrador efectivo y un talentoso organizador del trabajo. Para Mary Gallagher, una compañera radical, fue en todos los sentidos un gran líder; para Ramsay MacDonald, el líder socialista británico, era un agitador tosco, espléndido con multitudes, aunque inefectivo como administrador. El hecho es que la vida de Haywood ofrece evidencia suficiente para apoyar cualquiera de estos puntos de vista.

Su vida, al menos la mayor parte de la misma que se puede reconstruir con precisión, se desarrolló en distintas fases, que parecen haber fluido sin problemas una en la otra. Comenzando con pocas ventajas en el terreno familiar, la educación o la riqueza, Haywood tuvo que ganarse su propio sustento a una edad temprana. Nacido en Salt Lake City en 1869, se quedó sin padre cuando era niño, y nunca después pudo disfrutar de un hogar seguro; se mantuvo a sí mismo realizando diversos trabajos marginales y luego como trabajador infantil. A la edad de quince años se había convertido en un minero de roca dura, y durante los siguientes doce años trabajó en campamentos mineros, rara vez permaneciendo en un lugar por mucho tiempo. De estas experiencias tempranas en una industria inusual por su solidaridad laboral, así como por su violencia laboral, probablemente derivó sus creencias sobre el lugar del trabajador en la sociedad estadounidense y el irreprimible conflicto entre el capital y el trabajo.

Durante los años 1896-1905, después de casarse, atender una familia y establecerse en Silver City, Idaho, Haywood se desempeñó como funcionario sindical local y luego como oficial en su sindicato internacional. El servicio a la causa del sindicalismo le enseñó tanto las limitaciones como las ventajas del movimiento obrero estadounidense. Consciente de las insuficiencias del

movimiento, se convirtió en un cruzado por el sindicalismo industrial y la socialización de la sociedad estadounidense. En poco tiempo, la importancia de su papel como líder sindical disminuyó en comparación con sus actividades como político del Partido Socialista. Pero siete años (1906-13) de luchas de partidos socialistas dejaron a Haywood desilusionado con la capacidad de los marxistas estadounidenses para realizar un cambio en su tierra natal. Recordado del comité ejecutivo nacional del partido en 1913, comenzó una nueva etapa en su carrera: líder nacional de la apolítica, sindicalista y revolucionaria IWW. Al encontrar satisfacción total en su trabajo, Haywood se unió a la administración del sindicato con su eficiencia en la retórica revolucionaria que provocaba incendios.

Durante estos años, años en los que el IWW experimentó su crecimiento más rápido, Haywood se esforzó por dar a los wobblies su primera experiencia de administración efectiva bajo una Oficina Central racionalizada. Pero entre sus giras de servicio como funcionario sindical, se dedicó a la agitación y a la oratoria revolucionaria libre, impresionando a muchos observadores con su personalidad antidisciplinar, antiorganizacional y anarquista. Su vida fue ensombrecida por la violencia, pero pocos radicales alguna vez expresaron la doctrina de la resistencia pasiva con tanta fuerza. Enemigo del intelectualismo, Haywood, sin embargo, tenía sus propias pretensiones intelectuales. A pesar de que podría dirigirse a los huelguistas en lengua vernácula, leyó ampliamente (y profundamente) y escribió con considerable habilidad. En sus escritos y discursos sobre economía, política, sexo y religión se ubicó a medio camino entre el romanticismo y el realismo, el victorianismo y el modernismo. Si nunca escribió tratados elegantes y razonados, Haywood, sin embargo, hizo un llamamiento a los trabajadores inmigrantes en el Este y a los trabajadores inmigrantes en el Oeste, así como a intelectuales como John Reed y Max Eastman.

A diferencia del líder obrero más típico que abre su carrera como radical, encuentra el éxito y se vuelve más conservador, Haywood comenzó su carrera sindical de forma conservadora, descubrió el éxito y se volvió radical. Un hombre con muchos talentos (administrador, organizador, agitador, orador,

escritor), no desarrolló completamente ninguno, lo que tal vez fue su deficiencia más grave.

Pero cuando Bill Haywood llegó a Lawrence en 1912, lo que la mayoría de la gente vio fue a un gigante que era capaz de inspirar solidaridad entre una gran variedad de grupos étnicos. Alto y ancho de hombros, con una cara marcada y con un parche sobre su ojo derecho (que había perdido en un accidente de la infancia), Haywood dio un amplio testimonio físico de las batallas que había librado y los sufrimientos que había soportado. Con solo el parche en el ojo y el suave sombrero occidental para distinguirlo de los otros miles de trabajadores que vestían la misma camisa azul, corbata lisa, traje opaco y abrigo, Haywood llevó su inmenso cuerpo a la plataforma del orador y, sin golpear, bramar, o acosar, usó el lenguaje llano de la clase trabajadora para llevar a su audiencia con él.

En Lawrence, Haywood, Ettor y Giovannitti contaron con la amplia asistencia de los wobblies locales para liderar la huelga y organizar a los trabajadores. William Yates y Thomas Holliday, por ejemplo, proporcionaron lo que los dos agitadores italianos importados no pudieron: conocimiento de la industria textil, sus trabajadores y sus formas. Oficial de mucho tiempo de la NIUTW, Yates nació en Lancashire, Inglaterra, donde a la edad de diez años ingresó en las fábricas de algodón. Durante los siguientes treinta y tres años trabajó en todas las ramas de la industria textil. Al llegar a los Estados Unidos en 1900, se unió de inmediato al Partido Socialista del Trabajo y a la Socialist Trades and Labor Alliance y se insertó con ellos en la IWW. Thomas Holliday también nació en Lancashire. Al igual que Yates, Holliday comenzó a trabajar en los telares a una edad temprana, pero en su caso era una empresa estadounidense, su familia había emigrado a Estados Unidos en 1887 cuando solo tenía cinco años. Fue uno de los primeros miembros del IWW en Lawrence y uno de sus pocos enlaces con la comunidad de trabajadores cualificados que hablaban inglés. Los nuevos inmigrantes de Lawrence, de manera similar, proporcionaron su aportación de militantes a la huelga.

Las figuras nacionales del IWW y los militantes locales produjeron orden organizativo a partir del caos. Alistaron a hombres capaces de hablar el idioma nativo de cada huelguista y trajeron representantes de cada grupo étnico

involucrado, crearon comités de huelga unificados y comités de ayuda. Estructurados en líneas de nacionalidad y liderados por hombres que ya estaban en la IWW o que pronto se unirían, estos comités existían independientemente de la IWW. Trabajaron con el consejo de Haywood: "No hay ningún extranjero aquí, excepto los capitalistas, no dejes que te dividan por sexo, color, credo o nacionalidad".

Dirigido por Ettor, el comité de huelga elaboró rápidamente sus demandas básicas, que eran pocas y limitadas en su objetivo. Los huelguistas solicitaron un aumento salarial del 15 por ciento basado en la semana de cincuenta y cuatro horas; doble pago por horas extras; eliminación del sistema de primas (un sistema de pago basado en una aceleración de la producción, que los trabajadores consideraban explotador); y la seguridad de que no se tomarían medidas discriminatorias contra ningún trabajador que hubiere hecho la huelga. En otras palabras, no hubo demandas de reconocimiento sindical ni ninguna mención de revolución.

Ettor enseñó a los inmigrantes inexpertos la naturaleza de la guerra industrial. Él ideó tácticas especiales para lograr el principal objetivo inmediato de los huelguistas, que era mantener a los no huelguistas fuera de las fábricas. El comité de huelga organizó escuadrones masivos de piquetes que, formándose cerca de las puertas del telar, marchaban a su alrededor sin detenerse, sin frenar, sin recurrir a la fuerza abierta o la violencia, y por lo tanto, no ofrecían a la policía ni a las milicias la oportunidad de intervenir. Cualquier trabajador que deseara ingresar a los molinos tenía que soportar los insultos verbales gritados por miles de compañeros de trabajo, muchos de los cuales eran sus vecinos. La intimidación social de este tipo resultó mucho más efectiva que la violencia física. El comité de huelga también organizó desfiles regulares durante los cuales miles de trabajadores marchaban por las calles de Lawrence tocando música y cantando la "Marsellesa" y la "Internacional".

Piquetes pacíficos, desfiles musicales y coerción no violenta funcionaron. La huelga creció. Para el 20 de enero, menos de una semana después de que comenzara, más de catorce mil trabajadores habían abandonado los telares, que ahora estaban paralizados. Al principio, los dueños de las fábricas se negaron a tratar con los huelguistas. Los empresarios de Lawrence mantenían

la certeza de que, con la asistencia de las autoridades municipales y estatales y dadas las divisiones étnicas y artesanales de los trabajadores, podrían romper la huelga. Tan convencidos estaban de sus posibilidades de victoria absoluta los dueños de las fábricas que no se molestaron en hacer provisiones para la introducción de esquiroles.

William Wood dirigió la coalición antihuelguista. Expresando una sorpresa total en el curso de los acontecimientos, llamó a los huelguistas hombres ignorantes e irresponsables que desconocían el duro hecho económico de que los empresarios no podían pagar a los empleados por cincuenta y seis horas de trabajo cuando trabajaban solo cincuenta y cuatro horas. Wood y los otros dueños de fábricas alegaban pobreza. Dado que los trabajadores textiles del Sur trabajaban más horas por menos salario, las importaciones de textiles aumentaban y la agitación arancelaria en Washington causaba una depresión comercial, ¿cómo podrían aumentarse las tasas salariales de Lawrence? "No hay motivo para la huelga", expresó Wood a sus trabajadores.

La impermeabilidad de Wood a las quejas de los huelguistas fue compartida por las clases dominantes de Lawrence. Nada ilustró mejor la existencia en Lawrence de dos naciones separadas –ricos y pobres-, que las actitudes y políticas de la élite de la ciudad. El juez de la ciudad Wilbur Rowell, al tratar de responder a lo que él consideraba difamación de la reputación de la ciudad, reflejó la generalizada miopía social de los prohombres de Lawrence cuando comentó: "Es una ciudad industrial típica de Nueva Inglaterra, con todo el equipo y los recursos que se encuentran en una ciudad para la vida generosa y noble, y para el alivio compasivo de la debilidad y el sufrimiento". La vida generosa y noble aparentemente incluía los almuerzos escolares de melaza y pan de un centavo que Lawrence otorgó a los niños de sus clases trabajadoras. Mientras Rowell y su clase contemplaban la escena de la huelga, necesariamente concluyeron que los agitadores externos habían importado el conflicto industrial a una ciudad pacífica de Nueva Inglaterra, la clásica racionalización de los explotadores sorprendidos por la rebelión de los esclavos.

Otros líderes de Lawrence fueron menos solícitos. El alcalde Scanlon había movilizado a la policía local y la milicia inmediatamente después del inicio de la

huelga y poco después pidió milicias estatales. También supuestamente contrató a detectives privados de la Agencia Sherman para mantener a los huelguistas y wobblies bajo vigilancia. Sacerdotes locales se unieron a la coalición antihuelga. El padre O'Reilly, el principal clérigo irlandés-estadounidense, condenó al IWW en su púlpito parroquial por engañar a inmigrantes “ignorantes”, y un sacerdote franco-canadiense aconsejó a una aburrida multitud de siete mil huelguistas que regresaran a trabajar. Los sacerdotes católicos también visitaron su rebaño de inmigrantes de Europa del Este para advertirles que la desobediencia continua a los empresarios llevaría a la condenación eterna. Algunos de los mejores ciudadanos de Lawrence incluso participaron en conspiraciones criminales para romper la huelga. Las autoridades estatales, aunque estaban menos preocupadas que los funcionarios de Lawrence por los intereses de los fabricantes textiles, se mostraron igualmente ansiosas por eliminar la influencia de la IWW en la ciudad.

El gobernador Foss y la legislatura estatal trataron de reunir a los huelguistas y empresarios en negociaciones mutuas que pusieran fin al conflicto sobre la base de un compromiso que excluyera por completo a la IWW. Foss, por ejemplo, manifestó públicamente su deseo de cooperar con John Golden y los sindicalistas de la AFL. Pero eso resultó imposible, ya que Golden no tenía influencia con los huelguistas, y a los fabricantes les disgustaban tanto los sindicalistas reformistas como los wobblies. Incapaz de mediar en la disputa, el gobernador pidió a los huelguistas y empresarios que presenten sus respectivos casos a la Junta Estatal de Conciliación y Arbitraje. Los empresarios de Lawrence se negaron a hacerlo. Finalmente, el 29 de enero, Foss rogó a los contendientes que aceptaran una tregua de treinta días durante la cual los empresarios pagarían el salario de cincuenta y seis horas y los trabajadores regresarían a los telares, mientras que él, Foss, resolvía las quejas pendientes. Los propietarios aprovecharon esta oportunidad para reanudar la producción. Golden y United Textile Workers se mostraron igualmente ansiosos por terminar la huelga antes de que profundizara el avance del IWW entre los trabajadores. Pero el comité de huelga rechazó firme y rotundamente la oferta del gobernador. ¿Cómo podría reanudar una huelga después de una tregua de un mes si Foss no lograba un acuerdo que satisficiera las demandas de los

trabajadores? Ettor y varios huelguistas ya habían presentado sus demandas directamente a Wood, quien las había rechazado.

Aunque el Estado hizo poco para ayudar a los huelguistas, hizo mucho para ayudar a los empresarios. Envió milicias a Lawrence, y los soldados de Massachusetts no demostraron ser diferentes de aquellos que los wobblies habían encontrado en otros Estados durante otras huelgas. Aparentemente enviados para proteger vidas y propiedades, la milicia usualmente interfería con los derechos civiles de los huelguistas. Un brahmín de Boston que estaba de servicio en la milicia en Lawrence informó a un reportero: "¡La mayoría de ellos (la milicia) tuvo que dejar Harvard por ello, pero disfrutaron de ir allí y tener su aventura con esta gente!"



La huelga de "pan y rosas" de Lawrence

A pesar de la naturaleza de la oposición, los huelguistas se mantuvieron firmes. Por un tiempo, al menos, habían atrapado el espíritu "tambaleante", el mismo espíritu que había llevado a la IWW a través de las batallas de Spokane y Fresno, e incluso lo estaba llevando a través de la brutal lucha de San Diego.

Walter Weyl notó que "una nueva confianza en sí mismos se está forjando a través de las nieblas de la apatía (entre los huelguistas)". Las almas detrás de estas caras blancas comenzaron a moverse. "Somos un pueblo nuevo", dijo un huelguista a otro observador. "Tenemos esperanza. Nunca volveremos a conformarnos con lo que éramos antes". Tal fe permitió a los huelguistas superar todas las tácticas utilizadas contra ellos, incluida la fabricación de historias de violencia.

La huelga de Lawrence comenzó con violencia. El viernes 12 de enero, indudablemente los trabajadores italianos habían corrido enloquecidos a través de Wood Mill. Más tarde, ese mismo día, los huelguistas habían destrozado las ventanas de la fábrica. Para el lunes 15 de enero, los huelguistas ya se habían enfrentado abiertamente con la policía local y la milicia. Un grupo de huelguistas había marchado hacia el Telar del Pacífico para llamar a los trabajadores a que se unieran a la huelga, y la milicia, asistida por los bomberos de Lawrence, había reprimido a los manifestantes con agua helada de una manguera de alta presión. Durante la agitación que siguió, la multitud se dispersó y arrojó hielo al enemigo mientras se retiraba. Esa, en resumen, fue la primera batalla "sangrienta" de Lawrence.

La violencia ciertamente no estaba entre los objetivos de Ettor, los wobblies y el comité de huelga. De hecho, a medida que los wobblies y los miembros del comité de huelga ejercieron una influencia más firme entre los huelguistas, la violencia disminuyó. Pero los reporteros y sus editores, ansiosos por vender, hicieron todo lo posible por crear historias y titulares sobre los enfrentamientos entre huelguistas y soldados. Algunos de los "mejores" ciudadanos de Lawrence se sumaron a los rumores de violencia.

El sábado 20 de enero, la policía, actuando de forma anónima, encontró dinamita en varios lugares, incluido un depósito junto a la oficina de impresión donde Ettor recibía su correo. Los periódicos inmediatamente proclamaron a los huelguistas culpables de una conspiración para hacer explotar Lawrence. Para gran consternación de los críticos del IWW, resultó que John Breen, un exitoso empresario local y miembro de una junta escolar, había puesto la dinamita con el fin de cambiar el sentimiento hacia los huelguistas. En mayo de 1912, un tribunal local juzgó, condenó y multó a Breen con 500 \$. No

mucho después de esta condena, un contratista de la American Woolen Company admitió que el proyecto de dinamita se había realizado según la sugerencia del presidente de la Compañía Wood. Pero el segundo dinamitero confeso se suicidó antes de que Wood pudiera ser juzgado, y el eminente bostoniano eludió la justicia.

Los empresarios, los funcionarios locales y los periódicos continuaron buscando o creando violencia huelguística. Las historias se difunden en el sentido de que los huelguistas italianos amenazaron a los no huelguistas con la retribución de la "Mano Negra" [\(7\)](#). Sin embargo, los funcionarios de la ley nunca descubrieron ninguna evidencia sólida para probar la intimidación física por parte de wobblies o huelguistas.

Sin embargo, un titular del *New York Times* proclamó el 30 de enero de 1912, "verdadera guerra laboral en Lawrence". Tras el titular se produjo el primer brote de violencia en dos semanas. En la mañana del 29 de enero, los huelguistas furiosos habían arrojado hielo y rocas de manera espontánea a los tranvías que llevaban a los esquiroles al trabajo. Las autoridades locales ahora intentaron aprovechar al máximo el pequeño disturbio. Esa noche, cuando el IWW conducía uno de sus desfiles regulares por las calles de Lawrence, la policía estaba de mal humor. El desfile y el canto de los huelguistas pronto se vieron confrontados por policías decididos y con barricadas. Ambos bandos comenzaron a empujar y empujar, y en la confusión resultante un oficial fue apuñalado y una joven huelguista italiana, Annie LoPezzi, fue asesinada a tiros. Sin dudarlo, pero sin pruebas, la policía acusó a los huelguistas de ambos hechos. Unos días después del incidente, la policía capturó a un presunto asesino, un hombre llamado Joseph Caruso, y sus presuntos cómplices, Ettor y Giovannitti, quienes fueron acusados de incitar, procurar, asesorar y comandar a una persona desconocida a cometer el asesinato. A pesar de la debilidad de sus pruebas, la policía logró su objetivo: el encarcelamiento de Ettor y Giovannitti, quienes, desde su arresto a fines de enero hasta su juicio en el otoño siguiente, permanecieron en prisión y, por lo tanto, no pudieron liderar la huelga.

Con los líderes de los huelguistas en la cárcel, los empresarios de Lawrence esperaban que la huelga colapsara. Pero los funcionarios de la ciudad y los

dueños de los telares no podrían haber Estado más equivocados. Haywood, Trautmann y Flynn reemplazaron más que adecuadamente a los líderes encarcelados, y con el conflicto de más de tres semanas, los huelguistas habían tenido tiempo de producir líderes de entre sus propias filas.

Mientras tanto, todos los titulares y rumores de violencia operaron en beneficio de los huelguistas y la IWW. Los huelguistas, no los soldados, habían muerto. Hombres inocentes habían sido encarcelados por un crimen que aparentemente no habían cometido, y en la cárcel, Ettor y Giovannitti podían desempeñar el papel que sus personalidades dramáticas ansiaban cumplir: mártires sacrificados por la causa de la justicia humana y la igualdad. De todos lados y de todas las clases, la simpatía y las palabras de aliento llovieron sobre los huelguistas "perseguidos", quienes de repente descubrieron aliados que nunca sabían que tenían.

Al enfatizar las tácticas de ataque no violento, los wobblies hicieron todo lo posible para preservar la lealtad de sus nuevos aliados. Poco tiempo antes de Lawrence, Haywood había dado conferencias a los socialistas de Nueva York sobre la necesidad de sabotaje y la imbecilidad de acatar las leyes capitalistas y los tribunales burgueses. En Lawrence, ante un conflicto industrial real, ofreció un consejo muy diferente. "¿Podeis tejer telas con las bayonetas de la milicia o con las porras de vuestros policías?", preguntó a los empresarios. "Los trabajadores", dijo, "simplemente mantendrían sus manos en sus bolsillos, no tejerían más, y dejarían a los soldados desnudos".

En Lawrence, los propagandistas del IWW no tenían que enfatizar la inevitabilidad del conflicto de clase o la hostilidad del Estado. Los hechos hablaban por sí mismos, y los huelguistas podían sacar sus propias lecciones. Las acciones de los empresarios, los funcionarios de la ciudad y la milicia demostraron mejor que cualquier orador o folleto del IWW las realidades de la guerra de clases.

El principal problema del IWW en Lawrence era obtener fondos de huelga. Con cerca de 23.000 hombres, mujeres y niños sin trabajo durante nueve semanas, y otros 30.000 o más que dependen de sus ganancias, el auxilio a la huelga no representaba un problema pequeño. El propio IWW carecía de una tesorería

sustancial, y no podía esperarse que la Unión Sindical Central de Lawrence, que era hostil a la IWW, ni las agencias de caridad locales habituales contribuyeran generosamente. Las sociedades fraternales, religiosas y de ayuda mutua establecidas por las diversas organizaciones étnicas de la ciudad, independientemente de sus puntos de vista sobre la huelga, no podían rechazar la ayuda a sus compatriotas. Pero a lo largo del prolongado conflicto, la IWW asumió el principal alivio de la carga.

Lo hizo con maestría. El comité de huelga organizó un sistema elaborado dirigido por un comité de ayuda compuesto por representantes de todas las nacionalidades atrapadas en la lucha. Cada grupo étnico también tenía su propio comité de ayuda especial. Estos comités investigaron las necesidades de los solicitantes, proporcionaron comedores de beneficencia para hombres solteros y proporcionaron alimentos o pedidos a las familias. Los comités proporcionaron combustible, calzado, asistencia médica y, en algunos casos, incluso alquiler.

Pero la operación de ayuda bien concebida y bien organizada del comité de huelga se basó casi exclusivamente en contribuciones financieras de fuera de Lawrence. Aquí los organizadores del IWW y su Sede General resultaron ser los más útiles. Usando todos los contactos que tenían con otras organizaciones laborales, grupos socialistas y radicales, los wobblies solicitaron fondos. La solicitud se hizo aún más fácil por la arrogancia de los dueños de los telares y la obstinación de los funcionarios de la ciudad. Cada vez que Wood u otro empleador rechazaban las negociaciones, aumentaban las contribuciones a la causa de los huelguistas.

La IWW también logró un plan perfecto para aumentar la publicidad en los periódicos y disminuir la carga de ayuda local. A finales de enero, los socialistas italianos de Nueva York sugirieron que los niños de los huelguistas fueran atendidos por familias fuera de la zona de huelga, como se había hecho en ocasiones en Francia, Italia y Bélgica. *The New York Call* hizo pública la idea, y en tres días cuatrocientos neoyorquinos se ofrecieron a tomar uno o más de los niños de la huelga de Lawrence. El 11 de febrero, los reformadores de Nueva York llegaron a Lawrence para recoger al primer grupo de 119 niños, de cinco a quince años, para distribuirlos entre las familias de acogida. Cuando el

tren de los refugiados llegó más tarde ese día a la estación Grand Central de Nueva York, una gran multitud, compuesta principalmente por trabajadores inmigrantes, saludó a los niños. "Los niños marcharon por la plataforma", escribió un observador, "en fila de a cuatro, tomados de la mano, todos vestidos muy parecidos en sus nuevas capas y gorras. Primero, hubo silencio, luego una curiosa ola emocional pasó a través de la multitud... seguida de un rugido constante de vítores".

Nadie podría haber soñado que esta nueva táctica funcionaría tan bien. La remoción de los niños no solo alivió el problema del hambre en Lawrence, sino que también ganó la publicidad nacional más notable. Nada, después de todo, estaba más calculado para aumentar la simpatía por la causa de los huelguistas que la visión de niños desnutridos retirados de las casas de sus padres debido a la guerra industrial. Para aprovechar esta publicidad y simpatía, el IWW organizó más peregrinaciones de niños.

La Cruzada de los Niños funcionó demasiado bien en opinión de los dueños de los telares de Lawrence y de los funcionarios públicos. Cuando los niños abandonaban la escuela para trabajar en las fábricas, o cuando los padres inmigrantes dejaban a los niños muy pequeños en casa sin ser atendidos mientras trabajaban en las fábricas, ningún funcionario de la ciudad o empleador local lloró la negligencia. Pero ahora que el IWW envió a estos mismos niños fuera de Lawrence a buenos hogares con garantía de alimentación, atención médica y supervisión, los propietarios y los funcionarios se scandalizaron. Decidieron detener el éxodo de los niños a casi cualquier costo. El comandante de la milicia publicó una orden el 17 de febrero para que ningún niño pudiera salir de la ciudad sin el consentimiento por escrito de sus padres. Cuando el comité de huelga obtuvo las declaraciones escritas necesarias, el comisario de la ciudad anunció el 22 de febrero que no se permitiría que más niños salieran de Lawrence.

Esta decisión condujo a lo que resultó ser el punto de inflexión de la huelga, ya que el 24 de febrero un grupo de socialistas de Filadelfia llegó a Lawrence para recoger a unos doscientos niños y llevarlos de regreso a Filadelfia. Bien conscientes del edicto del 22 de febrero, los ciudadanos de Filadelfia intentaron desafiarlo y derrotarlo. Con ganas de mantener una base legal

sólida, obtuvieron el permiso por escrito de los padres involucrados e incluso llevaron a algunas de las madres de los niños a la estación de tren. A medida que los socialistas, los niños y sus madres avanzaban hacia el automóvil especial obtenido del ferrocarril de Boston y Maine, la policía local actuó. Dos miembros del Comité de Mujeres de Filadelfia describieron lo que siguió: "La policía... se acercó a nosotros con sus porras golpeando a derecha e izquierda, sin pensar en los niños, que corrían con el mayor peligro de ser pisoteados. Las madres y los niños fueron de este modo, arrojados en masa y arrastrados a un camión militar, e incluso entonces golpeados, independientemente de los gritos de mujeres y niños asolados por el pánico".

Los periódicos y las revistas hicieron a toda la nación testigo de la arrogancia, estupidez y brutalidad de los empresarios y funcionarios públicos de Lawrence. El gobernador Foss ordenó una investigación inmediata. El congresista socialista Victor Berger exigió una investigación en el Congreso, que resultó en audiencias en Washington en las que los huelguistas obtuvieron una publicidad aún más amplia. Los comités de ayuda ya no tenían que preocuparse por las contribuciones externas.

Ocho semanas de conflicto industrial no habían traído ninguna ruptura en las filas de los huelguistas. A principios de marzo parecían más fuertes que nunca. El apoyo y la simpatía a nivel nacional casi inundaron a los huelguistas. Incapaces de operar a su capacidad, las fábricas de Lawrence no pudieron atender los pedidos de primavera. Mientras tanto, un Congreso demócrata había comenzado a investigar una huelga que involucró a los acérrimos dueños republicanos de los telares. Dadas estas circunstancias, los empresarios efectuaron un retiro estratégico. Finalmente, el sábado 12 de marzo, el comité de huelga obtuvo una propuesta de acuerdo satisfactoria de la American Woolen Company. El acuerdo proporcionó un aumento salarial del 5 por ciento para todos los trabajadores a destajo; De 5 a 25 por ciento de aumento para todos los empleados cualificados por hora, con el porcentaje más alto destinado a los trabajadores con salarios más bajos; no discriminación contra ningún huelguista; y reformas en el sistema de primas o bonos. Dos días después, en una reunión masiva emocionada, los huelguistas votaron para terminar su paro y aceptar el acuerdo propuesto.

Los obreros habían logrado así sus cuatro demandas originales. Como Haywood comentó de manera jovial: "Pasivos, con los brazos cruzados, los huelguistas ganaron". Más tarde dijo a los inmigrantes aún más alegres: "Quiero decir... que los huelguistas de Lawrence han obtenido una victoria más importante de cualquier cuerpo organizado de los trabajadores en el mundo. Ustedes han demostrado, como no se ha mostrado en ninguna otra parte, el interés común de la clase trabajadora en reunir a todas las nacionalidades".

Sin embargo, para Lawrence y para la industria textil de Nueva Inglaterra, el acuerdo no trajo paz ni una sensación de seguridad. Un miedo incómodo se prolongó. La IWW permaneció en Lawrence, y para los propietarios de las fábricas, funcionarios públicos e investigadores federales, esa organización laboral parecía ser la punta de lanza de una revolución social amenazadora. Los empresarios de la industria textil en Nueva Inglaterra aumentaron los salarios, en parte por temor a la IWW, en parte para detener nuevos conflictos industriales y en parte para eliminar la posibilidad de una revolución social.

Los procesos legales que surgieron de la huelga de Lawrence, especialmente el caso Ettor-Giovannitti, también despertaron ansiedad en Nueva Inglaterra. Durante toda esa primavera y verano, el IWW organizó su campaña de defensa Ettor-Giovannitti. Todos los organizadores orientales disponibles, y algunos del Oeste, fueron puestos a trabajar en ello. Parte del esfuerzo que debería haberse dedicado a consolidar los logros organizativos logrados en Lawrence se destinó a actividades de defensa legal, que no trajeron nuevos miembros a la organización. Cuanto más se acercaba el juicio, más energía gastaba el IWW en él. El 15 de septiembre de 1912, 35.000 trabajadores, incluyendo 13.500 que viajaron de Lawrence a Boston en dos Red Specials, se reunieron en el Boston Common para protestar por el juicio programado y amenazar con una huelga general en toda la industria. A finales de mes, el 28 de septiembre, los trabajadores textiles de Lawrence salieron espontáneamente de las fábricas. Las bases continuaron abogando por una huelga general, a pesar de la oposición de los funcionarios de la Local 20 y de los presos Ettor y Giovannitti.

El 30 de septiembre, los dos wobblies acusados fueron llevados ante el tribunal de justicia de Salem, de todos los lugares, el sitio de la caza de brujas más antigua de Estados Unidos. Durante cincuenta y ocho días, el juicio se

prolongó hasta el 26 de noviembre, cuando Ettor y Giovannitti pronunciaron sus impresionantes discursos finales. Ettor informó al jurado: "No ofrezco disculpas ni excusas; no pido favores; no pido nada más que justicia en este asunto". Giovannitti demostró ser aún más elocuente, cerrando con estas palabras: "Y si es que estos corazones nuestros deben estar en la misma silla de la muerte y con la misma corriente de fuego que ha destruido la vida de la esposa homicida y el parricida, entonces digo que mañana pasaremos a un juicio mayor, que mañana partiremos de vuestra presencia allí donde la historia nos dará su última palabra". El jurado consideró tan bien los argumentos finales de los acusados y tan a la ligera las evidencias del Estado que absolió a Ettor y Giovannitti.

Al principio, el IWW parecía haber logrado un triunfo aún más notable en su control sobre los inmigrantes de Lawrence y en el establecimiento de una unión industrial estable y efectiva. Hasta mediados de septiembre de 1912, el IWW reclamó unos dieciséis mil miembros cotizantes de las fábricas de Lawrence, un logro impresionante en una ciudad anteriormente antisindical. En agosto, un líder del IWW notó cuán equivocados estaban los comentaristas que habían dicho "que los trabajadores (en Lawrence) estarían satisfechos con mantequilla en lugar de melaza en su pan y que el movimiento revolucionario estaría paralizado. Nada podría estar más lejos de la verdad", continuó "los sindicatos están creciendo a pasos agigantados... y el trabajo de agregar miembros continúa alegremente". Sin embargo, en el último análisis, los pesimistas demostraron ser correctos en sus impresiones de los deseos básicos de los trabajadores inmigrantes y en su pronóstico de un declive de la IWW. ¿Por qué?

La mayoría de los analistas de la IWW y de la huelga de Lawrence han encontrado una explicación simple para el fracaso de la organización en preservar las ganancias que había logrado durante el calor de la batalla. La versión tradicional afirma que la IWW "estaba más interesada en ganar conversos para la revolución que en construir una agencia de negociación colectiva cotidiana". Que la IWW predicó la guerra de clases es ciertamente verdadero; que prefiriera la revolución a las ganancias de pan y mantequilla es menos cierto. Haywood y otros líderes del IWW aconsejaron a los huelguistas

que aceptaran el acuerdo del 13 de marzo, y fueron Ettor y Giovannitti quienes, en septiembre de 1912, aconsejaron a las bases de Lawrence contra las huelgas de protesta.

Se deben buscar otras razones para el posible fracaso del IWW en Lawrence, y no son tan difíciles de encontrar. A fines de 1913, Selig Perlman, que trabajaba para la Comisión de Relaciones Industriales, investigó las condiciones laborales en Lawrence, específicamente en relación con el IWW. No tuvo problemas para localizar las causas de las dificultades de la organización. Perlman descubrió que los empresarios regularmente infiltraron espías en el sindicato y que los periódicos locales publicaban regularmente artículos falsos y desfavorables sobre el IWW. Los fabricantes también manipularon el mercado laboral en detrimento del sindicato: en períodos de desempleo, las fábricas continuaron publicitando la mano de obra fuera de Lawrence para inundar el mercado laboral local. Los empresarios, según descubrió Perlman, agitaron conscientemente una nacionalidad contra otra, y con considerable éxito. Las nacionalidades favorecidas, por ejemplo, recibieron salarios más altos, promociones rápidas y una participación en el patrocinio y poder municipal.

Un informe presentado a la IWW por Thomas Holliday del Local 20 en marzo de 1913 indica que la evaluación de Perlman fue muy precisa. Holliday informó que los empresarios de Lawrence habían iniciado una depresión temporal, un cierre de fábricas locales a lo que se había referido Perlman, lo que hizo que miles de inmigrantes se quedaran sin trabajo. Se había desarrollado una recesión nacional, y los wobblies de Lawrence sufrieron considerablemente. Un funcionario sindical local informó con tristeza: "La reacción... ha Estado trabajando intensamente en las filas de la Unión Local Nº 20, sembrando las semillas de la disensión y la desesperación".

Un factor final actuó contra el éxito del IWW en Lawrence. Debido a un sentimiento de desesperación causado en parte por su explotación y en parte por su total rechazo por parte de la élite de Lawrence, los nuevos inmigrantes se dirigieron a la IWW. Cuando el IWW no pudo resistir la explotación o alterar las actitudes de la clase dominante local, por las razones que enumeró Perlman, los inmigrantes abandonaron la organización.

Pero a principios de la primavera de 1912, nadie, ni dentro ni fuera de la IWW, podía prever cuán pocos miembros tendría la organización en Lawrence solo un año después, o cuán completamente paralizada estaría la IWW en ese momento en el Noreste industrial. Después de los eventos bien publicitados en Lawrence, los forasteros todavía temían y exageraban el poder del IWW. Y los wobblies, regocijándose con su victoria, también exageraron los efectos del conflicto de Lawrence.

Para el wobbly convencido, 1912 parecía el comienzo de una era nueva y más libre. El IWW, de hecho, realizó más huelgas y luchas de libertad de expresión desde 1912 hasta 1913 que en cualquier otro momento en su historia previa a la Primera Guerra Mundial. En medio de la lucha de San Diego y solo dos semanas después del triunfo en Lawrence, el *Industrial Worker* se jactó: "La olla revolucionaria parece estar hirviendo en todos los sectores. El día de la transformación ya está cerca".

Los wobblies habían descubierto de repente que sus tácticas funcionaban. En el pasado habían predicado, pero no practicado, la organización industrial y la acción directa en el punto de producción; ahora habían comenzado, como en Lawrence, a "practicar lo que predicábamos".

Dondequiera que eligieran mirar en el verano de 1912, podían ver actividad organizativa. E. F. Doree se jactó de cuatro mil wobblies en el Grand Trunk Pacific en Canadá, quince mil en once fábricas textiles de New Bedford, quince mil trabajadores de la madera en Louisiana y Texas, y dos mil trabajadores del automóvil en Cleveland. Un organizador del IWW en Vancouver, Canadá, informó con igual entusiasmo que la organización había establecido cinco nuevos Locales en Vancouver y que el impacto de la agitación del IWW se estaba sintiendo en toda la Columbia Británica.

Este eufórico optimismo se extendió hasta la séptima Convención nacional del IWW, que se reunió en Brand's Hall en Chicago del 16 al 26 de septiembre de 1912. Asistieron cuarenta y cinco delegados de Estados Unidos y Canadá. Aunque aparecieron algunos signos de sentimiento descentralista, ninguna línea ideológica o seccional dividió a los delegados. De hecho, los delegados de Portland, Oregón, acudieron a la Convención de Chicago con propuestas para

reforzar y centralizar los métodos y la estructura del IWW. Hasta aquí llegaba, el supuesto compromiso de los wobblies occidentales con el individualismo de la primitiva frontera y con la democracia participativa de las bases. Por lo tanto, la Convención votó para alentar el nombramiento de más organizadores profesionales que reclutarían en el trabajo y mantendrían registros de afiliación precisos y completos.

La mayoría de los wobblies de la Convención regresaron a sus hogares. James P. Cannon, uno de los wobblies más jóvenes que luego se destacó en los círculos radicales estadounidenses, pensó que el rápido crecimiento de la organización había terminado para siempre con las luchas y disensiones internas. "Tampoco hubo ningún esfuerzo por la respetabilidad", escribió Cannon. "Cada hombre era un 'Rojo', la mayoría de ellos con historial de cárcel también... Aquí había una asamblea que, para los hombres que rechazaban las enseñanzas éticas y morales del orden existente, había formulado un credo propio que comenzaba con Solidaridad y termina con Libertad".

Pero en 1912, la libertad y la solidaridad estaban más lejos de lo que la mayoría de los wobblies sospechaban. Aún paralizados por su éxito en Lawrence, olvidaron la relativa escasez de miembros de la IWW y la quiebra de su tesorería. Arrastrados por el crecimiento y los éxitos de 1912, estarían mal preparados para enfrentar el declive y las derrotas que se producirían en 1913.

## LOS OSCUROS TELARES DE SATÁN: PATERSON Y DESPUÉS.

La historia nunca se repite con exactitud. Parafraseando el famoso aforismo de Hegel, eventos históricos similares ocurren primero como éxito y luego como fracaso. Esto, muy a su pesar, lo aprendió en 1913 la IWW.

En 1913, los organizadores de la IWW dirigieron una huelga iniciada por trabajadores textiles rebeldes en Paterson, Nueva Jersey, tal como lo habían hecho el año anterior en Lawrence. En Paterson, sin embargo, el conflicto industrial terminó en derrota, y el fracaso del IWW presagió su sombrío futuro entre los trabajadores inmigrantes del Noreste industrial.

Al igual que Lawrence, Paterson en 1913 era una antigua ciudad industrial establecida. A unos 32 kilómetros de la ciudad de Nueva York y a menos de 100 de Filadelfia, se encontraba a horcajadas en el mercado doméstico más compacto de la América del siglo XIX. En la segunda mitad del siglo XIX, Paterson, aprovechando todas sus atracciones geográficas, se había convertido en uno de los pequeños centros industriales más importantes del Noreste.

En 1913 Paterson lideraba la nación en la producción de seda. Más de trescientos telares y tintorerías que emplean a unos 25.000 hombres, mujeres y niños (de un total de aproximadamente 73.000 hombres, mujeres y niños trabajadores en la ciudad) teñían y tejían las sedas exigidas por la industria de la confección de Nueva York. Aunque una vez fue productor de las mejores sedas, Paterson, obligada por los cambios en la estructura del mercado, se dedicó a la fabricación de sedas más baratas, que podían producirse en telares más grandes y eficientes operados por mujeres y niños.

Al igual que otras ciudades industriales de su tamaño, Paterson tenía una población políglota. Al principio, su gente estaba formada principalmente por estadounidenses nativos de raza británica y holandesa. Luego, en las décadas

de 1840 y 1850, las primeras oleadas de inmigrantes irlandeses y alemanes llegaron a la ciudad. Incluso después de la Guerra Civil, irlandeses, alemanes, y algunos ingleses siguieron estableciéndose en Paterson. Hacia el final del siglo, los judíos de Europa oriental y los italianos del Sur empezaron a llegar en cantidades significativas, y continuaron haciéndolo hasta el año de la huelga de 1913.

Las condiciones de trabajo en Paterson no diferían materialmente de las de Lawrence. El trabajo era duro, muchas horas al día, y los telares estaban sucios y eran ruidosos. Las personas que trabajaban en el interior eran como los trabajadores de Lawrence: hombres y mujeres trabajaban junto a niños y niñas adolescentes (de más de catorce años).

Los salarios se ajustaban al patrón prevaleciente en otras partes de la industria textil. El salario promedio de Paterson para trabajadores cualificados en 1913 era de 11,69 \$ por semana. Los no cualificados, por supuesto, recibían mucho menos, aproximadamente 6 \$ ó 7 \$ por semana. El número de trabajadores no cualificados, especialmente mujeres y niños, en el trabajo en la industria estaba aumentando rápidamente en proporción al número total de empleados.

Pero incluso el trabajo familiar no proporcionó consuelo o seguridad a los inmigrantes de Paterson. Aunque los barrios marginales de la ciudad no coincidían con los peores de Lawrence, la vivienda de muchos trabajadores seguía siendo, “claramente mala”, en palabras del principal rabino de Paterson. Sin embargo, los inmigrantes no cualificados vivían al margen de la seguridad económica: estacionalmente y por causas tecnológicas con frecuencia quedaban sin trabajo. La competencia de las fábricas de bajos salarios en Pennsylvania amenazó su escala salarial, y la abundante oferta de mano de obra inmigrante barata ejerció una implacable presión descendente sobre sus tasas remunerativas.

También hubo diferencias importantes entre Lawrence y Paterson. En Paterson, a diferencia de Lawrence, ninguna compañía dominaba la economía de la ciudad, y numerosos telares pequeños competían despiadadamente con los fabricantes más grandes. Paterson también tenía menos grupos de

nacionalidades significativas entre sus nuevos inmigrantes. En ambas ciudades textiles, sin embargo, los salarios eran bajos y las familias inmigrantes enviaban a sus hijos a las fábricas para complementar sus ingresos. En resumen, Paterson, como Lawrence, contenía en sí mismo la dinamita social que, dada la chispa, podría estallar en una guerra industrial. Paterson había sido durante mucho tiempo el blanco favorito de los agitadores del IWW. Desde la fundación de la IWW en 1905, no pasó un año sin alguna actividad organizativa en la ciudad. La Convención que estableció la Unión Industrial Nacional de Trabajadores Textiles (NIUTW) en 1908 se reunió aquí. Pero a lo largo de los años, los esfuerzos del IWW para penetrar en la industria de la seda tuvieron poco éxito, ya que los empresarios de Paterson eran tan hostiles a los sindicatos como lo eran los de Lawrence, y habían tenido el mismo éxito en combatir las amenazas sindicales. Aunque los trabajadores de la seda pertenecían a varios sindicatos artesanales afiliados a la United Textile Workers (UTW), estos sindicatos no eran activos ni efectivos. En la víspera de la huelga de 1913, Paterson estaba bastante desorganizado.

Hubo un tiempo en que los fabricantes de seda de Paterson habían enfrentado poca competencia. Esto ya no sucedía en 1913. La innovación tecnológica y las demandas cambiantes trajeron una competencia intensiva a la industria de la seda, mucho más amarga que la que enfrentó la American Woolen Company de Lawrence. A mediados de la década de 1890, los ingenieros habían perfeccionado un telar de alta velocidad que podía ser operado por mujeres. Simultáneamente, aumentó la demanda de seda barata producida por los nuevos telares, lo que proporcionó a los fabricantes de sedas de calidad barata mayores ganancias en sus inversiones que las que podían obtener los productores de sedas finas de Paterson. La industria de la seda barata también se trasladó a las comunidades mineras del carbón del Este de Pensilvania, donde una gran fuerza laboral femenina buscaba trabajo a bajos salarios. Los tejedores de Paterson habían trabajado tradicionalmente con solo uno o dos telares Jacquard, que producían seda fina. Las mujeres de Pensilvania, sin embargo, atendían cuatro telares y producían considerablemente más seda por unidad de tiempo que sus competidores de Paterson. Las innovaciones tecnológicas resultantes destruyeron los patrones de trabajo tradicionales en Paterson. Una industria que una vez estuvo compuesta en gran parte por

tejedores cualificados y bien pagados se convirtió rápidamente en otra con más y más trabajadores mal pagados. Los tejedores que una vez atendían dos telares ahora trabajaban tres o cuatro.

Otras consideraciones además de los salarios hicieron que los tejedores estuvieran descontentos con el sistema de cuatro telares. Muchos tejedores consideraron que la obligación de atender cuatro telares en fábricas mal iluminadas era una tensión excesiva para sus ojos y nervios. Otros temían que la introducción general del sistema de cuatro telares engendraría un aumento del desempleo, crearía un ejército de trabajadores de reserva ansioso por trabajar a cualquier precio y, por lo tanto, socavaría las tasas salariales vigentes. Cuando un hombre o una mujer podría hacer el trabajo que antes se hacía con dos o tres personas, ¿cómo podría Paterson proporcionar empleos suficientes para todos sus trabajadores?

Cuando los trabajadores de la seda solicitaron jornadas laborales más cortas o salarios más altos, los empresarios declararon su pobreza. Los fabricantes de Paterson afirmaron, con algo de certeza, que sus salarios eran más altos que los pagados en cualquier otra comunidad estadounidense de fabricación de seda. Además, la ley del Estado de Nueva Jersey limitaba a los trabajadores a una semana de cincuenta y cinco horas, mientras que los competidores de fuera del Estado trabajaban con jornadas de cincuenta y siete a sesenta horas semanales. ¿Cómo, preguntaron los empresarios de Paterson, podrían satisfacer las demandas de sus trabajadores cuando las concesiones los pondrían a merced de los competidores en otros Estados con tasas de salarios más bajas y leyes laborales menos protectoras?

Los trabajadores de Paterson se negaron a aceptar las razones de sus empresarios para el status quo. A principios de 1912, cuando varios talleres locales introdujeron el sistema de cuatro telares, los tejedores se rebelaron. Exigieron un aumento de las tasas de piezas o la eliminación del sistema de telares múltiples. Al principio, solo los trabajadores cualificados aliados a los sindicatos de oficios de la AFL protestaron. En lugar de apoyar la protesta, la UTW se puso a merced del sentido de justicia de los empresarios, no haciendo ningún esfuerzo para mejorar las condiciones de trabajo, por lo que los trabajadores de Paterson buscaron apoyo sindical en otros lugares.

En ese momento en particular, la IWW estaba completamente ocupada en Lawrence. No así la entonces insignificante organización de Daniel DeLeon, la llamada IWW de Detroit.

La mano derecha de DeLeon, Rudolph Katz, se apresuró a Paterson para dirigir a los trabajadores locales rebeldes. Bajo el liderazgo de Katz, más de cinco mil trabajadores se declararon en huelga. Durante la temporada alta de producción, la huelga ocasionó que varias fábricas se sindicalizasen, consiguiendo un aumento en los salarios y un reconocimiento limitado del sindicato.

Estas ganancias resultaron de corta duración. Las fábricas más grandes nunca negociaron con los huelguistas; en cambio, utilizaron su influencia para encarcelar a Katz durante seis meses, y luego procedieron a aplastar el movimiento descabezado. Los fabricantes más pequeños, que se habían entendido con el sindicato, rompieron sus contratos tan pronto como terminó la ajetreada temporada. El IWW de DeLeon nunca tuvo una oportunidad en Paterson. No solo fue combatido por los empresarios, sino que tanto los sindicatos de oficios de la AFL como el IWW de Chicago también se le opusieron.

A fines de 1912, el problema de las relaciones laborales básicas de Paterson seguía sin resolverse. Los empresarios continuaron introduciendo cuatro telares, contrataron mujeres con salarios más bajos y recortaron las tasas por pieza tejida.

Finalmente, en enero de 1913, la decisión de Doherty and Company, el taller más grande de Paterson, de introducir el sistema de cuatro telares en una planta que tradicionalmente funcionaba siguiendo el patrón de dos telares, puso de manifiesto el descontento de la ciudad. Al mismo tiempo, los hábiles tejedores de Doherty protestaron. Sin embargo, cuando Doherty respondió afirmando que la competencia externa dictaba la introducción del sistema de cuatro telares, los sindicalistas artesanos que protestaban no hicieron nada más.

Con Lawrence fuera del camino, el IWW ahora estaba listo para mudarse. A principios de enero, un líder del IWW informó a *Solidarity* que el Local 152 de

Paterson había Estado haciendo un buen trabajo de agitación por la jornada de ocho horas y por la abolición del sistema de cuatro telares. El IWW, agregó, debería poder hacer que los jefes de Paterson se incorporen y tomen nota. El Local 152 apeló a los trabajadores argumentando que la jornada de ocho horas obligaría a los empresarios a contratar más trabajadores, y que una vez que el ejército de trabajadores de reserva disminuyera de tamaño, los trabajadores podrían obligar a los empresarios a otorgar "más salarios, mejor trato, mejor luz". Los agitadores del IWW aconsejaron, "organizar las fuerzas". Organizarse. Cuando estemos listos, fijaremos la fecha y nos negaremos a trabajar más de 8 horas".

Cuando el IWW envió su mensaje a toda la ciudad, estimuló un mayor descontento entre los empleados de Doherty, quienes, a fines de enero, abandonaron la actividad de manera espontánea. Esta vez, sin embargo, no les faltó liderazgo u organización. El Local 152 inmediatamente ofreció ayuda y se dispuso a ampliar la huelga inicial iniciada por solo un puñado de trabajadores. Para el 1 de febrero, el IWW tuvo éxito en hacer crecer la huelga de Doherty a toda la planta. Los líderes de la huelga razonaron ahora que a menos que las otras manos de los telares de Paterson parasen y cerraran todas las fábricas de la ciudad, la huelga de Doherty fracasaría. En la mañana del martes 25 de febrero, los organizadores wobbly aconsejaron a los trabajadores de todos los telares y tintorerías que hicieran huelga: "Mejor morir de hambre luchando que morir de hambre trabajando". En la mañana del 25, los trabajadores comenzaron a salir de los telares de la seda de Paterson, y en los días que siguieron más y más trabajadores lo hicieron. Salieron a una tasa de casi 1.200 por día, hasta que 25.000 trabajadores estuvieron en huelga y la industria de la seda de Paterson quedó totalmente cerrada. En este punto, los huelguistas solo presentaban dos demandas específicas: una jornada de ocho horas y un salario semanal mínimo de 12 \$ para los trabajadores de tintorería (el empleo más sucio y menos deseable de la industria).

En Paterson, como en Lawrence, los huelguistas estaban divididos por nacionalidad y oficio. Nuevamente, los nuevos inmigrantes previamente desorganizados y menos capacitados salieron primero, seguidos, aunque con cierta reticencia, por los trabajadores cualificados de habla inglesa. A lo largo

de lo que iba a demostrar ser un conflicto prolongado, los dos grupos de huelguistas mantuvieron una alianza inestable de conveniencia, lista para desmoronarse al primer choque. En el pasado, los trabajadores de habla inglesa nunca habían mostrado ninguna inclinación a cooperar con los inmigrantes que trabajaban junto a ellos en los telares. Asegurados en sus sindicatos artesanales con sus salarios algo más altos, los trabajadores cualificados eran condescendientes con sus colegas extranjeros. Un veterano sindicalista de la AFL dijo a la Comisión de Relaciones Industriales que el problema en Paterson "era que había demasiados inmigrantes en el trabajo de la seda que no entendían completamente el funcionamiento de nuestras organizaciones, o que no se habían americanizado". Sostuvo que la AFL no tenía porqué organizar a los inmigrantes "no americanos" de Paterson.

Elizabeth Gurley Flynn, una de las agitadoras más activas del IWW durante la lucha de Paterson, recordó claramente las tenaces divisiones étnicas de la ciudad. Encontró a los tejedores y tintoreros inmigrantes, aunque en gran parte no organizados y no familiarizados con el sindicalismo, fáciles de estimular para la actividad de lucha. Pero los tejedores de habla inglesa, con treinta años de tradiciones sindicales artesanales, respondieron a la huelga dirigida por el IWW solo después de tres semanas de conflicto real. Incluso entonces continuaron ejerciendo una influencia conservadora en la masa de huelguistas inmigrantes. John Reed, entonces un joven reportero recién llegado de Harvard y haciendo su primer contacto con las realidades de la lucha de clases en Estados Unidos, llegó a Paterson donde obtuvo las mismas impresiones que Flynn. Al preguntarle a un joven judío qué nacionalidades estaban unidas en la huelga, Reed obtuvo la siguiente respuesta: "Tres grandes naciones se unen como un solo hombre". Cerró el puño. "Tres grandes naciones: italianos, hebreos y alemanes". ¿Qué hay de los estadounidenses? preguntó Reed. El judío se encogió de hombros, sonrió con desprecio, y respondió: *"Ingleses no van piquetes. Mericanos no gusta pelear"*

Las "razas degradadas e ignorantes" salieron en piquetes en Paterson y fueron golpeadas en parte porque se rebelaron contra las miserables condiciones de trabajo y en parte porque el IWW organizó su rebelión. La AFL nunca se presentó, al menos no para organizar a los inmigrantes. "En lugar de eso",

escribió el investigador social John Fitch, "vinieron Haywood... Flynn, (Patrick) Quinlan, (Carlo) Tresca [\(8\)](#) –con las manos vacías, sin crédito y sin el prestigio de una afiliación de 2.000.000 de miembros, pero dispuestos trabajar e ir a la cárcel-. "Ellos han inculcado en los 25.000 huelguistas un espíritu que los ha hecho estar unidos con determinación durante un período que debe haber puesto a prueba las almas de los más fuertes".

Cuando los organizadores y agitadores del IWW llegaron a Paterson, el Local 152 de Silk Workers tenía solo unos novecientos miembros. Dos semanas después de que comenzara la huelga, el sindicato tenía más de diez mil nuevos miembros. El IWW inmediatamente se dispuso a organizar a los huelguistas de la seda en una fuerza efectiva. Primero, creó un comité de huelga compuesto por dos delegados de cada taller (seiscientos miembros con toda su fuerza) para administrar el conflicto. Al igual que en Lawrence, la mayoría de los miembros del comité al principio no estaban sindicalizados, no eran miembros del IWW. Al preguntar los periodistas a los huelguistas quiénes eran sus líderes, los trabajadores respondieron: "Todos somos líderes". Los organizadores de la IWW —Haywood, Flynn, Quinlan— sirvieron únicamente como asesores.

Con los huelguistas organizados, los agitadores wobbly podrían realizar su trabajo de manera más efectiva. Precisamente lo que hicieron fue descrito por Flynn, según la cual el objetivo principal de los agitadores era educar a los huelguistas. Sonando casi como John Dewey, señaló que "la educación no es una conversión, es un proceso". Los oradores del IWW, observó, trataron de trascender los prejuicios de toda una vida: prejuicios sobre temas nacionales, prejuicios entre oficios, prejuicios entre hombres y mujeres, prejuicios entre grupos étnicos y religiosos. Los wobblies intentaron convertir a los inmigrantes de sus diversas religiones del viejo mundo a una nueva fe decidida en la lucha de clases, para hacer que los huelguistas olvidasen que su paro era a causa de unos pocos centavos más o unas pocas horas menos, pero para hacerlo sentían que era un "deber religioso" ganar esa huelga. Flynn declaró: "Crear en ellos (los huelguistas) un sentimiento de solidaridad" como parte del largo proceso de inculcar "espíritu de clase, respeto de clase, conciencia de clase".

Ni los organizadores del IWW ni el comité de huelga perdieron de vista los objetivos inmediatos de la huelga. Desde el principio, el comité de huelga ofreció consultar con los empresarios para resolver la disputa. De manera similar, los comités de talleres se acercaron a sus respectivos empresarios para investigar las posibilidades de alcanzar un acuerdo equitativo. Dentro del comité de huelga más grande, un cuerpo ejecutivo más pequeño de veinte miembros (todos los miembros de IWW, pero también todos hombres locales de Paterson) manejaron las negociaciones preliminares. La demanda más básica de los diversos comités de talleres fue la jornada de ocho horas. Después, un líder de la huelga comentó: "Sé que los fabricantes habrían otorgado una jornada de ocho horas a los trabajadores para que dejaran de lado todas las demás quejas". Pero una vez que estalló la huelga pidieron más. Exigieron "tiempo y medio" para las horas extraordinarias, niveles de salario mínimo para los menos cualificados (especialmente los trabajadores de la tintorería), aumentos en las tasas generales de piezas tejidas, la abolición del sistema de tres y cuatro telares en la seda y varias peticiones menores. Como en todas las huelgas lideradas por el IWW, los trabajadores no insistieron en el reconocimiento del sindicato o en el "closed shop".

[Closed shop: tienda o negocio cerrado: cláusulas de exclusividad de contratación para trabajadores del sindicato]

La administración del IWW de la lucha de Paterson no difería en ningún aspecto básico de lo que había sido en Lawrence. Los escuadrones de piquetes asignados a cada uno de los talleres marchaban continuamente por las aceras frente a las puertas de la fábrica con la intención de intimidar psicológicamente a los hombres y mujeres que podrían haber considerado la posibilidad de romper el frente unido y reingresar a las fábricas. (Sin embargo, la violencia física siempre fue una posibilidad). Todos los días, durante siete meses, frente a las porras de los policías, las pistolas de los detectives y el mal tiempo, los piquetes cumplieron su función.

Los agitadores del IWW aseguraron que las filas de los huelguistas permanecieran unidas. Flynn explicó cómo se hizo esto. El domingo era un día crucial: "Si el domingo", dijo, "dejas que estas personas se queden en casa, se sienten alrededor de la estufa sin fuego, se sienten en la mesa donde no hay

mucho comida, vean como los pies de los niños sin zapatos se adelgazan, y los cuerpos de los niños donde se está rasgando la ropa, comenzarán a pensar en términos de sí mismos y perderán el espíritu de masa y la comprensión de que todos están sufriendo como lo están haciendo. Hay que mantenerlos ocupados todos los días de la semana, y particularmente el domingo, para evitar que ese espíritu se reduzca a cero". Por eso, el IWW mantuvo reuniones constantes que eran más similares al carácter de los preparativos de la lucha que a los consejos serios de guerra. Esta era la razón por la que todos los domingos la IWW dirigía una marcha a Haledon, un pequeño municipio administrado por los socialistas a las afueras de los límites de la ciudad de Paterson, donde los huelguistas podían hacer picnic, escuchar la oratoria radical y cantar sin miedo y sin interferencias de la policía.



1912. Huelguistas en Paterson

El IWW una vez más se comprometió a librar una lucha no violenta. En Paterson, como en Lawrence, insistió en que los huelguistas podían obtener la victoria simplemente manteniendo sus manos en los bolsillos. Una vez más, hizo ver a sus seguidores que las bayonetas y las porras no podían tejer la

seda. "Creemos que lo más violento que puede hacer el trabajador", dijo el líder local de IWW Adolph Lessig, "es dejar el trabajo".

Numerosos testigos declararon la eficacia de los métodos pacíficos de la IWW. El Rabino Leo Mannheimer de Paterson rindió homenaje a los líderes Haywood, Flynn, Tresca y los demás, quienes mantuvieron bajo control a un ejército de 25.000 personas durante trece semanas. "Si hubieran Estado predicando la violencia", escribió el rabino, "habría habido violencia". En cambio, exceptuando unas pocas ventanas rotas, no hubo destrucción de propiedad y, ciertamente, no hubo destrucción de vidas. La resistencia pasiva había sido el arma de los huelguistas, concluyó el rabino Mannheimer.

De las actitudes, políticas y acciones de los empresarios de Paterson y sus principales ciudadanos, uno nunca hubiera sabido que se estaba librando un conflicto industrial no violento. Los fabricantes de Paterson y la élite local hicieron que los de Lawrence parecieran casi benevolenteamente ilustrados. Contrataron a detectives privados armados para patrullar las fábricas e intimidar a los huelguistas. Los fabricantes tenían un objetivo primordial, según el rabino Mannheimer, y ese era "matar de hambre a los huelguistas para que regresen a los telares desanimados".

Siguiendo lo que para entonces se había convertido en una práctica estadounidense honrada por mucho tiempo, los empresarios de Paterson proclamaron su creencia en los sindicatos estadounidenses decentes, honestos y temerosos de Dios y su deseo de proteger a los hombres y mujeres decentes de la intimidación de los sindicalistas radicales y no estadounidenses. Pero cualquier observador razonablemente astuto podía ver a través de la propaganda de los empresarios. John Fitch observó: "los empresarios admiten que se oponen al sindicalismo como tal, y no solo a la IWW". Si no se podía resistir al sindicalismo, los empresarios preferían la AFL a los wobblies.

Las clases dominantes de Paterson estaban de acuerdo con los sentimientos antisindicales de los empresarios. El alcalde Andrew McBride afirmó que el conflicto había sido causado por agitadores de fuera de la ciudad que predicaban doctrinas "no americanas" a inmigrantes crédulos y confusos. El editor del *Paterson Press* sugirió que la ciudad manejara al IWW con la misma

represión que San Diego había demostrado en la lucha por la libertad de expresión el año anterior. "Será mejor para todos los involucrados, *sin importar cómo se logre*, que cuanto antes se vaya del pueblo el IWW", informó a sus lectores, (cursiva agregada).

Las autoridades de la ciudad decidieron así expulsar a los agitadores "forasteros" de Paterson, sutilmente si es posible, a la fuerza si es necesario. Un grupo especialmente establecido de clérigos locales (excluyendo al rabino Mannheimer), contando con las bendiciones de la junta de concejales, trató de reunir a empresarios y empleados de manera individual, no sindicalizada. Pero debido a que el IWW se negó a reconocer la versión de la regla de oro de los clérigos, la mayoría de los predicadores de Paterson llegaron a un acuerdo con los laicos de que los wobblies nunca deberían haber sido permitidos en la ciudad, "pero habiendo llegado, deberían ser expulsados".

Tal vez una forma de expulsar a los wobblies fuera invitar a la AFL a entrar. Aunque los fabricantes no hicieron ninguna propuesta directa a un sindicato de la AFL, la prensa de Paterson, el púlpito y los funcionarios municipales invitaron a la organización de Gompers a ayudar a bloquear a los wobblies. La Organización Sindical Central de Paterson, una afiliada de la AFL, trató de organizar una conferencia de paz entre empresarios y huelguistas. Sin embargo, una vez que los hombres locales de la AFL casi habían completado sus arreglos, Flynn advirtió a los huelguistas contra los "tucos y traiciones" de la AFL. En su lugar, propuso que los huelguistas cooperen con la Organización Sindical Central si ese organismo respaldaba una huelga de solidaridad de veinticuatro horas, una demanda que ningún afiliado de AFL podría aceptar. La primera empresa de paz de la AFL resultó ser un fracaso, los padres de la ciudad invitaron a John Golden y al UTW a organizar a los huelguistas. En un momento en el que todas las salas de reuniones de Paterson se les habían negado al IWW, John Golden, Sarah Conboy y sus asociados de la AFL obtuvieron el local de la armería para defender su opción. En la tarde del 16 de abril, y con un conflicto que ya duraba dos meses, miles de huelguistas de Paterson acudieron a la armería para escuchar lo que ofrecía la UTW-AFL. Cuando Conboy y Golden se acercaron a la plataforma, los abucheos, silbidos y pataleos resonaron en el cavernoso edificio durante cuarenta y cinco minutos.

La policía local finalmente expulsó a los huelguistas de la armería, dejando a la UTW-AFL, en palabras de un observador, "en posesión de un vasto vacío".

Otra forma de enfrentar al IWW parecía más simple y más conveniente. El día después de que comenzó la huelga general, la policía de Paterson arrestó a Flynn, Tresca y Quinlan y cerró todas las salas de reunión de la ciudad a los huelguistas. La noche siguiente, la policía arrestó a un socialista llamado Frederick Sumner Boyd por haber hablado en un mitin de libertad de expresión que la huelga cumplía con la cláusula de la Constitución del Estado de Nueva Jersey. Más tarde, en la comisaría, el jefe de policía Bimson le preguntó al socialista qué extraña ley había Estado leyendo. Boyd respondió: "Bueno, jefe, esa era la Constitución de Nueva Jersey. ¿Nunca ha oído hablar de eso antes? Pienso que no". Día tras día, la policía interfirió en las reuniones de huelga, confiscó los periódicos socialistas y la literatura de huelga, y arrestó a los huelguistas por docenas. Cualquier wobbly que se atreviera a hablar en Paterson cortejaba el arresto y el encarcelamiento. La policía de Paterson, tratando de aprender de los errores de Lawrence, arrestó no a dos hombres sino a todos los líderes en los que pudo poner sus manos "legales" y a 1.850 de los huelguistas.

Las detenciones continuaron, al igual que los golpes y las palizas. El 19 de abril, los detectives de las Compañías dispararon y mataron a Modestino Valentino, un inocente espectador de una pelea entre piquetes y esquiroles. La justicia nunca investigó a los pistoleros de los fabricantes de seda. Una semana después, los fiscales locales acusaron a Tresca, Flynn, Quinlan y Lessig por cargos insustanciales, y el 10 de mayo un jurado de Paterson condenó al editor socialista Alexander Scott de sedición, es decir, de criticar a la policía de la ciudad, y lo condenó de uno a quince años en prisión. Poco después, Frederick Sumner Boyd se encontró en prisión por cargos de sedición. El 13 de julio, un esquirol disparó y mató a Vincenzo Madonna, un huelguista del IWW, y el asesinato quedó nuevamente sin castigo. No parecía haber un final para las injusticias cometidas por las autoridades legalmente constituidas de Paterson. Descontenta con las reuniones del IWW en Haledon, el 19 de julio, la policía de Paterson instigó un motín allí con el fin de arrestar al alcalde socialista de Haledon con el pretexto de "reunión ilegal y malversación en el cargo".

John Reed llegó por primera vez a Paterson una mañana al amanecer para encontrar las calles de la ciudad grises, frías y desiertas. Pronto apareció la policía, y poco después salieron los piquetes. Luego vino la lluvia, obligando a Reed a buscar refugio en un porche cercano, con lo cual la policía intentó sacarlo del porche para que volviera a salir al aguacero. Cuando Reed se negó a abandonar su refugio, un policía lo arrestó rápidamente. El joven reportero se encontró en una celda de la cárcel, de aproximadamente 4 pies de ancho por 7 pies de largo, con una litera de hierro colgada de un lado, "y un inodoro de suciedad repugnante abierto en la esquina". Aquí, en la cárcel, Reed aprendió cómo los huelguistas soportaron la justicia al estilo Paterson. Mientras caminaba nerviosamente en su pequeña celda, cuarenta piquetes se unieron a él en la cárcel, dos a cada celda. Bromeando y riendo, los cuarenta recién llegados levantaron y golpearon pesadas camas de hierro contra las paredes de metal, causando una conmoción que para Reed sonaba "como una batería de cañón en acción". Para los wobblies la cárcel era simplemente otro sitio de guerra. Los prisioneros también vitorearon al IWW, Haywood, Flynn y Tresca, los italianos cantaron constantemente hasta su liberación.

Pero los huelguistas no podían existir únicamente de creencias verdaderas. A medida que avanzaba el conflicto, durante la primavera y principios del verano, los huelguistas estuvieron más hambrientos. Como siempre, los recursos propios de la IWW eran limitados. Los socialistas, sindicalistas, reformistas sociales y simpatizantes tenían que proporcionar la mayor parte de la asistencia material para el conflicto. Afortunadamente, en Paterson, como en Lawrence, cada medida represiva tomada por los enemigos de la IWW trajo mayor ayuda a los huelguistas. Aun así, necesitaban una causa tan célebre como había sido la Cruzada de los Niños de Lawrence, que a Paterson, después de tres meses de guerra industrial, todavía le faltaba.

John Reed y los intelectuales del Greenwich Village de Nueva York intentaron proporcionar este ingrediente esencial para los trabajadores de la seda de Paterson. Durante una reunión en la casa de Mabel Dodge Luhan, la anfitriona y diletante de un salón radical, Big Bill Haywood se quejó amargamente de la falta de publicidad que los huelguistas de Paterson estaban recibiendo en Nueva York. Para no ser superado en retórica radical por su invitado especial,

Luhan sugirió: "¿Por qué no traes la huelga a Nueva York y se la enseñas a los trabajadores?" "¡Bien, por Dios! ¡Hay una idea!" Respondió Haywood. "¿Pero cómo? ¿Dónde?" Entonces, como Luhan recordó en sus memorias, un joven en el salón estalló, "¡Lo haré! Mi nombre es Reed... ¡Haremos un desfile de la huelga! El primero en el mundo".

Así, John Reed esperaba simultáneamente salvar a los huelguistas de cierta derrota y hacer de la IWW el vínculo entre los "nuevos" intelectuales radicales de Nueva York y los "nuevos" revolucionarios de la clase trabajadora, quienes juntos, a la manera de Nietzsche, saltarían de su tiempo, trascenderían las estructuras de la sociedad y transformarían los valores de la América burguesa.

Reed trabajó día y noche para llevar a cabo su sueño. Reclutó a otros intelectuales, artistas, diseñadores, directores de escena, expertos en voz y cualquier otra persona que pudiera usar. Juntos, organizaron a los huelguistas del conglomerado de Paterson en una compañía teatral unificada que podía cantar con una sola voz y actuar con cierto sentimiento. Finalmente, el 7 de junio, el día del certamen, llegó. Miles de huelguistas salieron de Paterson, cruzaron el río Hudson y desfilaron por Manhattan hasta el viejo Madison Square Garden, donde un inmenso cartel iluminó con las letras IWW el horizonte de Nueva York. En el interior, miles de espectadores contemplaron un escenario de llamas rojas. A la espera de que se abriera el espectáculo, el público expectante lanzó consignas de huelga y cantó canciones IWW. El silencio finalmente se asentó en el Garden cuando los trabajadores de la seda subieron al escenario para recrear la versión de Reed de la guerra industrial. Las sirenas fabriles sonaron, los piquetes marcharon, aplaudieron y cantaron. La policía acosó a los inocentes; los huelguistas se mantuvieron firmes. Incluso el asesinato reapareció en el escenario, mientras los huelguistas dramatizaban el asesinato gratuito de Modestino Valentino y el funeral masivo que siguió. Al final del certamen, Haywood, Flynn, Tresca y Quinlan terminaron el drama de la huelga con una recreación de su oratoria estándar de Paterson. Cuando los actores-huelguistas dejaron el escenario, una banda tocó la "Marseillaise" y la "Internationale", que el público bramó en un inmenso coro. Así terminó la

aportación de Reed, el primer y último acontecimiento de este tipo que el mundo ha visto.



La representación en el Madison Square Garden

A partir de la mañana siguiente, la huelga fue cuesta abajo; la representación demostró ser su clímax, el resto fue anticlímax. Reed había prometido dinero para los huelguistas, miles de dólares para alimentarlos, vestirlos y protegerlos, y ahora no podía cumplir su promesa. Flynn recordó vívidamente las consecuencias: "Esta cosa que había sido anunciada como la salvación de la huelga, esta cosa que iba a llevar miles de dólares a la huelga, solo llevó 150 dólares a Paterson y todo tipo de explicaciones".

Después del fiasco financiero de la performance, aparecieron grietas en el sólido muro de los huelguistas. A medida que junio pasaba a julio y julio a agosto, las grietas se ensanchaban hasta convertirse en agujeros. En primer lugar, los trabajadores cualificados de habla inglesa, siempre más moderados que la masa de huelguistas inmigrantes, intentaron ejercer su poder en el comité de huelga para organizar acuerdos y compromisos por taller. Luego, los socialistas y los wobblies, previamente unidos en apoyo de la huelga, comenzaron a rebanarse las gargantas unos a otros. Mientras tanto, los

huelguistas luchaban con el hambre: "el hambre roía sus signos vitales; el hambre los derribaba".

Cuando los empresarios propusieron un acuerdo taller a taller a principios de julio, los tejedores cualificados de cintas aprovecharon la oportunidad para volver al trabajo. Sin embargo, los líderes del IWW insistieron en que la gran mayoría de los huelguistas debían recibir algunas concesiones antes de que finalizase la huelga. Pero ahora los trabajadores más conservadores volvieron los principios del IWW contra los wobblies. "Somos los trabajadores de la seda", dijeron los tejedores de cintas. "Ustedes simplemente están fuera de la agitación. Ni siquiera pueden hablar con este comité de huelga".

Durante los primeros meses del conflicto, socialistas y wobblies habían mostrado una armonía casi perfecta. Los wobblies hicieron la mayor parte de la agitación y la organización. Los socialistas proporcionaron la mayor parte de la publicidad, la solidaridad y el dinero. Los huelguistas de Paterson no tenían mejor amigo que el socialista de Nueva York. A algunos radicales estadounidenses, Paterson les demostró la necesidad de ambos tipos de acción de la clase trabajadora: directa y política.

La cooperación vaciló a medida que el hambre y el pesimismo se extendían. Las viejas quejas y conflictos sumergidos que separaban a los sindicalistas del IWW de los políticos socialistas pronto salieron a la superficie. En julio, los socialistas se unieron a los huelguistas de habla inglesa más moderados (algunos de los cuales eran socialistas) para apoyar los acuerdos de compromiso entre talleres. El periódico socialista local comenzó a aconsejar a los huelguistas: "La acción industrial ha fracasado; ahora intentad la acción política". A medida que la huelga se debilitaba, el apoyo socialista anterior al liderazgo del IWW se convirtió en crítica. El *New York Call* originalmente un destacado defensor de la causa de los huelguistas, se convirtió en su crítico más abierto. Cuando confundidos los huelguistas le preguntaron a John Reed porqué los socialistas ya no los apoyaban, éste no tenía respuesta. "Todo lo que pude decir", escribió Reed más tarde, "fue que una buena parte del Partido Socialista y la Federación Americana del Trabajo se han olvidado por completo de la lucha de clases".

A mediados de julio, con Quinlan y Boyd en la cárcel, Haywood y Tresca en espera de juicio en otoño, y cientos de otros huelguistas, ya sea en la cárcel o en libertad bajo fianza, finalmente fue liberada Flynn después de un estancamiento del jurado; y los trabajadores de la seda se mantuvieron a raya mantenidos solo por la piel de sus dientes. Aunque los fabricantes también habían empezado a debilitarse en julio, al encontrarse incapaces de cumplir con los pedidos para la próxima temporada de moda del otoño, se mantuvieron unidos. Unidos, los empresarios podrían aprovecharse de las rupturas que se estaban desarrollando en las filas de los huelguistas.

La huelga se derrumbó de una manera que era demasiado predecible. Los trabajadores cualificados de habla inglesa cortaron con la deriva de sus compañeros menos cualificados. El 18 de julio, los tejedores de cintas notificaron al comité de huelga: "Nos hemos retirado de su comité. Vamos a resolver nuestra huelga defendiéndonos a nosotros mismos. Vamos a resolverlo empresa a empresa". Con la secesión de los tejedores de cintas, el comité de huelga decidió, sin tomar una votación en referéndum, permitir que los huelguistas restantes regresasen a trabajar sobre la base de los acuerdos individuales del taller, independientemente de los términos. Para el 28 de julio, todo el mundo estaba de vuelta en el trabajo, y nadie había mejorado mucho los salarios o las condiciones de trabajo.

Más tarde, Flynn afirmó: "Si los huelguistas hubieran podido resistir un poco más por cualquier medio, si hubiera sido posible conseguir dinero... podríamos haber ganado la huelga de Paterson". Pero, como ella argumentó, los socialistas que ofrecieron fondos sólo criticaron y se quejaron de la ingratitud wobbly

Flynn, en un análisis posterior de Paterson, explicó por qué el IWW podía lograr coaliciones de corto plazo con trabajadores industriales inmigrantes pero no podía mantener su compromiso a largo plazo. Según Flynn, para que una victoria obrera pudiera ser significativa tenía que ser doble: los trabajadores deben obtener una ventaja económica, pero también deben alcanzar el espíritu revolucionario. Si una huelga solo pudiera lograr uno solo de esos objetivos, argumentó, es mejor ganar en espíritu que en ventaja económica. Pero incluso Flynn percibió que si el IWW ofrecía a los huelguistas

solo un espíritu revolucionario y nada de pan, su atractivo sería demasiado limitado. En consecuencia, la IWW realizó sus huelgas, como la de Paterson, pragmáticamente. No hay reglas duras y rápidas. Si los huelguistas querían salarios más altos, horarios más cortos y mejores condiciones, los organizadores del IWW les permitieron luchar por ellos. Si querían acuerdos (sin cortapisas temporales) con sus empresarios, los líderes del IWW les permitimos negociar por ellos. La IWW organizó, dijo y aconsejó, pero los huelguistas, la mayoría de las veces en Paterson y en otras partes no entendieron ni aceptaron el pensamiento del IWW, finalmente tomaron sus propias decisiones. Si los huelguistas no habían aprendido de la acción, o si decidían mal, no hay nada que los líderes del IWW pudieran hacer.

Si los organizadores del IWW en Paterson hubieran podido ofrecer consejos correctos y tener el control adecuado, el resultado para los huelguistas y para el IWW podría haber sido diferente. Desafortunadamente, los wobblies no siempre dieron consejos sabios a los huelguistas. Los trabajadores de Paterson buscaban ganar unos centavos más y trabajar unos minutos menos cada día. Pero para Flynn y Haywood, entre otros, los huelguistas regresaron al trabajo con las ganancias, pero "con la misma psicología, la misma actitud hacia la sociedad", habíamos ganado solo un triunfo temporal, no una victoria duradera. Este compromiso de la IWW con objetivos y principios revolucionarios más amplios, este deseo de inculcar ideología entre los trabajadores inmigrantes, hizo difícil, si no imposible, que los wobblies mantuvieran una organización permanente entre los trabajadores que tienen necesidades a corto plazo y cuyo compromiso ideológico es mínimo.

Solo un verdadero creyente en la IWW podría percibir una victoria en Paterson. Durante el pico de la huelga, más de diez mil trabajadores de la seda se inscribieron en el IWW; menos de seis meses después, la estimación más optimista era de mil quinientos miembros con buena reputación en los próximos meses. El NIUTW enfermó después de Lawrence. Después de que la movilización de Paterson concluyó sin que el IWW hubiese mejorado las condiciones de trabajo y de la vida de los inmigrantes, ellos, al igual que los de Lawrence, encontraron la seguridad en sus familias, asociaciones étnicas y grupos religiosos. Para ellos, el IWW nunca fue un hogar, nunca significó una

creencia real, nunca fue el tipo de causa que mereciese un sacrificio absoluto. Por un tiempo, el IWW simplemente les había ofrecido a los trabajadores de Paterson la esperanza de una mejora inmediata en sus vidas miserables.

Paterson no fue la única derrota del IWW en 1913. Su patrón se repitió en otros lugares con resultados igualmente sombríos. Durante el verano de 1912 la IWW había comenzado a agitarse entre los trabajadores no cualificados en las prósperas fábricas de caucho de Akron, Ohio. Al principio, avanzó poco en la organización de los veinte mil trabajadores de la industria, muchos de los cuales eran estadounidenses nativos de las colinas de West Virginia, Kentucky y Tennessee. Sin embargo, a principios de febrero de 1913, justo cuando comenzaba la huelga de Paterson, el IWW anunció una reunión para los trabajadores del caucho de Akron interesados en más cosas buenas de la vida. Poco después de este aviso, 300 hombres se movilizaron en la planta de Firestone, exigiendo salarios más altos. En ese momento, el IWW no podía reclamar más de 150 miembros en Akron; de hecho, los 300 huelguistas de Firestone no sabían casi nada acerca de la IWW como organización sindical radical. En Akron, como en Lawrence y Paterson, los wobblies rápidamente prometieron proporcionar consejo y ayuda a los huelguistas. Para el 15 de febrero, más de 3.500 hombres y mujeres que para entonces habían dejado el trabajo aceptaron con mucho gusto el liderazgo del IWW. Como de costumbre, los huelguistas exigieron no revolución sino pan, un sentimiento que un folleto del IWW convirtió en el eslogan: “¡Menos alcohol para los jefes! ¡Más pan para los trabajadores!” Para el 18 de febrero, la agitación del IWW había aumentado a catorce mil las filas de los huelguistas, los piquetes en masa habían cerrado las principales plantas de caucho de la ciudad y los wobblies proclamaron el control total de la huelga.

Solo una semana después, los empresarios y las autoridades públicas de Akron respondieron a la amenaza del IWW con una represión total. La policía rompió los piquetes y escoltó a los esquiroles al trabajo. Arrestaron a los líderes del IWW y apalearon a los huelguistas para que se sometieran.

Después de que la represión comenzó en serio, las filas de los huelguistas comenzaron a dividirse, y los afiliados locales de la AFL se unieron a la cruzada contra la IWW. Finalmente, el 31 de marzo, el comité de huelga, sin informar

de salarios más altos, horas más cortas o mejores condiciones, informó que el paro había terminado.

Al menos un organizador del IWW aprendió algo de Akron. Escribiendo en *Solidarity*; Frank Donovan comentó: "Una huelga espontánea es una tragedia espontánea a menos que haya una organización local fuerte en el lugar o que una fuerza grande de hombres con experiencia lleguen del exterior a la ciudad de inmediato".

Sin embargo, la lección no se hundió en la conciencia del IWW, ya que en junio los wobblies realizaron una huelga mal coordinada de seis mil trabajadores en la planta automotriz Studebaker de Detroit. Nuevamente, la IWW simplemente asumió el liderazgo de una rebelión espontánea. Después de enmarcar las demandas materiales habituales y aconsejar a los huelguistas con respecto a las tácticas, los wobblies dirigieron una huelga tan infructuosa como las otras que lideró en 1913, e incluso más corta en duración.

Las sucesivas derrotas en Akron, Detroit y Paterson hicieron que el futuro del IWW pareciera tan oscuro que el editor de *Solidarity* sugirió que tal vez la organización debería olvidarse de liderar conflictos industriales prolongados a gran escala. En cambio, recomendó el uso de luchas cortas e intensas "que requieren poca ayuda financiera... como las más efectivas para lidiar con las poderosas fuerzas del capital organizado".

Solo un punto brillante iluminó un paisaje IWW por lo demás sombrío. En abril de 1913, el Sindicato de Fogoneros, Petroleros y Aguas Marinas, con 25.000 miembros y el control efectivo de los barcos en las costas del Atlántico y del Golfo, votaron para afiliarse a la IWW. Seguiría siendo la única organización del IWW estable y efectiva fuera de los Estados occidentales.

Aparte de esto, en el verano de 1913, la IWW parecía estar al borde de la desintegración. El referéndum de afiliación de ese año sobre la elección de oficiales nacionales y la adopción de enmiendas constitucionales contó solo con 2.800 votos. La disensión abierta estalló en la costa Oeste, donde la guerra civil amenazó el futuro del IWW: las cosas se pusieron tan mal que en una reunión en julio, la Junta Ejecutiva General, por unanimidad, suspendió a Walker C. Smith como editor del periódico *Pacific Coast*. Lo más probable es

que los miembros de la junta hayan decidido que la serie editorial de Smith promoviendo el sabotaje y atacando a la administración nacional del IWW, combinada con sus demandas de descentralización organizacional, dañaban la imagen del IWW y su estabilidad. En septiembre, el *Industrial Worker* dejó de publicarse y no se reanudó hasta abril de 1916.

En la víspera de la Convención nacional de septiembre de 1913, incluso Ben Williams cuestionó el futuro del IWW como organización laboral. "En este momento significamos para el movimiento obrero", escribió Williams, "lo que el trapecista para el circo. Una sensación, maravillosa y siempre emocionante. Atraemos a las multitudes. Les damos emociones, hacemos acrobacias y enviamos a la multitud a casa para esperar con impaciencia a que llegue el próximo sensacionalista. En lo que respecta a hacer que el sindicalismo industrial se ajuste a la vida cotidiana de los trabajadores, hemos fracasado estrepitosamente".

La Convención de 1913 no hizo nada para calmar los temores de Williams. Después de que terminó, vio una organización desgarrada por el conflicto entre los que defendían una organización industrial con liderazgo competente y los que defendían la autonomía local completa (descentralizadores) y la democracia plebiscitaria de las bases. Para el economista laboral Robert Hoxie, quien también asistió a la Convención de 1913, las sesiones revelaron que el IWW era patéticamente débil. Después de ocho años de existencia, no podía reclamar más de catorce mil miembros, ni podía pretender haber fundado una organización estable en ninguna industria grande, observó. La IWW, sostuvo Hoxie, "en lugar de ser el sombrío y melancólico poder que se representa en la imaginación popular, es un cuerpo absolutamente incapaz de una acción fuerte, eficiente y unida, y de obtener resultados de carácter permanente; un cuerpo capaz de realizar esfuerzos locales y espasmódicos únicamente... sin ninguna fuerza real... o capacidad de acción constructiva". Como fuerza social directamente efectiva, Hoxie encontró al IWW inútil.

A fines de 1914, el IWW apareció a punto de marchitarse en su propia viña radical. Una planta frágil, que originalmente había echado raíces y florecido en el suelo árido del Oeste americano, pero que trasplantada al Este, sus raíces nunca se afianzaron, sus flores se marchitaron en Lawrence y murieron en

Paterson y Akron. Después de su fracaso en el Este industrial, todo lo que parecía que quedaba para la IWW era regresar al entorno occidental que lo había generado. Esto es lo que los wobblies comenzaron a hacer en 1913 y 1914. En tres años, el radicalismo de la IWW volvería a ser una fuerza social efectiva.

## XII

### **VOLVER AL OESTE, 1913-16.**

Los años 1913 y 1914 no fueron buenos para el trabajador estadounidense. Tampoco fueron mejores para el trabajo organizado, y mucho menos para el IWW. Las reformas legislativas de la Nueva Libertad del Presidente Woodrow Wilson, que fueron aprobadas por el Congreso en el verano de 1913, coincidieron con el inicio de lo que para entonces se había convertido en una típica depresión cíclica en la economía estadounidense (como en 1873 y 1893). A medida que aumentaban los inventarios de negocios, la inversión de capital disminuía y la producción disminuía, la afiliación sindical disminuía. Para la IWW, la depresión solo agravó los desórdenes internos causados por las derrotas industriales en Paterson y Akron, el colapso del *Industrial Worker* y los cismas sectarios siempre dispuestos a fragmentar la estructura inestable de la organización. Hasta que a finales de 1915 no llegasen a América los pedidos de guerra europeos, el entorno económico no mejoraría para las empresas, la mano de obra organizada y, simultáneamente, para la IWW.

Incluso en los años sombríos de 1913 y 1914, el IWW sembró las semillas de descontento que cosecharía en los años siguientes. Una revuelta laboral en Wheatland, California (1913), una explosión sindical en Butte (1914) y la ejecución de un mártir IWW en Salt Lake City (1915) cultivaron el suelo del Oeste americano para obtener una cosecha de odio.

Pocos trabajadores en América se adaptaron mejor a las doctrinas y tácticas de la IWW que los migrantes que seguían las cosechas en la Costa Oeste, desde los campos de fruta y lúpulo de Washington y Oregón hasta los ranchos de los valles de San Joaquín, Central e Imperial de California. Ningún trabajador fue maltratado por sus empresarios, y ninguno carecía de las comodidades elementales de una vida digna: un hogar, una familia, una dieta adecuada.

También mostraron toda la miseria de la vida dentro de tal cultura. A los hombres, mujeres y niños que recibieron poco de la sociedad que los generó, los usó, y los descartó, país, bandera y lealtad eran términos sin sentido. Investigando a los migrantes de California, Carleton Parker los encontró hoscamente hostiles y "siempre... listos para emprender una guerra política o legal contra la clase empresarial". En resumen, eran excelentes reclutas para la guerra total del IWW contra el capitalismo, el sistema estadounidense, y la ley y moralidad "bushwa" (burguesa).

Sin embargo, los organizadores sindicales, incluidos los de la IWW, encontraron a los migrantes difíciles de organizar. Al mudarse de un lugar a otro y de un trabajo a otro, los temporeros eran difíciles de contactar y aún más difíciles de mantener en una organización laboral estable. A menudo desempleados y mal pagados, rara vez podían pagar las cuotas con la suficiente regularidad para mantener la tesorería del sindicato en buena posición. Por lo tanto, antes de 1913, todos los esfuerzos para organizar a los migrantes de la Costa Oeste, ya sea por la Federación estadounidense del Trabajo (AFL) o la IWW, fracasaron.

No es que la IWW no buscara reclutar a los temporeros. Desde las oficinas centrales en Spokane, Seattle, Fresno y otras ciudades de la Costa Oeste, los wobblies se propagaron vigorosamente entre los migrantes. Sin embargo, a pesar de las luchas por la libertad de expresión en la Costa Oeste y la propaganda incesante, no se pudo discernir un aumento significativo en la afiliación del IWW entre los migrantes antes de 1913.

Pero los wobblies occidentales persistieron y finalmente encontraron una técnica de organización que parecía funcionar. Desde Locales del IWW de Redding, Sacramento, Fresno, Bakersfield, Los Ángeles y San Diego, enviaron un flujo continuo de literatura y lo que llegó a ser conocido como "delegados de campamento" al campo. El delegado de campamento llevó el Local del IWW directamente al trabajo. Encontraría trabajo entre los migrantes, hablaría de la IWW con ellos, inscribiría a los interesados en la organización y luego enviaría los nombres, las tarifas de ingreso y las cuotas a la sede local permanente en la ciudad más cercana. Cada uno de los Locales del centro de California permanentes, despachó delegados de trabajo al campo, donde

continuamente se agitaban y organizaban en el trabajo, llevando libros de cuotas y sellos del IWW, tarjetas rojas (carnets), cancioneros y folletos. Los delegados de campo o de trabajo literalmente llevaban a un sindicato local bajo sus sombreros. Esto proporcionó el telón de fondo para un incidente en Wheatland, California, en agosto de 1913 que le dio al IWW la publicidad que buscaba tan desesperadamente y la mayor influencia entre los migrantes que tan ardientemente deseaba.

El Durst Ranch de Wheatland, descrito por el abogado del IWW Austin Lewis como "una fábrica al aire libre", fue en 1913 el mayor empleador de mano de obra agrícola en California. En el verano de 1913, como lo había hecho todos los años justo antes del momento de la cosecha, E. C. Durst hizo publicidad extensiva para la recolección del lúpulo, prometiendo mucho trabajo y altos salarios. Llegaron los trabajadores: sueltos, migrantes nativos; familias inmigrantes desarraigadas de comunidades de Europa y Asia; e incluso algunos niños y niñas de clase media que se concentraban fuera de las ciudades de California para un verano de "diversión" y la oportunidad de ganar algo de dinero en el campo. A fines de julio, unos 2.800 hombres, mujeres y niños habían llegado al rancho de Durst.

Lo que encontraron no fue lo que Durst había prometido. El trabajo no era mucho, los salarios eran cualquier cosa menos altos. Las condiciones de trabajo y de vida eran aún peores. Como de costumbre, para mantener bajos los salarios, Durst había pedido más recolectores de los que necesitaba. Nunca publicaba una tarifa plana por saco recolectado, la modificaba diariamente. Cuando los recolectores eran abundantes, la tasa disminuía; cuando escaseaban, subía. Más de dos mil acamparon en una ladera árida, algunos en tiendas de campaña (que Durst alquilaba a 2,75 \$ por semana), otros en cuadrados de tela semidesnudos, otros en jergones de paja. Hombres, mujeres y niños compartieron ocho inodoros pequeños y descuidados, que en el transcurso de un día promedio estaban rebosantes de desechos humanos e insectos. La suciedad, los gérmenes y la enfermedad abundaron. En los otros campos de lúpulo, las condiciones no eran mejores, probablemente peores. El trabajo comenzó el 30 de julio y durante la próxima semana la temperatura se

mantuvo cerca de los 40,5 °C. Los pozos para beber estaban a una milla del lugar de la cosecha, y Durst se negó a proporcionar agua a sus recolectores.

En este contexto, el viernes 1 de agosto, un puñado de recolectores comenzó a agitarse entre la gran masa para exigir una mejora en las condiciones de trabajo y de vida. En su mayoría wobblies, estos agitadores encontraron una audiencia lista para su mensaje, que enfatizaba la acción directa para reparar las quejas principales de los recolectores. En Richard "Blackie" Ford, un veterano wobbly, los migrantes descubrieron un líder capaz. Ford y los otros wobblies persuadieron a los recolectores para que acordaran una lista de demandas que se presentarían a Durst. Los migrantes pidieron salarios mínimos uniformes, agua gratis en los campos y condiciones de campamento decentes. Durst optó por no escuchar a sus empleados, quienes, a su vez, se hicieron más descontentos y más militantes. Los wobblies circularon por todo el campamento provocando ese descontento, celebrando pequeñas reuniones irregulares el sábado 2 de agosto para demostrar la solidaridad de los migrantes y planeando culminar su agitación en una reunión masiva programada para la tarde del domingo.

A las 5 p.m. del domingo 3 de agosto, cuando un cálido sol azotaba el rancho de Durst, la reunión masiva patrocinada por el IWW se inauguró de manera pacífica. Blackie Ford sugirió que los recolectores considerasen una huelga general que, con la solidaridad de los trabajadores, obligaría a Durst a satisfacer las demandas de los migrantes. En medio de su discurso, corrió hacia la multitud, levantó a un bebé enfermo de los brazos de su madre y, sosteniéndolo ante los recolectores reunidos, gritó: "Es por la vida de los niños que estamos haciendo esto".

Mientras Ford dramatizaba así la situación de los recolectores, a Durst le entró el pánico. Sin saber qué harían dos mil migrantes airados, y menos seguro de lo que se estaba haciendo realmente en la reunión masiva, Durst hizo exactamente lo que otros empresarios amenazados por el IWW habían hecho en el pasado y harían en el futuro: se dirigió a la Ley, llamando al fiscal de distrito del condado de Yuba, el alguacil, sus oficiales y una pandilla especial. Cuando los agentes de la ley se apresuraron a la escena de la reunión (algunos de ellos viajaban en el automóvil privado de Durst), los migrantes se

encontraban en medio de una canción del IWW: "Mr. Block", escrita por el bardo wobbly Joe Hill. Al acercarse al lugar de la reunión, las autoridades pudieron captar las palabras de la canción, que ridiculizaba al trabajador no sindicalizado que aceptaba el mito del éxito estadounidense. "Pobre Bloque", decía el último verso,

*murió una tarde, me alegra mucho decir:*

*Subió la escalera de oro hasta la puerta nacarada.*

*Él dijo: "Oh, Sr. Pedro, una palabra que me gustaría decir,*

*Me gustaría conocer a los Astorbilts y a John D. Rockefeller".*

*El viejo Pedro dijo: "¿Es así?*

*Puedes encontrarlos allí abajo"*

Cuando los oficiales de la ley llegaron al lugar de la reunión, lo que siguió fue quizás inevitable. Durst esperaba que las autoridades dispersaran a la multitud. Para cumplir con sus deseos, un grupo de agentes se acercó a la plataforma del orador para arrestar a Ford, mientras que otro oficial, en un esfuerzo para intimar a la multitud, disparó su escopeta al aire. El intento simultáneo de apoderarse de Ford y el disparo de advertencia injustificado transformó una audiencia ordenada en una multitud ingobernable. Antes de que la violencia se calmara, cuatro hombres —el fiscal de distrito Manwell, un alguacil adjunto, un trabajador puertorriqueño y un niño inglés— yacían muertos. Muchos más fueron heridos o golpeados.

Aunque los funcionarios públicos y los periódicos de California declararon a la IWW responsable del derramamiento de la sangre en Wheatland, Austin Lewis declaró acertadamente que el descontento laboral en el Durst Ranch había crecido espontáneamente. La violencia no podía ser atribuida a la IWW. En cambio, fue, como expresó Lewis, el resultado emocional natural "el impacto

nervioso en las condiciones extremadamente irritantes e intolerables en el que trabajaban esas personas".

Los funcionarios públicos del condado de Yuba y la prensa, sin embargo, acusaron al IWW de ser responsable del derramamiento de sangre. Como resultado, las policías y los detectives de Burns viajaron a lo largo y ancho de California para acusar a personas anónimas de delitos diversos bajo *las ordenanzas John Doe*, entre ellos incitar a disturbios y homicidio en primer grado. Dondequiera que los oficiales o los hombres de Burns descubrieron a un migrante sospechoso de pertenecer al IWW, lo procesaron y lo encerraron en la cárcel. En una pequeña ciudad tras otra, los migrantes fueron encerrados más allá del alcance o protección de un abogado defensor.

[Una orden John Doe es una orden de detención de una persona cuyo nombre verdadero se desconoce.

En general, este tipo de órdenes violan la disposición constitucional que exige que las órdenes de arresto describan en particular a la persona o personas que serán arrestadas]

Debido a que alguien tenía que ser castigado por el derramamiento de sangre del 3 de agosto en el rancho de Durst, y debido a que nadie se atrevería a reprender a los funcionarios públicos responsables, California decidió castigar al IWW. Los funcionarios del condado de Yuba acusaron a Ford y Herman D. Suhr, y a un wobbly mentalmente retrasado también activo en Wheatland, del asesinato del fiscal de distrito Manwell y el alguacil adjunto. Excepto que Ford y Suhr estaban físicamente presentes en el momento y lugar de los supuestos asesinatos, su papel no difiere materialmente del juego de Ettor y Giovannitti en Lawrence el año anterior. Ambos aconsejaron consistentemente a los recolectores de lúpulo que se abstuvieran de la violencia, y los testigos no habían observado a ningún hombre atacar o matar a una persona. Desde el día de su arresto hasta su juicio el 24 de enero de 1914, los periódicos de California presentaron historias que relacionaban a la IWW con destrucción de cultivos, sabotaje, violencia e incluso asesinato. Desde luego, la retórica hiperbólica de la guerra de clases de los agitadores del IWW hizo poco para contrarrestar la imagen pública negativa de la organización. De hecho, la

empeoró. El veredicto de culpabilidad del jurado en el caso Ford-Suhr fue inevitable. Los dos wobblies fueron condenados a cadena perpetua en la Penitenciaría Estatal de Folsom.

La condena y el encarcelamiento de Ford y Suhr no pusieron fin al tumulto provocado por el incidente de Wheatland. Los wobblies organizaron sin demora un movimiento para obtener del gobernador Hiram Johnson un perdón para los dos prisioneros. La campaña del perdón fracasó. Aunque Johnson estuvo de acuerdo en que la justicia había sido menos que perfecta durante el juicio, no podía perdonar fácilmente a las personas que pertenecían a una organización que aconsejaba la acción directa, alentaba el sabotaje y emprendía una guerra de clases sin tregua.

Johnson y los progresistas de California que lo habían colocado en el cargo se dieron cuenta de que se necesitaría más que represión legal para librar a su Estado de la amenaza del IWW. Los progresistas trataron de restringir la influencia wobbly entre los migrantes mediante la reforma de las condiciones de trabajo en los ranchos de California. El gobernador Johnson inició una investigación especial sobre las condiciones laborales de los migrantes por parte de la Comisión Estatal de Inmigración y Vivienda, que el economista laboral Carleton Parker dirigió y completó en 1914. Las investigaciones de Parker en Wheatland y en otras partes del Estado lo llevaron a simpatizar con la difícil situación de los migrantes, aunque permaneció hostil a la IWW. Por lo tanto, la comisión propuso que el Estado regulase las condiciones de manera más efectiva, utilizando el poder que ya tenía para establecer estándares sanitarios y de vida para los campos de trabajo para los migrantes en California. También sugirió que los empresarios podrían combatir mejor al IWW mejorando las condiciones de trabajo, y advirtió a los migrantes que las huelgas, el sabotaje y las manifestaciones violentas no traerían mejoras a sus vidas.

Pero las reformas y sugerencias instigadas por la comisión no libraron a California de la IWW. Los migrantes sacaron sus propias lecciones de Wheatland. Cuando habían sido pacíficos y toleraron la explotación, el Estado y sus progresistas los tenían olvidados. Cuando se dirigieron a la IWW y se

enfrentaron a los empresarios como una fuerza organizada, la negligencia pública cambió a preocupación pública.

En todo caso, Wheatland aumentó la atracción del IWW hacia los migrantes de California. Cuando Paul Brissenden investigó las condiciones laborales de California para la Comisión de Relaciones Industriales en agosto de 1914, descubrió cuarenta Locales del IWW y una afiliación total de unos cinco mil, de los cuales la mitad eran "misioneros revolucionarios" que transmitieron el mensaje y organizaron el trabajo. Un wobbly de California informó orgullosamente a Brissenden: "Hace tres o cuatro años me costó mucho hacer que esos estirados trabajadores parlanchines escuchasen el mensaje del IWW. Ahora es fácil, vienen y lo piden.

Eso era precisamente lo que temían los funcionarios públicos y los empresarios privados de California. La Comisión de Inmigración y Vivienda, liderada en 1914-15 por el reformador progresista Simon Lubin, buscó mejorar aún más las condiciones en las "fábricas y en el campo" de California para limitar la influencia del IWW entre los migrantes. Fallando en eso, la comisión pensó en términos de usar el poder penal federal para suprimir el IWW. Para el verano de 1915, los funcionarios de California ya habían logrado, en cooperación con los funcionarios de los Estados de Washington, Oregón y Utah, obtener un agente especial del Departamento de Justicia para ayudarlos en una investigación de las actividades del IWW en el Oeste. Posteriormente, Lubin informó al fiscal general de los Estados Unidos, Thomas Gregory, que la investigación de la Costa Oeste había establecido, entre otros hallazgos, que los wobblies predicaban y practicaban el sabotaje, la destrucción de propiedades, el incendio y la violación de las leyes federales, e incluso amenazaban a los funcionarios públicos con el asesinato.

Pero Gregory y el Departamento de Justicia leyeron el informe de Lubin de 1915 con escepticismo, considerándolo simplemente otra reacción neurótica local ante una amenaza radical limitada. Sin embargo, solo dos años después, con Estados Unidos involucrado en una guerra sangrienta, el Departamento de Justicia trataría más seriamente el relato occidental de una amenaza para la seguridad nacional planteada por el IWW. En 1917, los occidentales como

Lubin obtendrían la supresión federal de los wobblies que habían reclamado sin éxito en 1915.

# # #

Sólo un año después del incidente de Wheatland, el IWW regresó a Butte, Montana. En 1914, Butte era una de las ciudades sindicales más sólidas de los Estados Unidos. El sindicalismo que dominaba allí tenía una ligera semejanza con el sindicalismo radical de los mineros de fines del siglo XIX o con el impacto original del IWW en el movimiento obrero de la ciudad desde 1905 a 1907. Para 1914 había llegado la forma más moderada de sindicalismo asociado con afiliados de la AFL para prevalecer entre los trabajadores de Butte, los mineros incluidos. Esto hace que el regreso del IWW a la ciudad sea más sorprendente y también más perturbador.

El Local 1 de la Federación Occidental de Mineros (WFM) había controlado durante mucho tiempo el mundo laboral de Butte. Con ocho mil miembros, era el Local más grande de la WFM y de la ciudad. Impresionante en su poder económico antes de 1905, había comenzado a atrofiarse después de que la Compañía Anaconda Copper estableciera su propia hegemonía económica. Una vez que Anaconda emergió triunfante sobre sus rivales comerciales, la capacidad del sindicato para influir en las condiciones de trabajo disminuyó. Los salarios se estabilizaron, las jornadas de trabajo se hicieron más largas (en algunos casos, la semana de siete días prevaleció en las minas y fundiciones) y las condiciones de seguridad se deterioraron.

Aunque los sindicatos y sus miembros parecían conservadores en 1914, Butte, sin embargo, tenía una larga y profunda tradición radical. Los votantes de la ciudad, de hecho, habían elegido una administración socialista en 1913, y los socialistas controlaban el partido más fuerte en Butte. Si bien la secesión del WFM de la IWW en 1907 había socavado la influencia de los wobblies en Butte, los mineros mantuvieron una fe constante en el principio del sindicalismo industrial, lo que le dio a la IWW el prestigio que le faltaba en

otras comunidades industriales. Era solo una cuestión de tiempo antes de que el pasado radical de Butte se reafirmara.

Los radicales no habían desaparecido. Uno de ellos, Thomas Campbell, que desempeñaría un papel clave en la enredada historia laboral de Butte desde 1914 hasta 1920, asistió a la Convención de la WFM de 1911 como delegado del Local 1 de Butte. Se alejó de la Convención convencido de que la AFL y la administración en funciones de la WFM estaban vendidas, y esperaba que los mineros de Butte pronto encontraran "que la organización conocida como IWW tenía la clave para la situación... a pesar de la traición y el engaño de los farsantes laborales de hoy". La "traición y el engaño" a los que Campbell aludió hizo que él y sus compañeros radicales fueran cautelosos. Esto se hizo especialmente evidente después de 1912 cuando los conservadores influenciados por la Compañía (si no dominados) tomaron el control efectivo del Local 1, que para entonces estaba completamente infiltrado de agentes que trabajaban para Anaconda y para el gerente F. Kelley, de las minas de Anaconda de Butte. Incluso aquellos que no eran realmente espías laborales recibieron beneficios especiales de la Compañía si votaban y se comportaban correctamente. Como "hombres de la Compañía" recibían acuerdos especiales de arrendamiento y mejores áreas de trabajo en las minas.

Con los conservadores en la silla del sindicato, los operadores de la mina cabalgaron por encima de sus empleados más militantes. El Local 1, por ejemplo, no protestó contra el despido por la compañía de entre doscientos y trescientos mineros socialistas finlandeses. Cualquier minero o miembro de un sindicato que se quejara de la influencia de la compañía podía ser catalogado como socialista, "tambaleante" o anarquista y arrojado por la ventana de la sede del sindicato.

Sin embargo, el dominio de la Compañía en el Local 1 hizo que un número cada vez mayor de miembros del sindicato se sintieran insatisfechos con la falta de democracia sindical y con las pesadas evaluaciones para apoyar a los huelguistas en otros lugares. Lo más importante es que los mineros se desilusionaron con la incapacidad de su organización para mejorar las condiciones de trabajo en Butte.

La opinión de la masa de mineros sobre estos desarrollos se hizo evidente el 13 de junio de 1914, que era el Día de la Unión de Mineros y un día feriado en Butte. Tradicionalmente, todos los mineros de la ciudad desfilaban por el centro de la ciudad, después de lo cual celebraban con una orgía de oratoria, concursos de taladrado de máquinas, exhibiciones de boxeo y competiciones de bebedores. Pero el 13 de junio de 1914, solo cuatrocientos de los ocho mil mineros locales acudieron al desfile; incluso la policía, que usualmente acompañaba a los asistentes, se negaba a marchar. Los mineros no participantes se alinearon en las calles a lo largo de la ruta del desfile preparados para atacar a los hombres de la Compañía que controlaban el Local 1. Antes de que los desfilantes pudieran llegar muy lejos, una multitud de espectadores enojados los atacó y obligó a los manifestantes a huir y refugiarse. De repente, un miembro de la multitud gritó: “¡Vamos a destruir el Salón!” (Sede del Local 1). Asaltando el edificio, los enfurecidos mineros destruyeron todo lo que tenían a la vista, lanzaron un piano por la ventana, seguidos de libros, muebles y dos cajas fuertes.

Lograda la destrucción, los mineros rebeldes se volvieron a la tarea de la construcción. Los líderes insurgentes decidieron establecer un nuevo sindicato completamente independiente del Local 1, y planearon un referéndum temprano sobre la cuestión abierta a todos los mineros. El referéndum se desarrolló pacíficamente según lo programado, con 6.348 mineros que se declararon en contra del antiguo sindicato y solo 243 votaron a favor. La nueva organización, llamada el Sindicato de Trabajadores de Minas de Butte, no estaba afiliada a la WFM-AFL o IWW.

La creación del sindicato independiente solo empeoró la agitación laboral de Butte. Los oficiales de la anaconda y los oficiales del Local 1 estaban naturalmente disgustados. También lo estaban Charles Moyer, presidente de la WFM, y Samuel Gompers. Funcionarios de la compañía, líderes locales, Moyer y Gompers culparon a la IWW de los problemas laborales de Butte. En lugar de intentar apaciguar a los mineros del nuevo sindicato o intentar reformar y reconstruir el Local 1, Moyer se unió a los desacreditados funcionarios del sindicato local para combatir a los insurgentes.

Al parecer, sin darse cuenta de la profunda hostilidad local hacia él mismo y hacia su organización, Moyer llegó a Butte el 23 de junio con la esperanza de convertir a los mineros a su punto de vista y recuperar la lealtad del Local 1. En cambio, conoció el odio: profundo, irracional y violento. Pocos mineros se presentaron a su charla esa noche en el antiguo salón de la Unión. La mayoría de los mineros se reunieron en la acera afuera para gritar imprecaciones y amenazas al presidente del WFM. Sin embargo, Moyer trató de hablar, es decir, hasta que sonó un disparo en algún lugar de la sala. Los disparos estallaron repentinamente por todos lados. Cuando un hombre cayó muerto afuera en la calle, la turba anti-Moyer se enfureció y atacó la sala del sindicato, colocándola bajo asedio total. Moyer y sus partidarios temiendo por sus vidas, huyeron por una salida trasera, mientras que una multitud armada, estimada en 150, ocupaba el pasillo desde la acera delantera. Después de que Moyer y su grupo completaron su escape a través de la escalera de incendios trasera, la turba entró en la sala, colocó cargas de dinamita en ella y la voló por los aires.

Una vez más, ningún funcionario local se opuso a la ira destructiva de los mineros. Esa noche entera, los mineros anti-Moyer tuvieron a Butte para sí mismos, mientras los residentes de clase no trabajadora, esperando lo peor, se atrincheraron en sus hogares. A lo largo de ese explosivo día y de la noche, el alcalde socialista de Butte, Lewis J. Duncan, aconsejó al gobernador de Montana que todo estaría bien si las autoridades dejaban en paz a los mineros.

Una vez más, los funcionarios de Moyer, Gompers y Anaconda culparon a la IWW por los problemas de Butte. Era cierto, particularmente después de la dinamita del 23 de junio en la sala de la unión, que los agitadores del IWW habían tomado las calles con mayor vigor. También era cierto que varios de los líderes insurgentes locales, en particular Tom Campbell y Joe Shannon, eran para ese entonces probablemente miembros de la IWW, y militantes en ese sentido. Pero sostener que doscientos wobblies de una sociedad propagandística, la única organización oficial mantenida por el IWW en Butte en 1914, fueron responsables de toda la agitación y la tensión de la ciudad es estirar la cosa. Después de todo, el nuevo sindicato de mineros independientes reclamaba 5.400 miembros, e incluso los simpatizantes del IWW acordaron que no más de un centenar de estos eran wobblies. De hecho, algunos de los

manifestantes que Moyer tomó por wobblies eran probablemente detectives privados, del Sindicato de Trabajadores de Minas o de la liga de propaganda de la IWW que se habían infiltrado en el Local 1.

Después de que la violencia de junio se calmase, el Sindicato de Trabajadores de Minas de Butte ejerció un control firme sobre el trabajo en las minas. Negó el trabajo a los no miembros, deportó sumariamente a sus oponentes o lo intentó, y solicitó y ganó la afiliación en la organización sindical central del Condado de Silver Bow.

Ni Moyer, Gompers ni los funcionarios de Anaconda disfrutaron de estos nuevos desarrollos. Gompers consideraba deplorables las condiciones laborales en Butte, y el 30 de agosto sugirió a Moyer que el gobernador de Montana podría ejercer su poder para reprimir a los mineros insurgentes. El presidente de la AFL atacó a los insurgentes de Butte simultáneamente en varios frentes. Le ordenó a la organización sindical central de Butte que les negara un asiento a los rebeldes, aconsejó a varios presidentes de sindicatos internacionales que eliminaran a los alborotadores de su membresía en Butte, e incluso acordó sancionar el uso del poder de la policía militar por parte del gobernador. Sin embargo, hasta la mañana del 31 de agosto, cuando los sindicalistas insurgentes dinamitaron una choza en una mina local, los opositores de los rebeldes tuvieron la oportunidad de tomar represalias. Incluso antes de que saliera el humo de la zona de la choza, el sheriff del condado había emitido órdenes de arresto contra los dirigentes sindicales de los mineros, y también había cableado al gobernador solicitando tropas. Al día siguiente, 1 de septiembre, la milicia llegó a Butte para colocar a la ciudad y al condado bajo la ley marcial según ordenó el gobernador.

Antes de que una decisión de la Corte Suprema del Estado finalmente levantara la ley marcial varios meses después, las tropas habían aplastado al Sindicato de Trabajadores de Minas. Tan pronto como llegaron a Butte, su comandante prohibió todas las reuniones en la calle (excepto las del Ejército de Salvación), censuró los periódicos locales, cerró la prensa socialista y arrestó a líderes sindicales insurgentes. Los detenidos fueron recluidos en régimen de incomunicación, sin fianza, y fueron juzgados por tribunales militares sin un indicio del debido proceso. Cuando la milicia finalmente se

retiró de Butte a fines de 1914, ya no existía el que había sido el sindicato de mineros más fuerte en Occidente.

Moyer y Gompers demostraron ser sus propios peores enemigos y los mejores aliados del IWW. No solo no lograron poner fin a la influencia del IWW en Butte, sino que, sin darse cuenta, destruyeron al resto de la fuerza del Local 1 y socavaron el poder de otros afiliados locales de la AFL. Sus cargos histéricos de influencia y conspiración del IWW le dieron a Kelley y al gobernador una base firme sobre la cual erigir sus políticas represivas antisindicales. Además, el respaldo de Moyer y Gompers a los funcionarios sindicales locales corruptos e incluso a la represión militar alejó completamente a los mineros de Butte de la WFM y la AFL. Cuando el sindicalismo regresó a Butte con toda su fuerza durante la Primera Guerra Mundial, vendría en forma de una gran unión de mineros independientes y un IWW local más pequeño, que, debido a su antagonismo hacia la WFM y la AFL, cooperaron estrechamente. Después de 1914, los líderes sindicales destacados de los mineros en Butte serían miembros del IWW o compañeros de viaje. Los desarrollos en Butte dejarían implicaciones aún mayores para el futuro del IWW entre los mineros occidentales. Los errores de Moyer allí, que pronto se repitieron en otros lugares, abrieron toda la industria minera occidental no ferrosa a la influencia y penetración del IWW, que alcanzaría su punto máximo en los años de guerra.

# # #

El sábado por la noche, el 10 de enero de 1914, dos hombres armados y enmascarados entraron en el pequeño supermercado de Salt Lake City de John G. Morrison. Morrison estaba solo en la tienda con sus dos hijos adolescentes, Arling y Merlín, quienes estaban ayudando a su padre a cerrar la tienda por la noche. Uno de los hombres enmascarados gritó al mayor Morrison, "Te tenemos ahora", y luego uno de ellos disparó directamente al tendero. Un Merlín asustado se apresuró a esconderse cuando su padre cayó, y su hermano mayor Arling tomó un arma y devolvió el fuego. En este punto, los dos hombres armados giraron sus revólveres sobre Arling e introdujeron tres

balas en su cuerpo, matándolo casi instantáneamente. Dejando a un joven muerto, a un hombre moribundo y a un niño aterrorizado, los asaltantes huyeron de la tienda de comestibles sin tomar dinero ni mercancías. Más tarde, esa misma noche, John Morrison murió, sin dejar ninguna pista sobre sus asesinos.



Joe Hill

Tres días después, el 13 de enero, la policía de Salt Lake afirmó tener a un principal sospechoso bajo custodia. La misma noche en que los dos Morrison fueron asesinados, un trabajador itinerante apareció en el consultorio de un médico local, solicitando ser atendido por una herida de bala en el pecho, que según él había recibido en una pelea por una mujer. Apenas tres días después, el médico, llamado McHugh, denunció este caso a la policía, quien, con la colaboración del médico, detuvo al sospechoso en su pensión, donde todavía estaba en cama recuperándose de la herida de bala del 10 de enero. (Durante el arresto, la policía disparó al hombre herido en la mano). El 22 de enero, el sospechoso, ahora identificado como Joseph Hillstrom, alias Joe Hill, se declaró "no culpable" de los cargos de asesinato. Seis días después, en una audiencia judicial preliminar, testigos en el vecindario del asesinato identificaron a Hill como uno de los asesinos enmascarados a quienes habían visto huir de la tienda de comestibles. El tribunal lo obligó a juicio el 10 de junio.

Hasta ese momento, no había nada inusual en el caso. Hubo un par de asesinatos brutales y la policía estaba naturalmente ansiosa por localizar a un sospechoso para satisfacer el clamor de venganza del público. El principal sospechoso había aparecido en la persona de Joe Hill, un trabajador itinerante desempleado, que también recibió un disparo la noche del 10 de enero (al igual que uno de los asesinos) y que se negó a proporcionarse una coartada, insistiendo en que no podía hacerlo ya que estaba en juego el honor de una mujer. Por lo general, un hombre sin importancia como Hill pudo haber sido rápidamente juzgado, condenado y ejecutado sin un susurro de protesta. Después de todo, ¿quién era Joe Hill?

En enero de 1914, pocos residentes de Salt Lake podrían haber respondido esa pregunta. Al principio, incluso la policía de Salt Lake tenía poca información sobre su sospechoso. Tal vez algunos wobblies sabían algo sobre Hill, pero incluso en su caso, el conocimiento sobre él era limitado. Muchos wobblies afirmaron conocer a Hill pero, de hecho, conocían sus canciones, no al hombre. Como comentó el IWW en el primer relato sobre el arresto de Hill, "En cualquier parte donde los rebeldes se encuentren, se conoce el nombre del compañero Joe Hill. Aunque es posible que no lo conozcamos personalmente, ¿Quienes de entre nosotros pueden decir que no están en condiciones de hablar de 'Scissor Bill' (Rompe la factura), 'Sr. Block', la famosa 'Casey Jones' y muchas otras baladas del *Pequeño libro de canciones rojas*?"

Las respuestas a esa pregunta no tardaron en llegar. Nacido en Suecia, el 7 de octubre de 1879, Joel Hagglund, el hombre que se hizo famoso como Joe Hill, emigró a los Estados Unidos en 1902. Durante diez años trabajó de forma itinerante, apilando trigo, poniendo tuberías, cavando cobre y trabajando en el mar. Mientras trabajaba y viajaba por los Estados Unidos, compuso canciones, poemas y versos ociosos. Su nombre fue cambiado a Joseph Hillstrom, y luego a Joe Hill. Estos cambios de nombre reflejaron sus intereses cambiantes. En algún momento de 1910, Hill se interesó en los asuntos laborales y el radicalismo, obtuvo un carnet rojo de afiliado en el local de la IWW de San Pedro y, más tarde ese año, se convirtió en un agitador activo en el área de Portland. En 1912 participó en la lucha de la libertad expresión de San Diego. Su deambular eventualmente lo llevó a Utah, donde, en algún momento de

1913, trabajó en las minas de cobre de Bingham Canyon y también para una empresa de construcción local. Joe Hill se movió, participó y posiblemente organizó dos huelgas vinculadas al IWW en las cercanías de Salt Lake City. En el momento de su arresto y acusación, estaba desempleado.

Independientemente de lo que hayan sido, las circunstancias exactas que llevaron a Joe Hill a Utah y lo mantuvieron allí lo transformaron de un oscuro trovador “tambaleante” en un mártir legendario. En abril de 1914, más de tres meses después del arresto de Hill, el IWW se interesó por primera vez en su caso, formando comités de defensa, solicitando fondos y, al mismo tiempo, afirmando que Hill estaba siendo atacado y enjuiciado no por haber asesinado a los Morrison, sino simplemente porque era un wobbly.

Incluso antes de que su caso llegara a juicio, Joe Hill había sido condenado en el tribunal de histeria pública. Los procedimientos previos al juicio y el juicio subsiguiente violaron muchos de los principios procesales. Desde el momento de su arresto hasta que comenzó el juicio, Hill careció de asistencia legal. La policía y la prensa crearon un ambiente hostil que redujo las perspectivas mínimas de un juicio justo. Más tarde, el juez de primera instancia favoreció la acusación y obstaculizó la defensa. Ningún testigo identificó absolutamente a Hill como el asesino, nunca se presentó ningún motivo para explicar el crimen, no se pudo encontrar una bala que vinculara a Hill con el asesino presuntamente herido en la tienda de comestibles, y no se pudo encontrar una pistola para relacionar a Hill con el asesinato ya sea del tendero o su hijo. Sin embargo, el 26 de junio de 1914, un jurado declaró a Joe Hill culpable y el 8 de julio un juez lo condenó a muerte.

El veredicto y la sentencia simplemente sirvieron como una introducción al caso Joe Hill. Durante el próximo año y medio, una campaña de defensa de proporciones internacionales reunió apoyo para Hill. Desde Salt Lake City a San Francisco, desde Nueva York a Washington DC, desde Estocolmo a Berlín, sus simpatizantes protestaron del veredicto y exigieron un indulto. Miles de cartas y telegramas de protesta llegaron al gobernador de Utah, William Spry. Aunque la campaña de defensa finalmente no pudo salvar la vida de Hill, sí produjo un mito y un mártir de las historias difundidas sobre el personaje increíblemente ejemplar de Hill.

El mismo Hill se sumó al mito de los mártires al escribir una serie de cartas mientras se encontraba en prisión a la espera de su ejecución. Revelan a un hombre y una mente cálidamente humanos y dispuestos a enfrentar la muerte con patetismo y humor irónico. También revelan la mente de un hombre que sabía cómo desempeñar el papel de mártir. Para Elizabeth Gurley Flynn, enfatizó su propia insignificancia: "No podemos permitirnos agotar los recursos de toda la organización y debilitar su fuerza de combate solo por un individuo: el sentido común le dirá que... Habrá muchos nuevos rebeldes que vendrán a "llenar el vacío" como lo dicen las noticias de guerra, y uno más o menos no cuenta más que en la Guerra Europea". Hill desempeñó su papel hasta el final. El 18 de noviembre, la víspera de su ejecución, escribió a Haywood, "Adiós, Bill, moriré como un verdadero rebelde triste. No pierdas el tiempo en luto. Organiza". Entonces escribió su última voluntad:

*Mi voluntad es fácil de decidir,*

*Porque no hay nada que dividir.*

*Mis familiares no necesitan quejarse y gemir...*

*"El musgo no se aferra a una piedra rodante".*

*¿Mi cuerpo? Ah, si pudiera elegir,*

*Quisiera reducirlo,*

*Y que soplen las brisas alegres.*

*Llevando mi polvo hasta donde crecen flores.*

*Quizás alguna flor desvanecida entonces*

*Volverá a la vida y florecerá de nuevo.*

*Esta es mi última y final voluntad.*

*Buena suerte para todos ustedes.*

El 19 de noviembre de 1915, un pelotón de fusilamiento de Utah ejecutó a Joe Hill. Hill recibió un funeral de mártir. Llevado a Chicago, su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Waldheim junto a las tumbas de los anarquistas de Haymarket. Haywood, un radical laboral estadounidense, y Jim Larkin, un radical laboral irlandés, pronunciaron las últimas palabras sobre su tumba. Larkin declaró: "Dejad que su sangre fortalezca las muchas secciones divididas de nuestro movimiento y que nuestro lema para el futuro sea: el cuerpo de Joe Hill yace en la tumba, pero la causa continúa".

Joe Hill llegó a Utah como un trabajador migrante insignificante; cuando su cadáver salió del Estado dos años después, fue proclamado internacionalmente como un mártir de la causa de los trabajadores. Según la canción de Alfred Hayes y Earl Robinson, "Joe Hill no morirá". Durante los siguientes cincuenta años, wobblies, novelistas, dramaturgos y poetas guardaron viva la memoria del inmigrante rebelde sueco. En ese período, muchos wobblies intentaron emular el atractivo de Hill para el autosacrificio, y varios tuvieron destinos comparables.

Probablemente nunca tendremos pruebas definitivas de si Hill fue culpable o inocente del delito por el que fue ejecutado. Basta con decir que su culpabilidad no puede probarse más allá de una duda razonable, ni su inocencia puede establecerse positivamente. Lo que una vez había hecho o en lo que creía no tenía importancia después de su arresto, juicio y ejecución. Lo que se volvió importante fue cómo los wobblies, radicales y otros sentían acerca de él. Para todos los wobblies, la mayoría de los radicales y muchos otros estadounidenses, Hill se convirtió en un símbolo del sacrificio individual que hizo posible una nueva sociedad revolucionaria. En la muerte, Joe Hill se convirtió en un símbolo y, como símbolo, asumió más importancia de la que nunca había tenido como hombre vivo.

###

Mucho más importante para el futuro de la IWW que los incidentes explosivos y emocionantes en Wheatland, Butte y Salt Lake City fue la tediosa agitación y organización de los wobblies entre los recolectores migratorios en los Estados de las Llanuras. Cada verano, miles de hombres y niños se desplegaban en Chicago, Kansas City, Sioux City y las ciudades gemelas de Minneapolis y St. Paul para seguir la cosecha de trigo de Texas al Norte a través de las Llanuras hasta el Sur de Canadá. Al igual que los trabajadores agrícolas migrantes de todo el mundo, trabajaban largas horas por un salario mínimo y con alojamiento y comida execrables.

Al igual que los migrantes de la Costa Oeste, los de los Estados de las Grandes Llanuras carecían de esposas, familias, hogares, raíces y nada los ataba a la sociedad. Sin embargo, su alienación, aunque con frecuencia inconsciente, fue completa. Parecían reclutas perfectos para las ideas de la IWW, como dijo un wobbly, quien vio en ellos la última y mejor oportunidad de establecer el *One Big Union*: "En ningún otro lugar se puede encontrar una sección de la clase trabajadora tan admirablemente preparada para servir de exploradores y guardias avanzados del ejército del trabajo. Pueden convertirse perfectamente en los guerrilleros de la revolución, en los francotiradores de la lucha de clases".

Sin embargo, los migrantes de las Grandes Llanuras eran tan difíciles de organizar sobre una base estable como sus contrapartes en la Costa Oeste, y por las mismas razones. Después de experimentar con nuevos métodos de reclutamiento durante la cosecha de verano de 1914, los wobblies planearon hacer de este tema el principal asunto a discutir en su próxima Convención nacional. En una Convención marcada por el pesimismo y el fracaso, los delegados del IWW adoptaron una moción presentada por Frank Little para convocar una Conferencia a principios de 1915 que reuniese a miembros de diferentes lugares que bordean el distrito de la cosecha para determinar formas y medios para combinar los esfuerzos de la organización para sindicalizar a los cosechadores. La prensa del IWW continuó la discusión, ya que numerosos wobblies del medio Oeste ofrecieron sugerencias sobre cómo organizar mejor las manos de la cosecha. Todos los alegatos y consejos hicieron hincapié en la organización del trabajo. Los pronunciamientos

revolucionarios, concluyó un editorial, serían inútiles sin organización en el punto de producción. "Alrededor de todo trabajo desagradable, monótono y espantoso como este en muchos casos, es donde centramos todas nuestras aspiraciones revolucionarias", continuó el editorial. Haywood, elegido Secretario General en la Convención de 1914 tras la jubilación de St. John, hizo de la organización de los temporeros su primera tarea. Anunció la formación de una Oficina de Trabajadores Migrantes para ayudar a los recolectores a mejorar sus condiciones de trabajo, y programó dos reuniones organizativas para líderes del IWW y migratorios que se realizarían en Kansas City en abril y mayo de 1915.

El 15 de abril de 1915, trabajadores de la cosecha y wobblies de puntos tan lejanos como Des Moines, Fresno, San Francisco, Portland (Oregón), Salt Lake City y Minneapolis, descendieron a Kansas City para fundar una organización de trabajadores de la cosecha del IWW. Estos delegados crearon rápidamente la Organización de Trabajadores Agrícolas (AWO, Local 400), compuesta por todos los sindicatos locales cuyos miembros trabajaban en los distritos agrícolas de los Estados Unidos y Canadá. Una vez hecho esto, los delegados propusieron un Secretario General-tesorero como el responsable que presidiría el AWO, y los delegados de campo, contrapartes de los delegados de trabajo de la costa Oeste. Significativamente, la reunión de Kansas City resolvió desestimar el discurso en la calle y las tribunas de cajas de jabón como métodos organizativos; los delegados parecían más interesados en los miembros y en las cuotas que en la propaganda y la retórica revolucionaria. Antes de terminar, los delegados eligieron a Walter T. Nef como Secretario-tesorero general y eligieron una Junta Ejecutiva de cinco hombres para ayudarlo.

Haywood prometió a Nef, a sus asesores ejecutivos y a los delegados el apoyo financiero adecuado para lanzar la organización, y dejaron Kansas City con grandes esperanzas.

Esas esperanzas pronto serían justificadas, porque el destino del AWO estaba en manos capaces. Nef era un wobbly experimentado, dedicado y sensato. Él ya había organizado en ambas costas, así como en el cinturón del trigo. Había trabajado en la construcción, madera y minería, así como en la agricultura. Fue

un constructor, no un refuerzo. Un organizador, no un propagandista. Estableció rápidamente una tarifa de ingreso de 2 \$, alta para los estándares del IWW pero necesaria para la creación de una organización estable. Si el sindicato era lo suficientemente importante, argumentó Nef, el trabajador pagaría por pertenecer a él y hacerlo funcionar de manera efectiva.

Los objetivos inmediatos de Nef eran limitados. El AWO entró en los campos de cosecha para exigir un mejor trato hoy, no una revolución mañana. Un día de diez horas, un salario mínimo, un pago de prima por hora extra, una buena pensión y camas limpias; esto es lo que buscó el AWO en el verano de 1915. En agosto, durante la cosecha de Kansas, la AWO había logrado muchas de sus demandas, y con cierto optimismo, comenzó a trazar demandas más fuertes para la próxima cosecha del Norte. El aumento de las listas de miembros y el aumento de los ingresos hicieron posible que Nef anunciara el 7 de agosto la apertura de una oficina central permanente del AWO en Minneapolis. Desde esa oficina, Nef envió a cien delegados de trabajo al campo, quienes trajeron al menos cien nuevos miembros por semana. Para septiembre, el AWO contaba con mil quinientos miembros solo en Dakota del Norte y otros trescientos a quinientos en Dakota del Sur. A medida que la temporada de cosecha se acercaba a su fin, la AWO reportó aumentos semanales de afiliación. Al final de la cosecha, cuando se celebró una segunda Convención en Minneapolis (del 15 al 16 de noviembre), la AWO reclamó un mínimo de tres mil miembros.

El optimismo se extendió desde el AWO hasta el resto del IWW. Más tarde, Ben Williams recordó 1915 como la primera vez en sus diez años con la organización en que el IWW tenía fondos suficientes: dinero suficiente para alquilar una Oficina General grande en Madison Street en Chicago, donde también estableció una planta de impresión y oficinas editoriales para extranjeros en varios idiomas, mientras planificaba futuras consolidaciones de operación con su Sede General expandida y repentinamente rica.

Mientras tanto, Nef y AWO propusieron proyectos más grandiosos para el futuro inmediato, sugiriendo, entre otras cosas, el establecimiento de sedes permanentes de la sucursal de AWO en Omaha, Sioux City y Kansas City, desde la cual los delegados de trabajo podrían organizar la cosecha de 1916 de manera más eficiente. Nef ahora planeaba organizar también cosechadores de

maíz y madereros. El 12 y 13 de diciembre de 1915, cincuenta y cinco delegados del IWW, reunidos en Sacramento, fundaron una sucursal del AWO en California, siguiendo exactamente el patrón de su matriz de Minneapolis. En poco tiempo, los leñadores de Minnesota, así como todo el Local de los trabajadores de la madera de Spokane, se hicieron miembros de la organización de Nef. Con un superávit adecuado en su tesorería y con más de dos mil miembros cotizantes, el futuro del AWO se veía brillante.

Los subalternos de Nef se dirigieron a los campos de trigo en 1916 con las mismas tácticas que habían utilizado en 1915: organización en el trabajo y mejoras inmediatas en las condiciones. El negocio nunca fue mejor para ellos. En julio, la AWO recibió a cuatro mil nuevos miembros, con la expectativa de otros seis mil en agosto. A fines de agosto, reclamó más de doce mil miembros y control del trabajo en muchos campos de cosecha y distritos agrícolas, donde los salarios y las horas cumplían con los estándares del AWO. A medida que el dinero y los miembros iban llegando, la Sede General del IWW creció extasiada con su campaña de cosecha. El 30 de septiembre de 1916, *Solidarity* dedicó un tema completo a las actividades de los cosecheros. El AWO cerró la temporada de la cosecha de 1916 con veinte mil efectivos, aparentemente habiendo demostrado que con las tácticas adecuadas y el liderazgo necesario, los trabajadores migratorios podían organizarse.

Nef y Haywood soñaban con utilizar los éxitos del AWO como una base desde la cual penetrar en otras industrias, aunque no estaban de acuerdo con respecto a cuál debería ser el papel preciso del AWO. Sus diferencias de opinión con Haywood llevaron a Nef a renunciar como Secretario-tesorero general del AWO en noviembre de 1916 y mudarse a Filadelfia, donde estableció una oficina del IWW siguiendo el modelo del AWO. Nef propuso reclutar trabajadores de Filadelfia independientemente de su industria particular para su organización, hasta que el IWW haya establecido sindicatos industriales estables en todas las áreas. Él no eligió Filadelfia por accidente. En abril de 1916, el IWW tenía más de tres mil miembros con buena reputación en una sucursal local del Sindicato de Trabajadores del Transporte Marítimo, que tenía el control total de los trabajos en la línea costera de la ciudad, el tipo

de contratación exclusiva y acuerdos salariales que los sindicatos de AFL se enorgullecían de lograr.

En todas partes, que mirase un wobbly en 1916 veía revivida su vida organizativa: en los campos de trigo del Medio Oeste, los naranjales del Sur de California, los bosques de abetos de Douglas del Pacífico Noroeste, los bosques del Norte de Minnesota, el puerto de Filadelfia, la sede de Chicago y lo más espectacular de todo era en las vastas colinas del hierro de Mesabi en el Norte de Minnesota, donde, en el verano de 1916, el IWW realizó su huelga más espectacular desde Lawrence y Paterson.

### XIII

#### MINEROS, LEÑADORES Y UNA IWW REORGANIZADA, 1916

El año 1916 la fortuna del IWW creció como una inundación. Cosechando triunfos en los campos de trigo y con fondos frescos para apoyar sus actividades, los organizadores wobbly inundaron las regiones mineras y madereras del Norte de Minnesota, los bosques del Inland Empire y las Cascades, y los campos de trigo, fruta y lúpulo de Washington y Oregón.

A unas 75 millas al Norte de Duluth, Minnesota, en una de las regiones más aisladas de ese Estado, se encuentra un grupo de colinas bajas, rodeado de grandes desechos de tierra, cubiertos solo con los tocones carbonizados y ennegrecidos de un bosque de pinos que una vez fue magnífico. Las colinas se extienden por 50 millas al Este y el Oeste, ocultando un inmenso tesoro mineral debajo de sus pechos ennegrecidos. Desde pozos inclinados conducidos a mil pies debajo de la superficie de la tierra, los mineros dinamitan, taladran, recogen, y palean para sacar a la superficie 2 millones de toneladas de mineral de hierro por año; sobre el suelo, gigantescas excavadoras de vapor desgarran la corteza terrestre, eliminando más de 20 millones de toneladas de mineral de hierro blando cada año. Estas minas subterráneas y a cielo abierto del Mesabi Range de Minnesota alimentaban las insaciables plantas de acero de Gary, Youngstown y Pittsburgh.

A medida que la riqueza mineral salía de las Colinas de Mesabi, entraron las grandes Corporaciones. Las principales Compañías de acero de la nación tomaron posesión de la gama de mineral primario. Para 1902, la Oliver Mining Company, una subsidiaria de la United States Steel, era el operador individual más grande de la gama.

A diferencia de otros distritos mineros aislados, las Colias nunca fueron arruinadas por las Compañías. En cambio, las pequeñas comunidades

fronterizas independientes crecieron y florecieron, manteniendo el ritmo de la propia expansión de la industria minera. Para 1916, más de sesenta mil personas vivían en las cinco ciudades del área de distribución, que juntas formaban una comunidad integrada (Virginia e Hibbing, las dos ciudades más grandes, con una población de quince mil habitantes). Aunque no estaban controladas por las corporaciones mineras, las ciudades dependían en gran medida de la prosperidad de la empresa. Comerciantes locales y profesionales atendían a familias de clase trabajadora. Los gobiernos municipales, utilizando impuestos arrebatados con protestas a las Compañías mineras, les proporcionaron a sus residentes calles pavimentadas y con mucha luz, edificios públicos elegantes y escuelas excelentes.

Detrás de la fachada cuidadosamente construida de caminos blancos y edificios públicos, sin embargo, las llagas comunes de la vida en la América urbana se impusieron. Aunque los salarios y las ganancias locales parecían altos, el costo de vida en estas comunidades mineras aisladas era igualmente alto.

Las divisiones étnicas se sumaron a los problemas de los mineros. Siempre sin trabajo, los empresarios habían introducido a grupos sucesivos de inmigrantes en la fuerza laboral de las minas. Primero vinieron los irlandeses, los córnicos de Cornualles y los escandinavos, muchos de los cuales traían experiencia minera previa de su trabajo en pozos profundos. Después de 1905, a medida que la minería a cielo abierto se expandía y aumentaba la demanda de mano de obra no cualificada, los finlandeses, seguidos por los inmigrantes del este y sur de Europa, entraron en la fuerza laboral. Para 1912, se podían escuchar más de treinta lenguas diferentes en las ciudades de la zona de distribución, y los diversos grupos étnicos habían caído en distintos campamentos. Los primeros en llegar se convirtieron en capitanes de minas, jefes de turno, trabajadores cualificados y altamente remunerados y, en ocasiones, empresarios locales exitosos. Los recién llegados hicieron el trabajo sucio y fueron explotados por aquellos que los habían precedido en la gama.

La IWW había buscado esporádicamente organizar a los mineros inmigrantes de la Cordillera Mesabi. En 1913, por ejemplo, Frank Little, James Cannon y E. F. Doree llevaron las ideas “tambaleantes” hacia el Norte. Comenzando en

Duluth entre los estibadores de muelle y los manipuladores de mineral, planearon moverse hacia el Norte y el Oeste hacia las comunidades de distribución. Pero en agosto, los empresarios locales de Duluth secuestraron a Little, y aunque otros wobblies lo rescataron más tarde, estas tácticas represivas impidieron que el IWW obtuviera reclutas en el distrito.

Durante los siguientes tres años, a medida que los triunfos de la Organización de Trabajadores Agrícolas (AWO-IWW) proporcionaron nueva vida y dinero a la IWW, los wobblies observaron atentamente los desarrollos laborales en las Colinas. El 7 de febrero de 1916, un informe de AWO concluyó: "El organizador finlandés está en la mina y espera buenos resultados tan pronto como el clima mejore un poco". Varios días más tarde, Walter Nef notó que la IWW acababa de establecerse como Local 490 y que incluía dentro de su jurisdicción a los mineros del hierro del Norte de Minnesota. Aproximadamente al mismo tiempo, los finlandeses radicales contactaron a Nef para solicitarle organizadores eslavos del sur e italianos. A menos que vinieran los organizadores italianos y eslavos, advirtieron que estallarían huelgas espontáneas y contraproducentes. Casi un mes después, estalló una revuelta espontánea de los mineros.

A lo largo de mayo, mientras los mineros subterráneos observaban un aumento en la producción y el coste de la vida se elevaba, esperaban un aumento salarial. Pero el 2 de junio, los trabajadores de St. James, una mina subterránea cerca de Aurora, se sintieron muy decepcionados porque sus cheques mensuales no mostraron ningún aumento. A la mañana siguiente, cuando estos mineros se congregaron en la sala seca para cambiarse a ropa de trabajo, hablaron sobre sus bajos salarios. Dirigidos por Joe Greeni, un minero italiano, los otros acordaron no trabajar hasta que el sistema de contratos (9) fuera abolido y recibieran un mínimo diario de 3 \$. Esa noche, los miembros del turno de día regresaron al pozo de la mina y se llevaron a los mineros del turno de noche con ellos, cerrando el St. James. Ambos turnos, unos ochenta hombres, desfilaron luego hacia una sala de reuniones en Aurora. En su camino, más y más mineros se unieron al desfile, hasta que unos 400 hombres entraron al salón. Un espíritu de solidaridad surgió a través de los mineros, quienes, sin ninguna organización laboral o liderazgo externo, votaron a favor

de la huelga. La huelga inicial se extendió rápidamente. A fines de junio, dos tercios de la fuerza laboral del área de distribución, o diez mil de los quince mil mineros, estaban en huelga, incluido el 85 por ciento de los trabajadores subterráneos. El conflicto afectó indirectamente a otros quince mil trabajadores del distrito, ya que se extendió a la adyacente y subsidiaria Vermillion Range.

Los mineros subterráneos habían salido primero porque porque superaban en número a los trabajadores de superficie. Los mineros se quejaron de que el sistema contractual de pago de salarios los explotaba, y acusaron a los capitanes de las minas de dar los lugares más productivos a trabajadores que los pagaban con dinero, cigarros y mujeres. Algunos mineros incluso afirmaron que a cambio de buenos puestos de trabajo en las minas, los capitanes habían exigido favores sexuales de las esposas e hijas de los trabajadores.

La explotación bajo el sistema de contratos tenía muchas caras. Los trabajadores nunca sabían cuánto habían ganado hasta que recibían sus cheques mensuales. Las tasas fluctuaban constantemente, mientras que los cargos aplicados a los mineros por los suministros aumentaban regularmente. Un trabajador que espera un promedio de 3 \$ ó 4 \$ por día puede terminar el mes con tan solo 1,60 \$. Dos mediadores del Departamento de Trabajo que investigaron el conflicto se horrorizaron por la ausencia de tasas salariales uniformes, especialmente entre los empleados de la Oliver Mining Company. Los mediadores también señalaron que, aunque las Compañías mineras tenían salarios dignos antes de la huelga de 1916, el costo de la vida había aumentado dos veces más rápido que las tasas salariales, lo que llevó a un minero inmigrante con una esposa y siete hijos a quejarse: "Los niños van a la iglesia y al sacerdote le gusta ver a su esposa bien vestida como a las damas americanas y a los niños como los niños norteamericanos. A mi también me gusta, pero no puedo... Los capitanes mineros dan todos los buenos lugares a los hombres solteros que pueden ir al salón con ellos y comprarles cigarros... pero los hombres casados no podemos hacer eso y no podemos obtener los sitios de 4 \$".

Para abolir el sistema de contratos, para asegurar un salario mínimo y para liberarse de la explotación de la empresa, los mineros se movilizaron.

Conscientes de que carecían de organización y liderazgo, los huelguistas se dirigieron primero a la Federación Americana del Trabajo (AFL) y a la Federación Occidental de Mineros (WFM), pero ambos no respondieron a las propuestas de los mineros. Solo en este punto, los huelguistas solicitaron asistencia de la sede de AWO-IWW en Minneapolis. Ahora Walter Nef colocó oficialmente a la IWW en la disputa enviando a los organizadores a la zona de distribución.

¿Cuál fue el papel real de la IWW? En un punto, la evidencia es incontrovertible: la huelga original en la mina St. James ocurrió sin la intervención del IWW. Pero a partir de ese momento, la IWW mantuvo la huelga en marcha y, de hecho, ayudó a que se extendiera. El IWW logró sus objetivos no por coerción sino por dar a los mineros en huelga el liderazgo, los fondos y la publicidad. Como ya había ocurrido en Lawrence y en Paterson, los wobblies transformaron una revuelta espontánea en un conflicto industrial a gran escala. En los tres casos, a la sede del IWW se le había informado sobre el descontento de los empleados en la víspera de las huelgas, y en los tres casos, el IWW tuvo organizadores al instante. La IWW tenía de seis a ocho organizadores en el área de Mesabi hasta el 6 de junio y, posteriormente, Nef y Haywood reclutaron más asistencia para los huelguistas, especialmente entre los wobblies que podían hablar italiano, polaco y otros idiomas de Europa oriental.

Pocos pudieron ser como los cosechadores IWW, sin embargo, recogieron una abundante cosecha de miembros para el sindicato. Antes de que la huelga tuviera una semana de antigüedad, los mineros habían establecido el primer Local de distribución del Sindicato de Trabajadores de Minas Metalúrgicas No. 490; para el 1 de julio, Nef contaba con cuatro mil miembros del IWW en la gama. A medida que las perspectivas del IWW mejoraban, Haywood y Nef pidieron a más organizadores que trabajaran en la gama Mesabi. A mediados de julio, el IWW había enviado treinta y cuatro organizadores, la mayor cantidad que había empleado en un solo conflicto. Para entonces, el IWW también había ayudado a los mineros locales a imprimir un *Boletín de huelga* para presentar su punto de vista, que nunca apareció en los periódicos de la región, y también a establecer un Comité central de huelga compuesto por

mineros locales, que era el responsable de todas las negociaciones con los empresarios.

El papel de IWW en la huelga de las colinas de Mesabi no fue la única similitud con los conflictos en Lawrence y Paterson. Los empresarios de Minnesota usaron tácticas ya familiares para romper la huelga. Las Compañías mineras controlaron la oficina del alguacil local, los jefes de policía y las autoridades del condado de St. Louis (ubicadas en Duluth), y mantuvieron una influencia significativa con el gobernador J. A. Burnquist. No satisfechas con la capacidad de las autoridades públicas para controlar a los huelguistas, las compañías también contrataron a más de 550 policías armados privados propios, a quienes el Sheriff Meining designó como oficiales, utilizando así a hombres armados privados con autoridad pública.

Las compañías mineras y sus partidarios locales acusaban regularmente a los mineros de planear la destrucción de propiedades, la subversión de la moral de la clase media y la revolución política violenta. Para evitar esta supuesta insurrección, la policía local practicó la represión salvaje. Cuando los huelguistas se manifestaron en una vía pública acompañados por una banda de música, el Sheriff Meining los dispersó por perturbar la paz y encarceló a seis organizadores del IWW con cargos no especificados. El sheriff, tan molesto por los ruidos del desfile, no mostró tal preocupación cuando los pistoleros de la compañía interrumpieron las reuniones sindicales pacíficas y los apacibles piquetes. Desde los campos aislados de la gama hasta Duluth, los funcionarios les negaron a los huelguistas el acceso a cualquier comunicación pública, mientras que los guardias privados de las compañías establecían un verdadero reino de terror.

La represión llegó a su clímax el 3 de julio cuando una pandilla, formada principalmente por guardias de compañía guiados por el Sheriff Meining, entró a la fuerza en el hogar del huelguista Philip Masanovitch en Biwabik para buscar un alambique ilegal. Los "diputados" trataron a sus sospechosos, incluida la esposa de Masanovitch, vejatoriamente. Se produjo un altercado durante el cual fueron muertos dos hombres, uno de los cuales era diputado. Al dominar fácilmente a sus furiosos antagonistas, los guardias armados arrestaron inmediatamente a cinco ocupantes de la casa de Masanovitch por

cargos de asesinato en primer grado. Más tarde, ese mismo día, siete organizadores de la IWW, entre ellos James Gilday, Joseph Schmidt, Carlo Tresca y Sam Scarlett, fueron acusados de ser cómplices del asesinato, fueron arrestados en la ciudad de Virginia, a millas de la escena del incidente. Era el asunto Ettor-Giovannitti de nuevo.

En Minnesota, como en Massachusetts y Nueva Jersey, la represión, las acusaciones de asesinato y los arrestos no interrumpieron la huelga. El IWW envió nuevos organizadores para reemplazar a los encarcelados, enseñó a los mineros locales a administrar su propio sindicato y sus comités de huelga, y utilizó los incidentes represivos para ganar publicidad, simpatía y fondos para la causa de los huelguistas. Los huelguistas, a pesar de la oposición de las compañías, las autoridades del condado, la prensa de Duluth e incluso el gobernador, ahora encontraron que tenían importantes aliados propios.

Los aliados más importantes de los huelguistas fueron los alcaldes y empresarios de las comunidades de distribución. A medida que el conflicto se prolongaba y la violencia aumentaba, los funcionarios electos de la ciudad decidieron interceder. El 7 de julio convocaron una reunión pública en Virginia para discutir la tensa situación local. En la reunión, a la que asistieron los comités de huelguistas, funcionarios locales y hombres de negocios, un minero tras otro testificó sobre su explotación por parte de los capitanes de las minas y sobre los bajos salarios que hacían imposible una vida decente para la mayoría de las familias inmigrantes. Todas las solicitudes que los huelguistas presentaron antes de la reunión trataron de reparar una queja específica: una jornada de ocho horas, la abolición del sistema de contratos, un mínimo de 3 \$ por trabajo subterráneo y 2,75 \$ por trabajo de superficie, y así sucesivamente.

Conscientes de la naturaleza moderada de las demandas de los huelguistas, los empresarios locales y los funcionarios públicos simpatizaron con la causa de los mineros. Un hombre de negocios de Hibbing, un ex trabajador inmigrante que se había recuperado, les dijo a los mineros que todos los hombres en la reunión de Virginia los apoyaban. Todo trabajador, proclamó este hombre, "debería tener suficiente dinero para vestir a su familia, para poder

alimentarlos, poder educar a los niños y para que pueda tener un hogar cómodo y suficiente para ahorrar para su vejez".

Los alcaldes de la Colina intentaron negociar con las compañías en nombre de los huelguistas para obtener una vida digna para cada minero local. Las empresas, sin embargo, rechazaron todas las propuestas de paz. Ellos preferían la victoria a la negociación. Así, los empresarios se negaron a reunirse con funcionarios municipales y, para justificar sus propias tácticas represivas, continuaron acusando a los huelguistas de ser anarquistas del IWW y revolucionarios peligrosos. Pero la intransigencia de la compañía solo ganó el apoyo adicional de más huelguistas. La Federación de Trabajadores del Estado de Minnesota, aunque hostil a la IWW, ahora respaldó la huelga. Frank P. Walsh, ex presidente de la Comisión de Relaciones Industriales, y sus amigos cercanos George West y Dante Barton, utilizaron su creación especial, el Comité de Relaciones Industriales, para inundar la prensa metropolitana y las revistas de mediana edad con publicaciones de literatura antihuelga. La IWW, por supuesto, continuó enviando fondos y organizadores.

Incapaces de llevar a los empresarios a la mesa de negociaciones, los huelguistas y sus aliados finalmente recurrieron al gobierno federal. El 19 de julio, cuatro alcaldes locales y Fluvio Pellinelli, en representación del Comité de huelga, enviaron telegramas idénticos al Secretario de Trabajo William Wilson solicitando la mediación federal. Simultáneamente, Dante Barton, George West y Louis F. Post instaron a Wilson a acceder a la solicitud y, más particularmente, a designar a Hywel Davies, ex minero de carbón de Tennessee, como mediador federal. Solo dos días después, el 21 de julio, el secretario Wilson ordenó a Davies y W. R. Fairley, un hombre de Alabama con experiencia en minería, que intentaran la mediación federal.

Davies y Fairley llegaron a la cordillera el 27 de julio e inmediatamente se reunieron con los alcaldes locales y con el comité central de los huelguistas. Luego contactaron con funcionarios de la empresa. Davies y Fairley demostraron, al menos para su propia satisfacción, que las quejas de los huelguistas eran legítimas, que la huelga había estallado espontáneamente, que el IWW había aceptado negociaciones pacíficas y pragmáticas (incluso sin la participación del IWW) y que las empresas en conjunto y los funcionarios del

condado habían violado los derechos constitucionales de los huelguistas y habían establecido una represión brutal en toda la zona.

Si bien los mediadores, a diferencia de otros que luego investigarían los conflictos asociados con el IWW, simpatizaron con los huelguistas y favorecieron su causa, tampoco lograron llevar a las compañías a la mesa de negociaciones, y mucho menos los términos. Tan inefectiva fue la mediación federal que, el 9 de septiembre, el comité de huelga proclamó: "Consideramos que es un crimen... que hasta el momento no se haya hecho ningún intento a través de los mediadores... para organizar una conferencia entre los hombres y las compañías". En ese momento, Davies y Fairley solo pudieron discutir sobre la falta de voluntad de los huelguistas de hacer declaraciones juradas o enfrentar públicamente a los capataces y capitanes acusados.

Al acercarse el invierno y fracasar la mediación federal, la resistencia de los huelguistas se debilitó. La IWW había comenzado a preocuparse más por el futuro de sus líderes encarcelados acusados de asesinato que por el resultado del conflicto. No inesperadamente, el 17 de septiembre, las sucursales del Sindicato Industrial de Trabajadores de Minas Metálicas votaron, sin siquiera notificarlo a Davies y Fairley, para cancelar su huelga.

Sin embargo, el fracaso de los huelguistas fue más aparente que real. A mediados de octubre, incluso los agentes del Departamento de Trabajo percibieron que la huelga había asustado a los empresarios para que realizaran concesiones. Para el 8 de enero de 1917, Davies y Fairley se jactaron de que, con la excepción de la Oliver Company y de varias compañías más pequeñas, la mayoría de los empresarios habían pagado sus salarios por segunda vez el 15 de diciembre y también habían aceptado cumplir con las recomendaciones de los mediadores con respecto a la racionalización del sistema contractual y la eliminación de la explotación en el empleo.

Con el final de la huelga y las consiguientes mejoras en salarios y condiciones de trabajo de las compañías, los locales del IWW en la gama se atrofiaron. No obstante, los wobblies se enorgullecían de las condiciones mejoradas que habían ayudado a ganar para los mineros y el espíritu de solidaridad que creían haber inculcado entre los trabajadores de la gama. Un sólido núcleo de

wobblies finlandeses y eslovenos permaneció activo, el periódico en idioma finlandés *Socialisti* se transformó en una hoja del IWW, los wobblies locales editaron un periódico del IWW en esloveno y Haywood incluso proporcionó dos organizadores pagados permanentes para trabajar en la gama. El IWW esperó con expectación la primavera y el verano de 1917, cuando los mineros, con mejor clima, estarían de nuevo listos para luchar contra sus empresarios bajo los auspicios de la IWW. Complacida de que había plantado las semillas del sindicalismo industrial en Mesabi Range, la IWW se dedicó a garantizar la libertad de sus líderes encarcelados y de los inmigrantes pobres encarcelados con ellos en una cárcel de Duluth.

La IWW no escatimó esfuerzos ni gastos en la defensa de los presos acusados. Al principio, Haywood, Flynn y Ettor le suplicaron a Frank Walsh que actuara como abogado defensor. Cuando Walsh se negó, obtuvieron a O. N. Hilton, un abogado de Salt Lake City que se hizo famoso defendiendo a los radicales por su manejo del caso Joe Hill y otros juicios laborales relacionados con el WFM. Flynn y Ettor, sin embargo, continuaron suplicando a Walsh y otros reformadores influyentes para ayudar a la defensa de Duluth.

Afortunadamente, el IWW no necesitaba talento legal adicional. El 15 de diciembre, cinco días antes de la apertura del juicio por asesinato en Minnesota, la sede del IWW Chicago se enteró de que Tresca, Scarlett, Schmidt, la Sra. Masanovitch y otro trabajador inmigrante habían sido liberados, que el caso contra James Gil y Joe Greeni había sido archivado, y que Phil Masanovitch y otros dos inmigrantes habían recibido sentencias indeterminadas, con elegibilidad para libertad condicional al final de un año.

En diciembre de 1916, todos los líderes de IWW quedaron satisfechos con el resultado del esfuerzo de la defensa legal del Mesabi Range. De hecho, se alegraron de tener los casos de Minnesota fuera del camino para poder dedicar los recursos de la organización a la defensa de otro gran grupo de wobblies a punto de ser juzgados por asesinato en Everett, Washington. Muchos de los que acababan de involucrarse en los procedimientos de Duluth, incluidos Haywood, Flynn y Harrison George, también trabajaron juntos para asegurar la absolución de los acusados de Everett, bajo acusación en un caso

derivado del trabajo renovado de la organización del IWW entre los leñadores del Noroeste del Pacífico.

La industria maderera del Pacífico Noroeste había sufrido pocos cambios desde 1907, cuando el IWW intentó penetrarla por primera vez en la infructuosa huelga de los trabajadores de la fábrica de Portland. En los años posteriores a la huelga de Portland en 1907, el IWW luchó, sin éxito, para organizar a los trabajadores madereros del Noroeste. Reuniones en las esquinas, discursos y peleas de libertad de expresión -todas ellas actividades centradas en la ciudad-, lograron muy poco para llegar a los trabajadores de la madera que trabajaban en los campamentos de tala aislados de la región. Incapaces de mejorar las condiciones de trabajo de los leñadores a través de las luchas de libertad de expresión, los wobblies acudieron al trabajo como delegados para llevar sus ideas directamente a los campamentos madereros, donde podían librar la lucha económica en el punto de producción. Como de costumbre, si el IWW se convertía en revolucionario, ganaba pocos reclutas y menos poder en la industria; si ganaba miembros y poder industrial, perdía su fervor revolucionario. Inicialmente, en la industria maderera no poseía poder industrial ni reclutas revolucionarios.

No obstante, los empresarios tomaron en serio la amenaza del IWW para sus intereses y se mantuvieron bien informados sobre los planes y el progreso wobbly. "Se debe hacer un esfuerzo concertado para frustrar los esfuerzos de esta organización", advirtió un empleador, "porque si se les permite continuar, y aumentar en número, tarde o temprano significará un problema grave".

El hecho de que los empresarios pretendieran eliminar la IWW del Noroeste se demostró mediante tres eventos. Primero, los empresarios establecieron la Asociación de Trabajadores de la Madera de la Costa Oeste en el verano de 1911, fusionando tres asociaciones empresariales regionales. Originalmente organizada para combatir la inseguridad empresarial y las malas prácticas competitivas, la nueva asociación se unió más eficazmente en medidas antisindicales. En segundo lugar, la mayoría de las compañías madereras de la Costa Oeste comenzaron a emplear a detectives privados de manera regular, y también a menudo colocaban a oficiales del alguacil en las instalaciones de la Compañía. En tercer lugar, en 1912, los empresarios persuadieron a los

funcionarios federales locales para que investigaran a la IWW por supuestas actividades ilegales, aunque los empresarios dudaban de que cualquier funcionario federal "se pudiera encontrar con valor para presionar". (Seis años más tarde, esas dudas parecerían bastante erróneas).

A pesar de que los empresarios combatieron a la IWW de 1910 a 1912, no pudieron obstaculizar por completo a los wobblies, particularmente después de que la victoria de la IWW en Lawrence resucitó a la organización. La primavera de 1912 vio trabajadores wobblies en las fábricas de plomo en la región de Puget Sound en una huelga por salarios más altos y la jornada de ocho horas. Derrotados en las ciudades de las manufacturas por la oposición combinada de los consejos laborales centrales afiliados a la AFL y las pandillas de vigilantes (organizadas por ciudadanos privados y respaldadas por funcionarios públicos), la IWW esperaba tener mejor suerte en el bosque.

Los campamentos de tala, sin embargo, estaban tan bien preparados como las ciudades de los telares para combatir a los wobblies. Cuando la noticia de los disturbios laborales urbanos llegó al interior, los capataces de los campamentos comenzaron a examinar a los nuevos trabajadores más cuidadosamente. Los detectives privados volvieron a encontrar empleos abundantes en la industria, y la Asociación de Trabajadores de la Madera, junto con la Asociación de Empresarios del Estado de Washington, influyó en los funcionarios públicos para que persiguieran a los wobblies, tanto dentro como fuera de la ciudad. A mediados de mayo de 1912, los empresarios habían rechazado por completo la invasión del IWW.

De 1913 a 1915, la IWW declinó en el Noroeste como en otras partes de la nación. No pudo hacer mucho para combatir la recesión económica, los empresarios, los detectives privados y los vengativos vigilantes. Pero los encargos de la guerra terminaron con el estancamiento económico en 1915 y 1916, el mercado laboral aumentó, y el IWW, recién salido de sus victorias en el cinturón del trigo, su tesorería reabastecida con los fondos de la AWO, reanudó sus agresivas tácticas de organización en el Noroeste. En 1916, la lucha de clases en el Noroeste entró en una fase más virulenta y siniestra.

El Local de los Trabajadores de la Madera de Spokane, afiliado formalmente con el AWO en febrero de 1916 —obteniendo de repente dinero para su tesorería generalmente vacía— inició una campaña de organización intensiva entre los trabajadores del Inland Empire. Ese verano, el impulso organizador también llegó a la costa Oeste, cuando varios cientos de trabajadores madereros del IWW se reunieron en Seattle el 3 de julio para planificar una "campaña de organización vigorosa y agresiva en la industria maderera" que enfatizaría la organización del trabajo y las demandas materiales concretas.

Cuando el IWW comenzó su campaña de organización, los empresarios contraatacaron. Tan pronto como el 11 de enero de 1916, la Asociación de Empresarios de Washington reunió a madereros del distrito en Seattle para discutir la amenaza planteada por el sindicalismo. Para junio, los empresarios habían soldado un frente unido a lo largo de la Costa Oeste para combatir no solo a la IWW sino a toda la mano de obra organizada. En una reunión del 18 de julio en Portland, los madereros decidieron por unanimidad comprometerse con la contratación exclusiva y fundar la Lumbermen's Open Shop Association (Asociación de Contratación Exclusiva de madereros).

Hasta noviembre de 1916, la ofensiva de los empresarios había prevalecido incluso en San Francisco, un bastión sindical, y la oficina de Puget Mill en San Francisco informó a sus hombres en el campo en el Estado de Washington: "Lo principal a tener en cuenta ahora es ver que conseguimos un buen número de hombres no sindicalizados para el trabajo, para que los sindicatos no tengan la oportunidad de obtener nuevamente el control".

Sin embargo, en 1916 los entusiastas madereros llegaron a comprender que se necesitaban más que listas negras y represión para derrotar a los sindicatos. "Esto de traer hombres por la noche y meterlos en una cabaña en un agujero oscuro, sin cama, sin ropa de cama, sin luz, sin calor, sin nada de ese tipo, no resuelve nada", escribió el gerente de Puget Mill y luego agregó: "Los hombres esperan cosas totalmente diferentes hoy en día". Su Compañía decidió darles a sus empleados esas "cosas diferentes", principalmente mejores literas, ropa de cama y comida, en parte porque reducían el descontento laboral y en parte porque disminuían los accidentes y los retrasos en la producción, y gastos de funcionamiento. Merrill Ring Company fue incluso más solícita con sus

empleados, lo que provocó que un organizador tambaleante observara: "La casa de literas es quizás la mejor de la costa... Se instruye a los cocineros para que alimenten a los hombres con abundante comida limpia y saludable, y hay una larga lista de buenas reglas... Con algunas mejoras, como el suministro de ropa de cama, estos campamentos incluso serían tolerados por el IWW"

La mano de obra organizada en el Noroeste solo podía encontrar consuelo en su fortaleza en Everett, Washington, un pueblo en auge en la desembocadura del río Snohomish en la parte Norte de Puget Sound. Allí, incluso durante los días oscuros de recesión de 1913-15, los sindicatos habían conservado algo de poder, los fabricantes locales de aglomerado [\(10\)](#), por ejemplo, obtenían contratos de talleres sindicales. "Entendemos que Everett es la única ciudad sindical en el Estado", comentó un maderero en 1916. "Ya es hora", sugirió un ejecutivo de la industria maderera, "que se cambien las condiciones". Esta determinación del empleador de alterar las condiciones en Everett pronto enfrentaría a los empresarios de la ciudad y al IWW en una sangrienta confrontación.

La campaña de puertas abiertas de los empresarios de 1916 no había pasado por alto a Everett; allí simplemente tomó una forma diferente: brutal, violenta y, en última instancia, fatal. El Primero de mayo de 1916, los fabricantes de tableros de aglomerado sindicados de la ciudad (afiliados a la AFL, no a la IWW) se movilizaron para protestar por la negativa de sus empresarios a aumentar los salarios, que se habían recortado dieciocho meses antes durante la recesión. Fácilmente identificables por los dedos que habían perdido con las sierras de fresas, los trabajadores de tableros de Everett exigían una parte de la nueva prosperidad de la industria maderera. Aunque durante las luchas laborales anteriores en Everett, los empresarios de la ciudad se habían dividido internamente y no estaban alineados con los intereses de la administración fuera de la ciudad, ahora, en 1916, los propietarios de las fábricas de Everett presentaron un frente unido y contaron con el apoyo de la asociación de empresarios del Estado y de la asociación de madereros. Esta nueva alineación de fuerzas alentó a los empresarios de Everett a romper el sindicato y conseguir la contratación exclusiva en la ciudad. Así, los propietarios de las fábricas contrataron a rompehuelgas profesionales armados para ayudarles a

reabrir las manufacturas, y cuando las chimeneas oscurecieron una vez más el cielo de la ciudad, la resistencia entre los huelguistas disminuyó. A mediados del verano, muchos trabajadores de tableros habían regresado a trabajar sin sindicación.

Con los trabajadores de aglomerado de la AFL derrotados, la IWW intervino para ver qué podía salvar de los restos. Ya bien conocidos y ampliamente temidos por los empresarios y los ciudadanos de Everett, los wobblies durante varios años había mantenido una pequeña sede local que proporcionaba a la ciudad oradores callejeros y literatura radical. El mismo Haywood se había dirigido a una gran audiencia de Everett en 1913, y Seattle, un semillero de IWW. En el verano de 1916, Seattle llegó a Everett en la persona de James H. Rowan y otros agitadores del IWW. Cuando los funcionarios de la ciudad detuvieron a los agitadores, la IWW amenazó a Everett con "una dosis drástica de acción directa".

Ya triunfantes en su conflicto con los trabajadores de tableros de la AFL, los empresarios de Everett no estaban dispuestos a abrir su industria a la IWW. Así decidieron probar las tácticas anti-IWW de San Diego. El Club Comercial local, dominado por los propietarios de las fábricas, organizó un grupo de pandillas de vigilantes que, cuando se le negó la cooperación de la ciudad, llamó a Donald McRae, el alguacil del condado, quien prometió delegar quinientos voluntarios "diputados" para proteger a Everett contra la invasión de agitadores externos. Bajo el liderazgo de McRae, los ciudadanos-soldados de la ciudad (ejecutivos subalternos, trabajadores de cuello blanco, pequeños burócratas) acosaron a los wobblies, rompieron las reuniones en la calle, sacaron a wobs de los trenes y los tranvías, los golpearon y deportaron.

A medida que más y más wobblies llegaban al norte de Everett, el Commercial Club y el Sheriff McRae recurrieron a medidas al estilo de San Diego. El 30 de octubre, cuarenta wobblies llegaron en un barco desde Seattle, preparados para hablar hasta la cárcel de Everett. Ni siquiera tuvieron la oportunidad de comenzar: McRae y sus oficiales armados se reunieron con los wobs en el muelle, los apalearon y los escoltaron directamente a la cárcel de la ciudad. Esa noche, los oficiales sacaron a los prisioneros de la cárcel y los llevaron a Beverly Park, una reserva forestal local, donde despojaron a sus cautivos e

hicieron que los wobblies corrieran entre dos hileras de varios cientos de vigilantes, quienes se deleitaban en golpear a los prisioneros desnudos con armas, porras y látigos. Para los wobblies, los eventos del 30 de octubre pronto se conocieron como la Masacre de Everett. Pero la "masacre" se tornaría insignificante en comparación con los eventos de la semana siguiente.

A medida que los informes sobre el incidente de Beverly Park llegaban a las oficinas centrales del IWW en Seattle, los líderes wobblies decidieron organizar una invasión masiva de Everett para enfrentar a las pandillas de vigilantes con el poder del número. En poco tiempo, varios cientos de madereros, itinerantes, desempleados, radicales e incluso algunos jóvenes estudiantes se ofrecieron como voluntarios para luchar en Everett por la libertad de expresión y por el derecho a organizar sindicatos. El domingo, 5 de noviembre, se designó como el día para desafiar a Everett. A medida que se acercaba el domingo, los wobblies se dirigieron a Everett, el cuerpo principal, de unos 250 hombres, alquilaron un pequeño vapor, el Verona, para que los llevase hasta Puget Sound. En la mañana del 5 de noviembre, un grupo de trabajadores bulliciosos y felices, que bien podrían haber salido en un crucero de placer el domingo, cantaron alegremente mientras su barco se deslizaba por el Sound.

Mientras tanto, los empresarios y los vigilantes de Everett habían decidido aceptar el desafío de la IWW y atacar la fuerza con la fuerza. Informado por detectives privados de todos los planes del IWW, el Club Comercial sabía de antemano sobre el viaje de Verona. Hasta los muelles de Everett marcharon las pandillas de vigilantes, dirigidos por McRae y armados con rifles, escopetas y pistolas. Fortalecidos con whisky y motivados por nociones de orgullo cívico y respeto a la ley, los oficiales de McRae se ocultaron en un almacén y en varias tiendas y pequeños remolcadores, formando un semicírculo alrededor del muelle donde se esperaba que llegase el Verona. Pronto, los oficiales ocultos, así como una gran multitud que se había reunido en lo alto de una colina sobre el puerto, escucharon el sonido de la canción a través del puerto. "Mantengan el fuerte porque venimos, hombres del sindicato. Sed fuertes", cantaron los wobblies. Cuando el Verona se deslizó en su muelle, McRae y otros dos oficiales intercambiaron palabras acaloradas con los "invasores". De repente, un disparo sonó, y luego el sonido de disparos estalló en todas direcciones.

Atrapados en un fuego cruzado mortal, los hombres a bordo del Verona entraron en pánico, casi volcando el bote, algunos de los wobblies cayeron por la borda y probablemente se ahogaron. Finalmente, al menos un wobbly a bordo del barco tuvo la sensatez de ordenar que se soltaran las anclas del barco y que se revirtieran sus motores. Aún bajo fuego constante, el Verona salió a la bahía, y mientras se alejaba de Everett, cuatro hombres yacían muertos en sus cubiertas, uno moría y otros treinta y uno estaban heridos. Un número desconocido de pasajeros también se había caído al agua, sus cuerpos lavados, desconocidos, no identificados y sin duelo. En el muelle, un "diputado" yacía muerto, otro moría y veinte resultaron heridos. Así terminó el "domingo sangriento" de Everett.

Hasta el día de hoy nadie sabe con certeza quién disparó el primer tiro. Tampoco nadie sabe si los oficiales heridos fueron fusilados por wobblies o por sus propios aliados. Quien disparó el primer disparo no es realmente importante. Lo que es significativo es que las autoridades públicas y las pandillas de vigilantes intentaron negar a los wobblies su derecho constitucional a desembarcar en un muelle público y hablar en Everett. De mayor importancia fue la negativa de las autoridades federales, a pesar de los llamamientos de Haywood, la AFL y los influyentes reformadores de la Costa Oeste, a intervenir en nombre de los derechos de los ciudadanos estadounidenses, que resultaron ser trabajadores impotentes.

Esta auténtica "Masacre de Everett", sin embargo, resultó ser una bendición disfrazada para la IWW. Ya beneficiario de la publicidad nacional resultante de la huelga de Mesabi Range y los juicios por asesinato allí, el IWW ahora recibió el mismo tratamiento en la costa Oeste. Los trabajadores del Estado de Washington se enteraron de que la IWW estaba dispuesta a luchar y morir por los trabajadores y que estaba dispuesta a ir donde los afiliados de la AFL temían pisar. La represión en Everett, en lugar de mejorar la campaña de "contratación exclusiva" de los empresarios, solo sirvió para hacer que los empresarios estuvieran más preocupados por los problemas laborales.

Los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial en la primavera de 1917, justo cuando los wobblies aceleraron su propia guerra de clases doméstica. Un conflicto se alimentaría del otro, y no habría verdaderos

vencedores entre los participantes, en el extranjero o en casa, aunque los wobblies sufrirían la derrota más grave. Sin embargo, a fines de 1916 y principios de 1917, el IWW vio su futuro con un optimismo incesante. Animada por la lucha en la Cordillera de Mesabi, reforzada por la adversidad de la Masacre de Everett y revivida financieramente por el crecimiento de la AWO, el sindicato propuso en su Convención de 1916 crear la estructura de una organización laboral efectiva. De hecho, esa Convención sería la más importante llevada a cabo por el IWW desde 1908, cuando los "activistas directos" tomaron el control de la organización.

Cuando la Junta Ejecutiva General del IWW comenzó a planificar la próxima Convención nacional en la primavera de 1916, prevaleció un nuevo sentido de propósito entre sus miembros. En sus sesiones de abril, la Junta Ejecutiva General concluyó que el IWW había completado sus fases preliminares de agitación y educación. Ahora podría embarcarse en su fase final: organización y control de la industria estadounidense. Los miembros de la Junta Ejecutiva General decidieron que los sindicatos mixtos y caóticos deberían convertirse en reliquias del pasado, que la AWO debería convertirse en una organización industrial para los trabajadores agrícolas y que los trabajadores no agrícolas reclutados por la AWO deberían organizarse tan pronto como sea posible en los sindicatos industriales de sus respectivas industrias. Además, para limitar el reclutamiento de trabajadores no agrícolas por parte de la AWO, la Junta Ejecutiva General propuso establecer sindicatos de reclutamiento separados que organizarían trabajadores en todas las industrias que carecen de Locales separados.

Lo primero que impresionó a Ben Williams, editor de *Solidarity*, cuando se inauguró la Convención de 1916 el 20 de noviembre en el Templo Bush en Chicago, fue la ausencia del agitador callejero. "La IWW", comentó Williams, citando a un delegado, "está pasando de la etapa puramente propagandística y está entrando en la etapa de organización constructiva".

Haywood y la Junta Ejecutiva General dominaron los procedimientos. Gratificado por los logros de la AWO, pero determinado a reafirmar la autoridad de la Sede General, Haywood propuso utilizar el éxito de la AWO para fomentar sindicatos industriales bien dotados. En una explosión de

exuberancia, Haywood profetizó que "el resto del mundo pronto preguntará a los Trabajadores Industriales del Mundo: ¿Qué vamos a desayunar esta mañana?" Para lograr el control industrial y la disciplina necesaria para dictar el menú de desayuno del mundo, Haywood recomendó, primero, que todas las operaciones administrativas, de impresión y publicación del IWW se consolidaran en Chicago; segundo, que se crease un sindicato general de reclutamiento, responsable y controlado por la Sede General, para que sirva como centro de intercambio de información que luego remita a los nuevos reclutas a sus propios sindicatos industriales. La Junta Ejecutiva General aceptó sus recomendaciones y agregó algunas de las suyas, incluida una propuesta para abolir la oficina del Organizador general, hasta entonces llevada por Joe Ettor, quien acababa de renunciar después de varios años en ese cargo, y dejar sus funciones en manos del Secretario general-tesorero (Haywood). También sugirió que los sindicatos industriales nacionales, instituciones autónomas en teoría pero impotentes en la práctica, fueran reemplazados por sindicatos industriales simples, que al igual que todos los demás organismos subordinados estarían sujetos al control directo de la Sede General. Todas las reformas internas propuestas apuntaban a un solo objetivo: centralizar las operaciones del IWW y hacer que el trabajo de campo esté sujeto a disciplina por parte de los administradores electos y su personal que funciona fuera de la Sede Nacional. La inesperada afluencia de IWW también permitió a los partidarios de la centralización organizativa ofrecer, por primera vez en la historia del IWW, salarios decentes a los organizadores y funcionarios nacionales.

Cuando la Convención se levantó sine die el 1 de diciembre, Haywood se encontró a sí mismo como comandante en jefe de un imperio en expansión. Ninguna otra figura había dentro de la organización que desafiase su poder. St. John siguió la tentación del oro, la prospección en Nuevo México. Joe Ettor, ahora resignado, estaba destinado a encontrar una nueva carrera como pequeño empresario. Elizabeth Gurley Flynn, luego ocupada a tiempo completo con la defensa de los acusados de Mesabi y Everett, estaba al borde de una ruptura irreparable con Haywood y con el IWW. Ben Williams acababa de renunciar como editor de *Solidarity* y pronto sería reemplazado por Ralph Chaplin, el candidato elegido por Haywood. Walter Nef, el guía, el genio de la

AWO había sido expulsado previamente de esa organización, incluso antes de que la Convención de 1916 limitara su poder, y ahora trabajaba de manera oscura como organizador en la costa de Filadelfia.

Lo que sucedió fue simple, si no claro al principio: los extravagantes agitadores y propagandistas del pasado habían sido reemplazados por organizadores laborales menos conocidos pero más efectivos, todos bajo el control de Haywood. Incluso Ben Williams, ningún amigo de Haywood, admitió en enero de 1917 que los cambios provocados por la Convención de 1916 fueron "diseñados para promover un mejor sistema y una mayor eficiencia en el trabajo de la organización. Si la tendencia hacia la centralización no se volvía extrema, el IWW... daría un largo paso hacia la formación de la nueva sociedad dentro de la estructura de la antigua".

En vísperas de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, el IWW estaba preparado para abrir un capítulo nuevo y más exitoso en su historia. Parecía listo para generar un sentido de solidaridad y un espíritu de organización entre los trabajadores descuidados durante mucho tiempo por los sindicatos oficiales. El IWW esperaba lograr lo que ninguna otra organización laboral estadounidense había hecho, ni siquiera intentado: organizar efectivamente a los desheredados y desposeídos de los Estados Unidos.

## LA GUERRA DE CLASES EN CASA Y EN EL EXTRANJERO, 1914-17.

Sentado detrás de su gran escritorio en la oficina central del IWW en la calle West Madison de Chicago a principios de 1917, William D. Haywood era un hombre feliz. Para Ralph Chaplin, entonces editor de *Solidarity*, Haywood parecía más seguro de sí mismo, más firme en su voz y más juvenil en apariencia mientras trabajaba en medio de empleados ocupados y secretarias preocupadas. Big Bill, recordó Chaplin más tarde, repentinamente parecía ser "un magnate revolucionario cuyo sueño se había hecho realidad". El entusiasmo exuberante y juvenil de Haywood infectó a todos en la sede del IWW, una oficina llena de actividades mientras sus ocupantes se preparaban para "construir su nueva sociedad dentro de las estructuras de la vieja".

Un auge económico generado por la guerra había provocado el resurgimiento tanto de Haywood como del IWW. Con el aumento de la producción y la mano de obra cada vez más escasa, los empresarios dudaron en sacrificar los beneficios por principios antisindicales. La IWW ahora no solo se organizó con éxito, sino que también obtuvo mejoras materiales para sus miembros. Aunque las estadísticas sobre el crecimiento de la afiliación de la organización entre 1916 y finales de 1917 son, en el mejor de los casos, imprecisas, parece probable que durante este breve período el IWW haya más que duplicado su afiliación, de aproximadamente 40.000 en 1916 a 100.000 o más en un momento dado en 1917.

El ingreso de Estados Unidos a la guerra en abril de 1917 reforzó aún más el mercado laboral, abriendo oportunidades atractivas para los organizadores asertivos del IWW. Mientras Woodrow Wilson llevaba a la nación a la guerra, la IWW reunió a sus ejércitos de trabajadores para una nueva ronda en la guerra de clases irrenunciable entre el trabajo y el capital. Sin embargo, al

mismo tiempo, otros estadounidenses vieron la emergencia como una oportunidad para destruir el IWW.

La IWW siempre había predicado la revolución, el antimilitarismo y el antipatriotismo. Ni la guerra en Europa ni la intervención estadounidense en esa guerra hicieron que los wobblies alteraran su ideología. Conscientes de que los trabajadores y sus familias recibían una dieta permanente de doctrina patriótica en la escuela, la empresa y la comunidad, los diarios del IWW hicieron todo lo posible para contrarrestar la retórica del americanismo. “¿Amor al país?” Preguntó el *Industrial Worker*. “Nosotros (los trabajadores) no tenemos país. ¿Amor a la bandera? Ninguna ondea por nosotros. ¿Amor al lugar de nacimiento? A nadie le encantan los barrios marginales”. Que los dueños del país luchen, declamó el orador “tambaleante”.

En lugar de ir al extranjero para matar a los enemigos creados por los capitalistas, se aconsejó a los wobblies que permanecieran en casa para luchar contra sus jefes en la única guerra que merecía la pena: la guerra de clases. Cuando las fuerzas estadounidenses amenazaron con invadir México en 1914, Haywood dijo en una reunión de protesta en la ciudad de Nueva York: “Es mejor ser un traidor a su país que a su clase”.

Si bien el IWW criticó el patriotismo y se opuso a la guerra como un instrumento de política nacional, no ofreció ningún programa para poner fin a la guerra o para mantener a sus miembros fuera del servicio militar. Todo lo que pudo hacer, y lo que alguna vez hizo, fue realizar propaganda contra la guerra a los socios y miembros y a cualquier trabajador que se alistara voluntariamente en cualquier rama del servicio militar.

La falta de una estrategia específica del IWW para oponerse a la guerra no significaba que la organización sustituyera la propaganda contra la guerra por políticas realistas. Reflejó, en cambio, la propia estimación del IWW de las debilidades de las facciones estadounidenses en contra de la guerra. Los wobblies difundieron su propaganda contra la guerra tan profusamente porque percibían cuán patrioteros, incluso jingoístas, eran la mayoría de los trabajadores. La IWW también criticó las cruzadas contra la guerra de los pacifistas y socialistas estadounidenses como movimientos ineficaces que

carecen de sustancia económica y social. Los pacifistas, desde su punto de vista, se dedicaban a ilusiones hipócritas, y debían sustituir las piedades piadosas por políticas realistas, las bienaventuranzas cristianas por el poder real.

El estallido de la guerra mundial en el verano de 1914 reveló tanto el realismo del IWW como su total incapacidad para idear una respuesta efectiva. "No teníamos ninguna razón para esperar un giro diferente de los acontecimientos", comentó *Solidarity* cuando escuchó las noticias de la guerra. Los trabajadores europeos habían actuado como el IWW temía que lo harían: para ellos el nacionalismo trascendía la clase, el patriotismo arruinaba la política. Aunque condenó la guerra europea, la IWW no hizo nada para cambiar la política exterior estadounidense. Mientras la nación permaneció en paz, la IWW continuó con su dedicación habitual de organizar a los trabajadores, dejando las cruzadas de paz en otras manos.

Al explicar a un enfurecido lector de *Solidarity* por qué el IWW se negaba a tomar medidas en contra de la guerra o a unirse a las cruzadas de paz, Ben Williams argumentó que las promesas, resoluciones y cruzadas, no respaldadas por el control económico y el poder, no detendrían la guerra si lo que querían los amos era la guerra. El IWW no solo sintió que Estados Unidos finalmente entraría en la guerra, sino que Williams profetizó lo que en 1914 parecía aún más fantástico. Mientras que los radicales europeos y estadounidenses, así como los liberales, consideraban a la Rusia zarista como una amenaza importante para las fuerzas progresistas del mundo occidental, Williams consideraba a Rusia como una fuerza revolucionaria. "A riesgo de sorprender a algunos de nuestros lectores", escribió, "estamos ofreciendo apostar por Rusia como la esperanza de Europa".

Durante los siguientes tres años, cuando la diplomacia wilsoniana llevó a Estados Unidos a la vorágine y Williams esperó una revolución rusa, la IWW continuó sus campañas de organización y los wobblies discutieron lo que la IWW debería hacer cuando llegara la guerra. Estas discusiones alcanzaron un pico en la víspera de la intervención estadounidense. Ansioso por la acción, un representante del IWW de Spokane sugirió que la organización imite el ejemplo de sus compañeros de trabajo australianos que marchaban a prisión

en lugar de librar una guerra capitalista. Específicamente, recomendó una vigorosa campaña contra la guerra y una huelga general de protesta de veinticuatro horas. Hablando de sentimiento mayoritario, Ben Williams se opuso a los gestos "sin sentido" contra la guerra. "En caso de guerra", aconsejó, "queremos que el *One Big Union*... salga del conflicto más fuerte y con más control industrial que antes. ¿Por qué deberíamos", preguntó, "sacrificar los intereses de la clase trabajadora en aras de algunos desfiles ruidosos e impotentes o manifestaciones contra la guerra? Más bien, asumamos el trabajo de organizar a la clase obrera para que se haga cargo de las industrias, con guerra o sin guerra, y detengamos toda agresión capitalista futura que lleve a la guerra y otras formas de barbarie".

En febrero de 1917, James M. Slovick, secretario del Sindicato Industrial de Trabajadores del Transporte Marítimo, vislumbró el futuro del IWW. Escribiendo a Haywood para pedirle consejo, Slovick recomendó que el IWW declarara una huelga general si una declaración de guerra contra Alemania era aprobada por el Congreso. Le concedió todas las objeciones habituales a su recomendación. En cualquier caso, por temor a la destrucción de la IWW, Slovick no vio ninguna razón sólida para que la organización confundiera su posición antiguerra. Haywood rechazó la sugerencia de Slovick y advirtió al representante de los Trabajadores de la Marina que la Junta Ejecutiva General no podía actuar constitucionalmente a petición de un solo miembro.

Entre febrero de 1917 y la declaración de guerra de Estados Unidos el 4 de abril, el IWW siguió un curso a medio camino entre el recomendado por Slovick y el sugerido por Williams. En línea con el consejo de Williams, el IWW se concentró en organizar las manos de la cosecha, a los mineros del cobre y a los trabajadores de la madera. Sin embargo, el 24 de marzo, *Solidarity* hizo lo que Slovick había exigido: distinguía a la IWW de las organizaciones laborales que sancionaban la guerra. En un recuadro en primera página, el periódico publicó "El paralelo de la muerte", colocando de lado a lado en negrita, la declaración del IWW contra la guerra de 1916 y la promesa de la AFL de ofrecer un servicio devoto y patriótico a la nación estadounidense en caso de guerra. Luego, debajo de una estimación de las víctimas de la guerra, *Solidarity* comentó: "¡Diez millones de vidas humanas son un monumento a la estupidez

patriótica nacional de la clase obrera de Europa! ¿Quién será el culpable si traicionan y llevan a los trabajadores de América a la matanza más sangrienta de la historia? ¿Quién?" La pregunta se contestó sola.

El 4 de abril, sin embargo, las discusiones académicas y las preguntas retóricas terminaron para el IWW. América estaba ahora en guerra. ¿Qué haría, de hecho, el IWW? se preguntaban los propios wobblies. Miembros de todo el país acudieron a su sede regional o a Chicago para recibir orientación. Los líderes del IWW, por supuesto, trataron de iluminar a sus seguidores. Al principio, aconsejaron y siguieron un curso consistente. Rechazando la propaganda contra la guerra, se concentraron en lo que *Solidarity* llamó "el gran trabajo de la ORGANIZACIÓN". Incluso Frank Little, que más tarde se hizo famoso como el enemigo de la guerra más amargo de la IWW, limitó sus comentarios a los consejos de que los trabajadores "se queden en casa y luchen batallas propias contra su propio enemigo, el jefe."

Aunque el IWW no tomó acciones específicas contra la guerra, se negó, a diferencia de la AFL y la mayoría de las otras organizaciones laborales, a aplaudir la cruzada de Wilson. En ese momento esto requirió coraje. (El Partido Socialista también adoptó una resolución contra la guerra en 1917, haciendo que un grupo influyente de intelectuales se separara del partido y se convirtieran en wilsonianos).

Pronto, sin embargo, el IWW enfrentó un problema más difícil de resolver que el de la guerra o la paz. Obligados a adoptar una posición sobre el borrador de la pregunta, los líderes de IWW se confundieron. El 3 de mayo, Haywood, escribiendo a Frank Walsh, notó que el IWW, aunque se oponía a la guerra, no había establecido un programa preciso contra la guerra. "Cuáles serán nuestros pasos en el caso de que los miembros... sean reclutados", escribió Haywood, "aún no se ha determinado. Si bien nos oponemos al Gobierno Imperial de Alemania, también nos oponemos a la Oligarquía Industrial de este país, y en lugar de luchar para que continúe, siempre nos encontraremos luchando a pequeña escala por la restitución de los derechos de los trabajadores.. "Eso, sin embargo, no equivalía a una política de conscripción.

Antes de la promulgación del proyecto de ley, el *Industrial Worker* había ofrecido una solución poética:

*Amo mi bandera, lo hago, lo hago,  
Que flota sobre la brisa,  
También amo mis brazos y piernas,  
Y cuello, y nariz y rodillas.  
Una pequeña bala podría estropearlos a todos.  
O darles un giro,  
No me serían de ninguna utilidad;  
Supongo que no me alistaré.*

Sin embargo, la poesía anti-alistamiento proporcionó una guía inadecuada para los wobblies que querían saber qué hacer cuando sus juntas de reclutamiento los llamasen. ¿Tenía la IWW una política oficial?

Varios wobblies influyentes pensaron que la organización debería oponerse al alistamiento. Frank Little, el más militante y franco de ellos, viajó a través de Occidente organizando a los trabajadores y criticando el proyecto. Richard Brazier, organizador de la Costa Oeste y nuevo miembro de la Junta Ejecutiva General, también sugirió a Haywood el 26 de mayo que la junta tomase una posición definitiva sobre el tema; Brazier aconsejó a los wobblies que declararan su objeción de conciencia a la guerra y su voluntad de resistir el reclutamiento. Estos militantes contra la guerra aparentemente forzaron una reunión especial de la Junta Ejecutiva General a mediados de julio que consideró tácticas anticonscriptión (antirreclutamiento). Lo que sucedió en esa reunión no está claro. Sin embargo, la evidencia indica que esos militantes fueron derrotados en la sesión y que Haywood obtuvo la aprobación de la mayoría de las políticas de guerra equívocas del IWW. Pero Ralph Chaplin, uno

de los militantes derrotados en la sesión de la Junta Ejecutiva General, continuó publicando artículos contra la guerra en *Solidarity*, incluido uno especial anticonscripción el 28 de julio que concluía: "Todos los miembros de la IWW que han sido llamados deben marcar sus solicitudes de exención, 'El IWW se opone a la guerra'".

Sin embargo, aproximadamente el 95 por ciento de los wobblies elegidos se registraron en sus juntas de reclutamiento, y la mayoría acudieron cuando fueron llamados. Algunos aparentemente entraron al servicio con la esperanza de que pudieran fomentar el antimilitarismo desde dentro. Por otro lado, la mayoría de los que se resistieron a la conscripción lo hicieron por razones étnicas. —Principalmente los finlandeses en Mesabi Range y los escandinavos en Rockford, Illinois.

La cautelosa reacción de la IWW a la guerra y al servicio militar no pudo proteger a la organización de las oleadas de histeria guerrera que se extendieron por toda América. A medida que el IWW incrementó su poder económico durante los primeros meses de la participación estadounidense en la guerra, los empresarios, enfrentados a una fuerza laboral cada vez más combativa, contraatacaron a los wobblies. Utilizando la emergencia de la guerra como pretexto y acusando a los wobblies de sedición, los empresarios movilizaron a la opinión pública y el poder del gobierno para reprimir a la IWW.

Los wobblies tuvieron premoniciones de las amenazas a su organización. Desde el nacimiento de la IWW en 1905, las autoridades públicas intentaron prohibirla o reprimirla, y desde las luchas por la libertad expresión de San Diego en 1912, el gobierno federal se había visto involucrado intermitentemente en la lucha por ilegalizar a los wobblies. La Primera Guerra Mundial, en lo que respecta a los empresarios y funcionarios públicos, obviamente transformó las potencialidades subversivas de la IWW en realidades vivientes. Muchos wobblies se dieron cuenta de eso.

También se dieron cuenta de que las cosas nunca habían parecido tan propicias para una organización exitosa entre los recolectores, los mineros y los madereros. Los empresarios preocupados por los beneficios se pensarían

dos veces estimular la insatisfacción de los empleados al interferir con los organizadores laborales o al despedir a los miembros del IWW de manera sumaria. Los funcionarios estatales, ansiosos por lograr una producción total de guerra, instarían a los empresarios a mejorar las condiciones de trabajo y evitar las cruzadas antisindicales. De hecho, al aumentar tanto el salario como la afiliación al sindicato, el IWW podría tomar crédito por estas mejoras, aumentando aún más su atractivo para los posibles miembros.

Las publicaciones del IWW y la correspondencia privada entre wobblies reflejaron sus percepciones de la guerra como una amenaza y una oportunidad. Un miembro del Estado de Washington, por ejemplo, escribió pocos días después de la declaración de guerra en Estados Unidos: "Espero que este maldito negocio de la guerra no nos haga retroceder, ya que la perspectiva para el IWW parece muy brillante".

Si la IWW fuera reprimida durante la guerra, no sería por ofrecer una oposición retórica a la participación de Estados Unidos. Tampoco sería por fomentar el sabotaje, la sedición y la subversión. La represión, si llegaba, sería el resultado de las luchas del IWW por organizar a los trabajadores. En lugar de desperdiciar recursos preciosos en la lucha contra la participación de Estados Unidos en la guerra, el IWW intentó usar toda su fuerza para luchar contra lo que Haywood denominaba la "oligarquía industrial" de Estados Unidos.

Planeando golpear a su enemigo donde más duele —en el bolsillo— el IWW se concentró en industrias donde ya había demostrado cierta fortaleza. Muy fortuitamente, esas industrias resultaron ser vitales para el esfuerzo de guerra de la nación. Los soldados americanos y aliados no podían luchar sin comida; y sin madera, los militares no podrían alojar reclutas, transportarlos a través del océano o desafiar a los pilotos alemanes por el control de los cielos. Sin cobre, la producción de hardware militar se vería obstaculizada y el cable esencial para las líneas de comunicación del campo de batalla sería imposible de obtener. Es más significativo, entonces, que en la primavera y el verano de 1917 las huelgas del IWW afectaran los campos de trigo, los bosques y las minas de cobre.

El resurgimiento de la IWW como organización sindical comenzó en el verano de 1915, como se recordará, con los triunfos de la Organización de Trabajadores Agrícolas (AWO) en el cinturón del trigo. A medida que la guerra aumentaba la demanda de trigo y la conscripción, disminuía la oferta de mano de obra disponible, la Unión Industrial de Trabajadores (empresarios) Agrícolas (AWIU) esperaba que 1917 fuera su mejor año. En su Convención anual en mayo de 1917, el AWIU escuchó informes de que la Liga no partidista de agricultores de Dakota del Norte [\(11\)](#) estaba ansiosa por reunirse con representantes del IWW. A C Townley, presidente de la Liga no partidista, había propuesto que cinco delegados de la Liga confirieran a un número idéntico de IWW para negociar los salarios, las horas y las condiciones de trabajo para la próxima temporada de cosecha.

Dos meses después, en julio de 1917, justo antes de que comenzara la temporada de cosecha de Dakota, la IWW anunció un acuerdo tentativo con la Liga No Partidista. Por primera vez, la oficina central del IWW comunicó que se había establecido una escala salarial uniforme (no especificada) para los trabajadores de la cosecha y que la Liga votó para recomendar su adopción por los granjeros de Dakota del Norte. Con el fin de no promover las sanciones tradicionales del IWW contra los acuerdos firmados o el agravio del individualismo, el acuerdo con el AWIU y la Liga se mantuvo verbal y orientativo.

Aunque el acuerdo fue orientativo, y aunque se respetó tanto en la infracción como en la práctica, sin embargo, benefició a la IWW. El año siguiente (1918), cuando Thorstein Veblen investigó la situación del trabajo agrícola a instancias de la Administración de Alimentos del gobierno federal, Veblen no descubrió una hostilidad aguda entre los granjeros de cereales y los wobblies, ni descubrió ninguna deslealtad del IWW u oposición a los esfuerzos de guerra del gobierno. La violencia y el conflicto laboral que afectó el cinturón de grano, continuó Veblen, fue introducida por clubes comerciales, banqueros, editores y políticos de base urbana.

Aunque el IWW no encontró una oposición militante por parte de los empresarios en los campos de trigo, enfrentó una situación completamente

diferente en sus intentos de organizar a los recolectores y madereros del Pacífico Noroeste.

La llamada del IWW a los trabajadores en el Noroeste del país se debió a la negativa de los empresarios en esa región a alterar las condiciones de trabajo injustas o a negociar con los afiliados moderados de la AFL. Como informó la comisión de mediación del presidente Woodrow Wilson en 1918, el IWW llenó el vacío creado por las estrictas políticas antilaborales de los empresarios. Aprovechando el deseo de los madereros de ser tratados con dignidad, lo que en la industria de la madera significaba en gran parte la jornada de ocho horas, ropa de cama decente y alojamiento saludable, el IWW hizo que su carnet rojo fuera común en todo el Pacífico Noroeste. Incluso antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, el IWW había iniciado una campaña de organización en el Noroeste siguiendo el modelo de las tácticas exitosas del AWO. Organizados por primera vez como una rama de la AWO, en marzo de 1917 los trabajadores de la madera eran lo suficientemente fuertes como para seguir su propio camino. En una Convención especial celebrada en Spokane los días 4 y 6 de marzo de 1917, los trabajadores madereros establecieron un sindicato industrial IWW de seis mil miembros: el Sindicato Industrial de Trabajadores Madereros No. 500. A su sede central de Spokane, este sindicato pronto agregó sucursales en Seattle y Duluth.

Esa primavera, cuando el hielo en los ríos y lagos de la región de troncos del Norte de Idaho y el Este de Washington se descongeló, el IWW optó sabiamente por sacar a sus miembros del trabajo, dejando a los ríos de Idaho obstruidos con troncos y las manufacturas hambrientas de nuevos suministros de materia prima. En lugar de combatir esta huelga inesperada y, por lo tanto, perder una oportunidad de mercado favorable, los empresarios aceptaron las demandas del sindicato, otorgando a los wobblies salarios más altos y la jornada de ocho horas.

El éxito del IWW en el Inland Empire resultó contagioso. Desde la sede de Spokane, el IWW se movió en contra de los granjeros de frutas, vegetales y trigo del Este de Washington, y desde su sede en Seattle, el sindicato de trabajadores de la madera planeaba organizar la industria del abeto de Douglas al Oeste de las Cascadas.

Los empresarios y los funcionarios públicos en el Noroeste sintieron tanto miedo de la IWW que a mediados de junio de 1917 el pánico invadió la región. Como resultado de la presión del IWW en los distritos agrícolas y madereros de su Estado, el gobernador de Washington, Ernest Lister, ya había designado un comité especial, incluido el presidente de la Federación Estatal de Trabajo, para investigar las condiciones laborales locales. El 19 de junio, el abogado de los Estados Unidos para el distrito Este de Washington afirmó que el IWW había presentado demandas absurdas a los agricultores de la región, las cuales no podían concederse.

La situación laboral en el Noroeste continuó deteriorándose. Los informes llenaron la prensa del IWW que describía las huelgas en toda la región por parte de los trabajadores de la madera destinados a asegurar la jornada de ocho horas y los salarios en línea con la tendencia inflacionaria. Los abogados federales en Washington e Idaho observaron una creciente ola de amenazas del IWW a la paz y la seguridad del Noroeste. La AFL se unió al clamor por la acción, revivió su fraternal Hermandad de Trabajadores de la Madera y estableció planes para una huelga general en la industria del abeto de Douglas. Dado que los equipos del IWW habían estado movilizándose de manera intermitente desde mediados de junio, los líderes wobbly decidieron que, en lugar de permitir que los oficiales de la AFL asumieran el crédito por cualquier paro futuro, el IWW debería declarar su propio paro en toda la industria, a partir del 17 de julio. La respuesta a la proclamación de huelga del IWW fue que miles de hombres dejaron sus trabajos y paralizaron parcialmente la industria maderera.

Aunque los críticos del IWW destacaron los aspectos violentos de la huelga subsiguiente, los propios wobblies insistieron en una resistencia absolutamente pasiva. El líder de la huelga James Rowan advirtió a los wobblies que desconfiaran de los hombres que defendían la violencia que se habían infiltrado en la organización para servir como agentes provocadores.

A medida que la huelga de la IWW por la jornada de ocho horas cobraba fuerza, los empresarios debían tomar decisiones importantes. Podrían elegir voluntariamente ir hacia un día de ocho horas y así evitar el descontento de los empleados, o podrían permanecer en turnos mínimos de diez horas.

Podían luchar contra los sindicatos en un frente unido, o cada empleador podía seguir su propio camino, como había sido tradicional en la industria de la madera. Sin embargo, incluso antes de que comenzara la huelga general del IWW el 17 de julio, los madereros habían hecho planes de cooperación para hacer frente a sus problemas laborales. En una reunión en Seattle el 17 de julio, los principales ejecutivos de la industria decidieron, a pesar de algunos desacuerdos, negarse a conceder el día de trabajo de ocho horas.

Para mantener la habitual jornada de diez horas, los empresarios establecieron la Asociación de Protección de Leñadores el 9 de julio de 1917. Los líderes de la asociación amenazaron a las empresas que se negaron a unirse a los boicots y se comprometieron a penalizar a cualquier Compañía miembro que concediera la jornada de ocho horas. Las empresas se unieron a la asociación - sesenta de ellos el día en que se formó, incluido Weyerhaeuser, el gigante de la industria-, porque de repente se dieron cuenta de que la IWW había establecido una organización efectiva entre los madereros. Como explicó Alex Poison, uno de los madereros más individualistas y difíciles, "si no fuera por la amenaza del IWW para nuestro país, nunca hubiera asistido a la reunión (9 de julio)... ni les hubiera permitido usar mi nombre en el Comité. Es para vencer a esta organización (la IWW) que creo que nuestra Compañía debería permanecer con ellos (la Asociación Protectora) hasta el último aliento".

Ni la Asociación de Protección ni los detectives y oficiales contratados por los empresarios contrarrestaron el movimiento por las ocho horas de la IWW. Los informes llegaron al Departamento de Trabajo del 19 al 20 de julio, en los que se describía la actividad generalizada de huelgas en el Noroeste. E G Ames, de la Puget Mill Company, declaró que el negocio de la madera y la tala del distrito de Grays Harbor estaba prácticamente paralizado.

Las tácticas de la AFL hicieron a los empresarios madereros aún más infelices. Mientras los empresarios intentaban proteger a la mayoría "leal" de sus trabajadores contra agitadores laborales subversivos, los afiliados de la AFL intentaron usar la crisis para inscribir a trabajadores madereros en la Hermandad de Trabajadores de la Madera. Pero los empresarios mostraron tan poco amor por la "patriótica" AFL como por la "subversiva" IWW.

No dispuestos a otorgarles a sus empleados una jornada de ocho horas, y aún menos dispuestos a tratar con sindicatos, incluidos los sindicatos de la AFL, los trabajadores de la madera no tuvieron más remedio que luchar con la huelga hasta el amargo final. Usando a Pinkertons, alguaciles locales, funcionarios estatales, abogados federales y, en última instancia, al gobierno federal, los empresarios podrían compensar parcialmente la efectividad de la huelga liderada por el IWW. En una respuesta táctica, el IWW, a fines de agosto, envió a sus miembros de nuevo a trabajar con órdenes de combatir en el trabajo. A partir de entonces, cuando los trabajadores se fingían enfermos, o abandonaban el trabajo sin previo aviso, los empresarios se encontraban impotentes. En otras circunstancias simplemente hubieran reemplazado a los hombres insatisfactorios con un nuevo equipo de trabajo. En tiempos de guerra esto no se pudo hacer.

A pesar de que la huelga general del IWW fue un fracaso aparente, el Consejo de Defensa del Estado de Washington informó, sin embargo, tristemente, a fines de septiembre, que los campamentos madereros operaban solo al 50 por ciento de su capacidad y las manufacturas derivadas del 60 al 65 por ciento; apenas suficiente en ninguno de los casos para satisfacer las demandas de la guerra. El consejo encontró que más trabajadores se unían a la IWW y la AFL, y advirtió que si los empleadores mantenían su oposición inquebrantable a un día laboral más corto, las huelgas costosas y la ineficiencia laboral empeorarían.

En la industria maderera, al menos, el IWW parecía estar librando su guerra de clases eficazmente. Pero los wobblies, como los Aliados y los Poderes Centrales, peleaban su guerra en más de un solo frente. Mientras chocaba con los empleadores madereros en el Noroeste del Pacífico, el IWW llevó simultáneamente la lucha a los barones del cobre en Montana y Arizona.

Si los trabajadores de la madera tenían reclamos legítimos, los mineros del cobre también. En ninguna parte fue esto más claro que en Butte, Montana, que una vez fue un bastión del sindicato minero, pero en abril de 1917 era una ciudad abierta. Ningún minero del cobre podía conseguir trabajo sin la tarjeta

de crédito [lealtad], y ninguno recibía su tarjeta si participaba en asuntos sindicales. Desde la explosión laboral que sacudió a Butte en 1914, pocos mineros acudieron a la organización de Charles Moyer, a la Unión Internacional de Trabajadores de Minas, Fábricas y Fundiciones (IUMMSW) ([12](#)), o a la AFL matriz para obtener ayuda. Durante tres años, tarjetas de lealtad, detectives Pinkertons, pistoleros de las Compañías y rivalidades sindicales cerraron las minas de Butte al trabajo organizado. Luego vino la guerra, y en Butte, como en otros lugares, los precios subieron, las ganancias aumentaron y el mercado laboral se endureció. Ahora incluso la chispa más pequeña podría provocar en la ciudad el incendio del mundo del trabajo.

Esa chispa brilló literalmente el lunes, 8 de 1917, cuando se produjo un incendio en el fondo del pozo al nivel de 2.400 pies en la mina Speculator de la Compañía Minera del Norte de Butte. Las llamas rugieron a través del pozo y las lenguas de fuego quemaron sus grietas y galerías, convirtiendo toda la mina en un infierno. Los hombres huyeron en todas direcciones. Unos pocos afortunados lograron atravesar mamparos de hormigón pesados diseñados para limitar la intrusión. Pero la mayoría de los mineros quedaron atrapados por estas barreras inquebrantables. Dondequiera que huyeran en el pozo, los mineros fueron perseguidos por las llamas y los gases venenosos liberados por el intenso calor. Al final, 164 hombres murieron en el incendio conocido como el infierno Speculator.

Hirviendo de indignación, los mineros de Butte reaccionaron a la tragedia. Dirigidos por hombres del IWW, especialmente Tom Campbell y Joe Shannon, los únicos líderes en los que ahora confiaban los mineros, los trabajadores organizaron un nuevo sindicato independiente, el Sindicato de Trabajadores de Minas Metálicas (MMWU), para trascender las tradicionales rivalidades de IUMMSW-AFL-IWW. A pesar de su independencia nominal, el MMWU estaba codirigido por Campbell y Shannon (militantes del IWW), y muchos mineros obtuvieron rápidamente carnets rojos. Mientras tanto, la Sede del IWW no perdió tiempo en enviar organizadores a Butte. La olla del trabajo a fuego lento estalló el 11 de junio, cuando de diez a doce mil mineros coordinados por wobblies abandonaron el trabajo para exigir mejores condiciones, un

salario mínimo diario de 6 \$, reconocimiento sindical y la abolición de la tarjeta de lealtad.

Los mineros respondieron a la recalcitrancia de sus empresarios no con violencia, sabotaje o desórdenes, sino con moderación. El 20 de junio, un funcionario del MMWU le pidió al Secretario de Trabajo Wilson que iniciara una investigación federal sobre los problemas laborales de Butte. Tres días después, el sindicato comunicó sus demandas específicas al Secretario Wilson, agregando tres elementos de seguridad en las minas a su lista original y sugiriéndole a Wilson que el sindicato cumpliría con una determinación federal con respecto a la viabilidad y la razonabilidad de sus demandas.

El asistente del fiscal general William C. Fitts advirtió simultáneamente al Secretario Wilson sobre la gravedad de la situación laboral en Butte, así como la probabilidad de que interfiriera con el esfuerzo de guerra. Fitts también mencionó que el Departamento de Justicia estaba buscando posibles violaciones de la ley federal. En esta coyuntura, el Secretario Wilson se enteró de que los sindicatos de trabajadores de la AFL de Butte se habían retirado repentinamente del trabajo, interrumpiendo aún más la producción de cobre y zinc. Para encontrar una salida a esta confusión, Wilson envió a W H Rogers, un mediador federal y ex funcionario de la United Mine Workers, a Butte.

A su llegada a Butte, Rogers encontró la situación laboral inusualmente amenazadora. Inmediatamente declarando imposible el acuerdo de la huelga de los mineros, instó a un esfuerzo concertado por parte de Gompers y la AFL para obligar a los sindicalistas a regresar al trabajo. En concierto con los funcionarios de Anaconda, Rogers elaboró un plan para socavar la huelga. Primero, atrajeron a los trabajadores cualificados de los sindicatos artesanales para que regresaran al trabajo con una oferta atractiva, respaldada por Gompers, funcionarios sindicales internacionales y Rogers. Luego ofrecieron a los mineros individuales menos decididos y más presionados un aumento ilusorio de salarios.

Aunque todos los sindicalistas artesanos habían regresado a trabajar a mediados de julio, la gran mayoría de los mineros rechazaron las concesiones limitadas que Rogers había acordado con los dueños de las minas. A pesar de

los cargos de subversión, antipatriotismo y anarquía de los empresarios y los periódicos, los mineros mantuvieron su huelga no violenta. Según una informante de la congresista de Montana, Jeannette Rankin, aún buscaban al Presidente Wilson y al gobierno federal para resolver la disputa de manera equitativa. El mismo informante afirmó que los mineros suspenderían su huelga si el Presidente Wilson le encargara a Rankin que efectuara un acuerdo permanente. Washington, por supuesto, no tenía tales planes en mente.

A lo largo de septiembre, la huelga paralizó la producción de cobre y zinc en Montana. Suplicando a las autoridades federales para hacer cumplir un acuerdo de huelga basado en la abolición de la tarjeta de lealtad, los mineros no llegaron a ninguna parte. En Montana, al igual que en el Estado de Washington, los empresarios podrían romper las manifestaciones externas de una huelga del IWW. Sin embargo, no pudieron restaurar los niveles de producción. Los mineros insatisfechos regresaron a las minas solo a fingirse enfermos.

La situación laboral de Arizona en tiempos de guerra resultó incluso más confusa y complicada que la de Montana. Igualmente esencial para el esfuerzo de guerra, las minas de cobre de Arizona producían el 28 por ciento del suministro total de la nación. A diferencia de las minas de Montana, las de Arizona estaban dispersas por el Estado en cuatro distritos ampliamente separados y geográficamente aislados. Excepto en el distrito de Warren en el área de Bisbee, las regiones mineras de Arizona tenían una fuerza laboral notoriamente políglota: estadounidenses, europeos del Este, mexicanos, mexicoamericanos, trabajadores nacidos en España e incluso algunos nativos americanos, que se mezclaban en un irascible ejército de trabajo dividido y descontento. Además, los sindicatos de mineros nunca habían tenido el éxito en Arizona que una vez tuvieron en Butte. Los años de auge de la minería en el Estado comenzaron justo cuando el WFM decayó, y cuando llegó la guerra en 1917, los mineros de Arizona carecían de medios efectivos para reparar sus quejas laborales básicas.

Arizona era así un caldo de cultivo ideal para la IWW, que tenía líderes para organizar allí: Charles MacKinnon, cuñado de Big Bill Haywood, que llevaba un carnet del IUMMSW y un carnet rojo, un veterano del conflicto de Goldfield de

1906-7 y un minero de roca dura con considerable influencia en los campos mineros de Arizona: Frank Little, el organizador y agitador nativo americano de un solo ojo, respetado por los mineros de roca dura del Estado por su coraje y principios inflexibles; y Grover H. Perry, Secretario-tesorero del Sindicato Industrial de Trabajadores de Minas Metalúrgicas No. 800, un experimentado representante del IWW que ya había realizado un notable trabajo de organización entre los trabajadores marítimos en los Grandes Lagos y en Baltimore y que ahora estaba ansioso por organizar las minas de cobre desde la sede de su sindicato en Phoenix.

El IWW avanzó en Arizona de dos maneras. Donde el sindicato de Moyer (el IUMMSW) era en gran medida ineficaz, como en Bisbee, los wobblies capturaron fácilmente el antiguo Local del IUMMSW desde dentro, transformándolo en una rama del Sindicato de Trabajadores de Minas Metálicas (en Bisbee, el IWW incluso se hizo cargo de la sala del IUMMSW). En otras partes del Estado donde el sindicato de Moyer retuvo influencia, el IWW formó sindicatos locales duales y también se infiltró en los Locales del IUMMSW, planeando primero interrumpirlos y luego capturarlos desde dentro.

En su campaña de organización, el IWW hizo un llamamiento económico simple y directo a los mineros de Arizona. Al enfatizar la incapacidad del IUMMSW para aumentar los salarios a medida que se elevaban los precios en tiempo de guerra, los folletos del IWW exigían "jornadas más cortas, más salarios y mejores condiciones hoy, mientras que mañana estaremos satisfechos *con la propiedad total de las fábricas, minas y fundiciones*" (cursiva añadida). Los organizadores solicitaron la jornada de seis horas, dos hombres en cada máquina de perforación minera para reducir el desempleo tecnológico, el fin del atosigamiento y la abolición de las políticas laborales autocráticas de las empresas. Conscientes de la composición políglota de los mineros, los organizadores del IWW subrayaron que su sindicato "proporciona la admisión... a todas las personas que trabajan en la industria minera, independientemente de su credo, color o nacionalidad". El Sindicato de Trabajadores de Minas Metálicas No. 800 prometió a los trabajadores una solidaridad nunca antes lograda en la industria minera de roca dura; también

ofreció a los mineros de Arizona el apoyo de sus compañeros de trabajo en Montana, Utah, Nevada e incluso Alaska.

La apelación del IWW funcionó en Arizona. Ayudada por la incapacidad de la IUMMSW para actuar, la IWW creció a pasos agigantados en Bisbee y agregó miembros en otros distritos mineros de Arizona. Organizada el 29 de enero de 1917, la Metal Mine Workers' Union Nº 800 tenía más de seis mil miembros en abril y 125 organizadores pagados en el trabajo, sobre todo en Arizona, incluyendo los organizadores de habla española que distribuyeron el periódico en castellano de la IWW *El Rebelde*.

Sin embargo, en Arizona, como había sido el caso en otras partes de la nación, el descontento de la clase trabajadora superó los planes del IWW. Después de abril de 1917, los salarios simplemente no pudieron seguir el ritmo de la inflación de precios, y ni los líderes del IWW ni los funcionarios del IUMMSW pudieron restringir la demanda de salarios más altos por los mineros de Arizona. Disputas laborales espontáneas surgieron así en los distritos de Jerome y Clifton-Morenci en mayo de 1917. Sin embargo, la mediación federal y las oportunas concesiones de los dueños de las minas afectadas terminaron estas huelgas. Por el momento, al menos, la escena laboral de Arizona parecía tranquila.

Sin embargo, los problemas laborales del Estado se habían torcido demasiado como para desentrañarlos. Era imposible sin un cuadro de mandos distinguir a wobblies, hombres de la AFL y espías de trabajo. Cuando los empresarios pensaron que el IUMMSW era fuerte, intentaron usar los Locales del IWW para quebrantar al sindicato que creían más fuerte. Donde el IWW era fuerte, como en Bisbee, los dueños de las minas instigaron al IUMMSW y a la Federación Estatal del Trabajo a actuar contra los wobblies. En todo el Estado, los wobblies se unieron a la IUMMSW, los espías se infiltraron en la IWW, los agentes del Departamento de Justicia cazaron subversivos y los dueños de las minas y los empresarios locales formaron Ligas de Lealtad para reprimir a todos los sindicatos. Solo prevalecieron dos constantes: la negativa absoluta de los empresarios a negociar con el trabajo organizado y las demandas de los mineros para conseguir una reparación de sus quejas a través de la negociación colectiva. Tal situación solo podría empeorar antes de mejorar.

Empeoró la situación Walter Douglas, presidente de la Corporación Phelps Dodge, en la primera semana de junio, cuando realizó una encuesta de las condiciones laborales en sus propiedades mineras de Arizona. En una carta al secretario del interior Franklin Lane, Douglas culpó las dificultades laborales de su Compañía a la propaganda del IWW y al intento antipatriótico del Presidente de la Federación Estatal de Trabajadores de sindicalizar la industria minera en un momento de peligro nacional.

Hasta que el desastre de la Speculator precipitó el conflicto laboral en Butte, parecía que los empresarios podrían controlar la tensa situación laboral de Arizona. Pero después del desastre de Butte, los mineros de cobre de Arizona no pudieron ser controlados. Alentados por los eventos en Montana, los wobblies de Arizona decidieron acelerar su influencia en el Suroeste. El 26 de junio, el IWW llamó a la movilización a sus miembros de las minas de Bisbee, Globe, Miami, Swansea y Jerome, Arizona.

Para no quedarse atrás, los Locales del IUMMSW iniciaron sus propias huelgas por salarios más altos, horarios más cortos y reconocimiento sindical. Para el 1 de julio, diez mil hombres holgaban en el distrito de Clifton-Morenci, donde todas las grandes producciones habían sido cerradas; un día después, ocho mil mineros abandonaron sus empleos en el distrito de Globe-Miami. El movimiento huelguístico del 6 de julio se extendió rápidamente de un área a otra incluyendo a 25.000 hombres y teniendo éxito en movilizar a cada campamento minero del Estado. Para entonces, el paro era el 90 % efectivo en Bisbee, donde controlaba el IWW, y 100 % efectivo en Clifton-Morenci, donde IWW e IUMMSW se unieron en una alianza incómoda.

En una investigación sobre las causas de estos disturbios laborales, una comisión de mediación nombrada por Woodrow Wilson asignó la responsabilidad a la fuerza de trabajo heterogeneizada y no norteamericana de la industria del cobre, su fuerte rotación laboral, sus políticas antisindicales y su insistencia en mantener patrones autocráticos de disciplina laboral. Sin embargo, en Bisbee, donde la Comisión tenía que dar cuenta no solo del conflicto industrial sino también del dominio del IWW, los trabajadores eran en su mayoría estadounidenses y casi todos hablaban inglés, eran en su mayoría hombres de familias asentadas, y trabajaban para Phelps Dodge, que

aunque autocrático y antisindical, proporcionó a las ciudades de Bisbee y Douglas numerosas ventajas financiadas por la empresa. La comisión de mediación simplemente culpó el aumento del IWW en Bisbee a la destrucción de Phelps Dodge del Local del IUMMSW. Todavía, como demostraron las propias pruebas de la comisión, en Clifton-Morenci y Globe-Miami, donde los mineros menos americanizados eran más transitorios y los operadores parecían ser tan antisindicales el IWW nunca alcanzó el dominio.

No hubo mucha diferencia en si las huelgas fueron inspiradas por el IWW. Independientemente de qué sindicato iniciara los conflictos, los huelguistas afirmaron que si los estadounidenses podían librarse una guerra en el extranjero para difundir la democracia, también podían luchar en el país para ganar la democracia industrial que los autistas autócratas les habían negado durante tanto tiempo y cuyas tiranías eran más reales para los mineros que las imputadas al Kaiser Guillermo.

En consecuencia, los mediadores del Secretario de Trabajo Wilson encontraron a los dueños de las minas lejos de ser conciliadores o cooperativos. No lograron obtener concesiones laborales sustanciales de las Compañías de cobre, que insistían en manejar las relaciones laborales en su espíritu autocrático habitual; como una empresa informó al local del IUMMSW en Globe, "Primero y ante todo, nos reservamos el derecho y el privilegio de dirigir nuestros propios negocios". O, como Walter Douglas declaró públicamente, "No habrá compromisos porque no podemos comprometernos con una serpiente de cascabel". Por lo tanto, los mediadores no tuvieron más remedio que retirarse de la disputa para permitir que los principales contendientes luchen en ella.

El conflicto laboral de Arizona parecía derrotar a todos los involucrados en él. Los propietarios de las minas pidieron ayuda a las autoridades federales, pero cuando los mediadores del Departamento de Trabajo lo ofrecieron, los empresarios se negaron a cooperar. Incapaz de derrotar a las compañías de cobre, el IWW también se vio atacado por funcionarios estatales, afiliados de la AFL y agentes federales. La AFL y el IUMMSW parecían igualmente impotentes.

Los operadores mineros de Arizona, como los hombres de negocios en Montana y el Estado de Washington, no pudieron romper las huelgas del IWW ni restaurar la producción total. Cuando la Comisión de Mediación del presidente Wilson llegó a Arizona en el otoño de 1917, descubrió que las minas de cobre del Estado habían Estado total o parcialmente cerradas durante más de tres meses, con una pérdida de producción de más de 100 millones de libras de cobre.

En el verano de 1917, desde los bosques de abetos de Puget Sound hasta la "colina más rica del mundo" en Butte, desde las ciudades mineras aisladas de Arizona hasta los campos de trigo dorado del Medio Oeste, el IWW amenazó la capacidad guerrera de la nación. Muchos estadounidenses se preguntaban qué quería el IWW antes de declarar una tregua en su guerra de clases.

## **LOS PATRONOS DEVUELVEN EL GOLPE.**

El 17 de agosto de 1917, el Senador estadounidense Henry Ashurst de Arizona se levantó en el Senado para denunciar a la IWW. "Con frecuencia me han preguntado qué significa 'IWW'", informó a los demás senadores, y luego agregó: "Significa simple y únicamente 'Imperial Wilhelm's Warriors' (Guerreros Imperiales del Kaiser)".

La guerra generalmente genera odio hacia el enemigo. Esto fue particularmente cierto en los Estados Unidos de 1917-18, cuando las autoridades públicas buscaban inmunizarse contra la apostasía antipatriótica de los millones de ciudadanos que habían emigrado desde naciones que luchaban en el bando enemigo. Desde la imprenta, el púlpito y el Departamento de propaganda de guerra del presidente Wilson, el Comité de Información Pública de George Creel, propagó que la nación alemana era sinónimo del mal, que el Kaiser era el diablo encarnado y que el pueblo alemán era inhumano.

La propaganda anti-alemana, que el comité de Creel distribuyó en cada comunidad, equiparó el desacuerdo con las políticas de guerra de Wilson con la traición incipiente y vio evidencia de espionaje alemán en cada acción que obstaculizara el esfuerzo de guerra estadounidense. Dado que el IWW se oponía en teoría a la guerra y tomó medidas en la práctica, es decir, las huelgas de madera y cobre, que amenazaron la producción de guerra, los medios de comunicación de la nación declararon al IWW ipso facto culpable de traición y espionaje. En la primavera y el verano de 1917, la prensa estadounidense estimuló una nueva forma de fiebre del oro, la búsqueda frenética para descubrir el tintineo del oro alemán en los bolsillos de Bill Haywood.

De costa a costa, y de manera más virulenta en las comunidades perturbadas por las huelgas del IWW, sonaron campanas de alarma para reprimir a los wobblies. Mucho después de que la represión se había convertido en un hecho, el *San Francisco Chronicle* comentó el 6 de febrero de 1918: "Los IWW son peores que los alemanes... los IWW nunca cesarán hasta que sean encarcelados permanentemente o hayan dejado de existir". El *Wall Street Journal* señaló: "La nación está en guerra, y la traición debe combatirse con medidas preventivas y punitivas. Cuando escuchas el sonido de la serpiente (es decir el IWW) silbando en el pasto, ¿por qué esperar hasta que se abalance en vez de aplastarla? "En lugar de esperar a ver si su mordedura es venenosa, el talón del gobierno debería matarlos inmediatamente".

Las revistas más reflexivas resultaron tan frenéticas como la prensa diaria en sus denuncias de la IWW. *The Outlook* afirmó que, independientemente de que el oro alemán financiara o no las intrigas del IWW, los conflictos industriales de los wobblies ayudaban al enemigo. "Si se necesitan los preparativos militares más completos contra un enemigo externo", aconsejó la revista, "no son menos necesarios contra este enemigo interno". Incluso *The Nation* generalmente objetiva, no conocida por su entusiasmo bélico, advirtió: "Parece probable que los líderes (IWW) puedan... ser arrestados por razones sustanciales de sedición o intento de desorden; y su arresto y castigo sumario darían una lección saludable a los posibles infractores de la ley".

En 1917 los salones del Congreso se hicieron eco de las denuncias de la IWW. Senadores y congresistas de los Estados occidentales más afectados por huelgas del IWW instigaron esta retórica. Miles Poindexter, un Senador progresista de Washington de quien los barones madereros decían antes que había sido elegido por los votos del IWW, declaró que los líderes wobbly debían ser proscritos y que deberían ser manejados firmemente por los funcionarios públicos, incluso en ausencia de infracciones específicas de la ley federal. Sólo dos voces del Congreso disputaron las calumnias amontonadas contra el IWW. Jeannette Rankin, que había votado en contra de la declaración de guerra de Estados Unidos y que era un aliado político de los mineros de Butte, incluido el elemento IWW, y el Senador George Norris de Nebraska,

otro opositor a la guerra que preguntando por las quejas que habían provocado las huelgas de IWW, intentó razonar con sus colegas.

Esta histeria masiva en tiempos de guerra, que afectó a cada clase, sector y región del país, preparó el contraataque de los empresarios contra el IWW. Si bien la mayor parte de la propaganda anti-IWW pudo haber sido bien intencionada y motivada por creencias patrióticas desinteresadas, este no fue el caso de los empresarios occidentales, quienes utilizaron la retórica del patriotismo para frustrar la amenaza del IWW a sus ganancias durante la guerra. Los empresarios occidentales no perdieron la oportunidad de hacer compatibles los beneficios con el patriotismo y el trabajo organizado, sinónimo de traición.

Antes de que la huelga general del IWW golpeara la industria maderera del Noroeste, los empresarios creían que podían desviar la penetración de los sindicatos al obtener contratos de guerra gubernamentales que garantizarían la protección federal de sus intereses económicos. Cuando comenzó la huelga de la madera en Idaho en junio, los empresarios exigieron a los agentes del Servicio Secreto federal que protegieran a sus empleados leales contra la intimidación del IWW. A principios de julio, antes del comienzo de la huelga general, una asociación de madereros occidentales rogó a sus congresistas protección federal en Idaho, Washington y Montana. A finales de ese mes, con la retirada del IWW totalmente efectiva, E G Griggs, de la St. Paul y la Tacoma Lumber Company, exigieron ayuda federal para defender a Grays Harbor contra lo que él consideraba una "invasión enemiga". Además, decenas de madereros del Noroeste enviaron informes de pánico a Washington en los que destacaron la interferencia del IWW con la necesidad de abetos del gobierno para aviones y construcción naval, el deseo de los empleados leales de trabajar si las tropas los defendían contra los agitadores laborales y los vínculos evidentes entre el IWW y el espionaje de Alemania.

Incapaces de obtener ayuda por parte del Departamento de Trabajo, los hombres de negocios occidentales consideraron que el Departamento de Justicia sería mucho más sensible a su presión. De sus contactos con los abogados locales de los Estados Unidos, que eran cercanos y amigables, los empresarios comprendieron que los funcionarios locales del Departamento de

Justicia despreciaban a la IWW, les disgustaba el trabajo organizado y demostraban escasa simpatía por la causa del trabajador. De este modo, los empresarios recurrieron a los abogados de los Estados Unidos como el mejor canal a través del cual llevar sugerencias de negocios a los niveles más altos del gobierno federal.

Estos abogados locales transmitieron fielmente a sus superiores de Washington el caso de la Western contra el IWW. En sus pedidos de acción federal contra la IWW, los funcionarios del Departamento de Justicia exhibieron, considerando su profesión, un sorprendente desprecio por la ley. En representación del departamento de Seattle, Clay Allen simplemente informó que todos los agitadores y organizadores del IWW debían ser internados durante la duración de la guerra o, si eran extranjeros, debían ser deportados. No estaba solo en esta sugerencia. El abogado estadounidense Francis Garrecht de Spokane informó en éxtasis sobre el éxito de una política de internamiento implementada por las autoridades militares en el Este de Washington. En lugar de entregar a los presos del IWW a funcionarios civiles como lo exige la ley, los militares los detuvieron para evitar los procedimientos de habeas corpus y la liberación de sus prisioneros por fianza. Concediendo que esta práctica podría haber excedido el poder de los militares y violado la letra de la ley, concluyó: "El plan cuenta con la aprobación pública y cubre la situación como nada más puede hacerlo, y se debe hacer todo lo posible para continuar la actuación aquí esbozada".

Si bien los abogados de los Estados Unidos recomendaron extender la ley hasta su punto de ruptura y más allá, también se deleitaron en informar "conspiraciones alemanas". Su falta de evidencia no disminuyó el entusiasmo con el que los abogados del Departamento de Justicia en Occidente informaron regularmente al fiscal general Thomas Gregory de las siniestras conspiraciones alemanas-IWW. Clay Allen incluso instó al establecimiento de campos de concentración en los cuales encerrar a los agentes alemanes del IWW. Además de ilustrar sus verdaderas creencias, que eran tan antisindicales como anti-IWW, Allen afirmó que la presencia de tropas federales en el Noroeste servía para silenciar al movimiento laboral legítimo (AFL) en Seattle,

que, a su juicio, estaba "en las manos de hombres cuya lealtad podría ser debidamente cuestionada".

Que los abogados de los Estados Unidos, conocidos por sus contactos íntimos con hombres de negocios, demandaran la represión de la IWW, no causará ninguna sorpresa cuando se dé cuenta de que durante esos mismos años, voces más moderadas aconsejaron acciones similares. Carleton Parker, un veterano reformista laboral de la Costa Oeste despreciado por su "radicalismo" por parte de algunos de los empresarios más destacados de la región, propuso políticas muy similares a las de los abogados Garrecht y Allen.

La batalla del empresariado occidental contra la IWW ganó otros aliados inesperados. No solo los abogados federales y los reformistas laborales locales se unieron a la lucha, sino que también lo hicieron los afiliados de la AFL. Dondequiera que se movilizó la IWW, los líderes de la AFL como Charles Moyer de la Unión Internacional de Trabajadores de Minas, Manufacturas y Fundiciones (IUMMSW) y JG Brown de la Hermandad de Trabajadores de la Madera respaldaron la acción de los trabajadores que actuaron de esquiroles contra los huelguistas del IWW.

Los empresarios no solo abogaron por una intervención federal, sino que también les suplicaron a los funcionarios locales y estatales que reprimieran a la IWW. En esos niveles, los motivos comerciales recibieron una reacción más rápida. Estado tras Estado, alguaciles, alcaldes, gobernadores, comités de defensa nacional y otras organizaciones públicas se aliaron con el empresariado para luchar contra la amenaza del IWW. Los Estados de Minnesota e Idaho, por citar solo dos ejemplos, promulgaron las llamadas leyes de *sindicalismo criminal*, que prohibieron la afiliación efectiva en el IWW.

El Consejo de Defensa del Estado de Washington, que representaba a los negocios, el trabajo organizado (es decir, la AFL) y el público (sea lo que sea lo que eso significase), libró una lucha multifacética contra el IWW. Buscó en el Estado pruebas de deslealtad, tomó bajo custodia a los líderes del IWW "irresponsables", "sediciosos" y "desleales", e investigó las causas de los disturbios laborales. Donde el poder del Estado resultó insuficiente para la ocasión, pidió sin vacilación tropas federales.

En tiempos de guerra, el poder estatal en general demostró ser incapaz de hacer frente a la actividad del IWW. Las milicias estatales, que nunca se destacaron por su eficiencia, no estaban disponibles en el verano de 1917, ya que se federalizaron. Por lo tanto, los gobernadores que planeaban recurrir a la represión militar tuvieron que recurrir a Washington en busca de ayuda. El gobernador de Montana fue el primero en solicitar y usar tropas federales para romper una huelga del IWW, al hacerlo el 21 de abril en el caso de una disputa laboral en el Great Northern Railroad en Eureka. Poco después, el director ejecutivo de Arizona solicitó asistencia similar para controlar las huelgas en las minas de cobre de su Estado y, a principios de junio, el gobernador de Washington, Ernest Lister, solicitó al Departamento de Guerra tropas para patrullar las granjas y los sistemas de riego del Valle de Yakima. Finalmente, los funcionarios estatales acordaron con los empresarios y los fiscales de los Estados Unidos que solo el poder federal era capaz de suprimir el IWW.

Hasta que el gobierno federal pudiera ser persuadido para actuar de manera decisiva contra el IWW, muchos empresarios y ciudadanos preferían actuar por su cuenta. Ligas de lealtad, alianzas de ciudadanos y pandillas de vigilantes surgieron en todas las comunidades occidentales afectadas por conflictos laborales.

Antes de que Estados Unidos entrara formalmente en la guerra, el IWW sintió el aguijón de esta nueva generación de pandillas de vigilantes. Milicianos estatales e infantes de marina de Estados Unidos "fuera de servicio" allanaron la sede del IWW en Kansas City el 3 de abril de 1917, destruyendo los documentos de la organización y los muebles de oficina, mientras la policía de Kansas City observaba plácidamente y luego se marchaba en compañía de los soldados.

Kansas City marcó solo el comienzo de la actividad de las pandillas de vigilantes. El 30 de mayo, la sede del IWW en Detroit tuvo una visita similar; el 16 de junio, soldados y marineros atacaron la sede de Seattle. Ningún wobbly sabía dónde o cuándo atacarían los vigilantes. La sede de Chicago incluso había

sido invadida en secreto la noche del 24 de mayo, y se robaron varios discos de dictáfono, rollos de correspondencia y otros artículos.

Con el fin de protegerse a sí mismo de la "justicia" de las pandillas de vigilantes, el propio IWW solicitó asistencia a las autoridades federales. Haywood envió a dos miembros de la Junta Ejecutiva General y al abogado del IWW Fred Moore a Washington para presentar la reclamación de justicia del IWW ante el Presidente y el Departamento de Justicia. Esta fue otra de las decisiones de los wobblies durante la guerra que asombran a la imaginación. Habiendo declarado la guerra como un baño de sangre capitalista causado por hombres de negocios ansiosos de crear un imperio estadounidense, ¿cómo podrían los IWW esperar la compasión de Woodrow Wilson, quien había decidido sacrificar vidas estadounidenses para hacer que el mundo fuera seguro para su democracia, un objetivo que los wobblies miraban con burla? ¿Por qué, entonces, se dirigió Haywood a Washington para asegurar el IWW contra el vigilantismo? Solo una explicación parece plausible: los wobblies obviamente tenían más fe en el compromiso con el juego limpio de la sociedad estadounidense que lo que admitía su propia retórica. Al saberse inocentes de sedición, subversión y espionaje, los wobblies buscaron la protección de las leyes capitalistas que condenaban, los funcionarios públicos que ridiculizaron y el Presidente al que despreciaban. Tal fe probaría finalmente estar fuera de lugar.

Dejados indefensos por los funcionarios públicos, los wobblies fueron víctimas fáciles de la justicia de las pandillas vigilantes. En el cinturón de trigo del medio Oeste, los clubes comerciales proporcionaron a los wobblies lo suficientemente tontos como para entrar en la ciudad una cálida bienvenida. Golpeados, arrestados, encarcelados, alquitranados y emplumados, los cosechadores wobbly encontraron refugio solo en el trabajo con los granjeros más comprensivos con ellos que los habitantes de la ciudad.

La mayor parte del terrorismo en el cinturón del grano fue espontáneo y esporádico, pero lo que ocurrió en las regiones del cobre de Arizona y Montana fue organizado, continuo y brutal. Al no poder conseguir rápidamente la represión federal de la IWW, el empresariado del cobre decidió, en palabras de un vigilante de Arizona, que "los ciudadanos tendrían

que manejar la situación si el gobierno no quería". Cómo planeaban las pandillas de ciudadanos manejar la situación pronto se hizo evidente.

Jerome, Arizona, había sido una de las primeras áreas en el Estado afectadas por las huelgas del IWW y el IUMMSW. Allí los wobblies lucharon contra los hombres de la AFL, los detectives privados se infiltraron en el local del IWW y los agentes del Departamento de Justicia observaron a todos. Como era de esperar, la producción del cobre se retrasó. Complicado por la rivalidad entre los sindicatos, el problema del trabajo en Jerome parecía incontrolable. Los propietarios de las minas y los empresarios locales decidieron alterar la situación. El 3 de julio de 1917, organizaron la Jerome Loyalty League, que armó a sus miembros y amenazó con arrestar a cualquier persona que interfiriera con la producción de cobre. Una semana después, la Liga entró en acción. "Hubo un suceso pintoresco en Jerome el 10 de julio", comentó *The Outlook*, "cuando cientos de mineros y otros ciudadanos, algunos con rifles y otros con picos, sacaron de la ciudad a los agitadores a quienes consideraban indeseables". Fue en esta deportación de los "indeseables" de Jerome que varios detectives privados fueron atrapados en la redada y desterrados al desierto de California con los wobblies.

La IWW, por supuesto, protestó. Sus portavoces en Jerome exigieron que el gobierno federal proteja el derecho constitucional de los mineros del cobre a trabajar y vivir donde lo deseen. Sin embargo, en lugar de investigar la acción de la Loyalty League, el Departamento de Justicia investigó a los deportados del IWW en busca de pruebas para acusarlos de cargos penales.

Dada la luz verde por una respuesta pública favorable a las deportaciones de Jerome y la falta de voluntad de las autoridades federales para intervenir en nombre de los deportados, las pandillas de vigilantes de Arizona atacaron en otros lugares. La ciudad de Bisbee, como Jerome, había tenido su producción de cobre atada por el conflicto industrial. Una vez más, como Jerome, Bisbee tenía su parte de detectives privados y agentes del Departamento de Justicia. Pero en Bisbee, a diferencia de Jerome, los mineros del cobre, hasta el último hombre, pertenecían a un Local del IWW, lo que agravaba el estancamiento industrial.

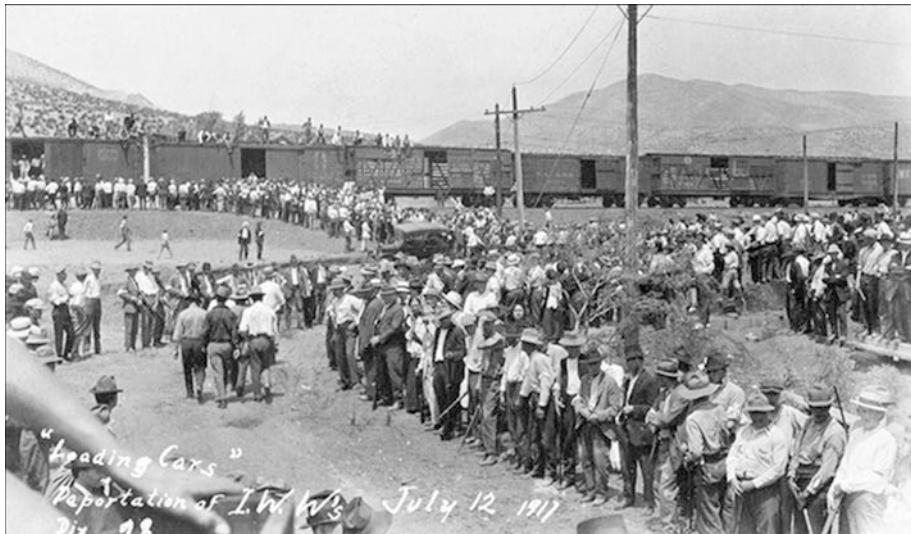
Desde que los mineros de Bisbee se movilizaron el 28 de junio, el alguacil del condado Harry Wheeler, un tosco ex jinete, y el gobernador Thomas Campbell habían solicitado a las tropas federales que rompieran la huelga. El Departamento de Guerra, sin embargo, ofreció solo un observador, el teniente coronel James J. Hornbrook, quien informó que “no había violencia ni desorden” en Bisbee. Operadores de minas, empresarios locales y funcionarios del condado evaluaron el problema de manera muy diferente. Vieron la violencia, el oro alemán, y la traición por todas partes.

Para defender la seguridad nacional de lo que consideraba un peligro claro y presente, en la noche de julio, Wheeler puso en marcha una conspiración cuidadosamente diseñada. El alguacil impuso la disciplina militar a un grupo selecto de los autodenominados capitanes de tropa y nombró “diputados” a casi otros dos mil habitantes anti-IWW de la ciudad. La organización fue tan completa que, con la colaboración de las Compañías de telefonía, telégrafos y ferrocarriles, los conspiradores cerraron Bisbee al mundo exterior.

Ningún mensaje podría llegar o salir de la ciudad sin el permiso de Wheeler o uno de sus confidentes. Así preparados, al amanecer del 12 de julio, los dos mil diputados de Wheeler, vistiendo brazaletes blancos para distinguirlos de sus víctimas, comenzaron la caza del wobbly. A las seis y media de la mañana, los diputados habían acorralado a más de mil doscientos, la mayoría de los cuales eran supuestamente mexicanos, enemigos extranjeros y subversivos IWW financiados por Alemania. La pandilla armada llevó a sus cautivos a un punto de distribución central en el campo de béisbol Warren. Allí, con los rifles y las bayonetas brillando bajo el sol de la mañana, las pandillas colocaron a sus prisioneros en vagones de ganado (proporcionados por el Paso y Southwestern Railroad) para el transporte más allá de las fronteras de Arizona.

Varios días después, el Sheriff Wheeler, sin renunciar a la responsabilidad ni presentar excusas por sus acciones del 12 de julio, describió con picardía los resultados de la deportación de Bisbee: “El 11 de julio, dijo, los miembros del IWW desafiaron al alcalde; el mariscal de Bisbee, el 12 de julio se deshizo de

ellos, y el 14 de julio Bisbee tenía más hombres trabajando en las minas que el 1 de julio".



La deportación de Bisbee

Mientras el sheriff se regodeaba, sus víctimas se encontraban atrapadas en el desierto de Hermanas, Nuevo México, incapaces de regresar a sus hogares y familias en Bisbee, donde las pandillas vigilantes armadas aún amenazaban sus vidas. Como refugiados involuntarios de la guerra de clases de Estados Unidos, los deportados de Bisbee fueron alojados temporalmente en un campamento del Ejército en Columbus, Nuevo México.

En el campamento de Nuevo México, los oficiales del ejército también realizaron un cuidadoso censo de los deportados. En lugar de descubrir un ejército de mexicanos, alemanes y subversivos, descubrieron que casi la mitad de los deportados eran ciudadanos estadounidenses, la mayoría de los cuales se habían registrado para el reclutamiento; solo unos pocos eran extranjeros técnicamente enemigos (es decir, nacidos en Alemania o Austria). Los mexicanos eran una minoría insignificante; y un número sustancial de los refugiados tenían esposas, hijos, propiedades, cuentas bancarias e incluso Bonos de Guerra (Liberty Bonds) en Bisbee. Entre los deportados también había hombres de negocios, miembros de la AFL y un abogado de Bisbee.

Los inconformes apelaron inmediatamente al gobernador Campbell, al Departamento de Justicia y al Presidente Wilson para restaurar los derechos de los refugiados. Haywood no fue el único en protestar ante el Presidente Wilson el 13 de julio para exigir que se frenasen los métodos "prusianos" de Bisbee y que los deportados recibieran apoyo adecuado hasta que pudieran ser reintegrados a sus hogares y familias. Dos mediadores del Departamento de Trabajo, el representante estatal del condado de Cochise, los funcionarios de la AFL de Arizona y un sinnúmero de ciudadanos privados se unieron en la petición de acción federal contra las pandillas de vigilantes de Bisbee.

Los funcionarios federales pronto desanimaron a los refugiados y sus simpatizantes de cualquier confianza en las garantías constitucionales. Cada solicitud de los deportados para la acción federal fue desechada. A excepción de las condenas secundarias a las pandillas de vigilancia de Bisbee por parte del presidente Wilson y el gobernador Campbell, los funcionarios públicos no hicieron nada para restaurar los derechos civiles básicos de los refugiados. El Departamento de Justicia simplemente les negó la ayuda federal, y el asistente del Fiscal general William Fitts sostuvo que los refugiados tenían absoluta libertad de acción: podían subsistir con raciones militares o, sin la protección del poder federal, podían regresar a Arizona.

Al no obtener ayuda en base a los derechos constitucionales, el IWW recurrió a la intimidación retórica. El 31 de julio, los líderes de los deportados comunicaron a Haywood que "si el Gobierno Federal no toma medidas de inmediato para enviar a los hombres deportados a sus hogares en Bisbee, los mismos hombres tomarán medidas para regresar con las armas si es necesario". En realidad, el día anterior Haywood había amenazado al Presidente Wilson con una huelga general de mineros y trabajadores de la cosecha si el gobierno no devolvía a los deportados a sus hogares. En un esfuerzo final para obtener ayuda, los deportados prometieron al Presidente que trabajarían el cobre si el gobierno federal gestionara las minas y fundiciones de la nación.

Las protestas, amenazas y demandas de nacionalización de la industria del cobre no sirvieron para nada. Del Presidente, el IWW no podía esperar ni simpatía ni ayuda. Tampoco podía esperar más del Departamento de Justicia,

que seguía negando que las leyes federales o los derechos constitucionales hubieran sido violados por los vigilantes de Bisbee.

Los deportados finalmente abandonaron Columbus a mediados de septiembre. La mayoría evitó Bisbee, pero algunos, como A S Embree, intentaron regresar a casa, donde las pandillas vigilantes lo esperaban. No perdieron tiempo en encarcelar al militante wobbly, quien desde la prisión siguió exigiendo su derecho constitucional a vivir con su esposa e hijos, donde él eligiera, solo para que el Departamento de Justicia le dijera que el gobierno federal era impotente para actuar.

Sin embargo, los funcionarios federales en este momento (a mediados de septiembre) habían actuado de hecho en el asunto de la IWW, no por supuesto, en defensa de los derechos constitucionales básicos de los wobblies. Los funcionarios federales, en cambio, iniciaron un esfuerzo nacional intensivo para suprimir el IWW y romper sus huelgas en los distritos de la madera, el cobre y el trigo.

La deportación de Bisbee precipitó dos decisiones importantes por parte de la administración de Wilson. Primero, las amenazas de Haywood de una huelga general convencieron a Wilson y al Departamento de Justicia de que el "IWW-ismo", no el vigilantismo, debía ser reprimido. En segundo lugar, las acciones descaradamente inconstitucionales tomadas por los vigilantes de Bisbee provocaron las protestas de Gompers y otros patriotas estadounidenses prominentes que Wilson no pudo ignorar. Para apaciguar a los manifestantes y establecer el compromiso del gobierno federal con las relaciones laborales armoniosas, Wilson nombró una comisión especial de mediación para investigar los conflictos industriales en tiempos de guerra y sugerir soluciones equitativas. La primera decisión del Presidente demostraría la efectividad del poder federal cuando decidiera aplastar a las organizaciones sindicales radicales; la segunda decisión serviría para ilustrar la debilidad del gobierno cuando intentase proteger los derechos básicos de los trabajadores.

Entre los asuntos que la comisión de mediación de Wilson decidió investigar estaba la deportación de Bisbee. No encontró esto como una tarea fácil, ya que hasta la última semana de octubre de 1917, cuando los comisionados

planeaban abrir su investigación en Bisbee, la ciudad seguía bajo la ley de los vigilantes. El sheriff Wheeler se negó a cooperar con los investigadores federales, cuyos testigos, hombres del sheriff intimidaron o dejaron de aparecer en las audiencias. Incluso después de que la comisión concluyera sus audiencias y recomendase que se permita a los ciudadanos estadounidenses ingresar y salir de Bisbee libremente, Wheeler y sus vigilantes locales se negaron a atender las solicitudes de las autoridades federales.

Si los ciudadanos de Bisbee jugaron rápido con los derechos de los estadounidenses, Butte lo haría mejor. También en la ciudad de Montana, una huelga respaldada por el IWW había reducido la producción de cobre, y los dueños de las minas de Butte, como los de Bisbee, hasta el momento habían buscado sin éxito la represión federal del IWW.

Inmediatamente después de que las noticias sobre las deportaciones de Bisbee llegaron a Butte, los mineros del cobre de Montana, temiendo un trato similar por parte de las pandillas de vigilantes locales, pidieron a la congresista Jeannette Rankin que obtuviera protección federal para ellos. Durante las últimas dos semanas en julio, Butte se mantuvo plácida y no se produjeron deportaciones. Pero el 30 de julio Rankin recibió una información inquietante. Un informante de Butte le informó que los empleadores de la mina pretendían, con la ayuda de pistoleros privados y soldados de los Estados Unidos, deportar a los líderes de la huelga. De hecho, los empresarios tenían solo un líder en mente.

Frank Little había llegado a Butte unos días antes para promover las actividades del IWW. Paseando en muletas como resultado de una fractura en la pierna en un accidente y el dolor constante y duradero de una ruptura sufrida por una paliza que recibió durante un conflicto laboral en Arizona, Little trajo su propia cruzada personal contra la guerra a Montana. Sin preocuparse por su propia comodidad y seguridad, el agitador del IWW aconsejó a sus partidarios que continuaran su huelga por mejorar las condiciones de vida y trabajo y que se unieran a él para negarse a respaldar una guerra capitalista e imperialista. Anteriormente, la mayoría de los wobblies locales habían evitado el uso de la propaganda contra la guerra, pero Little, para gran disgusto del Local de Butte, predicó su evangelio contra la

guerra dondequiera que se congregó una audiencia. La prominencia de Little dentro de la IWW, su amplia influencia entre los mineros de roca dura, y sus discursos descaradamente "antipatrióticos" lo convirtieron en un objetivo selecto para la "justicia" de los vigilantes.

La noche del 31 de julio, las pandillas de Butte hicieron una visita inesperada a Frank Little. Dormido en su habitación contigua a la sala de la Unión de Mineros Independientes, se despertó y encontró su cama rodeada de hombres enmascarados y armados. Aún no completamente despierto y todavía desnudo, fue capturado por seis hombres y sacado de su habitación. A las 3 a.m. del 1 de agosto, después de un viaje en auto durante el cual lo torturaron, los vigilantes lo llevaron a su destino: un puente de ferrocarril en las afueras de la ciudad. Sin tener compasión ni perder el tiempo, los hombres enmascarados colocaron una cuerda alrededor del cuello de Little, sujetaron el extremo de la cuerda al caballete y enviaron al torturado "tambaleante" a la eternidad.

Las autoridades estatales y locales no hicieron nada para detener a los asesinos de Little, y los funcionarios federales carecían de base para actuar, ya que en este caso, al menos, no se había violado ninguna ley federal. Incluso si el gobierno federal hubiera tenido una base para la intervención, parece poco probable que las pandillas de vigilantes de Butte hubieran sufrido más que sus contrapartes de Bisbee. De hecho, los linchadores ganaron la simpatía de políticos prominentes y de gran parte de la prensa de la nación. Muchos estadounidenses secundaron el veredicto del Senador de Montana, H L Myers, quien culpó a Washington, no a Butte, por el asesinato de Little. "Si hubiera sido arrestado y encarcelado por sus conversaciones sediciosas e incendiarias", escribió el Senador, "no habría sido linchado".

Mientras los vigilantes usurpaban la ley, los funcionarios locales miraban hacia otro lado y las autoridades federales sostenían que no podían castigar a los linchadores o deportadores, los mineros del IWW en Butte, al igual que los de Arizona, destacaron que siempre habían tratado sistemáticamente de evitar disturbios. "Vayamos al fondo de esto", comentó un abogado del IWW sobre el linchamiento de Little, "pero de una manera legal". Desde la mañana del linchamiento hasta el funeral solemnemente impresionante de Little el 5 de agosto (el más grande que se haya celebrado en Butte), Butte se mantuvo

absolutamente en paz. En lugar de tomar represalias contra las pandillas de vigilantes tomando las armas o acelerar sus actividades movilizadoras, la IWW simplemente proclamó el domingo, 19 de agosto, como día de protesta. Al suplicar a otras organizaciones sindicales que se unieran a la protesta, Haywood anunció el nuevo lema de su organización: "Nunca olvidamos". Organízate y actúa".

Mientras Haywood instó a sus seguidores a organizarse y actuar, otros estadounidenses se prepararon para terminar de una vez por todas con la amenaza de la IWW para la paz industrial y el *statu quo*. A lo largo de julio de 1917, mientras los vigilantes cazaban wobblies, hombres de negocios occidentales, congresistas y gobernadores insistían constantemente en el tema de que solo la acción federal podía acabar con la IWW. Los occidentales sostenían que la represión legal local y el vigilantismo privado habían resultado ineficaces para hacer frente a la subversión de alcance interestatal y dirigida desde la sede del IWW en Chicago. Ya sea en los pasillos del Congreso, en las casas estatales de Montana, Nevada, California y en otros lugares, o simplemente en cartas a los Departamentos de Trabajo, Justicia e Interior, los empresarios occidentales exigieron una solución federal al problema del IWW.

A mediados de julio de 1917, estos esfuerzos para frustrar al IWW habían alcanzado un nuevo nivel de organización e intensidad. El 13 de julio, después de numerosas reuniones privadas, los gobernadores de California, Arizona, Utah, Nevada, Idaho, Colorado, Oregon y Wyoming adoptaron un plan de acción común para controlar a los wobblies, que comunicaron al Presidente Wilson. El presidente, a su vez, refirió al representante de los gobernadores occidentales, George Bell, presidente de la Comisión de Inmigración y Vivienda de California, a los secretarios de Trabajo, Justicia e Interior, y al Consejo de Defensa Nacional, el último de los cuales escuchó la petición de Bell para la supresión federal de la IWW. En una sesión del Consejo de Defensa Nacional celebrada el 18 de julio, Bell presentó el esquema anti-IWW de los gobernadores occidentales. Bell instó a los funcionarios de Washington a actuar con decisión. Aún no han estallado disturbios, admitió, y ninguna conspiración se había desvelado aún, sin embargo, exigió una acción preventiva: castigar a los wobblies por lo que planeaban hacer, no por lo que

realmente habían hecho. Bell y los gobernadores occidentales recomendaron al gobierno federal que los "subversivos" wobblies se internasen en campos de concentración durante la guerra, permaneciesen incomunicados, sin recurso a la ley y sin publicidad; que la censura federal eliminase toda mención de la IWW, independientemente de las circunstancias, de los periódicos y revistas; y que después de que los líderes del IWW hubieran sido internados y se hubiera establecido la censura, el gobierno federal obligase a los empresarios a mejorar las condiciones de trabajo durante la emergencia de guerra.

Como Washington no implementó este programa inmediatamente, Bell y los gobernadores inundaron la Casa Blanca con telegramas que exigían la represión inmediata de la IWW y la censura total de todas las noticias relacionadas con asuntos laborales. A lo largo de julio y agosto, el Presidente, el Departamento de Trabajo y el Departamento de Justicia se vieron sometidos a crecientes presiones por parte de los empresarios y políticos occidentales. A fines de agosto, el gobernador de Montana se presentó personalmente en Washington para presentar el caso de la supresión del IWW.

Sin embargo, mucho antes de finales de agosto, los funcionarios federales estaban planeando una acción "rápida y valiente" contra el IWW. Donde las propuestas de Bell de campos de concentración y la censura nacional ganaron pocos favores en Washington, una campaña discreta para la represión de la IWW iniciada en Minnesota recibió una cálida respuesta de los funcionarios del Departamento de Justicia. Al igual que los Estados del Oeste, Minnesota había estado plagado de amenazas del IWW a sus tres industrias principales: la minería de hierro, la madera y la agricultura. Aunque su Comisión de Seguridad Pública, dirigida por el ex gobernador John Lind, había sofocado en gran medida la agitación del IWW en la madera y la región minera, no había logrado frenar sus actividades en los distritos agrícolas dispersos y escasamente poblados. Para lograr este último objetivo, Lind trabajó con Hinton Clabaugh, jefe del Departamento de Justicia en la oficina de investigación de Chicago, en un esfuerzo por obtener evidencia que demostrase que el IWW había violado los estatutos federales de guerra. Finalmente, convencidos de que habían descubierto la evidencia necesaria, Lind, Clabaugh y varios de sus asociados se reunieron en secreto en Chicago el

26 de julio para planificar acciones futuras contra el IWW. Al igual que otros opositores del IWW, recurrirían al poder federal. A diferencia de Bell y los gobernadores occidentales, Lind y Clabaugh no recomendaron procedimientos ilegales o extralegales; de hecho, descubrieron motivos adecuados para la represión en la estructura legal existente. La justicia podría procesar a los wobblies por violaciones de los estatutos de guerra, el Servicio de Inmigración del Trabajo podría detener y luego deportar wobblies extranjeros, y la Oficina de Correos podría negar los privilegios de correo al IWW en un esfuerzo por obtener evidencia que demostrase que la IWW había violado los estatutos federales de guerra. Finalmente, convencidos de que habían descubierto la evidencia necesaria, Lind, Clabaugh y varios de sus asociados se reunieron en secreto en Chicago el 26 de julio para planificar acciones futuras contra el IWW.

Pocas figuras públicas de influencia alguna abogaron por la causa de la IWW en Washington o intentaron esclarecer al Departamento de Justicia sobre los motivos detrás de la campaña para reprimir. Entre los pocos disidentes, dos sobresalen: George W. Anderson, abogado de los Estados Unidos para Massachusetts, un sensible yanqui de Nueva Inglaterra que representaba a un Estado en gran parte no afectado por la IWW en 1917, y Burton K. Wheeler, entonces un joven abogado de Montana en los EE. UU. aspirante político, que luego se convertiría en famoso Senador progresista a nivel nacional como candidato a la vicepresidencia del Partido Progresista de 1924 y crítico aislacionista de la política exterior de Franklin Roosevelt. Sin preocuparse por la amenaza del IWW, Anderson advirtió al Departamento de Justicia: "Creo que el gobierno federal debe ser sumamente cuidadoso no solo para mantenerse dentro de la ley... sino velar para no convertirse en un socio quizás desconsiderado en uno de los trucos mercenarios más bajos y mezquinos jamás realizados en ningún aspecto de la lucha de clases". Cuando se enteró de las propuestas de Bell y los ocho gobernadores, Wheeler inmediatamente contactó al Procurador General Gregory. "En este momento", escribió, "considero oportuno llamar su atención sobre el hecho de que las solicitudes (de censura de prensa) contenidas en los telegramas al Presidente son realizadas por el deseo de los intereses, que emplean mano de obra que pueden estar en mayor o menor grado involucrados con el malestar general

entre sus empleados, que en mantener la verdadera condición de los asuntos del público en general".

Ni las sugerencias sensatas ni los informes razonados sobre el IWW recibieron mucha atención en Washington durante el verano histérico de 1917. Demasiado ocupado luchando contra las fuerzas del Kaiser en el extranjero, el Presidente Wilson y sus asesores más cercanos no pudieron molestarse en investigar profundamente las raíces del conflicto laboral occidental. Consciente de que los ataques del IWW interferían con la producción de guerra, a Wilson le resultó fácil creer los informes que destacaban que el IWW se había movilizado en las industrias de la madera y el cobre no para aumentar los salarios o mejorar las condiciones de trabajo, sino para obtener oro alemán y subvertir el esfuerzo de guerra. Por lo tanto, la administración de Wilson sucumbió a la cruzada anti-IWW de los empresarios occidentales. En agosto de 1917 el presidente nombró al juez federal J. Harry Covington para emprender una investigación especial del IWW que pudiera obtener evidencia para procesar a los wobblies. Casi simultáneamente, el Asistente del Fiscal General Fitts mitigó las inquietudes del Senador Albert Fall sobre la IWW. "Debo decirle", escribió Fitts, "que bajo la dirección del abogado, algo bastante efectivo en general, está en marcha con respecto a la situación del IWW. No creo que usted ni ninguno de sus amigos occidentales se decepcionará si se logran los resultados que esperamos obtener".

## DECISIÓN EN WASHINGTON, 1917-18.

Ningún iracundo barón de la madera, ningún furioso dueño de una mina de cobre y ningún funcionario estatal indignado tuvieron que convencer al gobierno federal de la gravedad de la amenaza del IWW para la seguridad nacional. Las estadísticas de producción en tiempos de guerra indicaron que las huelgas del IWW habían reducido la producción de madera y cobre y que era necesario que el gobierno federal actuara de manera decisiva contra los wobblies. Sin embargo, la forma de esa acción dividió a los tres departamentos federales más responsables de hacer frente a los “tambaleantes”. Aunque los Departamentos de Trabajo, Guerra y Justicia tenían su propia política exclusiva para restringir a los “tambaleantes”, para el otoño de 1917, cooperaron tan estrechamente como para privar a los wobblies de sus líderes, separar a los líderes de sus seguidores, y proporcionar a los empresarios occidentales una fuerza laboral amplia y maleable.

No es sorprendente que no surgiera una política concreta para manejar el IWW en Washington en la primavera de 1917. Aunque era un Presidente firme e incluso dominante cuando era necesario, Woodrow Wilson había perdido interés en los asuntos internos. Preocupado por librar una guerra internacional para hacer que el mundo fuera seguro para su democracia, ocupado en forjar una diplomacia para preservar la paz después de que la guerra terminara, en general dejó el frente interno en manos de laboriosos subordinados.

Los departamentos involucrados en la formulación de la política laboral en tiempos de guerra se regían por sus propios requisitos particulares. El interés del Departamento de Guerra fue más claro: acelerar la producción de suministros para sus tropas en el campo. A excepción de su secretario, Newton Baker, el Departamento de Guerra, compuesto en gran parte por militares profesionales o aficionados que simpatizaban con los militares, resultó ser el

más receptivo a las presiones occidentales para reprimir a la IWW. Los objetivos del Departamento de Trabajo eran más complicados: queriendo también romper los cuellos de botella de la producción causados por el descontento laboral, no fue notablemente sensible a las sugerencias de los empresarios occidentales. A diferencia de la guerra, el Partido Laborista pretendía que los huelguistas regresaran al trabajo solo después de que los empresarios mejoraran las condiciones de trabajo y permitieran a sus empleados unirse a sindicatos de AFL leales y autorizados por el gobierno. La preocupación del Departamento de Justicia por el conflicto industrial en tiempos de guerra era más ambigua que la del Departamento de Guerra o Trabajo. Al no tener soldados para suministrar, sin ningún deseo de promover la causa de los huelguistas o de los sindicatos de la AFL, pero con facultades para investigar violaciones de la ley federal, la Justicia sirvió, al menos en teoría, como sirvienta de la Guerra y el Trabajo. Pero en parte debido a los vínculos entre los abogados de los Estados Unidos y los empresarios locales, y en parte porque los altos funcionarios del Departamento de Justicia tenían conexiones íntimas con el mundo de los negocios corporativos, a menudo atendían las necesidades de los soldados estadounidenses y los empresarios occidentales con mayor fidelidad que los objetivos mediadores laborales federales.

Incluso dentro de los tres departamentos, la desunión y el desacuerdo prevalecieron. El secretario de Guerra Baker, por ejemplo, era mucho más objetivo que sus subordinados acerca de la amenaza del IWW, y a veces hacía que los comandantes militares estacionados en los Estados ignoraran las órdenes del Departamento de Guerra. Una situación algo similar prevaleció en el Departamento de Justicia, donde el fiscal general Thomas Gregory y sus asesores más cercanos restringieron a los abogados federales que atendían a los empresarios occidentales con mayor escrupulosidad que la ley. En la superficie, el de Trabajo parecía ser el más unido de los tres departamentos; del Secretario de Trabajo, William B. Wilson y los funcionarios del Departamento promovieron la causa del trabajo y de la AFL. Pero aquí, también, algunos funcionarios demostraron ser susceptibles a los empresarios, y algunos agentes del Departamento fueron más irracional y amargamente hostiles a la IWW que los peores hombres de negocios y generales.

Durante un tiempo, la influencia moderadora ejercida por Baker, Gregory y William B. Wilson contuvieron a los grupos en Washington que buscaban la represión absoluta de la IWW. Pero las presiones para una intervención federal más enérgica contra el IWW resultaron irresistibles.

No fueron las demandas de los empresarios, sino el propio cálculo de los requisitos de guerra de Washington los que determinaron el alcance y la naturaleza de la participación federal en los conflictos laborales. La intervención federal contra el IWW siguió un curso singular y, en última instancia, represivo, no por la existencia de una conspiración anti-IWW, ni por la acción discriminatoria de los funcionarios federales. Sin saber qué querían los wobblies, sabían que la propaganda de la IWW pedía una revolución y temían que la IWW, cualesquiera que fueran sus motivos reales, pudiesen sabotear el esfuerzo de guerra, los funcionarios federales creían honestamente que solo tenían un recurso: impedir que los wobblies interfirieran la seguridad nacional. Quizás la mejor manera de hacerlo era utilizar a las tropas como una fuerza preventiva.

Para 1917, el Departamento de Guerra tenía una experiencia considerable en el uso de soldados para sofocar los disturbios laborales domésticos. En 1877, las tropas federales reprimieron huelgas, disturbios y manifestaciones derivadas de los conflictos laborales ferroviarios de ese año. Quince años después, los soldados federales fueron al Norte de Idaho para romper una huelga de mineros, y en 1894, a pesar de la oposición del gobernador de Illinois John Peter Altgeld, el Presidente Grover Cleveland envió tropas federales al área de Chicago para aplastar el boicot de Pullman de la American Railway Union. Cuando la ocasión lo exigía, las autoridades federales siempre podían justificar el empleo de tropas para preservar la paz doméstica. La Primera Guerra Mundial parecía una ocasión semejante.

Casi tan pronto como Estados Unidos entraron en el conflicto, y antes de que el IWW afectara la producción de guerra, se asignaron tropas federales para proteger los ferrocarriles y otras "empresas de servicios públicos" (initialmente represas, obras de agua y plantas de gas y electricidad) del espionaje enemigo. No del todo por coincidencia, los primeros ferrocarriles y servicios públicos protegidos de este modo se encontraban en Montana y el

Estado de Washington, los estados más alejados del área del espionaje alemán y más cercanos a la escena de la actividad del IWW. Se requirió poca racionalización para ampliar la definición de servicios públicos en el Washington de 1917 o para definir algunas otras industrias occidentales como vitales para el esfuerzo de guerra.

En julio de 1917, las tropas federales patrullaron las regiones mineras de Arizona y Montana, las granjas del Este de Washington y los distritos de madera del Oeste de Washington y Oregón. No se había producido violencia laboral en ninguno de estos distritos, y no se pudo descubrir ninguna evidencia de espionaje o intriga alemana. Sin embargo, los funcionarios federales actuaron para evitar lo que se pensaba que podrían hacer los activos wobblies en el Oeste.

Aunque las tropas federales rompieron las luchas de la AFL y de la IWW en el curso de la intervención militar, esta nunca fue la intención de Washington. Sin embargo, francamente, los militares profesionales no sabían cómo reaccionar ante los conflictos laborales. Acostumbrados a la estricta disciplina entre sus hombres y la obediencia a sus órdenes, esperaban que los sindicalistas y huelguistas se comportaran con la regularidad y el buen orden exhibidos por las tropas. Cuando los trabajadores, en cambio, demostraron ser ingobernables y desobedientes, cuando lucharon, protestaron y se manifestaron, intervinieron los soldados.

Con Washington a 2.000 millas de distancia, los que estaban en la línea de fuego —soldados, empresarios, abogados de los Estados Unidos y funcionarios estatales y locales— afirmaron tener conocimiento de la situación real, incluso para comprender, como aparentemente Washington no podía, el peligro que planteaba el IWW a la seguridad nacional. Las actitudes occidentales parecían impregnar a los agentes federales de la región y se utilizaron en muchos distritos para racionalizar el establecimiento no autorizado de la ley marcial, según la cual los supuestos wobblies fueron detenidos e internados por las autoridades militares que los sacaron de la jurisdicción de los tribunales federales. Aunque el Departamento de Justicia y el Secretario de Guerra no reconocieron la responsabilidad de estas tácticas, sus exenciones de responsabilidad no hicieron que los wobblies encarcelados fueran escasos.

En una ocasión, en aquel problemático verano de 1917, la IWW amenazó con tomar represalias contra el hostigamiento militar. James Rowan, que representa a los trabajadores madereros y cosechadores occidentales, pidió que se iniciase una huelga general en el Estado de Washington el lunes 20 de agosto, que continuaría hasta que los militares liberasen a los prisioneros de la guerra de clases. El ejército no perdió tiempo en responder a la amenaza de Rowan. El domingo 19 de agosto, las tropas federales se mudaron a Spokane y allanaron la sede local del IWW, donde detuvieron a Rowan y a otros veintiséis wobblies, todos los cuales fueron internados más tarde. Aunque la IWW luego canceló su huelga general, los soldados continuaron vigilando la sede de la IWW y arrestando a otros wobblies.

Con la intervención militar obstaculizando así al IWW, las huelgas en las industrias de cobre y madera se debilitaron. El IWW se puso a la defensiva, ahora dedicando tanta energía a eludir la captura como a librarse la lucha de clases.

A pesar de la restauración de la estabilidad aparente, las tropas permanecieron en servicio desde 1917 hasta 1919, y en Butte hasta 1920. Habían demostrado ser tan efectivas para preservar la paz que los gobernadores occidentales, los abogados de los Estados y los empresarios locales odiaban que se retiraran. Todos los occidentales se comprometieron a destruir a la IWW y le suplicaron al Departamento de Guerra que mantuviera a algunos de sus soldados en servicio en los Estados. Pero el simple hecho de garantizar la paz laboral no eliminó la influencia de la IWW entre los trabajadores occidentales, ni tampoco aseguró que los trabajadores estuvieran contentos. Esa responsabilidad recae en los departamentos de Justicia y Trabajo.

Para 1917, los wobblies eran un problema familiar para el Departamento de Justicia. Desde la creación de la IWW en 1905, los funcionarios del Departamento habían intentado sin éxito establecer una base para la acción federal contra los wobblies. Antes de 1917, sin embargo, los investigadores federales no descubrieron pruebas suficientes para justificar el procesamiento penal.

La crisis de guerra presentó al Departamento de Justicia la base legal para procesar a la IWW. Una proclamación presidencial del 6 de abril autorizó la detención de extranjeros enemigos, y los funcionarios federales creían que un número considerable de líderes del IWW encajaban en esa categoría. La legislación del Congreso hizo de la interferencia con el servicio militar obligatorio y la producción industrial relacionada con la guerra un delito penal. Circulaban rumores en la capital de la nación de que los agentes alemanes financiaban el IWW, por ejemplo, motivos para el procesamiento incluso bajo los estatutos de la guerra. Para el 11 de julio de 1917, el Procurador General Gregory, quien ahora era un creyente en las acusaciones de que el oro alemán estaba subsidiando a la IWW, decidió acumular las pruebas necesarias para procesar a los wobblies.

Durante varios días, los funcionarios del Departamento de Justicia evaluaron cuidadosamente sus opciones y determinaron con precisión qué pruebas deberían acumular los fiscales y agentes especiales de los Estados Unidos contra los wobblies. Finalmente, el 16 de julio, el Asistente del Fiscal General Charles Warren, conocido historiador de la Corte Suprema, preparó una circular para distribuirla entre todos los fiscales de los Estados Unidos, que luego Gregory moderó en tono para proteger al departamento de las críticas públicas. Al día siguiente, el Departamento envió la circular de Warren a todos sus abogados y agentes especiales. En esta circular, el departamento recomendó que se realizara un esfuerzo extraordinario para determinar los planes futuros de todos los wobblies, así como los nombres, descripciones e historial de los líderes del IWW, las fuentes de sus ingresos, la naturaleza de sus gastos, copias de todas las publicaciones del IWW y cualquier información que pueda incriminarlos. La circular también sugirió que los alemanes extranjeros que pertenecen a la IWW y que participan en actos ilegales fueran detenidos rápidamente, para que el departamento pudiera obtener órdenes de detención en virtud de la proclamación de abril del Presidente. Para ayudar a los abogados y agentes a obtener la evidencia que Washington deseaba, la circular dirigió su atención a la Sección 3 de los Títulos I y IV de la Ley de Espionaje del 15 de junio de 1917.

La investigación intensiva a nivel nacional a la IWW no reveló oro alemán en los bolsillos wobbly ni proporcionó evidencia de que la IWW como organización o sus miembros individualmente hubieran violado las actas de conscripción o espionaje de 1917. "Hasta donde este Departamento ha podido descubrir, después de la investigación más cuidadosa y minuciosa", William C. Fitts informó al abogado de los Estados Unidos para Oregón el 28 de julio, "la organización IWW es un asunto que los propios Estados deben controlar bajo las leyes que consideren apropiadas promulgar y hacer cumplir". Sin embargo, al cerrar su carta, Fitts, de hecho, mostró un atisbo de esperanza para una futura acción federal contra el IWW.

El verano de 1917 vio la esperanza optimista para la revolución que había entusiasmado a los wobblies en la sede de Chicago durante la primera parte del año, convirtiéndose en miedo y presentimiento. Mirando desde la oficina del IWW en West Madison Street ese mes de julio, Chaplin, Haywood y otros trabajadores de la oficina observaban a los detectives cambiar la guardia a diario. Ya sea que vayan a un restaurante a comer algo o caminen a casa después de un día en la oficina, Chaplin y Haywood fueron seguidos constantemente por agentes secretos supuestamente discretos. A principios de agosto, la sede del IWW se enteró de un fallo del Departamento de Correos que declaraba que los periódicos en italiano y húngaro de la organización, por razones no especificadas, no se podían poner en venta.

Sin embargo, ni siquiera el más astuto wobbly se dio cuenta de la magnitud del peligro que estaba a punto de caer sobre el IWW. Tampoco tuvieron que esperar mucho para descubrirlo. Menos de un mes después de que el Departamento de Justicia no encontrase evidencia incriminatoria contra el sindicato, el gobierno federal satisfizo los deseos máspreciados de los empresarios y funcionarios públicos occidentales. Sin informar a los gobernadores occidentales de un cambio en la política del Departamento de Justicia hacia el IWW, el Procurador General Gregory notificó al Presidente Wilson el 21 de agosto del 1917, que su Departamento, actuando a través de los canales habituales, planeaba atacar a la IWW. Solo tres días después, los investigadores del Departamento de Justicia descubrieron lo que los había eludido desde que comenzó la guerra: "evidencia" de que el objetivo de los

wobblies era paralizar el esfuerzo de guerra nacional. En la mañana del 5 al 19 de septiembre, agentes del Departamento de Justicia y oficiales de la policía local en Chicago, Fresno, Seattle, Spokane —en efecto, en cada ciudad donde la IWW tenía una oficina y donde se reunían los wobblies influyentes— invadió la sede local del IWW y las casas de los dirigentes wobblies. Operando bajo las órdenes de búsqueda más amplias emitidas por el poder judicial estadounidense, los agentes federales incautaron todo lo que pudieron encontrar: libros de actas, correspondencia, máquinas de escribir, escritorios, gomas, clips de papel y (en Chicago) incluso las cartas de amor de Ralph Chaplin.

"Lo esperado ha sucedido", informó Haywood dos días después, y agregó: "La situación... aún no es grave... Actualmente no hay nadie detenido y esperamos tener la Oficina abierta para nuestras transacciones habituales muy pronto". Sabiendo muy bien que el Departamento de Justicia no había logrado localizar el oro alemán o el espionaje asociado con el IWW en junio o julio, Haywood y otros wobblies creían que los documentos de su organización, que luego serían escaneados con avidez por los agentes y abogados federales, servirían sólo para establecer más plenamente la inocencia del IWW. El mismo día en que Haywood calificó la situación como algo grave, el abogado de los Estados Unidos para Filadelfia, escribiéndole a Gregory sobre lo que sus agentes habían confiscado en las oficinas locales del IWW, señaló: "Nuestro propósito... como lo entiendo, (es) en gran medida para poner a la IWW fuera de circulación".

Que es precisamente lo que pretendía el Departamento de Justicia. Los investigadores federales tuvieron un día de campo clasificando los documentos del IWW. Durante trece años, los wobblies publicaron y distribuyeron literatura radical, a veces revolucionaria; sus miembros se comunicaban en voz alta unos con otros acerca de sabotajes, bombas incendiarias y polvo de esmeril en las máquinas; los artículos contra la guerra y contra el gobierno llenaban los periódicos, folletos y correspondencia de la organización. Al igual que la Biblia, los evangelios básicos de la IWW brindaban amplio apoyo para casi cualquier posición que uno quisiera adoptar; Predicaban violencia y no violencia, sabotaje destructivo y constructivo, antipatriotismo y patriotismo, guerra y paz. Sin preocuparse demasiado de

cuándo se escribieron los artículos o de su contexto completo, el Departamento de Justicia pudo demostrar a través de las propias palabras de los wobblies que interferían con once actas diferentes del Congreso y proclamaciones presidenciales relacionadas con el esfuerzo de guerra, sus huelgas constituyeron una conspiración criminal para interferir con los derechos constitucionales de los empresarios que ejecutaban contratos gubernamentales, influyeron en otros wobblies para que se negaran a inscribirse en el servicio militar y en otros para que abandonaran las fuerzas armadas, conspiraron para causar insubordinación en las fuerzas armadas y conspiraron para defraudar a ciertos empresarios. El Departamento de Justicia logró convencer fácilmente a un gran jurado federal de Chicago para que acusara a 166 miembros del IWW por los cinco cargos anteriores y también por conspirar con Frank Little (un hombre muerto) y "otras personas diversas" (desconocidas, por lo tanto sin nombre) para violar la ley federal. Otros grandes jurados federales efectuaron acusaciones similares en Fresno, Sacramento, Wichita y Omaha.

Curiosamente, los wobblies acusados no huyeron al exilio, ni se escondieron. No se establecieron células secretas, no se establecieron planes conspirativos. En cambio, el 29 de septiembre, solo un día después de que el gran jurado de Chicago emitiera sus acusaciones, el abogado del IWW George Vanderveer y el Secretario general-tesorero Haywood aconsejaron a todos los acusados que se entregaran para su arresto. Incluso Vincent St. John y Ben Williams, quienes habían abandonado la organización antes de que Estados Unidos fuera a la guerra, se entregaron. En un campamento de construcción en California, un wobbly no descubrió hasta diciembre que estaba entre los 166 líderes acusados. Al enterarse de las noticias por una publicación del IWW, notificó de inmediato al Departamento de Justicia: "Estaré aquí porque no he cometido ningún delito y no me importa ser un fugitivo".

Solo una creencia abrumadora en su propia inocencia y una fe incuestionable de que las leyes que denigraron podrían protegerlos podría explicar el comportamiento de los líderes del IWW en septiembre de 1917. Quizás sintieron que un juicio público justo que demostrase la inocencia de IWW terminaría para siempre con la amenaza legal y devolvería la respetabilidad a

la IWW como organización laboral. Anteriormente habían ganado victorias en la corte en Boise, Salem, Duluth y Everett. ¿Por qué no un triunfo legal aún mayor ahora?

Lo que Ralph Chaplin observó cuando los prisioneros del IWW abandonaron el edificio federal en Chicago antes de ser transportados a la cárcel del Condado de Cook debería haber servido como precursor del futuro y como advertencia sobre el curso que tomaría un juicio de radicales laborales en tiempos de guerra. Al otro lado de la calle del edificio federal, una carpa barata de la sala de cine de North Clark proclamaba "Característica especial: La amenaza de la IWW", y anunciaba en letras grandes y brillantes de color rojo, "La víbora roja". La carpa simplemente reflejaba lo que la prensa nacional, los políticos y muchos de sus ciudadanos ya habían establecido en sus propias mentes: que la IWW era culpable no de disidencia en tiempos de guerra o de propaganda revolucionaria, sino de delincuencia y traición.

Los hombres que insistieron en que Estados Unidos seguía siendo "una tierra de leyes" y que estaban encargados de hacer cumplir esas leyes consideraban que los wobblies estaban degenerados y, de hecho, más allá de la ley. William Fitts, prestado al Departamento de Justicia de una oficina de abogados de Wall Street, era conocido por sus prejuicios anti-IWW. Convencido al principio de que Alemania subsidiaba la IWW (aunque más tarde reconoció que era falso), Fitts consideró que todas las actividades de la IWW eran nefastas. Cooperó en 1918 con Gompers y con Ralph Easley, ex líder de la Federación Cívica Nacional, para organizar una campaña de propaganda a nivel nacional entre los trabajadores organizados para ilustrarlos sobre el comportamiento antiamericano, inmoral e ilegítimo del IWW. Nueve meses después de que el Departamento de Justicia comenzara a reprimir con firmeza a la IWW, Fitts pensó en un orden mayor de supresión. Escribiendo a un ex congresista del Estado de Washington, comentó: "El miedo es la única fuerza que mantendrá a los desgraciados en orden".

Si el único objetivo de las autoridades federales en 1917 fuera que el IWW quedara fuera del negocio sindical y "mantener a los desgraciados en orden" su trabajo hubiera sido manejable. No se requirió una gran habilidad para encarcelar a los líderes de la organización, cerrar las prensas del IWW, negar el

uso del correo a los wobblies, detener y deportar a los extranjeros o mantener bajo control el trabajo radical. Pero la supresión de una organización no podría transformar a los trabajadores descontentos en trabajadores eficientes. Si bien la represión militar y legal de la IWW sofocó las manifestaciones externas de descontento laboral, no logró superar la profunda frustración de la clase trabajadora y la insatisfacción básica con los salarios y las condiciones de trabajo. Para poner fin al descontento laboral en Occidente, el gobierno federal finalmente recurrió al Departamento de Trabajo, a la AFL y a una comisión especial de mediación presidencial.

Desde el inicio de los problemas laborales en tiempos de guerra, el Departamento de Trabajo había abordado el problema del IWW con cautela y sentido común. Aunque tan hostil a la influencia IWW como cualquier otra agencia federal, el personal de Trabajo consideró sensatamente que el descontento entre los trabajadores surgía de la explotación económica y social, no de la agitación wobbly.

Cooperando estrechamente con Gompers y la dirección de la AFL, el Secretario de Trabajo Wilson y sus colegas buscaron llegar a las raíces del descontento laboral. El 10 de agosto de 1917, Gompers declaró el problema sin rodeos para el presidente Wilson: O bien el gobierno y los empresarios occidentales negociar con los representantes de los trabajadores leales organizados de forma constructiva, o tendrían que hacer frente a la “llamada” IWW. Si los madereros y los operadores de minas negociaban con la AFL, Gompers y el Departamento de Trabajo prometieron que la IWW desaparecería.

A lo largo de julio de 1917, el Departamento de Trabajo intentó sin éxito reunir a los madereros occidentales y funcionarios de la AFL. El Departamento de Trabajo tenía aliados influyentes. El Consejo de Defensa Nacional del Estado de Washington compartió su evaluación del problema del IWW. Formado en gran parte por el reformista Carleton Parker, las políticas laborales del consejo apuntaron a separar a los trabajadores madereros de sus líderes del IWW. Esto podría hacerse, razonaron los miembros del consejo, estableciendo la jornada laboral de ocho horas y una mayor seguridad laboral en la industria maderera. Cuando los empresarios se negaron a seguir sus recomendaciones, el Consejo

instó al Presidente Wilson a presionar a los madereros para que ofrecieran un acuerdo equitativo a sus empleados.

Aunque el Presidente se mantuvo alejado del conflicto laboral doméstico, el 10 de agosto, el Consejo de Defensa Nacional autorizó a los secretarios Baker y Wilson a instar a los madereros a que presten un servicio patriótico a su nación al operar su industria con la máxima eficiencia, una condición que solo se puede alcanzar mediante la negociación con sindicatos legítimos (léase AFL) y otorgando la jornada de ocho horas. Pero los madereros no podían concebir la jornada de ocho horas como una obligación patriótica, particularmente cuando la industria maderera del Sur continuaba operando con una jornada laboral más larga. Destruye el IWW, contrarresta a los madereros, y la producción de abetos alcanzaría, incluso superaría, los niveles normales.

Sin embargo, cuando los líderes del IWW fueron acusados y encarcelados, la producción de abetos todavía no satisfacía las necesidades de los tiempos de guerra. Para octubre, sin embargo, el problema de la producción de madera se estaba pasando de las manos del Departamento de Trabajo a los militares. Ya en mayo de 1917, el general John "Black Jack" Pershing, compartiendo la suposición de los madereros de que el descontento laboral occidental había sido fomentado por los agentes de Kaiser dentro del IWW, había delegado a un oficial subalterno para que examinara las condiciones laborales en la industria del abeto. Ese oficial, el teniente coronel Brice P. Disque, jugaría un papel singular en el otoño de 1917 y en la primavera siguiente para ganar el día de trabajo de ocho horas para los trabajadores de la madera. Al no ser un oficial de carrera, al principio Disque actuó como un típico reformador social de la era progresista, uno perceptiblemente influenciado por Carleton Parker y Samuel Gompers. El coronel demostró ser tan satisfactorio para Gompers que el presidente de la AFL informó a sus asociados de la costa Oeste que Disque simpatizaría con la organización de los trabajadores forestales afiliados a la AFL. El 16 de octubre, cuando Gompers escribió esto, tenía una buena razón para su optimismo.

Antes de partir hacia la costa Oeste para reunirse con los madereros, Disque había obtenido la mayor parte de su conocimiento sobre asuntos laborales de Parker, Gompers, Walter Lippmann y Félix Frankfurter. Estos reformadores

influyentes reforzaron la creencia del coronel de que la IWW podría ser mejor frenada mejorando las condiciones de trabajo en la industria de la madera.

Una vez en la costa Oeste, entre los madereros a los que se suponía que debía engatusar para garantizar mejores condiciones de trabajo, Disque sufrió una leve pero significativa transformación. Más y más vino a compartir los prejuicios de los empresarios contra el trabajo organizado, la AFL y el IWW. Lejos de la influencia de Gompers, Disque perdió interés en ayudar a la AFL a organizar la industria de la madera para preservar la paz laboral y aumentar la producción. Como resultado de este cambio en su actitud, la situación laboral en el Noroeste siguió siendo tensa.

Al igual que la IWW, la AFL, el Departamento de Trabajo y el Departamento de Guerra que tenía ante él, parecía que Disque no había logrado ganar la jornada de ocho horas ni restablecer la tranquilidad laboral. Pero, a diferencia de los otros, había logrado disipar los temores de los madereros, que desconfiaban de la mayoría de los funcionarios federales, a quienes acusaban de ser reformistas y radicales. Los mismos empresarios que protestaron con firmeza por el establecimiento por parte de Washington de una jornada de ocho horas consintieron en permitirle al coronel el margen de maniobra para resolver todos los problemas laborales, incluida la jornada de ocho horas.

Cuando Disque terminó de racionalizar las prácticas laborales de la industria maderera, la IWW no amenazaba el poder económico de los empresarios. En recompensa por darles a sus empleados la jornada de ocho horas, salarios uniformes y alojamientos decentes, los empresarios obtuvieron una fuerza laboral más dócil. Disque cerró el bosque a los organizadores sindicales organizando un sindicato de empresa, la Legión Leal de Logistas y Trabajadores de la Madera (o, como se llamaba, el 4Ls), con una afiliación prácticamente obligatoria y una política de no huelga. Mientras tanto, sus oficiales subalternos y sus tropas actuaron como reclutadores para las 4Ls y como policía militar habilitada para dejar a los organizadores wobblies y de la AFL fuera de los bosques.

Lo que se originó en tiempos de guerra como un programa de emergencia formulado por el Departamento de Trabajo y los reformadores sociales dentro

de su órbita para mejorar las condiciones en la industria maderera y para suplantar a la IWW con la AFL se convirtió, en manos de un oficial del Ejército, en un simple y anticuado acuerdo para acabar con los sindicatos. Disque enseñó a los empresarios una valiosa lección que algunos no habían podido aprender por sí mismos: que otorgar a los trabajadores la sombra de la democracia industrial sin la sustancia los mantenía contentos y productivos.

Al final, forzados a diferir a los militares para hacer frente a la IWW en el Noroeste, el Departamento de Trabajo y sus aliados de reforma intentaron hacerlo mejor en el Sudoeste. Desde la erupción de las huelgas del cobre en Arizona, el Departamento de Trabajo había luchado para erradicar a la IWW de la región al ganar salarios más altos y el reconocimiento sindical (AFL) para los mineros del cobre. Los empleadores de las minas, por supuesto, no eran más susceptibles que los madereros a la conciliación laboral federal. Para cada intento del Departamento de Trabajo por mejorar la situación laboral de la industria del cobre, los empresarios afirmaron que "debemos tener las manos libres en el empleo de nuestros hombres y la autoridad en la dirección del trabajo".

Gompers planeó rescatar a los funcionarios federales de su difícil situación. Ideó un esquema que, según él pensó, difundiría la democracia industrial en el país y simultáneamente aumentaría la producción de cobre. El 22 de agosto, respondiendo a una pregunta de Newton Baker, Gompers sugirió que el Consejo de Defensa Nacional eliminaría el IWW al proporcionar nuevas agencias de trabajo sancionadas por el gobierno federal para estudiar y ajustar las disputas industriales. A fines de mes, el Consejo de Defensa Nacional, bajo la intensa presión de Gompers, Baker y el Presidente Wilson, resolvió nombrar una comisión especial para investigar la deportación de trabajadores de sus hogares.

Lo que aparentemente comenzó como una investigación de deportaciones ilegales se convirtió en una astuta gestión del Secretario Wilson en una oportunidad para mediar en los problemas de fondo que causaban el descontento laboral en Occidente, particularmente en las industrias amenazadas por el IWW. Para encubrir el verdadero propósito de la comisión, que era principalmente frenar a los wobblies, el Secretario Wilson sugirió que

también investigase las disputas no relacionadas con el IWW. Avanzando rápidamente por su cuenta, el 31 de agosto, el Secretario de Trabajo presentó al Presidente Wilson los nombramientos recomendados para una comisión de cinco hombres. Sugirió dos hombres de negocios. —J L Spangler, un operador de una mina de carbón holandesa de Pensilvania con reputación de trato justo con la United Mine Workers, y Verner Z. Reed, un empresario de Colorado de tendencias inusualmente liberales y católicas (también era un católico liberal)— y dos sindicalistas, John H. Walker, ex funcionario de la United Mine Workers, entonces presidente de la Federación del Trabajo de Illinois y socialista moderado, y E. P. Marsh, un sindicalista más conservador y presidente de la Federación del Trabajo del Estado de Washington. El mismo secretario Wilson sería el quinto miembro de la comisión y serviría como presidente. Más importante que cualquiera de los miembros de la Comisión, sin embargo, fue el hombre que Wilson seleccionó como su secretario: Félix Frankfurter. Un joven profesor de la Facultad de Derecho de Harvard que cumplía su primera misión de servicio en Washington como funcionario subalterno del Departamento de Trabajo, Frankfurter no perdió tiempo en establecer su propia preeminencia entre los nombrados por la comisión. Justo treinta años después, les daría una conferencia a sus colegas de la Corte Suprema y abogados menores sobre las sutilezas de la Constitución estadounidense y el papel de la Corte Suprema en su interpretación, en octubre de 1917, Frankfurter enseñó a los mediadores del presidente Wilson, incluido el Secretario de Trabajo, los refinamientos de la conciliación industrial y los medios de destruir el IWW.

Frankfurter aceptó la evaluación de Gompers-William B. Wilson-Newton Baker de los conflictos industriales en tiempos de guerra relacionados con la IWW. Al igual que ellos, creía que el conflicto laboral surgía de agravios tangibles, no de intrigas alemanas o del IWW; como otros, él también sostenía que la IWW debía ser frenada. En consecuencia, Frankfurter instó a los mediadores presidenciales a emprender una investigación a fondo de las quejas de los mineros del cobre de Arizona, a establecer un mecanismo de conciliación para eliminar las quejas reales, a fin de imponer a los empresarios su responsabilidad de comprometerse con los empleados en interés de la seguridad nacional, y dedicar especial atención a convencer a los trabajadores

contra la guerra de que su trabajo podría desempeñar un papel esencial no solo para ganar la guerra y difundir la democracia en el extranjero, sino también para establecer la justicia industrial en casa.

Oficialmente designado por el presidente el 19 de septiembre de 1917, la comisión de mediación operó sobre la base de las directrices de Frankfurter. Debido a que pretendían eliminar a los miembros del IWW como socios en cualquier acuerdo laboral con los propietarios de las minas, los afiliados del AFL y la Unión Internacional de Trabajadores de Minas, Manufacturas y Fundiciones (IUMMSW) en Arizona aceptaron fácilmente las recomendaciones de la comisión. Aunque el presidente declaró que los wobblies eran sindicalistas ilegítimos y antiamericanos, los empresarios seguían siendo tan recalcitrantes como siempre sobre la negociación con los trabajadores. A pesar de que la comisión ahora ofrecía resolver las disputas con los sindicatos de la AFL sancionados por el gobierno, los empleadores se negaron a negociar con los trabajadores.

Frankfurter, sin embargo, vino al rescate de sus mayores. Los contactos influyentes del joven abogado demostraron ser notables en su variedad y poder. No solo tuvo acceso al mundo de la reforma laboral y social, sino que sus conexiones se extendieron a los financieros de Wall Street, a los burócratas del Departamento de Guerra, a los diplomáticos extranjeros y a Bernard Baruch, director del esfuerzo de producción de guerra. Cuando los gerentes de las minas de Arizona se resistieron a las propuestas de la Comisión, Frankfurter usó su influencia personal en toda su extensión. Escribiendo a un amigo de Wall Street, Sam Lewisohn, propietario de una considerable propiedad minera en Arizona, Frankfurter instó a Lewisohn a que instruya a los gerentes de sus minas para que cumplan con las recomendaciones de la comisión con respecto a la cuestión laboral. A sus amigos en la embajada británica, Frankfurter sugirió presionar a los capitalistas escoceses con intereses en las minas de cobre en Estados Unidos para que se comprometan con el tema laboral. Recurrió a conocidos en los departamentos de Justicia y Guerra con autoridad para amenazar a los empleadores y propietarios de minas recalcitrantes con la confiscación de sus propiedades.

Como resultado de las iniciativas privadas de Frankfurter, el 20 de octubre la Comisión logró resolver la disputa laboral en el distrito Globe-Miami; posteriormente dispuso asentamientos similares para los distritos de Clifton-Morenci y Warren. Los tres asentamientos eliminaron al IWW estableciendo el principio de que el conflicto industrial debía suspenderse durante la guerra y que la producción de cobre debía tener prioridad sobre los salarios de los trabajadores o las ganancias de los empresarios. Los empresarios consintieron en tratar con los comités de reclamaciones de los mineros elegidos en secreto y negociar con los representantes sindicales cuando los procedimientos locales de reclamaciones no resolvieran las disputas. Sin embargo, los empresarios conservaron las condiciones de la “exclusividad de contratación” (open-shop conditions) y obtuvieron el apoyo federal para sus políticas salariales, que anteriormente habían sido respaldadas por la Junta de Industrias de Guerra. Ambas partes en el acuerdo de la comisión aceptaron un arbitraje vinculante por parte de agentes del Departamento de Trabajo si las quejas laborales no se podían ajustar localmente. Un procedimiento simple eliminó a los wobblies de los términos del acuerdo: cualquier empleado que desde la huelga del cobre haya emitido comentarios desleales a los Estados Unidos o que haya pertenecido a una organización que se negó a reconocer las obligaciones contractuales (es decir, IWW) fue declarado inelegible para el reempleo en las minas. Este acuerdo debería haber ocasionado considerable regocijo entre los propietarios y administradores de las minas, ya que puso fin a la amenaza del IWW en la producción del cobre. Pero la cooperación de los empresarios resultó más aparente que real. Los mediadores del Departamento de Trabajo descubrieron rápidamente que una gran cantidad de mineros habían sido designados como desleales o como wobblies, lo que en cualquier caso los hacía inelegibles para el reempleo. Además, siempre que fue posible, los operadores de la mina eliminaron a los miembros de la AFL tanto como a los wobblies; rechazaron las consideraciones de los empleados, rechazaron los comités de reclamaciones elegidos y se negaron a ajustar los salarios al costo de la vida.

En respuesta a esta continua autocracia del empresariado, la IWW resurgió en Arizona. El gobierno federal se encontró repentinamente cara a cara con otra ofensiva laboral “tambaleante”. Al informar sobre la situación laboral de

Arizona en marzo de 1918, el conciliador del Departamento de Trabajo, Hywel Davies, advirtió al Departamento de Trabajo que un espíritu de deslealtad y anarquía estaba pudriendo Arizona, esperando solo el momento psicológico apropiado para estallar. "La masa industrial no es desleal", informó, "pero la ociosidad proporciona la... oportunidad para que el anarquista desarrolle su habilidad diabólica". Por lo tanto, un funcionario del Departamento de Trabajo enviado a Arizona para mediar y conciliar recomendó a sus superiores de Washington que permitieran que el Departamento de Justicia deportara a los wobblies extranjeros y procesara a los ciudadanos "desleales". Una vez que el IWW fuera totalmente suprimido, sugirió Davies, entonces el Departamento de Trabajo junto con Gompers podría inundar Arizona con los organizadores de la AFL y los agentes del Departamento de Trabajo, quienes reclutarían trabajadores para formar sindicatos leales que fueran satisfactorios para los empresarios.

Los eventos en Butte demostraron abundantemente que las políticas laborales federales se regían tanto por la ansiedad sobre la IWW como por un interés objetivo en mejorar las condiciones de trabajo y en establecer la justicia industrial. Los problemas laborales de Montana no diferían en ningún aspecto esencial de los de Arizona. Por lo tanto, los factores que llevaron a Frankfurter y sus asociados de la comisión a los distritos de cobre de Arizona deberían haberlos llevado a Butte, donde el Sindicato de Trabajadores de Minas Metálicas y la congresista Jeannette Rankin abogaron por una investigación de la comisión de mediación sobre las condiciones laborales. Pero la huelga de Butte había sido interrumpida cuando la Comisión de mediación comenzó a operar. La producción de cobre en Montana estaba volviendo rápidamente a la normalidad, y un conciliador del Departamento de Trabajo informó el 20 de noviembre de 1917, "No queda mucho de la Unión de Mineros del Metal de Butte". En diciembre, Frankfurter supo por Eugene Meyer de la Junta de Industrias de Guerra que la capacidad operativa de Butte parecía satisfactoria. Incapaz de interesar al gobierno federal en una investigación de las condiciones laborales una vez que la producción volvió a la normalidad, el Sindicato de Trabajadores de Minas Metálicas, el 20 de diciembre de 1917, finalizó oficialmente su huelga.

La IWW demostró ser un excelente barómetro del interés federal en las condiciones de trabajo occidentales. Cuando la afiliación del IWW floreció y las huelgas del IWW paralizaron la producción total, la preocupación federal por las condiciones de trabajo decentes y la justicia industrial aumentó considerablemente. Cuando la membresía del IWW se redujo y su capacidad de huelga se derrumbó, el interés federal en un trato digno para los trabajadores cayó precipitadamente.

Era de esperarse, entonces, que cuando la IWW volviera a despertar en Butte en la primavera de 1918, la preocupación federal por las condiciones de trabajo de la ciudad también cobrasen vida. Inmediatamente después de la noticia de que un Sindicato Independiente de Trabajadores de Minas Metálicas reorganizado, dominado por los wobblies y sus compañeros de viaje, en junio de 1918, solicitó a la Junta Nacional de Trabajadores de Guerra una audiencia sobre las condiciones laborales y sindicales en Butte, Frankfurter, el Departamento de Trabajo y Hywel Davies volvieron a trabajar. A sugerencia de Frankfurter, Davies viajó a Montana. Antes de llegar a Butte, conectó a Frankfurter: "La necesidad imperiosa de la hora es la acción de la AFL. El presidente Gompers entiende todo el problema". Una vez en Montana, Davies encontró las condiciones tal como las había dejado en Arizona. La autocracia del empleador y la condición debilitada de IUMMSW habían abierto la brecha para un resurgimiento del IWW. Los wobblies de Montana, según Davies, también propagaron la deslealtad y la anarquía. Redujo el problema de Butte a una sola pregunta: "¿Deberá dominar el sindicato legítimo o el ilegítimo?" Sus preferencias eran claras. "Una organización fuera de la ley, que se camufla bajo otro nombre (es decir, el IWW en Butte), debe ser eliminada", prescribió Davies, "solo cuando se brinda la oportunidad de una relación más decente, y es en este caso particular el deber conjunto de que los empresarios se unan con la AFL".

Trabajar con Gompers, apoyar a los dueños de las minas de Butte y mantener a las tropas federales en servicio en Montana permitió a las autoridades federales controlar a la IWW. En todos los lugares donde el IWW amenazó a la producción de guerra en 1917 y 1918, el gobierno federal reaccionó con una combinación de represión militar, procesamiento judicial y conciliación

industrial. A fines de 1917, los wobblies de base, así como sus líderes, se encontraban en una situación poco envidiable. Permaneciendo leales a su organización y sus objetivos, cortejaban la deportación o el arresto. Al salir de la huelga, incluso sin un compromiso con la retórica revolucionaria o desmotivados por la oposición al esfuerzo de guerra, se encontraron declarados sindicalistas ilegítimos y por lo tanto no elegibles para reempleo bajo mejores condiciones de trabajo. Al entregar sus carnets rojos e inscribirse en la AFL, los wobblies de base se dieron cuenta de que la afiliación a la AFL otorgaba pocos beneficios, excepto cuando aumentaban las actividades del IWW. Al no saber qué camino tomar ni exactamente qué hacer, los wobblies ya no podían recurrir a líderes experimentados en busca de orientación. Para diciembre de 1917, todos los líderes del IWW de primera línea estaban tras las rejas y restringidos por las regulaciones del Departamento de Correos y la vigilancia del Departamento de Justicia, para comunicarse con miembros externos.

No es de extrañar que a principios de 1918 la IWW se enfrentara a la extinción. Los wobblies siempre habían esperado encontrar resistencia por parte de los empresarios y de la AFL. Habían aprendido a vivir con ello. Una cruzada federal a gran escala anti-IWW era otra cosa, especialmente cuando ofrecía zanahorias mientras golpeaba con palos.

## XVII

### JUICIOS FARSA, 1918-19.

El 1 de abril de 1918, en un impresionante Palacio de Justicia federal de mármol blanco en Chicago, el juez Kenesaw Mountain Landis, quien más tarde se haría famoso tras el escándalo de las Black Sox (Medias Negras) de 1919 como primer comisionado de béisbol, ascendió al banco para inaugurar el juicio inicial de los wobblies durante la guerra. Ese día, en la sala del tribunal, había un joven periodista y radical que acababa de regresar de Rusia, donde había presenciado la revolución bolchevique y había escrito *Diez días que estremecieron al mundo*, el clásico relato periodístico de ese acontecimiento. Desde su participación en la huelga de Paterson en 1913 poco después de graduarse en el Harvard College, John Reed se había vuelto cada vez más radical, hasta que coronó su viaje intelectual a la izquierda con informes de primera mano de la revolución bolchevique y afiliándose al recién establecido Partido Comunista Americano (1919). En Chicago para informar sobre el juicio del IWW para las publicaciones estadounidenses de izquierda, Reed esperaba hacerlo tan bien con los wobblies como lo había hecho con los bolcheviques.

Los despachos de Reed desde Chicago transformaron la inminente lucha judicial en un mito popular estadounidense. Describió al juez Landis de la siguiente manera: "Pequeño en el enorme banco se encuentra un hombre perdido con el cabello desordenado y blanco, una cara demacrada en la que dos ojos ardientes se asemejan a joyas, una piel parecida a un pergamo dividida por una grieta como boca. La cara de Andrew Jackson lleva tres años muerta". En cuanto a los acusados, Reed escribió: "Dudo que alguna vez en la historia haya habido un espectáculo como ellos. Ciento un leñadores, cosechadores, mineros, editores... que creen que la riqueza del mundo le pertenece a quien la crea... hombres de aire libre, voladores de roca dura, taladores de árboles, cosechadores de trigo, estibadores, los muchachos que

hacen el trabajo duro del mundo... Para mí, recién llegado de Rusia, la escena era extrañamente familiar... ¡El juicio del IWW... parecía una reunión del Comité Ejecutivo Central del Soviet de Trabajadores y Diputados de toda Rusia en Petrogrado!

La comparación de Reed de los wobblies con los revolucionarios exitosos de Rusia solo empeoró su imagen pública. Dada la creciente paranoia de los estadounidenses sobre el bolchevismo, los wobblies enjuiciados en Chicago serían las primeras víctimas del “Gran Miedo Rojo” que comenzó con la represión de la IWW en 1917 y culminó en las redadas de 1919 del fiscal general A. Mitchell Palmer.

En cuanto a los acusados, sus esperanzas de una absolución eran simplemente sueños ilusorios. ¿Cómo podrían esperar recibir justicia a manos de ciudadanos que aplaudieron a las pandillas de vigilantes y linchadores? Sin embargo, la fiscalía y la defensa continuaron con sus mutuas charadas legales en la sala del tribunal del juez Landis, aunque el resultado del juicio estuvo en gran parte predeterminado por el entorno ubicuo de la histeria pública y por las estrategias previas al juicio de los contendientes.

Transcurrieron casi seis meses entre las redadas de septiembre de 1917 en la sede del IWW y el juicio real, que se inició el 1 de abril de 1918. Durante ese período, los defensores y los fiscales diseñaron las tácticas y la estrategia que dieron forma al curso de toda la lucha legal, no solo en Chicago, sino también en salas de tribunal en Sacramento, Wichita y Omaha.

No todos los wobblies acusados estuvieron de acuerdo con la acción legal. Elizabeth Gurley Flynn, la más conocida entre los disidentes, fue quien, en algún momento entre las redadas de septiembre y su acusación, cortó su conexión con el IWW. Flynn sostuvo que, dado que el gobierno federal insistía en observar las garantías procesales, la IWW debería aprovechar la imparcialidad del procesamiento. Afirmó que el gobierno no podía fundamentar su acusación general de 166 wobblies; después de todo, observó, era increíble que la fiscalía tuviera suficientes pruebas para presentar contra cada acusado de haber cometido cien delitos premeditados. Flynn sugirió que cada acusado solicitase una separación de su caso (es decir, que solicitase un

juicio por separado), por lo tanto, a través de una serie de procedimientos previos al juicio se obstaculizaría el procesamiento. De hecho Flynn con Carlo Tresca, Arturo Giovannitti y Joseph Ettor, solicitaron la separación.

La lógica apoyó las recomendaciones de Flynn. Al menos veintidós de los acusados originalmente en Chicago estaban muertos, ya no eran miembros de la IWW (algunos nunca habían pertenecido formalmente), estaban inactivos o en el servicio militar. Cada uno de estos (o sus abogados) ciertamente tenía motivos suficientes para exigir un sobreseimiento o, como mínimo, una indemnización. Para los acusados restantes, los juicios separados podrían haber aumentado la probabilidad de que se los juzgara por su propia culpabilidad o inocencia individual, y no por culpa de su asociación con el temido Haywood o el muerto Frank Little.

Aunque la lógica favorecía la estrategia legal de Flynn, ciertas realidades ineludibles sugerían un curso diferente. Primero, el IWW carecía de los recursos legales y financieros para llevar a cabo una batería de casos individuales, mientras que el gobierno federal tenía recursos ilimitados. En segundo lugar, la mayoría de los wobblies carecían de los amigos influyentes y respetables a quienes Flynn y sus asociados reclamaban como simpatizantes. En tercer lugar, los acusados vieron su juicio como una cuestión de conciencia, no de crimen; seguros de que no habían cometido ningún delito y que habían sido acusados por sus creencias, de las que se negaban a retractarse, optaron por permanecer juntos como una cuestión de principio.

Al carecer de las opciones disponibles para Flynn, los acusados restantes del IWW siguieron lo que para ellos se había convertido en el procedimiento de defensa legal de costumbre. Antes de que el gran jurado federal de Chicago presentara las acusaciones contra los wobblies arrestados, la Oficina de Haywood formó un Comité de Defensa General compuesto por miembros con experiencia previa en el manejo de asuntos legales. La Oficina general también propuso una solicitud voluntaria a la afiliación de cincuenta centavos para el trabajo de defensa, así como el establecimiento de comités de defensa locales para operar en conjunto con el nacional. En noviembre de 1917, la Junta Ejecutiva General reemplazó *Solidarity* con el *Defense News Bulletin*, una revista dedicada principalmente a la campaña legal del IWW, que se publicó

regularmente hasta julio de 1918, cuando fue suspendida. Haywood no perdió tiempo en obtener asistencia legal competente. Por suerte, no tuvo que buscar lejos; George Vanderveer, famoso entre los wobblies por su defensa de los prisioneros de Everett y por sus esfuerzos en favor de los desheredados de Seattle (lo que le ganó su reputación de "Abogado de los condenados"), se hizo cargo de la defensa legal.

A pesar de que la histeria intensificada durante la guerra no propiciaba nada bueno, retuvieron a varios amigos importantes. El más influyente, aunque menos útil, entre los aliados del IWW fue Frank Walsh, quien, junto con William Howard Taft, pronto se convertiría en copresidente de la National War Labor Board (Junta Nacional de Trabajadores de la Guerra). A principios de noviembre, Haywood le pidió ayuda a Walsh para crear una liga de defensa no partidista para trabajar en conjunto con los propios comités del IWW. Walsh simpatizaba con los wobblies, y su simpatía no puede ser dudosa, sin embargo sus lazos oficiales con el gobierno de Wilson y su deseo de mantenerlos militaban en contra de su cooperación pública con el IWW. Pero Walsh ofreció a Haywood y Vanderveer consejos confidenciales y los puso en contacto con simpatizantes útiles. El primero entre este último grupo fue Roger Baldwin, fundador del National Civil Liberties Bureau (Oficina Nacional de Libertades Civiles), quien, a lo largo de febrero de 1918, le suplicó al Presidente Wilson, al Secretario de Trabajo Wilson y al Secretario de Guerra Baker que retiraran los juicios de los wobblies por conveniencia y en interés de las libertades civiles. Louis F. Post, un funcionario del Labor Department's Immigration and Naturalization Service (Servicio de Inmigración y Naturalización del Departamento de Trabajo) y también editor de *The Public*, una revista reformista, defendió las libertades civiles de los wobblies tanto en las páginas de su publicación como en Washington. Alexander Lanier, un capitán en inteligencia militar, compartió las reservas de Baldwin y Post sobre los procesamientos. En una carta larga y cuidadosamente razonada al Presidente Wilson (publicada más tarde en *The New Republic*) Lanier punto por punto desmanteló todo el caso legal del gobierno contra el IWW.

A pesar de los esfuerzos de defensa, muchos wobblies esperaban lo peor. Escribiendo desde su celda de la cárcel en Tombstone, Arizona, A S Embree

reconoció que "nuestros hombres pueden ser asesinados y encarcelados". Escribiendo a un amigo wobbly de la cárcel del condado de Cook en Chicago, James Rowan confesó: "Por supuesto, no esperamos otra cosa más que ser encarcelados" por participar en una huelga... porque sabemos que un esclavo rebelde es el peor criminal a los ojos del amo". Al mismo tiempo, no les faltaba el optimismo. Al encontrar consuelo en la exitosa Revolución rusa, Rowan comentó: "Lo que pueden hacer en Rusia, lo podemos hacer en esta 'Tierra de hombres libres'". Más filosóficamente, Embree anotó: "Merece la pena luchar por los fines, pero en la lucha misma está la felicidad del luchador". Los wobblies actuaron de acuerdo con la receta del comunista italiano Antonio Gramsci: "Pesimismo de la inteligencia. Optimismo de la voluntad".

Aunque los propios acusados eran pesimistas sobre su destino legal, Vanderveer trabajó con un optimismo incondicional para defenderlos. Esperando obtener la desestimación de las acusaciones de Chicago antes del inicio del juicio, durante la comparecencia en diciembre, argumentó que las pruebas del Departamento de Justicia se habían incautado ilegalmente, en violación de la Primera y Cuarta Enmienda de la Constitución, y que, por lo tanto, las acusaciones deberían anularse. Sus puntos legales fueron anulados, Vanderveer recurrió a diferentes argumentos con George Creel y el Presidente Wilson. Recordó a los dos hombres que varios de los acusados de Chicago habían cortado previamente sus conexiones con el IWW, mientras que otros nunca habían sido miembros. Sugirió al gobierno que en el mundo del trabajo, se asumía que el procesamiento de la IWW era un ataque al derecho de los trabajadores a organizarse, y que a menos que los acusados fueran liberados y mejorasen las condiciones de trabajo, se intensificarían los disturbios industriales. Esta línea de argumentación, sin embargo, resultó igualmente poco gratificante. Sin embargo, Vanderveer aún esperaba la victoria cuando el caso llegara a juicio. La investigación lo había convencido de que ninguno de los cuatro cargos en la acusación se presentaría ante el tribunal, ya que nunca la IWW como organización se había opuesto al servicio militar obligatorio, y ningún wobblie había rechazado el servicio militar por motivos organizativos, ni había sido declarado culpable de insubordinación mientras se encontraba en las fuerzas armadas. Las acusaciones industriales parecían aún más ridículas para Vanderveer, que estaba seguro de que podría probar ante un jurado que

las huelgas del IWW se emprendieron únicamente para mejorar las condiciones de trabajo, nunca para interferir con el esfuerzo de guerra.

Pero la evaluación optimista de Vanderveer ignoró las intensas presiones para destruir al IWW realizadas por los hombres de negocios occidentales y la histeria popular de guerra. Era improbable que un jurado compuesto por ciudadanos estadounidenses comunes (el tipo que incluso entonces aprobaba la acción de las pandillas de vigilantes contra los wobblies) absolvería a los presuntos traidores. Los hechos de la vida en Estados Unidos en tiempos de guerra simplemente hicieron que el optimismo de Vanderveer no tuviera fundamento.

Al preparar su caso contra la IWW, el Departamento de Justicia dejó poco al azar. Aparentemente, Charles F. Clyne, abogado federal del Distrito Norte de Illinois, estaba manejando la fiscalía, pero en realidad el departamento pasó el caso a tres fiscales especiales. De los tres, Frank K. Nebeker y William C. Fitts fueron destacados abogados de corporaciones en tiempos de paz, Nebeker para las empresas mineras y de fundición en Mountain States y Fitts como socio en un bufete de abogados de Wall Street. Cuando Clyne finalmente se mostró incapaz de lidiar con Vanderveer en la Corte pública, Nebeker fue puesto al mando del juicio.

El Departamento de Justicia colocó todos los obstáculos posibles en el camino del IWW. Mientras preparaba el caso contra los acusados de Chicago, el gobierno hizo más arrestos de IWWs en Wichita, Omaha y Sacramento. Esto efectivamente inmovilizó las operaciones de defensa de los líderes del IWW de segunda y tercera línea y se sumó a la propaganda periodística que reforzó la convicción popular de que los wobblies eran desleales. El lunes 20 de diciembre, tres días después de que los acusados de Chicago fueran procesados, los agentes federales invadieron el cuartel general de la defensa en Chicago, confiscando publicaciones, listas de suscripción y listas de correo. Mucho después de que expirara la orden original con la que habían actuado los agentes, los funcionarios federales continuaron ocupando la sede de la defensa en Chicago. Las redadas simultáneas interfirieron con las actividades de defensa en Seattle, Sacramento y otras ciudades. Mientras tanto, el Departamento de Justicia, junto con las autoridades postales, impidió que se

enviara la literatura del IWW. Ni siquiera la correspondencia privada escapó por completo a la censura o al control federal. Nebeker a veces incluso intentaba interferir con los periódicos y revistas que publicaban historias favorables para la defensa de la IWW. El Congreso también asistió a la fiscalía del Departamento de Justicia, ya que cuando comenzó el juicio en Chicago en la primavera de 1918, varios congresistas presentaron proyectos de ley para declarar ilegal a la IWW y convertir la afiliación en un crimen. Aunque no tuvieron éxito, sus patrocinadores consiguieron envenenar aún más la atmósfera pública contra la IWW.



Oficina central del IWW en N. York tras ser asaltada por la policía en 1919

El Departamento de Justicia de hecho tuvo la suerte de que la histeria pública había condenado a los wobblies antes de que el jurado escuchara las pruebas de la fiscalía, ya que la fiscalía, de hecho, no tenía pruebas. Aunque para el consumo público el Departamento de Justicia había sostenido sistemáticamente que el IWW como organización no estaba en juicio, su caso claramente dependía del historial de la organización en lugar de en los crímenes específicos cometidos por wobblies individuales. Desde el inicio de

su investigación, la fiscalía había basado su caso contra los acusados en gran parte en la existencia de una conspiración anticapitalista y contra la guerra por parte de la IWW, derivando las evidencias de las propias publicaciones de los wobblies. En marzo, en vísperas del juicio, la fiscalía todavía no podía hacer nada mejor. En un resumen de veintitrés páginas preparado para el fiscal general de los antecedentes penales del IWW, Fitts, por ejemplo, no podía citar una sola instancia de un delito específico cometido por un wobbly. En cambio, Fitts restringió su información legal a citas y citas de periódicos y folletos del IWW sobre sabotaje, todo lo cual lo llevó a concluir que "el carácter sedicioso y desleal y las enseñanzas de la organización necesariamente la pusieron en conflicto con otras leyes federales". La evidencia acumulada por la fiscalía probó, en todo caso, la inocencia de los wobblies individuales.

Al carecer de la evidencia que consideraba necesaria para convencer a un juez federal, o tal vez a una élite juiciosa, de la culpa de los wobblies, el departamento se dio cuenta de que un jurado compuesto por doce ciudadanos elegidos al azar probablemente reflejaría la histeria de guerra de la nación. Lo que la justicia abstracta no podría lograr para la fiscalía, la carne y la sangre norteamericana lo haría.

El 1 de abril de 1918, 113 Wobblies fueron llevados ante el juez Landis, y cada uno fue acusado de más de cien crímenes distintos, lo que hacían un total de más de diez mil delitos. Antes de que la fiscalía pudiera presentar su evidencia o la defensa pudiera refutarla, sin embargo, había que seleccionar un jurado. Nebeker dirigió la acusación –Clyne se retiró a un segundo plano-, y después de casi un mes completo de exámenes, eligió un jurado plenamente satisfactorio para el Departamento de Justicia. Exactamente un mes después (1 de abril al 1 de mayo) de que los acusados compareciesen inicialmente ante el tribunal, comenzó la presentación formal del caso. ¡Qué apropiado que un juicio que se convertiría en una farsa judicial, si no en un circo, comenzara el Día de los Inocentes (1 de abril), y que la presentación formal de pruebas contra una organización sindical radical y supuestamente revolucionaria comenzara el Primero de Mayo!

El escenario del juicio fue una extraña mezcla de incongruencias. El severo y digno juez Landis presidió una sala del tribunal en la que se evidenciaban prominentemente las escupideras. Las celebridades legales del Departamento de Justicia compitieron por la atención de una gran variedad de periodistas, entre ellos Carl Sandburg, Art Young, David Karsner y John Reed. Algunos de estos hombres estaban ansiosos por brindar una imagen espeluznante de los peligrosos traidores “tambaleantes”, mientras que otros estaban más interesados en explorar las implicaciones de tal juicio para la libertad de expresión, la disidencia y las actividades laborales en una democracia en tiempo de guerra.

Sin embargo, a pesar del drama de las personalidades y el entorno, el juicio resultó un anticlímax decepcionante para la propaganda histérica y las redadas federales masivas que lo precedieron. Nada original o sorprendente salió a la luz durante el juicio. La evidencia de que la fiscalía no había podido obtenerla previamente es que no se introdujo desde el estrado de los testigos o en los argumentos de apertura y cierre de Nebeker. Por cada anticonscripción que Nebeker citó, Vanderveer citó otros ejemplos, más numerosos, que sirvieron lealmente en las fuerzas armadas. De hecho, uno de los 113 defendidos originales, A C Christ, compareció ante el tribunal con uniforme militar el 1 de abril. El gobierno descartó el caso de Christ junto con el de otros once acusados.

El juicio de Chicago fue de nuevo Boise, Paterson y Everett, pero en una escala más grande y monumental. Los fiscales anteriores habían prometido demostrar la culpabilidad de los wobblies individuales y, al no poder hacerlo, habían acusado a la organización por su filosofía y sus publicaciones. Esta fue la táctica de Nebeker. Al no probar crímenes individuales específicos, leyó al jurado el preámbulo del IWW, de *Solidarity*; de la traducción de Flynn de *El Sabotaje* de Pouget, y de la correspondencia privada de varios wobblies. En el último análisis, el Departamento de Justicia pidió al jurado, como representantes de toda una nación, que condenara una filosofía, una actitud hacia la vida y, lo más importante, una organización.

La defensa, por su parte, siguió un precedente establecido. Vanderveer superó fácilmente una sentencia judicial que declaraba inadmisibles las pruebas de las

condiciones de trabajo de explotación, Vanderveer llevó a los oradores de cajas de jabón del IWW a la base de testigos para testificar sobre sus experiencias vitales, e inevitablemente se centraron en las condiciones de trabajo y de explotación. Big Jim Thompson dio el mismo discurso en el tribunal de Chicago que había dado en cientos de campamentos de madera y junglas de vagabundos y en las esquinas de las calles de la ciudad. "Red" Doran presentó su famoso diálogo ilustrado, un análisis crudamente metafórico de acusación al capitalismo. Lo que puede haber emocionado a las audiencias de clase trabajadora, solo aburrió al jurado y al tribunal. El punto culminante del juicio fue el testimonio de Haywood, que se extendió a lo largo de dos días de preguntas repetitivas. Como Carl Sandburg había observado varios meses antes, Haywood estaba dispuesto a discutir los supuestos diez mil delitos "con la tranquilidad de Hippo Vaughn lanzando una blanqueada".

[Una blanqueada en béisbol se refiere al acto mediante el cual un solo lanzador forja un juego completo y no permite que el equipo contrario anote una carrera].

La única sorpresa en la estrategia de la defensa llegó cuando Vanderveer se negó a ofrecer un argumento final al jurado. Ninguna explicación adecuada ha sido sugerida para esa decisión y, dada la falta de fuentes, cualquier explicación debe seguir siendo altamente conjetural. Sin embargo, no parece improbable que Vanderveer no tuviera nada que decir en un resumen que aún no hubiera dicho o establecido más efectivamente durante sus interrogatorios a los testigos. Además, parece probable que Vanderveer creía honestamente que la fiscalía no había aportado pruebas que condujeran a un jurado a condenar a un acusado individual; como la organización, en teoría, no estaba en juicio, la defensa no tenía motivos para presentar una refutación final. En otras palabras, Vanderveer probablemente asumió que, independientemente de la decisión que tomara el jurado, difícilmente podría basarse en la evidencia ofrecida por el gobierno.

Sea como sea, a mediados de agosto, después de casi cuatro meses de testimonios, Landis instruyó al jurado sobre las complejidades de determinar la culpabilidad o inocencia de cien acusados de cuatro cargos diferentes por haber cometido más de diez mil delitos. Los jurados tuvieron pues que hacer

cuatrocienas determinaciones distintas. Por más difícil que parezca, al parecer resultó sorprendentemente fácil, ya que en menos de una hora el jurado regresó con un veredicto de "culpable" por cada acusado en cada uno de los cargos. La velocidad y la sustancia del veredicto conmocionaron a los wobblies. "No pensé", escribió Vincent St. John a Frank Walsh, "que la justicia de la mafia prevalecería en un tribunal de los Estados Unidos".

Después de haber demostrado objetividad judicial y moderación durante cinco largos meses, el juez Landis reveló sus verdaderas emociones el 31 de agosto, cuando sentenció a la mayoría de los acusados con la menor misericordia posible. Diecisiete acusados recibieron cierta clemencia, pero su conexión con la IWW era, en el mejor de los casos, discutible. Mientras tanto, Landis sentenció a treinta y cinco wobblies a cinco años de prisión, a treinta y tres a diez años, y a quince, incluidos Haywood, St. John y Chaplin, a veinte años, el máximo legal. Las multas totales impuestas en el caso superaron los 2 millones de dólares.



Prisioneros del IWW antes de ingresar en la prisión de Leavenworth

Entre los enviados a la prisión federal en Leavenworth, Kansas, se encontraba Ray Fanning, un estudiante de 19 años de Harvard que ni siquiera era miembro del IWW. Cuando se anunciaron las sentencias, Ben Fletcher, un organizador de la zona ribereña de Baltimore y Filadelfia y el único afroamericano entre los acusados, agregó algo de humor a los sombríos procedimientos mientras observaba: "El juez Landis está utilizando el inglés de los pobres hoy. Sus

sentencias son demasiado largas". (Anteriormente en el procedimiento, Fletcher había informado sardónicamente a Haywood: "Si no fuera por mí, no habría ningún color en este juicio").

Las duras sentencias de Landis sentaron bien a la prensa y a la opinión popular en un clima emocional que pronto iba a nutrir el "Miedo Rojo" de A. Mitchell Palmer. En el pasado, las facciones laborales estadounidenses más conservadoras solían unirse con otras más radicales en tiempos de peligro legal. Este fue el caso en Boise, Lawrence, Paterson y Everett. Pero no en Chicago. Aunque decenas de organizaciones laborales británicas hicieron protestas formales, ni un solo afiliado de la AFL se opuso al Departamento de Justicia con respecto al veredicto contra el IWW.

Abandonados por la prensa, la opinión pública y el trabajo organizado, los wobblies condenados podían solicitar apoyo solo al pequeño cuerpo de defensores de los derechos civiles agrupados en torno a Roger Baldwin y el National Civil Liberties Bureau, ex compañeros como Elizabeth Gurley Flynn, simpatizantes aislados como el Capitán Lanier y Louis F. Post, y su viejo amigo Frank P. Walsh. Sin embargo, ninguno de estos simpatizantes pudo rescatar a los wobblies de los términos sustanciales con que Landis les infligió.

Pero los wobblies de Chicago no estaban solos en sus tribulaciones y sentencias de prisión. Con Haywood y los demás condenados, el Departamento de Justicia, sus refuerzos, sus aliados y sus solitarios oponentes prestaron toda su atención a Occidente.

Si bien los juicios en el Oeste estaban directamente relacionados con la represión federal contra la organización y con las necesidades específicas de la fiscalía en el juicio de Chicago, las presiones y pasiones locales, particularmente en California, agregaron un impulso extra a la campaña legal represiva. La mayoría de los wobblies presos en los Estados occidentales habían sido arrestados durante las redadas de septiembre a noviembre de 1917. El más importante entre ellos, sin embargo, había sido transferido a Chicago para ser juzgado allí con otros líderes de primera línea del IWW. Algunas de las pruebas confiscadas en el Oeste fueron utilizadas en Chicago. Ahora, en agosto de 1918, con el juicio principal completado con éxito, el

Departamento de Justicia podría atender a los hombres de negocios, políticos y ciudadanos occidentales enjuiciando a los wobblies locales. (La política nunca estuvo muy por debajo de la superficie; la administración demócrata era muy consciente de la importancia de los votos occidentales para su éxito nacional).

Los más interesantes y reveladores juicios secundarios del IWW se abrieron en Sacramento en diciembre de 1918. Sacramento demostró más claramente que Chicago hasta donde podía llegar el Departamento de Justicia contra los wobblies y sus simpatizantes.

Los esfuerzos de defensa del IWW en California encontraron los obstáculos habituales. Los agentes federales allanaron la sede de la defensa local siete veces en seis meses, incautando todos los registros y documentos del IWW. Los agentes arrestaron a los secretarios de la comisión de defensa, uno de los cuales permaneció incomunicado durante ocho meses. Ningún simpatizante wobbly o IWW evadió por completo a las autoridades. Cuando Theodora Pollok, una joven con las mejores relaciones familiares, apareció en la estación de policía de Sacramento para arreglar la fianza de varios prisioneros, la policía la arrestó, le confiscó los fondos y la sometió a un examen médico destinado a prostitutas.

Los enlaces de Theodora Pollok con la IWW son interesantes de rastrear. La hija de una prominente familia de Baltimore cuyos amigos influyentes en Washington podrían defender su caso ante los más altos funcionarios federales, incluyendo a Woodrow Wilson, Pollok, como tantas otras jóvenes bien educadas de su generación, despreciaron las restricciones impuestas por la sociedad en la mujer victoriana (estadounidense), y ella buscó su liberación en una vida de ardua reforma social. Asmática y tuberculosa, se vio obligada a mudarse a California por su salud. Se volvió activa en el trabajo de defensa legal del IWW, lo que la llevó a obtener un carnet rojo y luego fue arrestada en Sacramento. A pesar de que apenas podía ser clasificada como saboteadora, subversiva o asesina, la fiscalía se negó a desestimar los cargos en su contra, a pesar de las protestas del Presidente Wilson, el Fiscal General Gregory, el Secretario de Trabajo Wilson y funcionarios federales menores.

La fiscalía tenía buenas razones para negarse a desestimar su caso contra Pollok. Como admitió el fiscal federal John Preston en uno de sus momentos frances, las pruebas del gobierno contra los otros acusados de Sacramento eran apenas más sustanciales que las que tenía contra Pollok. El razonamiento de Preston fue: mejor tratar de condenar a una mujer inocente que debilitar el caso contra cincuenta y cuatro peligrosos wobblies.

A pesar de su falta de evidencia, Preston aseguró las acusaciones ante el gran jurado en febrero de 1918. Sin embargo, tuvo que posponer el juicio de los acusados de Sacramento hasta después de que terminara el juicio de Chicago, porque una absolución en Sacramento naturalmente habría socavado las posibilidades de condena del gobierno en Chicago. Desde febrero hasta diciembre de 1918, cuando finalmente comenzó el juicio de Sacramento, la Oficina de Investigación buscó construir un caso contra los acusados de California. Lo hizo, pero solo del tipo más circunstancial. Usando las publicaciones del IWW y la correspondencia privada de varios wobblies, la oficina probó que los miembros de la organización abogaban por el sabotaje.

La acusación de Sacramento llegó a los tribunales con lo que aparentemente pensaba que era una prueba incriminatoria; al menos citó casos específicos de actos criminales presuntamente cometidos por acusados individuales. Sin embargo, como en Chicago, la mayor parte de la correspondencia citada por los fiscales data de los años 1913-15, antes del período cubierto por la acusación. La evidencia de los crímenes del IWW para los años de guerra resultó ser incluso más circunstancial que la del período anterior a la guerra, y se fundó en gran medida en el testimonio de informantes pagados.

La mayoría de los wobblies de Sacramento, a diferencia de los de Chicago que esperaban obtener justicia en un tribunal burgués, se mantuvieron fieles a su fe en el IWW. Al afirmar que los jueces y los tribunales eran puramente instituciones diseñadas para dar una apariencia de legalidad a la explotación de la clase capitalista estadounidense dominante, todos menos tres de los wobblies de Sacramento se negaron a contratar a un abogado para defenderse en los tribunales. Solo Pollok y otros dos acusados menos notables disintieron de la estrategia de una "defensa silenciosa" y eligieron ser representados por un abogado y ofrecer una defensa ante los tribunales.

Ya sea que eligieran un abogado o no, ya sea que se defendieran ante el jurado o no, los acusados de Sacramento tuvieron un destino similar: condena por un jurado que deliberó menos de una hora antes de emitir su veredicto el 16 de enero de 1919. Fueron condenados a penas de prisión, que van de uno a diez años. Los otros tres acusados tuvieron que esperar hasta el 18 de junio de 1919, antes de ser sentenciados. Solo un informe realizado por un médico de la Universidad de Stanford, concluyendo que el encarcelamiento mataría a Pollok, removió la conciencia del juez, si no la del Departamento de Justicia, y la salvó de un período en prisión imponiéndole una multa de 100 \$. En cambio, el juez, condenó a dos coacusados a dos meses de cárcel.

Justo antes del final del juicio de Sacramento, otros veintisiete wobblies recibieron penas de prisión en Wichita, Kansas. En Kansas, como en otros lugares, la evidencia acumulada en contra de los wobblies consistía enteramente en publicaciones de la organización y correspondencia privada, no actos ilegales manifiestos. Como de costumbre, después de un juicio que duró menos de tres semanas, un jurado local declaró culpables a todos los acusados; el juez luego condenó a veintiséis de ellos a penas de prisión de uno a nueve años.

Más afortunado pero igualmente maltratado fue un grupo de sesenta y cuatro wobblies arrestados en Omaha, Nebraska, el 13 de noviembre del 1917. Al llegar a Omaha para asistir a una Convención especial convocada por el Sindicato Industrial de Trabajadores Agrícolas, los wobblies fueron arrestados por agentes federales. El fiscal de los Estados Unidos, Thomas Allen, se dio cuenta de inmediato de que no tenía un caso legítimo contra los hombres arrestados. Buscando consejo del fiscal general Gregory, éste le aconsejó que retrasara la acción legal hasta después del juicio en Chicago; al mismo tiempo, Gregory le ordenó que retuviera a los wobblies hasta la próxima sesión ordinaria del gran jurado federal de Omaha. En junio de 1918, ocho meses después de su arresto, estos wobblies aún estaban en la cárcel, esperando su presentación ante un gran jurado. Seguro de que no tenía ningún caso contra sus prisioneros, a los que reconoció inocentes, Allen les ofreció un "compromiso": podrían declararse culpables y ser condenados por el tiempo

que habían Estado en la cárcel. Los wobblies, por supuesto, rechazaron el "compromiso".

Pero en el caso de Omaha, por primera vez, los funcionarios de Washington se equivocaron. Tal vez algunos de ellos tenían sentimientos de conciencia sobre la conveniencia de condenar a prisión a otro gran grupo de hombres probablemente inocentes. No fue hasta abril de 1919 que el departamento llegó a una decisión. Después de haber mantenido encerrados a los wobblies durante un año y medio, decidieron desestimar todos los cargos. A partir de 1919, casi todos los líderes de IWW de primera y segunda línea estaban en una prisión federal; los que estaban en libertad lo era bajo fianza, fugitivos de la justicia, víctimas de las autoridades de inmigración o al borde de ser juzgados por cargos de "sindicalismo criminal" en varios tribunales estatales.

La ley había demostrado claramente ser un eficaz instrumento de represión. Cuando las pandillas de vigilantes deportaron a los mineros de Bisbee o lincharon a Frank Little en Butte, la conciencia norteamericana se turbó. Pero cuando el Departamento de Justicia arrestó a presuntos delincuentes, los procesó ante grandes jurados, los juzgó ante jueces imparciales y seleccionó al azar a los pequeños jurados -es decir, cuando se observaron los requisitos formales del debido proceso legal-, la conciencia estadounidense se relajó. Mientras la mayoría de los estadounidenses consideraran que la afiliación en la IWW era equivalente a la traición, había poco peligro de que los procesos liberaran a un ejército de bandidos wobblies en una comunidad indefensa. Allí donde el gobierno federal dudó de la efectividad del tribunal, como instrumento de represión, podía remitir a los wobblies extranjeros o naturalizados a las autoridades de inmigración, quienes no estaban obligados a observar el debido proceso en sus procedimientos de deportación. Cualquiera que sea el método elegido, ya sea un juicio legal o una deportación administrativa, el gobierno logró su objetivo esencial: la represión del IWW.

Aunque los juicios federales y las deportaciones no lograron que el IWW dejara de existir, toda la base de su existencia cambió. Antes de septiembre de 1917, había sido una organización laboral floreciente, que ganaba diariamente nuevos reclutas y fondos; luego, sus líderes fueron encarcelados, sus filas diezmadas y su tesorería agotada por gastos legales. Antes de 1917, había sido

una organización sindical luchadora, librando una guerra industrial contra los barones de la madera, los propietarios de minas y los terratenientes del trigo; después, se convirtió principalmente en una organización de defensa legal, combatiendo causas judiciales, abogados del gobierno y jueces.

## XVIII

### DESORDEN Y DECADENCIA, 1918-24.

En 1917-18, el IWW parecía representar una amenaza distinta para el orden establecido en América. Reclamando entre 100.000 y 250.000 miembros, paró los bosques del Noroeste y paralizó las minas de cobre de Montana y Arizona. Tres años después, en 1921, Ben H. Williams, quien había regresado brevemente a la IWW como editor de *Solidarity*, observó en un editorial de despedida que anunciaba su divorcio absoluto del IWW, "Aislamiento es la palabra que describe adecuadamente la posición actual del sindicato en el movimiento laboral de los Estados Unidos".

El fracaso de la IWW para adaptarse a las realidades de la vida en la América de posguerra aseguró su aislamiento continuo de la corriente principal del movimiento obrero, así como del "nuevo" radicalismo. Después de la guerra, una raza más sofisticada de empresarios estadounidenses erigió un dique antisindical compuesto a partes iguales de capitalismo del bienestar y un "Plan Americano" que canalizaba al movimiento obrero desde un curso veloz hacia un río lágido. Simultáneamente, el curso del radicalismo se desvió del socialismo reformista antes de la guerra hacia el cauce más turbulento del leninismo, dejando a los wobblies y a los socialistas más alejados no solo de la corriente radical sino también de la corriente principal de la historia estadounidense, que, en la década de 1920, fluyó rápidamente con la corriente capitalista.

Antes y durante la Primera Guerra Mundial, el IWW había florecido en las industrias del cobre y la madera, en parte como resultado de empresarios obstinados y en parte como consecuencia de condiciones de trabajo abominables. Aunque el esfuerzo de guerra no revolucionó las actitudes del empleador ni las condiciones de trabajo, sí produjo perceptibles —y, desde el punto de vista de la IWW, decisivos— cambios en ambos. Esto fue

particularmente cierto en el caso de los madereros, que antes de 1916 se encontraban entre los más combativos y antisindicales hombres de negocios estadounidenses. Bajo la presión de Washington y del ejército, instauraron la jornada de ocho horas, aumentaron los salarios y mejoraron las condiciones de vida y de trabajo. En respuesta a las iniciativas federales, los empresarios accedieron a la creación del Loyal Legion of Loggers and Lumbermen (4 Ls) (Legión leal de madereros y leñadores), una empresa sindical que ofreció a los trabajadores de la madera la sombra de la democracia industrial. Por primera vez en la historia de la industria, a sus trabajadores se les otorgó, si no el poder real, una voz en las decisiones que afectaban a sus vidas. Cuando terminó la guerra en noviembre de 1918, los madereros no olvidaron lo que habían aprendido bajo coacción: que la adaptación era más efectiva que la oposición para evitar los disturbios laborales. Por lo tanto, en 1919, la mayoría de los empresarios conservaron al 4Ls como una organización civil; otros consideraron adoptar el esquema sindical de compañía como Rockefeller había instituido con éxito en la Colorado Fuel and Iron Company tras la masacre de Ludlow en 1914.

En la industria del cobre se produjeron mejoras similares, aunque algo menos sustanciales, en las relaciones laborales y de gestión. En este caso, los empresarios seguían siendo antisindicales, pero después de la guerra continuaron cooperando con los mediadores del Departamento de Trabajo, que todavía intentaban insertar a los afiliados de la AFL entre los empresarios recalcitrantes como una alternativa a la IWW. Aunque las Compañías del cobre se negaron a tratar con los sindicatos de la AFL, excepto en los casos en que poderosas uniones de maquinistas, ingenieros y comerciantes de la construcción no les dejaron otra opción, mantuvieron la maquinaria de reclamo creada durante la guerra. En algunos casos, Phelps Dodge entre los más notables, expandieron lo que ya había sido una elaborada política laboral paternalista de bienestar.

Después de 1918, los wobblies también fueron atractivos para los recolectores migratorios. Aquí, sin embargo, las causas eran diferentes. Los funcionarios federales no tuvieron que intervenir durante la guerra para asegurar una producción eficiente en la agricultura, ni los empresarios-agricultores alteraron

sus actitudes básicas hacia el trabajo. Pero la propia fuerza laboral comenzó a cambiar. El "flivver" de Ford, ya estaba haciendo maravillas en manos de los cosechadores.

[El Ford Flivver es un avión de un solo asiento introducido por Henry Ford como el "Modelo T del Aire"]

Donde antes, los trabajadores migratorios habían sido en su mayoría hombres solteros que se abrían paso de un trabajo a otro en "sidedoor coach" (transporte gratuito en ferrocarril), ahora se estaban convirtiendo rápidamente en más y más unidades familiares que viajaban tan lejos y tan a menudo como los llevaban sus coches de segunda mano. Para el migrante que viajaba entre las tablas de vagones entre los boogies y acampaba en los campamentos de vagabundos (selvas), un carnet rojo del IWW había sido una necesidad de la vida, su póliza de seguro contra la coerción por parte de ferroviarios, jugadores y matones. Para la familia de cosechadores que viajaban en auto como unidades autónomas, la tarjeta roja fue mucho menos importante. Mientras tanto, en los campos de trigo, el uso generalizado de la cosechadora redujo la demanda total de mano de obra y, por lo tanto, el tamaño del ejército migratorio de trabajadores entre los que tradicionalmente había reclutado el IWW.

Incluso cuando las condiciones objetivas se mantuvieron, como en la costa de Filadelfia, la IWW de posguerra se aisló del movimiento obrero. Desde 1913, un Local del IWW de estibadores afiliados al Marine Transport Workers' Industrial Union (Sindicato Industrial de Trabajadores del Transporte Marítimo) había mantenido el control del trabajo en la costa de Filadelfia. Bien dirigidos, primero por Ben Fletcher y luego por Walter Nef, en efecto, los estibadores lograron una exclusividad de contratación y salarios determinados por el sindicato. Después de haber cargado lealmente municiones y naves de tropas durante la guerra, el Local de los estibadores ingresó al mundo de la posguerra más poderoso que nunca. Con su exclusividad de contratación (closed shop) y su tarifa de iniciación de 25 \$ (que estaba muy por encima del máximo sancionado por la Constitución del IWW, con la intención de restringir la entrada en el sindicato), fue la segunda filial de posguerra más grande de la IWW. Como tal, inevitablemente entró en conflicto con los supuestos líderes

de la IWW, quienes, al no tener un fuerte seguimiento propio, se aferraron a preceptos revolucionarios obsoletos que se remontaban a los primeros y menos exitosos días de la organización. Estos líderes afirmaron que la tarifa de iniciación de los estibadores violaba la Constitución del IWW y que las negociaciones regulares y ordenadas con los empresarios locales subvertían el espíritu revolucionario del IWW. Por lo tanto, presentaron un ultimátum a los estibadores: o reducían la tarifa de iniciación del sindicato al máximo de 2 \$ sancionado por la *Constitución* o se les suspendía de la afiliación al IWW. Ben Fletcher, quien había ido a prisión por sus principios y quien, luego de ser liberado de Leavenworth, regresó a Filadelfia para liderar a sus compañeros trabajadores negros, aceptó el desafío de 1922 de la Junta Directiva General de la IWW y en 1924 sacó a sus estibadores de la IWW, llevándolos a la AFL.

Si las realidades económicas cambiantes y las políticas de organización autodestructivas no hubieran debilitado al IWW, la represión del gobierno lo habría hecho. La vigilancia pública de los wobblies no terminó con la finalización de los juicios de guerra. Mucho después del final de la guerra, las tropas federales permanecieron en servicio en Arizona y Montana, donde cooperaron con los propietarios de las minas y las autoridades locales para frenar las actividades del IWW. La inteligencia naval y del ejército infiltraron espías en los Locales del IWW y enviaron agentes a la Convención de 1919 del IWW en Chicago. Mientras tanto, los estados occidentales que habían promulgado leyes de “sindicalismo criminal” inauguraron sus propios juicios contra los wobblies a medida que disminuía el procesamiento federal.

Esta combinación de cambio económico, represión gubernamental e insuficiencias internas hicieron que el IWW se mantuviera prácticamente inactivo e ineffectivo en la primavera y el verano de 1918. La organización no había celebrado una Convención nacional desde 1916, y no convocaría a otra hasta mayo de 1919. Sus periódicos, revistas y folletos fueron censurados y se les negó el uso de correos. Sus archivos básicos quedaron incautados en un almacén de Chicago. Con todos sus líderes más capacitados y experimentados en prisión, la organización estaba administrativamente en caos.

En un momento en que los wobblies necesitaban líderes como nunca antes, y cuando la organización tenía que hacer frente a nuevas realidades sociales y

económicas, no había nadie con la experiencia o el talento suficiente para reformar el IWW de la manera requerida. Si Haywood, Richard Brazier, Ben Fletcher y casi los otros doscientos wobblies que cumplían una condena en una prisión federal podrían haber salvado a la IWW del declive es, en el mejor de los casos, discutible. Claramente, sus años en prisión aislaron a estos hombres de los cambios que transformaron a Estados Unidos, al igual que esos cambios aislaron aún más a la IWW del movimiento obrero. Los wobblies que fueron a la cárcel como representantes del movimiento social más radical de Estados Unidos saldrían a un mundo en el que los leninistas los habían reemplazado en la izquierda revolucionaria. El mundo que había sido y el mundo que siguió divergían tanto que pocos de los líderes del IWW encarcelados nunca volvieron a ocupar un lugar destacado en la organización que habían ayudado a establecer. Dada la cantidad de problemas que plagaron al IWW entre 1917 y 1918, es notable que la organización sobreviviera. Sin embargo, lo hizo. De hecho, seguía siendo lo suficientemente viril como para asustar a militares, empresarios occidentales y funcionarios locales, aunque los observadores más cercanos de la escena laboral conocían la realidad.

Si los acontecimientos de 1918 parecen peculiares, 1919 fue realmente extraño. Fue uno de esos años, como 1789, 1848, o 1871, cuando los rumores de una inminente revolución perseguían a conservadores y radicales. En Rusia, los bolcheviques habían tenido el poder durante dos años a pesar del caos interno, la guerra civil y los invasores externos; liderados por Bela Kun, una facción comunista había ascendido al poder en Hungría, y los bolcheviques también amenazaron con tomar el control de la Alemania de posguerra. En Inglaterra, un ambicioso y creciente Partido Laborista proclamó un programa de reconstrucción de posguerra que exigía la socialización total de la sociedad británica. En 1919, los socialistas de izquierda habían roto con el Partido Socialista de América para fundar un Partido Comunista Estadounidense. Aunque los comunistas de Estados Unidos se dividieron en tres facciones y fueron obligados por la acción federal a pasar a la clandestinidad, al surgir como un partido unido en 1922, muchos ciudadanos tomaron en serio la amenaza bolchevique para Estados Unidos. Más temible para la mayoría de los estadounidenses que el bolchevismo fue la agitación laboral, que a veces se equipara entre el público con la revolución, así como en la mente de los

negocios. En Estados Unidos, el año comenzó con una huelga general que paralizó a Seattle durante cinco días en enero y finalizó con la huelga policial de septiembre en Boston y la huelga del acero en todo el país que duró hasta el invierno de 1919-20. En medio, más de 300.000 mineros del carbón, bajo el liderazgo de John L. Lewis, salieron de las minas. Aún más siniestro, fueron enviadas bombas en primavera y verano a destacados empresarios y figuras públicas, incluido el Fiscal General A. Mitchell Palmer.

En realidad, el IWW no estaba en posición de acreditarse las principales huelgas, y mucho menos liderarlas. Esto se demostró en su Convención de 1919, que se reunió en Chicago en mayo. Trece sindicatos y cuarenta y seis delegados que representan a un número indeterminado de miembros asistieron a las sesiones. Entre los delegados, apenas se pudo descubrir un vínculo con el pasado de la IWW, excepto quizás la esposa de John Pancner. Los nombres del Secretario-tesorero y los miembros de la Junta Ejecutiva General no eran familiares. Las decisiones tomadas por la Convención parecían aún menos familiares. Los delegados de la Unión Industrial de Trabajadores Agrícolas (AWIU), un organismo que una vez se había enorgullecido de su realismo y su experimentado liderazgo, presentaron una resolución que prohibiera a los funcionarios nacionales, excepto a los editores, asumir el cargo durante dos mandatos consecutivos. La Convención adoptó esta resolución. La Convención también desmanteló la Oficina de Reclutamiento General, una institución Haywood había trabajado duramente para perfeccionar, y amenazaba con negar a todos los miembros del IWW que estaban en prisión, o incluso bajo acusación -casi todo el liderazgo de antes de la guerra-, el derecho a ocupar sus cargos. En una carta enviada desde su celda de Leavenworth al Secretario-tesorero Thomas Whitehead, Haywood protestó por estas acciones. Pero la Convención de 1919 parecía inconsciente del pasado del IWW. Un liderazgo fuerte nunca había sido la especialidad de la IWW; ahora, los nuevos líderes hicieron del liderazgo débil una realidad, en parte al restringir sus cargos a un solo mandato y en parte al aislar a la organización de la mayoría de sus líderes anteriores.

Las decisiones de la Convención se produjeron en un momento particularmente inoportuno, ya que la IWW no estaba en posición de soportar

otra ola de represión, como la que casi la había diezmado durante la guerra. Sin embargo, los conflictos industriales y los temores de las bombas de 1919 prepararon el escenario para las redadas represivas de A. Mitchell Palmer y el comienzo del gran “Miedo Rojo”. Los wobblies, hay que decirlo, hicieron lo suyo para provocar la alarma.

Antes de que terminara el año, los wobblies se involucraron en un conflicto armado. Centralia, Washington, era una ciudad maderera en una región con una larga historia de actividad del IWW. Como la mayoría de los pueblos de la zona, tenía un pequeño Local del IWW en el centro donde se reunían los wobblies para conversar sobre los viejos tiempos, leer literatura radical y discutir cuándo vendría la revolución. Esa sala en particular pronto se hizo famosa. Los Legionarios de América de Centralia planearon celebrar el Día del Armisticio en 1919, con un desfile que incluyera un toque inusual de fervor patriótico: la destrucción del salón local del IWW.



Wesley Everest

Sabiendo lo que se avecinaba y actuando con asesoramiento legal, los wobblies se prepararon para defender su sede contra los ataques. Cuando la línea de marcha de los Legionarios se acercó al salón del IWW, sus participantes se encontraron con una inesperada bienvenida, tanto en el interior como en los tejados adyacentes: wobblies armados dispuestos a disparar sobre ellos.

Siguió un breve y sangriento tiroteo, durante el cual los legionarios, mucho más numerosos alcanzaron el pasillo y obligaron a los wobs a evacuar. Sangrientos y enfurecidos, los legionarios persiguieron a los wobblies que huían, acorralando a uno de ellos en las afueras de la ciudad. Wesley Everest, el wobbly atrapado, un distinguido veterano de guerra, intentó mantener a raya a sus perseguidores en una batalla con armas que John Dos Passos más tarde iba a describir en su novela *1919*. Superado en número y rodeado, Everest no tuvo más remedio que rendirse a los Legionarios, quienes lo castraron sin ceremonias luego lo lincharon y después lo balearon.

El incidente de Centralia coincidió con el inicio de la *Cacería Roja* de Palmer, un deporte en el que los wobblies fueron con frecuencia presas favoritas. Al temer también la violencia defensiva de los wobblies en su Estado, el gobernador de California cableó a Palmer: "¿Podría, por favor, tomar todas las medidas posibles hasta el final para que Estados Unidos se mantenga totalmente estadounidense?". Palmer accedió, y de hecho lo hizo. Lo mismo hizo su joven asociado en la *Cacería Roja*, J. Edgar Hoover. Hoover, de hecho, intentó hacer de la deportación de los wobblies extranjeros un procedimiento automático y obligatorio, y propuso el arresto selectivo de los wobblies en grupos de quinientos para paralizar a la organización de forma permanente.

En Washington y otros Estados, el IWW tuvo que pasar a la clandestinidad para sobrevivir. Un año más tarde, la Corte Suprema de Washington declaró que la ley del "sindicalismo criminal" de ese Estado era constitucional, por lo que prohibió los wobblies y provocó que su antiguo abogado comentara: "Los wobs están casi extintos, las decisiones de la Corte Suprema que el Estado les impuso, y la negativa de los EE. UU. a darles una audiencia (una referencia a una apelación en el caso de Haywood) los ha llevado fuera de la existencia". Prohibidos y forzados a la clandestinidad en la mayoría de los Estados

occidentales, los wobblies se pusieron en contacto con muchos leninistas y muchos llegaron a creer que la IWW era el radicalismo del pasado y el leninismo la ola del futuro.

De 1920 a 1924, tres temas dividieron a la IWW: el estado de sus presos políticos, su relación con el Partido Comunista en el país y la Comintern en el extranjero, y la distribución del poder dentro de la organización entre centralistas y descentralizadores, sindicalistas industriales y anarquistas. El primer tema determinó qué papel desempeñaría el antiguo liderazgo en el IWW de posguerra, el segundo decidió si los wobblies seguirían funcionando como una entidad radical independiente y el tercero dividiría la organización de manera irreparable.

Pocas organizaciones podrían haber sobrevivido al drenaje del liderazgo que sufrió el IWW casi desde el día de su nacimiento. Al principio de su historia había perdido a Debs, Simons, DeLeon y Moyer; más tarde, Trautmann, William Z. Foster, y otros abandonaron; y en vísperas de la Primera Guerra Mundial, Elizabeth Gurley Flynn, Joe Ettor, Carlo Tresca, Arturo Giovannitti y James P. Cannon, entre otros, se despidieron de la organización. A este pequeño pero selecto grupo de abandonos voluntarios se agregó la masa de líderes condenados a penas penitenciarias federales. Tal drenaje era simplemente un obstáculo demasiado grande para una organización tan intrínsecamente débil como la IWW.

Si la mayoría de los funcionarios del IWW encarcelados en 1918 hubieran regresado para asumir el control de la organización cuando terminaron sus condenas de cárcel, podría haber habido una pequeña posibilidad de un resurgimiento del IWW en la década de 1920. Desde el principio, sin embargo, el encarcelamiento desgastó los nervios de los ya nerviosos wobblies y mostró la poca solidaridad que llevaron con ellos a la cárcel. En Leavenworth, los wobblies se peleaban a menudo y con amargura sobre cómo debían comportarse: una facción aconsejó a las autoridades de la prisión el consentimiento para incitar a los esfuerzos del Comité General de Defensa; otra facción recomendó la resistencia e incluso una "huelga general" contra las asignaciones de trabajo de la prisión.

Mientras los prisioneros peleaban dentro, en el exterior, el Comité General de Defensa, la American Civil Liberties Union (renombrada como National Civil Liberties Bureau) y la Workers' Defence League (dirigida por Elizabeth Gurley Flynn) libraron una lucha legal en dos frentes. En un frente, los abogados apelaron los veredictos de Chicago, Sacramento y Wichita, planificando, de ser necesario, llevar las apelaciones a la Corte Suprema. Por otro lado, el Comité General de Defensa, en alianza con una amplia variedad de reformistas de clase media y trabajadora, presionó dentro del Departamento de Justicia y la Casa Blanca para indultarlos. Mientras tanto, el IWW reunió sus escasos recursos financieros y obtuvo garantías en efectivo suficientes para que cuarenta y seis wobblies, incluido Haywood, salieran de Leavenworth bajo fianza en espera de las apelaciones. Saliendo en agosto de 1919, estos hombres rápidamente se pusieron a trabajar para el Comité General de Defensa, ahora dirigido por Haywood, discursando por todo el país en un esfuerzo por recaudar fondos para la defensa.

Todos estos esfuerzos de defensa legal terminaron en un fracaso, lo que exacerbó aún más las diferencias dentro del IWW. Mientras Woodrow Wilson se sentaba en la Casa Blanca y A. Mitchell Palmer controlaba el Departamento de Justicia, la campaña de conmutación encontró un muro de piedra. En opinión de Wilson, perdonar o conmutar las sentencias de los wobblies sería reconocer que habían sido encarcelados por razones políticas; además, liberarlos de la prisión equivaldría a certificarlos como estadounidenses leales y patriotas, una concesión que el mojigato Wilson nunca podría hacer.

La elección de Warren Harding a la presidencia, sin embargo, prometió alivio y una nueva mirada a las peticiones de clemencia. Harding demostró ser más flexible que Wilson, pero su disposición a ceder, irónicamente demostró ser más destructiva para el IWW que la obstinación de Wilson. Al principio, el Departamento de Justicia continuó oponiéndose a la clemencia para los wobblies, y aconsejó al nuevo presidente: "Los acusados... aparentemente expresan el mismo desprecio por la ley que hicieron cuando lucharon por Alemania... y probablemente volverían a sembrar semillas de descontento y predicar la revolución si sus sentencias fueran conmutadas".

Cuando la Corte Suprema se negó a revisar los casos del IWW, los wobblies enfrentaron otra crisis. Solo treinta y siete de los cuarenta y seis wobblies que estaban en libertad bajo fianza se entregaron para su confinamiento. Entre los nueve que desaparecieron, y por lo tanto se saltaron la obligación, estaban Haywood, Vladimir Lossieff y George Andreytchine, quienes más tarde se exiliaron a la Rusia soviética. El vuelo de Haywood, en particular, sorprendió a los wobblies. Durante más años de lo que hubieran querido admitir, Haywood había simbolizado la causa y el espíritu del IWW en la mente pública; Big Bill había parecido el prototípico wobbly, el tipo ideal rebelde, siempre dispuesto a tirar el guante a la injusticia capitalista. Ahora, inesperadamente rechazando ser martirizado por la causa que personificaba, Haywood había traicionado a amigos y compañeros de trabajo (aquellos que habían proporcionado garantías para su fianza), y abandonó la IWW y los Estados Unidos por el comunismo y el exilio.

Como la mayoría de los amigos de Haywood, la mayoría de los historiadores de la IWW han encontrado que su decisión de escapar bajo fianza es inexplicable. En general, sostienen que vio ingenuamente en la Rusia soviética la revolución y la nueva sociedad que tanto había querido crear en América; por lo tanto, aprovechó la oportunidad para ayudar a los comunistas rusos a construir un Estado obrero. En realidad, las razones de su decisión son mucho más prosaicas. El momento en que Haywood estuvo en la cárcel del condado de Cook y en Leavenworth en 1917-19 se socavó su mala salud. Para cuando salió de la cárcel bajo fianza, probablemente tenía úlceras y diabetes. Pronto también sufriría reveses psicológicos. Tanto su consejo como su oferta para servir al IWW fueron rechazados en la Convención de 1919. Haywood salió de Leavenworth, físicamente enfermo y psíquicamente herido. Esto fue evidente en su mandato como Secretario del Comité General de Defensa. Aparentemente, bebiendo mucho, Haywood dejó que la Oficina de Defensa se derrumbara. Las operaciones se volvieron tan caóticas que la Junta Directiva General del IWW se sintió obligada a destituir a Haywood de su cargo. Por lo tanto, antes de que huyera a Rusia, Haywood prácticamente había sido repudiado por el IWW.

Las experiencias de Haywood en Rusia sugieren que el exilio lo hirió al menos tanto como el IWW. Difícilmente bolchevique, no encajaba en los esquemas de León, ni en los de Lenin o Trotsky. El enfoque antiorganizacional de la IWW resultó tan inaceptable para los nuevos gobernantes de Rusia como lo fue para los estadounidenses. Durante un tiempo, Haywood dirigió un proyecto laboral en el distrito de Kuznets, pero está claro que para 1923 su sueño de construir una utopía de estilo “tambaleante” en Rusia se había echado a perder. Cansado y enfermo, se retiró al hotel Lux de Moscú. Algun tiempo después se casó con una ciudadana rusa, un enlace sobre el cual hay muy poca información. Cuando el líder leninista estadounidense Alexander Trachtenberg hizo sus viajes a Rusia en la década de 1920, solía encontrar a Haywood en su hotel de Moscú. Mucho más tarde, Trachtenberg recordó que Haywood era un hombre desesperadamente solitario, un extraterrestre en la nueva sociedad de Moscú, que encontraba consuelo en el whisky y en los antiguos asociados “tambaleantes” que, de alguna manera u otra, de vez en cuando se dirigían a su habitación de hotel y se unían a su antiguo líder en bebida y recuerdos, recorriendo interminablemente el *Pequeño libro rojo de canciones* hasta que se derrumbaban en un estupor borracho. Estos fueron aparentemente los puntos culminantes del tranquilo exilio de Haywood en Moscú. Con frecuencia hospitalizado, trató de mantenerse al tanto de los desarrollos laborales en casa y encontró tiempo para completar su autobiografía distorsionada e insatisfactoria. Finalmente, el 28 de mayo de 1928, Haywood murió sin ser llorado en un hospital de Moscú. Los funcionarios soviéticos colocaron parte de sus cenizas debajo de una placa en la pared del Kremlin junto a las de John Reed. El resto se envió al cementerio Waldheim de Chicago y se colocó junto a las tumbas de los mártires de los disturbios de Haymarket.

Los wobblies que regresaron a la cárcel para reunirse con sus compañeros de trabajo en Leavenworth se enfrentaron a sus propias crisis. En 1922 hubo una campaña de clemencia que finalmente logró cierto éxito con el Presidente Harding, quien en diciembre conmutó las sentencias de once wobblies que aceptaron retirarse de la IWW. Luego, en junio de 1923, Harding ofreció conmutar las sentencias de los restantes prisioneros del IWW, excepto los acusados de Sacramento, si aceptaban permanecer respetuosos con la ley. En consecuencia, la propuesta de Harding suponía que los wobblies habían

infringido la ley y habían sido condenados con justicia. Esto causó que once de los wobblies elegibles rechazaran la oferta y hostigaran a los que aceptaron la propuesta de Harding. La división entre los prisioneros de Leavenworth sobre este tema se reflejó en las discusiones de la Convención de la IWW y en las revistas de la organización. Los que estaban fuera favorecieron a los recalcitrantes y criticaron a los otros prisioneros como traidores a la organización. Pero incluso los recalcitrantes no tuvieron mucho más tiempo que esperar el alivio, porque el 15 de diciembre de 1923, el Presidente Coolidge conmutó las sentencias de todos los prisioneros de guerra restantes.

Los wobblies que dejaron la prisión en 1923 regresaron a una organización que ya no los deseaba. Por razones comprensibles, los wobblies desconfiaban de Chaplin y de los demás que habían aceptado la conmutación en junio de 1923. Por razones inexplicables, también desconfiaban de los prisioneros que salieron en diciembre. Los liberados no ocuparon los cargos de liderazgo por los que habían ido a la cárcel y dedicaron gran parte de su tiempo a batallas internas que perturbaban las Convenciones anuales que debilitaban aún más la organización.

Algunos de los principales wobblies de antes de la guerra tenían otro lugar adonde ir: el Partido Comunista. Ya en 1920, tres hombres bien conocidos y admirados por muchos wobblies se habían movido hacia el leninismo: William Z. Foster, James P. Cannon y John Reed. Además, la Tercera Internacional (Comintern) establecida de Moscú, así como la Internacional de Sindicatos de Trabajadores (Profintern) de reciente creación, suplicaron a los líderes del IWW que se unieran al frente revolucionario mundial común representado por los bolcheviques. Varios wobblies encontraron atractiva la invitación bolchevique.

Para muchos otros, sin embargo, el leninismo ofrecía pocas atracciones. Aún dedicados al sindicalismo y a la acción directa no violenta, encontraron repugnante un movimiento basado en el control del Estado y la toma y el ejercicio violento del poder. Comprometidos con el concepto de democracia industrial, encontraron ajenos los principios bolcheviques de la dictadura del proletariado y el centralismo democrático. Oponiéndose a todas las formas de coerción y burocracia, miraron al sistema soviético con profunda sospecha.

Los desacuerdos sobre el leninismo agravaron aún más los desórdenes internos de la IWW. El leninismo se convirtió en el tema número uno en la IWW; cuando los wobblies no estaban peleando por eso en sus pasillos o en las calles, debatían el tema en sus periódicos y Convenciones. En las Convenciones anuales, los delegados del IWW debatieron si enviar delegados a las conferencias del Profintern, y sus decisiones generalmente se producían solo después de una votación extremadamente estrecha. George Williams, el delegado del IWW enviado a Moscú en 1921, fue repelido por lo que observó en la Unión Soviética y, en un informe a la IWW, afirmó que los bolcheviques intentaban capturar al IWW para el leninismo. También acusó de que una toma de postura leninista dejaría a los wobblies sin organización ni principios.

De acuerdo con el informe de Williams, en 1922 la Junta Ejecutiva General del IWW rechazó la participación de IWW en el Profintern. Replanteando las doctrinas sindicalistas tradicionales del IWW (que los líderes de 1922 creían que era el sindicalismo industrial), la Junta Ejecutiva General explicó por qué wobblies y leninistas no tenían nada en común. "La historia del sindicalismo estadounidense atestigua la influencia destructiva del parlamentarismo y los partidos políticos obreros", afirmaba la declaración del IWW. "La experiencia ha demostrado que cuando la política dirige un sindicato, la eficiencia económica se resiente, y la esperanza de los trabajadores se va con ella".

De hecho, no importa lo que hiciera la IWW sobre el tema del leninismo, al final perdería. Si hubiera entrado en el Profintern y hubiese formado una coalición con los leninistas estadounidenses, sin duda habría sido transformada en una organización distinta y embridada por ellos, más organizados, más eficientes y bien financiados. Al elegir, como hizo, oponerse al leninismo, y en un lenguaje aún más violento que el utilizado posteriormente por los "fanáticos de la guerra fría" posteriores a la Segunda Guerra Mundial, solo logró aislarse del centro del fermento radical en las décadas de 1920 y 1930 sin entrar en la corriente principal de la sociedad estadounidense.

En el momento de su Convención de 1924, el IWW se encontraba al borde del colapso, necesitando solo el más mínimo empujón para llevarlo hacia el abismo de la inexistencia. La Convención de 1924 completó la ruptura de la

IWW. Los delegados llegaron a Chicago para encontrar dos sesiones programadas separadas —una llamada de los funcionarios existentes, la otra anunciada por James Rowan y el Sindicato de Trabajadores de la Madera de la Costa Oeste—. En el quinto día de la Convención programada regularmente, los delegados votaron a favor de suspender a toda la dirección nacional del IWW, incluida la mayor parte de la Junta Ejecutiva General y al Sindicato de Trabajadores de la Madera Nº 120, la afiliada más grande del IWW. Después de la Convención, las facciones contendientes, de una manera que recuerda a 1906, lucharon en las calles y en los tribunales por el control de la sede del IWW en el 1001 de West Madison Street. Cuando los nuevos líderes entronizados por la Convención se aseguraron la titularidad del cuartel general, solo aseguraron su propia impotencia futura al negar a Richard Brazier y Forrest Edwards, dos destacados wobblies de antes de la guerra, roles en la reconstrucción de la IWW.

Reflexionando años más tarde sobre el impacto del cisma de 1924, Mary Gallagher conjeturó: "Mi opinión personal ha sido que la división fue prediseñada para romper la IWW lo más completamente posible". Contrariamente a su idea, el cisma del IWW no se produjo como resultado de una conspiración, aunque el final fue el mismo que si la hubiera habido: colapso total. En California, donde por un breve tiempo la IWW aumentó su afiliación, decenas de wobblies se retiraron, y nunca regresaron. Rowan regresó al Estado de Washington en 1925 para reanudar su lucha contra el liderazgo del IWW al pedir a los trabajadores de la madera y otros wobblies que se unieran a su Programa de Emergencia para salvar al IWW. Para 1926, sin embargo, el movimiento de Rowan estaba en bancarrota, y en 1930 tenía a lo sumo doscientos seguidores. Los wobblies de antaño, que se habían mantenido leales por costumbre o convicción, se escabulleron silenciosamente de la IWW. En la Convención de 1925, solo se reunieron once delegados representantes de siete sindicatos. No se celebraría otra Convención hasta 1928, cuando siete sindicatos enviarían un total de ocho delegados; luego habría otra pausa de tres años hasta que se reunieron siete wobblies que representarían a ocho sindicatos en 1931. Para entonces, las convenciones de la IWW parecían más bien las fiestas universitarias en las que ex alumnos

recordaban los buenos tiempos que las sesiones de una organización sindical radical.

## AÑORANZAS DEL PASADO: EL LEGADO DEL IWW.

Quizás la característica más notable de la IWW haya sido su larga ancianidad. Después de un período de diez años de infancia y adolescencia que se extendió desde 1905 a 1915, disfrutó de tres años de madurez, seguido de casi medio siglo de virilidad decreciente y aproximación a la senilidad. No siendo una presencia vital en la escena radical estadounidense después de 1919, y solo una parte de su personalidad anterior después de 1924, en ocasiones, la IWW pudo recuperar momentáneamente la esencia de su notable pasado.

Pero incluso en declive, el IWW libró varios conflictos industriales importantes lo suficientemente significativos como para atraer la atención pública y recordar sus luchas previas a la guerra. Por un breve tiempo en 1923-24, el IWW experimentó un resurgimiento en California, particularmente entre los trabajadores marítimos, que durante mucho tiempo fueron una fuente importante de reclutas wobblies. Tres años más tarde, un conflicto industrial en Colorado devolvió a la IWW a la atención nacional. La IWW tuvo un rápido crecimiento en el reclutamiento de los mineros del carbón de Colorado, particularmente después de que A S Embree, un importante organizador de antes de la guerra saliese de la prisión en Montana, y llegase para dirigir el esfuerzo. Los opositores del IWW reaccionaron como se esperaba: ignorando las quejas económicas tangibles de los mineros y sus demandas reales, los empresarios, los periódicos y los líderes de la AFL se centraron en el supuesto carácter subversivo del IWW. Vigilantes, policía local, policía estatal, y finalmente los guardias nacionales hostigaron, arrestaron, golpearon y dispararon a los mineros y sus simpatizantes. Contra esta oposición, los huelguistas no pudieron resistir más allá de febrero de 1928.

Quebrada y decrepita en la cima de la prosperidad económica, era poco probable que el IWW pudiera soportar la severa depresión que estaba a punto de apoderarse de la nación. Con la depresión, la IWW se tambaleó. Aparte de sus pequeñas implicaciones en los márgenes de la guerra laboral en la década de 1930 en el sangriento condado de Harlan, Kentucky, entre los mineros del carbón, y en el valle de Yakima en el Estado de Washington, entre los recolectores de lúpulo, donde los wobblies sufrieron sus indignidades habituales, el IWW estuvo más aislado que nunca de la corriente dominante del radicalismo y el movimiento obrero. Estalinistas, no wobblies, dirigían ahora a trabajadores y desempleados en manifestaciones de protesta y marchas por el hambre. Ralph Chaplin fue silenciado en un mitin en la esquina de Chicago por jóvenes comunistas que ahogaron su voz al cantar en voz alta *Solidarity Forever*, la canción más famosa de Chaplin.



Ralph Chaplin

Cuando Franklin Roosevelt se convirtió en Presidente y, por primera vez en la historia de Estados Unidos, el gobierno federal alentó activamente el surgimiento del sindicalismo independiente, el IWW estaba demasiado débil

para beneficiarse. De hecho, criticó tanto la Sección 7<sup>a</sup> de la Ley Nacional de Recuperación Industrial como la Ley de Wagner (Relaciones Nacionales de Trabajo) de 1935 por colocar al gobierno en un área donde no pertenecía: las relaciones laborales y de gestión. ¡La crítica del IWW a la Ley Wagner fue muy similar a la emitida por la Asociación Nacional de Fabricantes!

Incapaz de competir con la variedad de revuelta del estalinismo, el IWW tampoco pudo enfrentarse al sindicalismo industrial del Congreso de Organizaciones Industriales (CIO). En el sector del acero, los automóviles, el caucho, la madera y los textiles, y en alta mar, los sindicatos del CIO ganaron el potencial del sindicalismo industrial al que hace mucho tiempo que renunciaron los wobblies.

Algunos wobblies se dieron cuenta de que los tiempos habían cambiado y de que su organización anterior había perdido su propósito, como había indicado la decisión personal de John Pancner en la década de 1930. Ningún miembro había permanecido más tiempo en el IWW, ni sufrió encarcelamientos más frecuentes que Pancner (había sido uno de los prisioneros federales de 1918); sin embargo, durante la crisis laboral de la década de 1930 se unió al CIO, afiliado al United Auto Workers (UAW) Local de Detroit y permaneció como un hombre leal al UAW-CIO. Si bien Pancner no estaba solo entre los wobblies al tomar esa decisión, la importancia de su papel en la IWW y su compromiso leal de veinticinco años con esa organización le dio a su acción un significado especial.

El éxito del CIO disminuyó cualquier perspectiva que los wobblies pudieran haber tenido para un renacimiento de su organización. Con trabajadores cualificados firmemente comprometidos con la AFL, los trabajadores de la producción en masa cautivados y recompensados por el CIO, y la mayoría de los trabajadores no organizados hostiles a cualquier forma de sindicalismo, los wobblies no tenían a dónde ir, excepto a sus "sedes encantadas".

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial en 1945 y al año siguiente comenzó la guerra fría, el IWW era poco más que una reliquia histórica. La revista *Time* describió sarcásticamente su Convención de 1946 como una reunión familiar de treinta y nueve hombres y una mujer con aspecto de

abuela, que se reunieron en un edificio de oficinas en el lado Norte de Chicago para aprobar resoluciones que denunciaban el capitalismo, el fascismo, el nazismo, al CIO, y a la AFL. "Con todo eso fuera de sus pechos, los Trabajadores Industriales del Mundo volvieron a casa".

Mientras tanto, el gobierno federal no había olvidado por completo a los wobblies. Victimizados por el "Miedo rojo" anterior, los wobblies volvieron a ser presa de la histeria antirradical encendida por la guerra fría y avalada por el Senador Joseph McCarthy. Después de luchar con comunistas americanos y extranjeros durante tres décadas, los wobblies restantes se encontraron a sí mismos incluidos en la lista de organizaciones subversivas del Fiscal general Tom Clark en 1949. No pudiendo contratar a un abogado ni enviar a un miembro para que compareciese ante el Subversive Activities (la Junta de Control en Washington para impugnar la decisión del Fiscal general), la IWW no tuvo derecho a actuar como una agencia de negociación colectiva para los trabajadores estadounidenses según los términos de la Ley Taft-Hartley. (Además, los wobblies se negaban en principio, a firmar juramentos de lealtad.) Condenados al ostracismo por el trabajo organizado y el gobierno, el IWW se había convertido en una organización de ancianos encantadores pero cansados y un puñado de estudiantes universitarios alienados que no estaban seguros de dónde llevar su descontento con la sociedad estadounidense.

# # #

En sus análisis de la agitada historia del IWW, varios académicos han llegado a la conclusión de que, de no haber sido por el ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial y la represión de la organización, la IWW podría haber usurpado el papel posterior del CIO en la organización de los trabajadores de producción en masa. Estos académicos creen que la base establecida por el IWW entre los recolectores, los madereros y los mineros del cobre se habría vuelto lo suficientemente estable, si no hubiera intervenido la guerra, para que los wobblies hayan penetrado más tarde en otros sectores no organizados de la economía.

Esta representación de la historia lleva a uno a concluir que el fracaso final de la IWW fue más un resultado de la represión externa que de las insuficiencias internas. Nada, por supuesto, necesita ser inevitable. Sin embargo, dadas las deficiencias internas del IWW, las aspiraciones de la mayoría de sus miembros durante el apogeo de la organización y la dinámica del capitalismo estadounidense, que mejor podría llamarse el Sistema estadounidense, el intento de los wobblies de transformar a los trabajadores estadounidenses en una vanguardia revolucionaria estaba condenado al fracaso. La doctrina "tambaleante" enseñó a los trabajadores cómo obtener objetivos de corto alcance indistinguibles de los buscados por los sindicatos comunes y no revolucionarios. Capaz de unir a los trabajadores explotados en cruzadas para abolir agravios específicos, el IWW no logró transformar las reclamaciones concretas de sus seguidores en una conciencia superior de clase, como propósito final de la revolución necesaria: crear, en resumen, una clase obrera revolucionaria en el sentido marxista. Esto fue así porque el IWW nunca explicó exactamente cómo lograría su nueva sociedad, aparte de vagas alusiones a la huelga general social y a "construir la nueva sociedad dentro de la cáscara de la antigua". O cómo, una vez establecida, sería gobernada. Los wobblies simplemente sugirieron que el Estado, al menos como lo conocían la mayoría de los estadounidenses, desaparecería.

Incluso si el IWW hubiera tenido una receta más aceptable para la revolución, está lejos de ser probable que sus seguidores la hubieran adoptado. De hecho, los miembros del IWW tenían un potencial revolucionario limitado. En la Convención de fundación del IWW, Haywood había aludido a sacar a los empobrecidos estadounidenses de las alcantarillas. Pero aquellos que yacían en las alcantarillas metafóricas de Haywood pensaban solo en subir a la acera y, una vez allí, entrar en la casa.

Esto colocó a la IWW en un dilema imposible. Por un lado, estaba comprometido con la revolución final; por el otro, buscó mejoras inmediatas para sus integrantes. Como todas las personas que realmente se preocupan por la humanidad, los wobblies siempre aceptaron el mejoramiento de sus miembros hoy a costa de alcanzar la utopía mañana. Esto había sido cierto en Lawrence, McKees Rocks, Paterson y en otros lugares, donde el IWW permitía

a los trabajadores luchar por mejoras inmediatas, un resultado que, si se lograba, inevitablemente disminuía su descontento y, por ende, su potencial revolucionario. Incluso en Paterson, donde los huelguistas liderados por el IWW no lograron obtener concesiones, algunos wobblies discernieron el dilema de su posición: el deseo de los líderes de una revolución se enfrenta al deseo de sus miembros de obtener ganancias palpables.

Internamente, los wobblies nunca decidieron qué tipo de estructura debería adoptar su organización. Como mucho, los líderes más capaces del IWW favorecían una estructura sindical industrial en la que los afiliados en gran parte independientes, aunque no totalmente autónomos, organizados por industrias específicas cooperarían estrechamente entre sí bajo la supervisión de una Junta Ejecutiva General activa. Pero muchos líderes menores, y más aún las bases, fueron cautivados con el concepto de One Big Union (Un Gran Sindicato, la mítica OBU) en la que los trabajadores, independientemente de su habilidad, industria, nacionalidad o color, se amalgamarían en una sola unidad. Incapaz de negociar acuerdos sindicales de gestión debido a su carácter proteico, la OBU sería únicamente el buque de la revolución. Teniendo en cuenta las dificultades inherentes a la organización de trabajadores no cualificados sobre una base estable, la forma y la estructura de la organización fue un tema de suma importancia. Sin embargo, seguía siendo un problema que los wobblies nunca resolvieron satisfactoriamente.

Su mitología sobre la democracia directa, que comprende lo que hoy se conoce como "democracia participativa", complica aún más las deficiencias internas de la IWW. La IWW fue más exitosa cuando fue dirigida por individuos fuertes como Haywood, quien centralizó la Sede General en 1916, o Walter Nef, quien construyó una Organización de Trabajadores Agrícolas muy unida y cuidadosamente administrada. Sin embargo, con demasiada frecuencia, los wobblies celosos y frustrados, que carecen de las habilidades de Haywood o Nef pero que deseaban su poder y sus posiciones, utilizaron el concepto de "democracia participativa" para atacar a los líderes del IWW en nombre de una base idealizada. Y sin un liderazgo firme, la organización se desvió sin rumbo.

Incluso si el IWW hubiera combinado la estructura necesaria, las tácticas adecuadas y los líderes experimentados y capaces, como lo hizo durante un

tiempo de 1915 a 1917, sus dificultades podrían haber resultado insuperables. No hay razón para creer que antes de la década de 1930, cualquiera de las industrias básicas de producción en masa de Estados Unidos podría haberse organizado. No fue hasta la Segunda Guerra Mundial que el CIO, una organización con inmensos recursos financieros, millones de miembros y estímulo estatal, fue capaz de consolidar su control sobre la masas de las industrias de producción de la nación. E incluso entonces, el CIO no hizo ningún progreso entre los trabajadores migratorios o las empresas de Southern Mill. ¿Cuál es la razón, entonces, para pensar que el IWW pudo haber tenido éxito en la década de 1920 o antes, cuando carecía de fondos, contaba a sus miembros por miles, no por millones, y apenas podía esperar la asistencia del gobierno? Hacer la pregunta es responderla.

Sin embargo, si el IWW hubiera hecho todo lo que sus críticos académicos le pedían (establecer verdaderos sindicatos industriales, aceptar a funcionarios de largo plazo y una burocracia sindical permanente, firmar convenios colectivos con empresarios y aceptar respetarlos), en otras palabras, lo que hizo el CIO, ¿qué habría quedado de su propósito original? Si los fundadores de la IWW hubieran estado interesados en simplemente construir sindicatos industriales a partir del modelo del CIO, el consejo de sus críticos académicos estaría bien fundado. Pero la IWW fue creada por radicales ansiosos de revolucionar la sociedad estadounidense, y haberles pedido que negaran sus valores y objetivos primarios habrían sido pedir demasiado.

Independientemente de los dilemas internos de la IWW, la dinámica de la historia de los Estados Unidos sin duda los agrava. A diferencia de los radicales en otras sociedades que combatiendo el orden establecido fueron indiferentes al descontento de las clases bajas e impermeables al cambio interno, los wobblies luchaban contra adversarios flexibles y sofisticados. Los años de crecimiento y éxito del IWW coincidieron con la era en que el capitalismo de asistencia social se extendió entre las empresas estadounidenses, cuando todos los niveles del gobierno comenzaron a mostrar interés por el trabajador y cuando el catalizador de la reforma alteró todos los aspectos de la sociedad nacional. Este proceso se hizo aún más pronunciado durante la Primera Guerra Mundial, cuando el gobierno federal utilizó su gran poder e influencia para

acelerar el crecimiento del capitalismo de bienestar y el sindicalismo conservador. La reforma finalmente demostró ser un método mejor que la represión para debilitar el atractivo del IWW para los trabajadores.

Aunque la IWW finalmente no logró sus objetivos principales, no obstante legó a los estadounidenses una herencia de valor incalculable. Los actuales jóvenes estadounidenses que practican la acción directa, la resistencia pasiva y la desobediencia civil, y que buscan una auténtica tradición radical, deberían encontrar mucho para reflexionar en el pasado de los wobblies. Aquellos que desconfían del parlamentarismo, se burlan de las burocracias, favorecen la acción comunitaria y predicen la democracia participativa también harían bien en recordar la historia de la IWW. De hecho, todos los que prefieren una sociedad basada en la comunidad a una fundada en la coacción no pueden darse el lujo de olvidar la trágica historia del IWW.

En esta historia, destacan dos lecciones. La primera subraya la dura verdad del comentario de Antonio Gramsci, citado anteriormente, que en las naciones industrializadas avanzadas los revolucionarios deberían tomar como eslogan: "Pesimismo de la Inteligencia; optimismo de la voluntad". La segunda lección enfatiza la ironía de la experiencia radical en Estados Unidos y en otras partes del mundo industrial occidental. Como resultado de su compromiso con la revolución final y las mejoras inmediatas en la existencia de la clase trabajadora, los radicales de todo el mundo aceleraron el surgimiento de sindicatos fuertes y actuaron como parteras en el nacimiento del Estado del bienestar. Pero el éxito, en lugar de obtener más éxito, solo produjo una nueva clase obrera cautivada con una sociedad de consumo y muy dispuesta, incluso ansiosa, de intercambiar la conciencia de clase trabajadora por un estilo de vida de clase media. La tragedia final, entonces, para todos los radicales, incluidos los wobblies estadounidenses, ha sido que cuanto más brillantes han sido ayudando a hacer la vida mejor para las masas, más han debilitado las posibilidades revolucionarias en las sociedades avanzadas.

Sin embargo, no se pudo escribir un epitafio mejor para el wobbly estadounidense que el comentario de A S Embree desde su celda de la prisión en 1917: "Vale la pena luchar por la utopía, pero la felicidad del luchador está en la misma lucha".

## ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

### Trabajos recientes sobre la historia de la IWW

Ningún historiador ha intentado una historia académica general sobre el IWW desde la publicación de *We Shall Be All* en 1969. Eso no quiere decir que los wobblies hayan carecido de historiadores. En las últimas décadas, han aparecido numerosos estudios que exploran eventos importantes en la historia de la organización, las vidas de sus líderes más destacados y el legado que el IWW dejó atrás. De hecho, aquellos que desean aprender más sobre la historia de la IWW ahora tienen una rica historiografía disponible.

Para una introducción a esa literatura académica reciente, los estudiosos deben consultar el Simposio sobre el trigésimo aniversario de la publicación de *We Shall Be All* que apareció en la revista *Labor History* 40 (agosto de 1999), pp. 345-69. Las contribuciones a ese Simposio por David Montgomery, Elizabeth Jameson, Marcel van der Linden, Joseph McCartin y Melvyn Dubofsky reevalúan el estudio original de Dubofsky a la luz de la reciente investigación histórica. Para una discusión exhaustiva de los trabajos sobre la IWW que aparecieron en los primeros dieciocho años después de la publicación de *We Shall Be All*, los estudiosos deben comenzar con la "Nota sobre la literatura publicada desde 1970" de Melvyn Dubofsky, un ensayo bibliográfico adjunto a la segunda edición de *We Shall Be All* de Dubofsky, (University of Illinois Press, 1988). Los lectores interesados en trabajos sobre la historia del IWW publicados desde mediados de la década de 1980 pueden comenzar con algunos de los siguientes trabajos.

Pocas nuevas interpretaciones de la historia del IWW se han avanzado en los años posteriores a la publicación de *We Shall Be All*. Sin embargo, se puede encontrar una reinterpretación reciente y provocativa de la historia wobbly en Howard Kimeldorf: *La lucha por el trabajo estadounidense: wobblies,*

*trabajadores artesanales y movimiento sindical* (University of California Press, 1999), un libro que gira en torno a estudios de los estibadores de Filadelfia y los trabajadores de restaurantes de la ciudad de Nueva York. El argumento de Kimeldorf de que el sindicalismo no desapareció de las filas del trabajo con el colapso de la IWW, sino que arraigaron en formas inesperadas en los sindicatos de la Federación Americana del Trabajo (AFL), está obligado a provocar un debate renovado sobre el legado “tambaleante” entre una nueva generación de historiadores del trabajo. Los lectores que quieran ver la historia wobbly como lo interpretaron los mismos wobblies, deberían consultar *Solidarity Forever: An Oral History of the IWW*, compilada por Stewart Bird, Dan Geor Gakas y Deborah Shaffer (Lake View Press, 1985). La reedición del volumen de Patrick Renshaw en 1967, *Los wobblies: la historia del sindicalismo IWW en los Estados Unidos* (Ivan R. Dee, 1999), permite a los lectores acceder más fácilmente a la mejor historia general del IWW publicada antes de *We Shall Be All*. Un relato fascinante de los tiempos turbulentos que dieron origen a los wobblies se puede encontrar en el libro de J. Anthony Lukas: *El gran problema: Un asesinato en una pequeña ciudad del Oeste desencadena una lucha por el alma de América* (Simon & Schuster, 1997). El libro aspira a ofrecer más que una historia de los acontecimientos y personalidades relacionadas con el asesinato en 1905 del ex gobernador de Idaho, Frank Steunenberg, que es su principal preocupación. El libro de Lukas ofrece una amplia exploración, aunque digresiva, de la cultura estadounidense y el conflicto de clases en el momento en que el orden industrial de Estados Unidos en el siglo XX estaba tomando forma.

Si los tratamientos generales de la historia del IWW han sido raros en los últimos años, las monografías que examinan distintas facetas de la historia IWW han sido abundantes. La mayor parte del trabajo reciente en el IWW o aspectos de su historia se ha visto influenciados por el enfoque en la comunidad, la cultura, la etnicidad, el género y la raza, que ha sido una característica central de la historia laboral posterior de los años 60.

Los ricos estudios sobre la comunidad ahora nos permiten explorar el difícil entorno de la clase trabajadora occidental en el que el IWW tuvo sus orígenes. Tres tratamientos excelentes son David M. Emmons, *The Butte Irish: Class and*

*Ethnicity in an American Mining Town, 1875- 1925* (University of Illinois Press, 1989); David Brundage, *The Making of Western Labor Radicalism: Denver's Organized Workers, 1878-1905* (University of Illinois Press, 1994); y Elizabeth Jameson, *All that Glitters: Class, Conflict, and Community on Cripple Creek* (University of Illinois Press, 1998). El libro de Emmons examina una ciudad minera cuyo movimiento obrero resultó fundamental para la historia wobbly en más de una coyuntura. Brundage ayuda a arrojar luz sobre las formas en que el radicalismo de la Irish Land League y los Caballeros del Trabajo ayudaron a preparar el escenario para la posterior aparición de la IWW en Denver. Y Jameson cuenta la convincente historia de una comunidad que fue escenario de dos conflictos laborales explosivos, en 1894 y 1903-4, que dieron forma al radicalismo distintivo de la precursora de la IWW, Federación Occidental de Mineros (WFM).

Aquellos interesados en las subculturas étnicas que alimentaron a los wobblies pueden consultar una serie de trabajos recientes además del trabajo de Emmons y Brundage sobre los irlandeses. Las obras de Philip Mellinger y Gunther Peck han arrojado mucha luz sobre las condiciones que soportaban los trabajadores inmigrantes en el Oeste. Vea el trabajo de Mellinger en *Western Copper: The Fight for Equality, 1896-1918* (University of Arizona Press, 1995) y su artículo "Cómo la IWW perdió su corazón occidental: la historia laboral occidental revisada", *Western Historical Quarterly* 27 (1996), 303-24. Artículos de Peck, "Padrones y protestas: "viejos" radicales y "nuevos" inmigrantes en Bingham, Utah, 1905-1912", "Western Historical Quarterly" 24 (1993), 157-78, y "Reinventing Free Labor: Padrones de inmigrantes y trabajadores contratados en América del Norte, 1885-1925", *Journal of American History* 83 (1996), 848-71, y su libro *Reinventing Free Labor: Padrone and Immigrant Workers en el Noroeste de América del Norte, 1880-1930* (Cambridge University Press, 2000), han iluminado brillantemente la dinámica del mercado laboral en el que los inmigrantes del Oeste americano se encontraban atrapados. Los estudios de casos de etnicidad y clase en comunidades particulares en las que la IWW estuvo activa se pueden encontrar en Philip J. Dreyfus, "La IWW y los límites de la organización

interétnica: Rojos, blancos y griegos en Grays Harbor Washington, 1912", *Labor History* 38 (1997), 450-70; y A. Yvette Huginnie, "Llega un nuevo héroe a la ciudad: la ingeniera anglosajona de minas y el 'Laborismo mexicano' como terreno en disputa en el Sureste de Arizona, 1880-1920", *New Mexico Historical Review* 69 (1994), 323-44. Para más información sobre las comunidades de inmigrantes italianos que apoyaron a la IWW, vea a Michael Miller Topp, "El transnacionalismo de la izquierda italiano-estadounidense: la huelga de Lawrence de 1912 y la Cámara de Trabajo italiana de la ciudad de Nueva York", *Revista de historia étnica estadounidense*. 17 (1997), 39-63; y Patrizia Sione, "Patrones de las migraciones internacionales: trabajadores de la seda italiana en Nueva Jersey, EE. UU.", *Review (Centro Fernand Braudel)* 17 (1994), 555-76.

Aquellos interesados en explorar el papel del género en la formación de la experiencia de los trabajadores a los que el IWW recurrió también pueden acudir a una serie de nuevos estudios. Entre ellos se encuentran Ardis Cameron, *Radicales del peor tipo: Mujeres trabajadoras en Lawrence, Massachusetts, 1860-1912* (University of Illinois Press, 1993); Vincent Di Girolamo, "Las mujeres de Wheatland: la conciencia femenina y la huelga del salto de 1913", *Labor History* 34 (1993), 236-55; Colleen O'Neill, "Domesticity Deployed: Gender, Race, and the Construction of Class Struggle in the Bisbee Deportations", *Labor History* 34 (1993), 256-73; y Bonnie Stepenoff, "Papá en el desfile: las hijas de los mineros del carbón de Pensilvania y la huelga de los trabajadores de la seda de 1913", *Labor's Heritage* 7: 3 (1996), 4-21.

La atención más reciente se ha centrado en la cuestión de la raza y la IWW. David Roediger ofrece una visión perspicaz de las formas en que el más famoso wobbly en el Sur, Covington Hall, abordó la raza y el género en su ensayo "Cómo ganar una audiencia para la Unidad Negro-Blanco: Covington Hall y las complejidades de la raza, género, y clase" y en su libro *Hacia la abolición de la blancura: ensayos sobre raza, política e historia de la clase trabajadora* (Verso, 1994). Varios estudios del litoral de Filadelfia, donde el

IWW construyó una poderosa unión biracial bajo el liderazgo del wobbly negro Ben Fletcher, ahora iluminan un capítulo importante pero hasta ahora poco entendido en la historia del IWW. Aquellos interesados en la organización del IWW entre estos trabajadores portuarios deben consultar a Howard Kimeldorf y Robert Penney, "Excluidos por elección: Dinámicas del sindicalismo interracial en la costa de Filadelfia, 1910-1930", *International Labor and Class-History* 51 (1997), 50-71; de Kimeldorf *¿Posibilidades radicales?: El ascenso y la caída del sindicalismo tambaleante en los muelles de Filadelfia*, en *Trabajadores de la línea de costa: Nuevas perspectivas sobre raza y clase*, editado por Calvin Winslow (University of Illinois Press, 1998); Lisa McGirr, "Los estibadores blancos y negros en la IWW: Una historia de la Unión Industrial 8 de Trabajadores del Transporte Marítimo de Filadelfia", *Labor History* 36 (1995), 377-402; y Peter Cole, "Shaping Up and Shipping Out: The Philadelphia Waterfront durante y después de los Años IWW, 1913-1940" (disertación inédita de Ph.D., Georgetown University, 1998).

Aquellos interesados en la cultura distintiva de la clase trabajadora y la tradición del movimiento cultivada por los wobblies deben comenzar con Archie Green: *Wobblies, Pile Butts & Other Heroes: Laborlore Explorations* (University of Illinois Press, 1993). Un argumento de que un aspecto de la cultura antirreligiosa "temblorosa" de la IWW, obstaculizó su crecimiento donde las instituciones religiosas estaban bien arraigados se avanza en Kevin J. Christiano, "Religion and Radical Labor Unionism: American States in the 1920s," *Diario para el Estudio Científico de la Religion* 27 (3) (1988), 378-88. La cultura del movimiento IWW puede ser estudiada en *Wobbly songs and poems. Juice Is Stranger Than Fiction: Selected Writings of T-Bone Slimy*, editado e introducido por Franklin Rosemont (CH Kerr, 1992), contiene selecciones del tal vez el bardo wobbly más conocido después de Joe Hill. El trabajo de otro poeta de la IWW se discute en "Covington Hall: La visión utópica de un poeta tambaleante" de Donald Winters, *Labor of Heritage* 4 (1992), 54-63. Y, por supuesto, las canciones de Joe Hill continúan viviendo en la reedición periódica del "pequeño cancionero rojo" de los Wobblies, siendo

las más recientes *Canciones de los trabajadores para avivar las llamas del descontento*, 36<sup>a</sup> ed. (Trabajadores industriales del mundo, 1996).

Varias biografías de los líderes IWW también han aparecido en los últimos años. El "Big Bill" Haywood de Dubofsky (St. Martin's Press, 1987) ofrece un tratamiento breve y evocador de la vida del wobbly más famoso. En *Iron in Her Soul: Elizabeth Gurley Flynn and the American Left* (Washington State University Press, 1995), Helen C. Camp ofrece un nuevo examen de la famosa "Chica Rebelde" de los wobblies. La vida y el pensamiento de William Z. Foster, quien jugó un papel breve pero importante en la historia del IWW antes de emerger como el líder comunista más conocido de Estados Unidos, ha atraído el interés más reciente de los estudiosos. Los trabajos en Foster incluyen a Victor G. Devinatz, "The Labor Philosophy of William Z. Foster: From the IWW to the TUEL", Revista Internacional de Ciencias Sociales 71 (1996), 3-13; Edward P. Johanningsmeier, Forjando el comunismo estadounidense: La vida de William Z. Foster (Princeton University Press, 1994); y James R. Barrett, William Z. Foster y la tragedia del radicalismo estadounidense (University of Illinois Press, 1999).

Algunos de los trabajos más ricos sobre la historia del IWW se siguen generando en estudios de casos locales. Entre ellos se encuentran Thomas J. Dorich, "'Este es un lugar difícil para trabajar': relaciones industriales en las minas Jerome, 1900-1922", Journal of Arizona History 38 (1997), 233-56; y Joseph W. Sullivan, "'Every Shout a Cannon Ball': IWW y los desórdenes urbanos en Providence, Rhode Island" Historia de Rhode Island 54 (1996), 51-64. Los estudios regionales también han arrojado luz sobre aspectos poco apreciados de la historia de IWW. Un tratamiento de la organización de la IWW entre los recolectores de las Grandes Llanuras que incorpora las ideas de teóricos sociales como Michel Foucault se encuentra en Ted Grosshardt, "'Harvest(ing) Hoboes: The Production of Labor Organization through the Wheat Harvest," Agricultural History 70 (1996), 283-301. Un libro que demuestra ampliamente el legado duradero de los wobblies entre los

trabajadores de una región es Nigel Anthony Sellars, *Oil, Wheat, and Wobblies: The Industrial Workers of the World en Oklahoma, 1905-1930* (University of Oklahoma Press, 1998). Y un argumento de que la movilidad geográfica de los madereros del Noroeste no obstaculizó su capacidad o voluntad de unirse a la IWW se encuentra en "A Dandy Bunch of Wobblies: Pacific Northwest Loggers & IWW", de Richard A. Rajala, 1900-2020. "Labor History 37 (1997), 205-34.

Los nuevos estudios también han arrojado más luz sobre el alcance de la represión dirigida contra los wobblies. John Clendenin Townsend, *Running the Gauntlet: Cultural Sources of Violence Against the I.W.W.* (Garland, 1986) explora el tema general de la represión. En "The Case of the Wandering Wobblie: The State of Oklahoma v. Arthur Berg", Crónicas de Oklahoma 73 (1995-1996), 404-23, Von Russell Creel cuenta la triste historia de un organizador tambaleante que recibió una pena de cárcel de diez años en 1923 bajo la ley de "sindicalismo criminal" de Oklahoma. En la actualidad hay dos tratamientos de los terribles acontecimientos que sacudieron Centralia, Washington, en 1919: Tom Copeland *The Centralia tragedy of 1919: Elmer Smith and the Wobblies* (Universidad de Washington en MU, 1990) y de John M. McClelland: *Wobbly War: The Centralia Story* (Sociedad Histórica Masculina de Washington, 1987). Richard Melzer, "Exiled in the Desert: The Bisbee Deportee's Retention in New Mexico, 1917", Revisión histórica de Nuevo México, explora las reacciones profundamente desalentadoras de los nuevos mexicanos que fueron mineros de Bisbee deportados en vagones de ganado en las cercanías de Columbus, Nuevo México, por los vigilantes de Arizona. Francis Shor, "The IWW and Oppositional Politics in World War I: Pushing the System Beyond Its Limits", Radical I Hilary Review 64 (1996), 74-94, enfatiza que fue el radicalismo declarado de la IWW el que provocó la represión federal durante la primera guerra mundial

Quizás el desarrollo más significativo en la historiografía wobbly desde que apareció por primera vez el libro de Dubofsky ha sido la publicación de numerosos estudios sobre la historia internacional de la IWW. Verity

Bergmann: *Revolutionary Industrial Unionism: The Industrial Workers of the World in Australia* (Cambridge University Press, 1995) y de Erik Olssen: *The Red Feds: Revolutionary Industrial Unionism and the New Zealand Federation of Labor, 1908-1913* (Oxford University Press, 1988) han profundizado nuestra comprensión de la diseminación del sindicalismo "tambaleante" en el Pacífico. J. Peter Campbell "The Cult of Spontaneity: Finnish-Canadian Bushworkers and the Industrial Workers of the World in Northern Ontario, 1919-1934" *Labor / Le Travail* 41 (1998), 117-46, y de Mark Leier *Where the Fraser River Flows: The Industrial Workers of the World in British Columbia* (New Star, 1990) han hecho lo mismo en Canadá. Y se puede encontrar información sobre el impacto de la IWW entre los mexicanos en Norman Caulfield, *Wobblies and Mexican Workers in Mining and Petroleum, 1905-1924*, *Revista Internacional de Historia Social* 40 (1995), 51-76. Marcel van der Linden presenta un fuerte argumento a favor de la necesidad de ver la historia wobbly a través de una perspectiva internacional en "Sobre la importancia de cruzar fronteras", *Labor History* 40 (agosto de 1999), 362-65.

Finalmente, los estudiosos ahora pueden encontrar numerosos recursos relacionados con la historia del IWW en Internet. El IWW de hoy en día, aunque es una sombra del IWW del pasado, mantiene un sitio web elaborado al que se puede acceder en <http://www.iww.org>. Este sitio contiene enlaces a una serie de documentos interesantes relacionados con la historia wobbly, así como a otros artículos y libros recientes que tratan varios aspectos de la historia de la IWW.

Notas:

(1) Un solo minero con una perforadora aérea podría producir considerablemente más por unidad de tiempo, lo que aumentaría la demanda de trabajadores menos calificados (muckers) para excavar el mineral más rápidamente, una de las principales razones por las que los sindicatos hicieron de “dos hombres un taladro” una demanda de negociación.

(2) Una rama estadounidense de la organización inglesa del mismo país, luego se involucró en una disputa jurisdiccional con la Asociación Internacional de Maquinistas de EE. UU., así como con Gompers y la AFL.

(3) Mother Jones había ganado su fama en el movimiento obrero como la abuela organizadora de los mineros del carbón y defensora ardiente de sus derechos durante las tempestuosas huelgas, en las que había asumido un papel de liderazgo.

(4) El hatillo consistía en la ropa de cama que el maderero tenía que proporcionar dondequiera que trabajara, dando lugar al apodo “vagabundo”.

(5) El llamado IWW de Detroit existía fundamentalmente en el papel.

(6) Aunque la nueva ley limitaba las horas solo de mujeres y niños, constituyan la mayoría de la fuerza laboral; la reducción de sus horas de trabajo en vigor también establece un nuevo máximo para los hombres cualificados omitidos en la cobertura de la ley.

(7) Una organización mafiosa supuestamente traída a América por inmigrantes sicilianos.

(8) Tresca, sindicalista italiano, radical romántico y amante de Elizabeth Gurley Flynn, fue un antifascista supuestamente asesinado por agentes de Mussolini en América en 1943.

(9) Los capataces actuaban como agentes de contratación y fijaban los salarios según la cantidad de mineral excavado, no la cantidad de horas trabajadas. Por lo tanto, las ubicaciones mineras deseables se gestionaron como una prima.

(10) Trabajadores de manufacturas que produjeron tableros de construcción.

(11) Un grupo agrario radical comprometido con la propiedad pública de elevadores de grano y ferrocarriles, entre otras reformas, y una poderosa fuerza política en las Dakotas.

(12) El IUMMSW fue el sucesor de la Federación Occidental de Mineros.